

Mujeres de Camborne

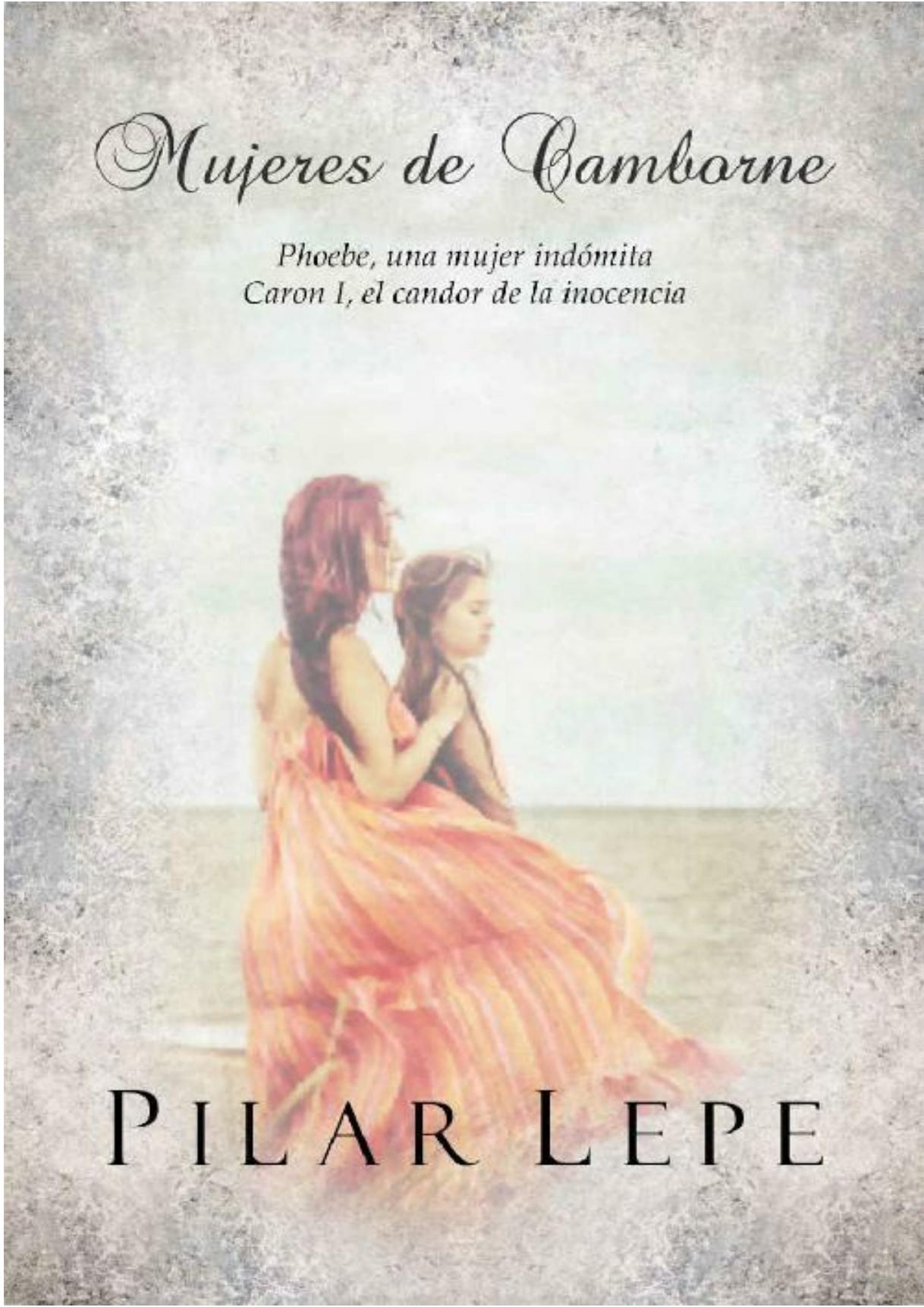
Phoebe, una mujer indómita
Caron I, el candor de la inocencia

PILAR LEPE

D.J.57

Mujeres de Camborne

Phoebe, una mujer indómita
Caron I, el candor de la inocencia

An illustration of two women in a field. The woman on the left has long, dark red hair and is wearing a long, flowing, orange and red striped dress. She is looking towards the right. The woman on the right has long, dark hair and is wearing a dark, sleeveless dress. She is looking down. The background is a soft, hazy landscape with a horizon line. The entire scene is framed by a textured, greyish border.

PILAR LEPE



P i l a r l e p e

Mujeres de Camborne

Phoebe, una mujer indómita
Caron I, el candor de la inocencia

K pilarlepe.esc@gmail.com

E www.facebook.com/PilarLepeAutor/

Q www.instagram.com/pilarlepe2

Mujeres de Camborne

Edición Especial
Romance Histórico
©Pilar Lepe

Todos los Derechos Reservados
© Safe Creative 1910082134786
Octubre 2019

Logo de Autor
Pamela Díaz Rivera
pdiazrivera@gmail.com

2019

Queda prohibida, sin la autorización escrita de parte de la autora, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y/o cualquier tipo de distribución ilegal.

Phoebe, una mujer indómita

Capítulo 1

Cornualles, Aldea de Camborne

Phoebe se limpió con el borde del vestido el sudor del rostro, ocasionado por el descenso desde el acantilado hasta la playa. Y a pesar de que no pasaban de las diez de la mañana, los niños se habían despojado de los zapatos y jugaban en la orilla del mar. Corrían hacia el agua y escapaban cuando venía la ola. Ella se puso una mano en la frente para tapar el sol y así poder observar el horizonte. Estaban esperando la llegada de los botes con su cargamento de sardinas. Luego tendrían que ir hasta el muelle, pero prefería pasar el tiempo en la playa mientras eso sucedía.

—¡Vamos, mamá, quítate los zapatos y ven con nosotros! —la llamó la pequeña Caron desde la orilla—. ¡El agua está muy buena! ¡Por favor, mamá!

—¡Sí, mamá, ven! —gritó también Dylan.

Cediendo a los ruegos de sus hijos, y a pesar de que no le gustaba perder el tiempo en juegos, se descalzó las botas, y se desprendió de las medias, dejando ambas cosas sobre una pequeña roca.

Cuando metió los pies al agua, gritó. Siempre le pasaba lo mismo: esa primera impresión por la frialdad del mar, la pescaba por sorpresa, pero pronto se le quitaba y gozaba igual que cuando tenía la edad de los chicos. Así estuvieron un buen rato, inclusive a Phoebe se le olvidó continuar con su observación. De repente, un bulto de algas llegó flotando hasta la orilla. De inmediato, Tate quien era el mayor, se apresuró a remolcar la maraña hacia la arena.

—Está pesado —dijo, y su rostro enrojeció por el esfuerzo.

—Deja eso, ¿qué harás con esas algas?

—Nada, solo verlas.

De pronto el bulto se quejó.

—¿Desde cuándo las algas se quejan? —preguntó Phoebe en voz alta, pero ninguno de sus tres hijos supo responder.

Phoebe miró a su alrededor buscando algo con que tocar el bulto, y descubrió una rama seca de árbol. Le dirigió una mirada de las que ella les

daba a sus hijos cuando quería ordenarles tareas sin usar palabras, y Dylan fue inmediatamente en su busca.

Con la rama en la mano, tocó con confianza el bulto, pero no pasó nada. Aparte de ser bastante voluminoso, no parecía gran cosa.

—No es nada chicos. Solo fue el rumor del mar.

—¡Mamá, están volviendo los botes! —la alertó Tate, de repente.

—Regresmos entonces.

—¡Aaaawwww!

Esta vez no fue el rumor del mar. Fue un largo gemido que emergió desde dentro del bulto de algas. Caron, decidida, se inclinó sobre el bulto e introdujo su mano en el interior.

—Mamá, hay algo adentro.

—¡Espera Caron! Yo veré qué demonios trajo el mar.

Ahora, más exasperada que curiosa, por estar perdiendo un tiempo valioso, se inclinó también sobre el bulto y con manos enérgicas hizo las algas a un lado. No pudo evitar proferir un grito de sorpresa al descubrir a un hombre debajo de toda esa maraña de plantas marinas.

Colby abrió con dificultad los ojos pues el dolor de cabeza era descomunal.

Cuatro pares de ojos lo observaban con atención como si de un insecto se tratase, y él en vez de sentirse agradecido de que lo hubieran encontrado, solo sintió furia por el descarado escrutinio.

—¿Por qué no me quitan esto de encima, en vez de estar mirándome con sus bobos ojos?! —A pesar de sentirse muy mal, pudo reunir fuerzas para arremeter con desprecio en contra de sus salvadores.

—¡Vamos, este señor no necesita nuestra ayuda! —Phoebe se dio la media vuelta y sus hijos la siguieron, solo Caron se tomó el tiempo para levantar una de sus pequeñas manos y hacerle un gesto de despedida al hombre.

—¡Espere! —gritó él—. ¡Mujer, espere!

Con rapidez, Phoebe y los chicos comenzaron a subir el sendero que conducía a la parte de arriba de los acantilados, ya que era perentorio llegar al muelle antes de que se acabaran las sardinas.

Al comprender que no recibiría ayuda alguna, Colby comprendió que

debía arreglárselas solo. A duras penas se levantó de la arena, sacudiéndose las algas pegajosas que se adherían a su cuerpo. Una breve inspección le mostró que no tenía más heridas que la de la cabeza, aunque sí, su cuerpo debía estar todo magullado pues no había lugar que no le doliera.

Levantado un poco la vista, observó que la ruda mujer y los mocosos, ya estaban alcanzando la planicie. Así que como pudo, descalzo y con las ropas mojadas, comenzó a caminar para seguir el rastro de la familia. Si no los perdía de vista ellos le indicarían el camino al pueblo.

Adivinó que estaba en Cornualles, porque a lo lejos divisó unas edificaciones de piedra que no podían ser otra cosa que minas. También percibió que se encontraba en un puerto, dado la gran cantidad de botes que había y un par de barcos que lo confirmaba. Desde donde estaba no alcanzaba a ver ningún muelle. Sin embargo, no tenía ni idea del lugar exacto.

Colby ardía en deseos de continuar despotricando, mas, concluyó que era un gasto inútil de energías si no tenía contra quién hacerlo. Así que decidió actuar con practicidad y ponerse a caminar hasta encontrar gente con más educación que estuviera dispuesta a echarle una mano a un forastero en apuros.

—Eres un hombre con suerte —se dijo en voz alta, cuando a lo lejos descubrió un conjunto de casas.

Pero su decepción fue inmensa al comprobar que no se trataba más que de un puñado de chozas y algunos cottages de piedra con techumbre de paja y cartón alquitranado. En fin, estaba tan cansado y famélico que pensó que al menos podrían brindarle una silla y algo de comer, aunque fueran nabos o betabeles. Sin embargo, lo insólito fue que no hubiera nadie en las casas, ¿qué hacía esa gente a esa hora de la mañana? Bueno, al menos de una de esas chozas, que estaba bastante alejada de las otras, salía humo. Esperanzado, continuó su camino hasta esa puerta.

—¿Hay alguien en casa?! —preguntó en voz lo suficientemente alta para que no quedara lugar a dudas de que alguien llamaba.

—¿Quién está ahí?! —interrogó a su vez otra voz desde adentro.

—¿Un forastero en apuros! ¿Podría ayudarme?!

—¿Tendrá que entrar, porque no hay forma de que yo pueda salir!

Colby empujó la desvencijada puerta, y entró a una habitación que debía ser la sala.

—¿Dónde está?!

—¡Acá, junto a la cocina!

Capítulo 2

La habitación era de un solo ambiente: la sala, el comedor y la cocina eran todo uno. Muy reducido, y de una pobreza casi extrema.

Colby observó hasta que localizó el lugar que la voz le había indicado: detrás de una pequeña puerta, había un pequeño cuarto con una cama, y sobre el lecho un viejo con rostro de uva pasa. No pudo evitar hacer una mueca de desagrado al entrar y respirar el aire viciado del lugar, quién sabe cuánto tiempo llevaba ese viejo allí, encerrado.

—¿Quién es usted?

—Ya le dije: un forastero en apuros.

—¿No tiene un nombre, forastero?

—Colby Rawson.

—Se nota que no es de por aquí.

—Una ola me botó.

—Y desde bien lejos parece.

—Eso creo... ¿En qué lugar estamos, exactamente? Sé que es Cornualles, pero nada más.

—En Camborne, Colby. ¿Tiene hambre? —Colby asintió—. Yo también, ¿sabe qué hará? Se irá hasta Portreath, y buscará la taberna de la mujer de Sheldon, y le dirá a mi hija que me han salido tres arrugas más esperando la merienda. Todos los días la envía al mediodía, pero hoy se olvidó, o simplemente no ha querido hacerlo.

—¿Es decir, que tendré que caminar más todavía, viejo?

—Si quieres comer, sí.

—¿No existe alternativa?

—No.

—¿Dónde está el resto de la gente?

—En las minas, o en el puerto.

—¿No tiene un caballo?

—Solo uno, y si mi hija te ve sobre él sin su permiso, es capaz de desollarte vivo.

—¿Cuánto tardaré en llegar?

—Una hora, así que es mejor que te pongas en marcha.

—¿Y usted?

—Estoy inválido, no puedo moverme sin ayuda. Tendrías que cargarme todo el camino y no creo que sea buena idea en las actuales circunstancias.

—Tiene razón.

—¿Regresarás?

—Sí —respondió Colby sin pensar.

Con sus extremidades cansadas y adoloridas por tanto esfuerzo, al que no estaba acostumbrado, Colby emprendió el camino hacia donde le había indicado el viejo. Si quería alimentarse no le quedaba otra que mendigar, pues ya se había revisado los bolsillos y obviamente no tenía nada de dinero, y menos aún cómo demostrar su identidad.

Tal como le había dicho Jowan Cough, luego de una caminata interminable, por fin divisó el puerto y las callejuelas cercanas a él. Colby sabía que en ese puerto se cargaban los barcos que transportaban cobre y estaño, tanto para el resto del Reino Unido, como para América, y por lo tanto a pesar de ser pequeño era muy importante. También estaba enterado de que la mayor pesca de la región la constituía el arenque, la que llegaba en grandes cardúmenes desde el Mar del Norte, durante el verano.

Arrastrando los pies, porque las llagas que se le habían formado en esas pocas horas, apenas le permitían caminar, se adentró en el pequeño pueblo para buscar la taberna de la mujer de Sheldon. Sin embargo, el cansancio no impidió que pensara con burla en quién sería esa mujer, o a qué se debería la fama del famoso Sheldon, para que ella no tuviera su propio nombre. De todas formas, pensó, faltaba poco para descubrirlo.

Colby estuvo preguntando por la mentada taberna desde que entró al pueblo, y aunque todos decían conocer quién era la mujer de Sheldon, eran pocos los que sabían de la taberna, hasta que un hombre con aspecto de estibador, le dijo que justo frente al muelle había un lugar pequeño que servía cerveza y comida. Le indicó por donde llegar y movió la cabeza al ver sus pies. Colby se sintió miserable. Que un hombre humilde como aquel sintiera compasión por él, lo derrotó completamente.

—Soy naufrago, el mar me lanzó en la playa. —No supo por qué se sintió en la obligación de explicarse, quizás para justificar el estado en el que se encontraba, aunque lo más probable era que al otro hombre poco le

importara.

—Consígase unas botas lo más pronto posible, se ve que usted no está acostumbrado a no llevar nada bajo los pies.

—Ni siquiera supe si viviría, así que encontrarme aquí hoy sin zapatos es lo de menos.

—No se preocupe, la mujer de Sheldon lo ayudará.

—Gracias.

Colby reemprendió su marcha, esta vez con el peso extra de la vergüenza: que un hombre de su categoría fuera digno de lástima, era el colmo de lo que su dignidad podía soportar. De algún modo tendría que conseguir dinero para regresar, o escribir a casa para que fueran por él, pero ¿a quién?, se preguntó después. Por suerte encontró pronto la dirección de la taberna, y se olvidó de sus lamentaciones.

La taberna no podía estar peor ubicada, medio escondida junto a un establo. Cuando Colby traspasó la puerta en vez de que lo recibiera el aroma a comida o el tufo a cerveza de los parroquianos, lo único que fue capaz de identificar fue el hedor de los caballos.

El lugar era pequeño, y apenas tenía tres mesas con cuatro sillas cada una, y una barra con otros cuantos taburetes. Frente a la barra no había nadie. Él se sentó y esperó. A los pocos minutos, apareció una mujer de atrás de una cortina, cargando una bandeja de madera.

—¿Quién pidió arenques fritos? —preguntó alegremente a sus clientes, y la mayoría levantó la mano.

—No puede ser, si es la mujer grosera de la playa.

—¿Y usted, que va a querer? —le preguntó, volviéndose hacia él.

—¿Usted es la mujer de Sheldon?

—Era, el infeliz se murió hace cuatro o cinco años, ya perdí la cuenta... Pero, dígame qué quiere.

—Me envía su padre.

—¿Y qué quiere el viejo?

—Su merienda. Le prometí llevársela.

—¿Usted? ¿De qué le conoce?

—De ninguna parte. Solo pasé a pedir ayuda, y él me envió. Dijo que me daría de comer a mí también.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Porque soy el forastero que no quiso auxiliar en la playa.

Capítulo 3

—¡Ah! Usted es el borracho que dormía entre las algas.

Colby miró a Phoebe como si quisiera asesinarla, ¿cómo osaba tratarlo de esa forma?

—Permita que le aclare que no estaba borracho, señora mujer de Sheldon. Estaba viajando con destino a América, y fuimos atacados por piratas.

—Entonces, es un marinero.

—No soy un marinero, sino un pasajero.

—¿Y qué pasó con el resto de la gente? ¿Por qué no han aparecido más naufragos en la costa?

—No tengo la respuesta para su pregunta. Solo sé que me embarqué en el Enrique VIII, en Poole, hace cinco días.

—¿Cómo sé que dice la verdad?

—Míreme.

Phoebe lo miró con los ojos entrecerrados.

—Solo veo a un hombre andrajoso y descalzo.

—¡Por supuesto, si lo que no me robaron se lo llevó el agua! ¿Sabe? Deme la comida para llevársela al viejo, luego me marcharé.

Phoebe regresó a la trastienda, y a los pocos minutos volvió con un pequeño bulto de trapo.

—Tome, aquí hay comida para los dos. Después que coma, puede marcharse.

—Gracias, últimamente solo he tragado agua salada.

—Si eso fuera verdad, ya estaría muerto.

—Lamentablemente estoy vivo.

—¿Por qué lo dice?

—No es nada, olvídalo.

Phoebe se encogió de hombros y se dio la media vuelta para regresar a la trastienda, pero un fuerte ¡auch!, la detuvo.

—¿Qué le ocurre, hombre de Dios!

—He chocado con una silla.

Phoebe quiso reír, pero en el fondo le dio pena el hombre. Todo en él la

inclinaba a sentir lástima, y no quería volverse a sentir así por ningún hombre.

—Pregúntele al viejo si tiene algo que le pueda servir —le dijo secamente. Luego se volvió de nuevo y desapareció tras la cortina.

Colby se alejó de la taberna, pensando en el largo trecho que le esperaba para llegar a la choza del viejo. Aunque fuera por primera vez en su vida, pensaba cumplir su palabra.

Phoebe regresó a la cocina. En la lumbre tenía una gran cacerola llena de sopa. A eso de las cinco comenzaría a llegar su clientela habitual, y aún le faltaba cocer los nabos y pelar las papas que freiría para servir las junto a los arenques, también fritos.

Mientras revolvía el cazo con el cucharón, Phoebe, se quedó pensando en el forastero, ¿quién sería? ¿Un delincuente? ¿Un señorito de alta cuna? Era bastante difícil adivinarlo, ya que no parecía más que un pordiosero. Luego sacudió la cabeza para alejar su atención de aquel hombre, no valía la pena tomarse la molestia de pensar en un desconocido que solo estaría de paso como todos.

Ante el mundo, Phoebe, simulaba su desinterés por los hombres, pero muy dentro de su corazón anhelaba que algún día llegara alguno que la amara a ella más que a la bebida, o que, a otras mujeres. No le interesaba si tenía bienes o no, solo que la amara y la tal y cómo era. Eso sí, quien la quisiera no coartaría su independencia, y además tendría que quedarse con el bulto completo.

Colby iba maldiciendo por el camino de regreso a la cabaña del viejo. Estaba sucio, cansado, famélico, pero increíblemente los pies se iban acostumbrando poco a poco a caminar sobre el suelo empedrado.

Pudo haber desenvuelto el envoltorio y comer algo del contenido, pero desistió porque si lo hacía lo más probable era que no pudiera parar. El pobre viejo no tenía la culpa de su situación.

Y cuando por fin llegó a la casita, lo primero que vio al traspasar el umbral, fue al hombre arrastrándose por el suelo.

—¿No dije que no podía moverse, viejo?

—¿Y crees que esto es caminar? Iba a la puerta, a esperarte. ¿Traes comida?

—Aquí tiene. —Colby le entregó el bulto.

—¿Tienes hambre? Trae unos platos y un par de vasos de cerveza, si es que aún queda. Comeremos afuera.

Jowan comenzó a arrastrarse hacia la puerta.

—Espere, viejo, dígame dónde quiere ir.

Rodeando la casa, hay una mesa y un par de bancos. Llévame ahí.

Con bastante dificultad, porque apenas se podía mantener en pie por el cansancio, Colby levantó al viejo y salió con él para llevarlo donde le había pedido. Cuando estuvo seguro de que el viejo estaba bien instalado sobre uno de los troncos que servían de banco, y no caería al suelo, Colby fue adentro por los platos y la cerveza. Le pareció paradójico que alguien como Jowan estuviera tan preocupado por la etiqueta.

—Esto es lo único que encontré —le informó al viejo, mientras depositaba dos platos, un par de cucharas, dos vasos y una pequeña garrafa, sobre la mesa.

—Me siento culpable.

—¿Por qué?

Jowan comenzó a desenvolver el trapo que cubría la comida.

—Debes estar exhausto, y yo, en vez de ofrecerte un lugar para descansar, te envío a un largo paseo por comida, ¡y por Dios que espero que haya valido la pena!

—Yo también, viejo. Y por el cansancio no se preocupe, ya habrá tiempo después. Dormiré tres días seguidos.

—¿Piensas quedarte?

—No creo que a su hija le guste la idea.

—Pero si yo lo decido, te quedarás.

—No quiero buscarle problemas. Ella tiene un carácter horrible.

—Ha sufrido mucho.

Colby no quiso saber de los sufrimientos de la mujer de Sheldon, así que guardó silencio, y se concentró en la comida que tenía en el plato: arenque, patatas hervidas y pan.

—Está bueno.

—Mi hija tiene buena sazón.

Colby continuó comiendo en silencio, y el viejo no pudo evitar fijarse en que este forastero tenía buenos modales. Pensó en interrogarle, sin embargo, se arrepintió, no era buena idea intentar conocer los secretos de los hombres.

Los problemas no eran para compartirse, cada quien debía luchar solo con sus demonios, y él ya había tenido su lucha. Jowan sabía que tarde o temprano acabaría conociendo los secretos de Colby, aunque no lo deseara, pero por ahora era mejor no saber.

Sin proponérselo, Colby se quedó dormido sobre la mesa, y el viejo se deslizó hasta el suelo y se arrastró hasta la casa. No podría subirse a la cama por su cuenta, pero al menos estaría bajo techo para protegerse de la brisa fresca de la tarde, y sobre todo de los regaños de Phoebe si llegaba y lo sorprendía afuera.

Al caer la tarde llegaron Phoebe y los niños. Ella venía fatigada, como todos los días, y lo único que anhelaba era meter los pies en una palangana con agua caliente.

Lo primero que hizo al entrar a la casa, fue ir a encender el fuego para poder colgar un cazo de agua para sus pies, pero se encontró con que no quedaba leña, así que tuvo que salir hasta la parte de atrás de la casa para recoger algo de lo que tenía cortado de antes.

—Ya no queda leña —dijo en voz alta—, tendré que cortar más mañana.

Cogió cuatro maderos, y los dejó sobre la mesa para ver si quedaba alguno más por allí. La penumbra caía rápidamente y ya no era posible ver nada sin la lámpara de aceite, por lo que no pudo hacer una revisión minuciosa del lugar. Finalmente decidió no continuar con la búsqueda, y se dispuso a coger los leños que había dejado sobre la mesa. De pronto un gruñido llamó su atención.

Capítulo 4

—¿Qué demonios?

Otro gruñido. ¿Habría algún animal sobre la mesa? Con uno de los maderos, barrió la mesa, y los platos saltaron al suelo. Cuando tocó el cuerpo que estaba doblado sobre la mesa, se asustó, pero no impidió que golpeará más fuerte el bulto extraño.

Colby se puso de pie furioso, y a pesar de la oscuridad, logró detener los golpes de Phoebe.

—¡Demonios! ¿Qué ocurre, mujer?

—¡Maldita sea, usted otra vez!

—Me quedé dormido, pero ese no es motivo para que me apalee.

—Creí que era un animal, y parece que no me equivoqué. ¡Suélteme!

En ese momento, Colby se dio cuenta que aún la estaba sosteniendo por los brazos. La soltó de golpe como si se estuviera quemando, y Phoebe casi cae hacia atrás.

—Le advertí que no quería problemas, y usted dijo que se marcharía.

—Lo sé. Me quedé dormido y el viejo no me despertó.

—Es que usted le agrada.

—¿Cómo lo sabe?

—Solo lo sé. Créame. Es verano. Puede dormir junto al caballo. La pesebrera no es grande, pero estará bajo techo. Le daré una manta.

—Gracias.

Al rato, apareció Tate con una lámpara y una manta.

—¿Cómo te llamas?

—Tate, soy el mayor.

—Gracias, Tate.

—De nada, señor.

Colby sopesó sus opciones: dormir bajo las estrellas, o junto al aroma a estiércol del caballo. Ninguna de las dos le agradó, así que por su cuenta decidió dormir debajo de la mesa.

—¿Qué haces, cielo?

Phoebe venía rodeando la cabaña, con un lienzo blanco colgado del brazo.

—Estoy despertando al forastero, mami, pero no me hace caso.

—No me digas que está...

—Durmiendo debajo de la mesa —concluyó Caron por ella.

La niña continuó rozando el pecho de Colby con la flor que tenía en la mano. Él no pareció dar muestras de querer abrir los ojos. Phoebe estiró un pie hacia una de las pantorrillas de él y la sacudió. La única respuesta que obtuvo fue un leve ronquido.

—Déjalo, cielo, está más dormido que un lirón.

La pequeña se encogió de hombros y se puso de pie para seguir a su madre. Entretanto Phoebe, se dirigió al pozo y sacó un cubo de agua, y luego caminó hasta un cubículo que estaba junto a la pesebrera.

Colby no estaba tan dormido, era solo que no tenía ganas de abrir los ojos para comenzar el día, así que llegó con claridad a sus oídos la armoniosa voz de la mujer, entonando una vieja canción galesa...

Un último beso largo... y después nos separaremos.

¡Otro y Adiós!

No puedo ayudar a tu corazón roto,

Porque el mío también está roto.

Phoebe se despojó de la ropa y con un jarro cervecero se vertió un poco sobre el cuerpo. Se le escapó un grito al sentir la frialdad sobre su piel.

Colby levantó la cabeza para descubrir la dirección del grito de Phoebe. A punto estuvieron de salirse los ojos de las órbitas al presenciar la escena: las tablas destinadas a tapar el cubículo, apenas cubrían la parte del medio del mismo. Quedaban al descubierto los pies de la mujer hasta las pantorrillas, y desde la cabeza hasta el nacimiento de los senos. La rigidez entre las piernas de Colby no se hizo esperar, imaginando cómo sería la parte de ese cuerpo que no alcanzaba a ver. Ese cabello de fuego. Esa piel cremosa. ¡Qué mujer! Se quedó embobado observando a Phoebe, con el mentón apoyado en las palmas de sus manos. Se hubiera quedado así por siempre, pero un inoportuno puntapié de Tate lo trajo a la realidad.

—¡El forastero te está viendo, mamá! —gritó Tate.

Phoebe tardó unos instantes en comprender. Cuando le quedó claro lo que

su hijo le estaba gritando, indignada tiró el jarro y se cubrió de inmediato con sus ropas. Salió echando una tromba de la improvisada ducha y se fue directo hasta la mesa.

—¡Cómo se atreve! —le gritó, y miró a su alrededor en busca de algo con qué golpear a Colby. Tate había comprendido sus intenciones y le entregó una rama gruesa que estaba junto a la leña—. ¡Salga de su escondrijo, comadreja inútil! —le gritaba ella, mientras lo golpeaba con la rama en donde cayera!

El viejo que ya se había arrastrado hasta afuera, esperando encontrar todavía a Colby por allí, observaba pensando en que ya era tiempo de que su hija consiguiera un nuevo marido, y vaya que el forastero le gustaba para yerno. Colby tenía aspecto de inútil como decía su hija, pero tenía fuerza suficiente para cargarlo a él, y eso era demasiado importante.

Colby salió indignado de debajo de la mesa, ¡cómo esa mujer osaba golpearlo como si fuera un chiquillo! Le arrebató con violencia la rama de árbol, y la tiró lejos.

Ambos se quedaron viendo como si fueran combatientes que estaban a punto de enfrascarse en una lucha.

—¡¿Está loca!?

—¿Por golpear a un fisgón? Se lo tiene más que merecido.

—¿Y qué cree que estaba mirando?

—A mí... Mi cuerpo.

—Como si tuviera algo digno de ver.

Phoebe lo miró con incredulidad, ¡la estaba llamando fea! ¿Tan descuidada estaba? Eso le dolió en lo más profundo de su ser.

—Si es como dice —repuso ella con desprecio—, no tenía por qué haber estado perdiendo el tiempo contemplándome.

¡Touché!

Colby observó esa figura esbelta con los ojos entrecerrados. Se iría al infierno por mentir. Ese era el cuerpo más apetitoso que hubiera visto en años. Qué ganas que no hubiera nadie más alrededor, y pudiera tumbarla sobre la mesa para poseerla allí mismo como un salvaje.

—Lo siento, señora Sheldon. No pretendí ser impertinente.

Phoebe iba a contestarle, pero la pequeña Caron la tiró de una mano.

—Mamá, el abuelo dice que tiene hambre. Que mates de una vez al

forastero para poder desayunar.

Ella miró a su hija, y luego a su padre que sonreía.

—¡Oh! Dile al abuelo que...

—¿Qué, mamá?

—... Qué ya voy.

Enseguida, mandó a Tate por otro lienzo blanco, y se lo entregó a Colby, junto con el cubo y una barra de jabón. —Tome. A usted sí que le hace falta un baño.

Capítulo 5

Colby se sentía sucio todavía después del baño. Era la primera vez en su vida que repetía un pantalón por varios días seguidos. Ni hablar de la camisa que estaba desgarrada además de sucia. Él, que estaba acostumbrado a llevar corbatas de seda en los cuellos almidonados, ahora se veía peor que un pordiosero. Y sus pobres pies, que jamás habían pisado suelo sin alfombras, ahora tenían callos en las plantas, y las uñas sucias. Claro que no estaría en esta situación si en primer lugar no hubiera seducido a la mujer de su padre.

Nunca olvidaría la cara del conde cuando los sorprendió en el cobertizo de los coches. Todas las expresiones imaginables se reflejaron en su rostro: incredulidad, espanto, repugnancia. Esa misma noche, Colby abandonó Woodhurst House sin volver la vista atrás. De ahí en adelante todos los infortunios que le sucedieron, no fueron más que un castigo divino por haber traicionado a su padre. Estaba seguro de que jamás lo perdonaría, y él tampoco se sentía digno de regresar a Surrey para implorar su perdón. Quizás, cuando las aguas se hubieran quietado, y hubiera pasado un tiempo, tendría alguna oportunidad. Aunque, conociendo a su padre lo dudaba. El viejo conde jamás había dejado pasar ni una de sus insubordinaciones, así que no veía posible que dejara pasar el hecho de que su único hijo se hubiera acostado entre la paja con su mujer.

—¿En qué piensas? —preguntó de pronto el viejo—. No has tocado tu desayuno. No dejes que las miradas de mi hija te intimiden.

—En nada, viejo. Solo meditaba en cómo ha cambiado mi vida en los últimos meses. A esta hora debería estar rumbo a América.

—¿No tienes familia? ¿Alguien que te extrañe?

—Un padre, pero no creo que sientas deseos de verme ahora mismo.

—¿Mujer? ¿Hijos?

—Haces demasiadas preguntas, viejo.

Colby se dispuso a comer, bajo la mirada furibunda de Phoebe, que lo único que deseaba era tenerlo lo más lejos posible de su casa.

—Bien, chicos, vamos antes de que se nos haga tarde. Papá, pasaremos al

mercado antes de regresar. Hoy no tengo deseos de cocinar. Compraré algo por ahí.

—No te preocupes, Colby me cuidará.

—Eso me temo —dijo ella entre dientes.

—¿Qué dijiste?

—Nada, papá. Nos vemos.

Después de que Phoebe y los niños se fueron, Jowan miró con seriedad a Colby, y luego le dijo lo que jamás pensó en decirle a otro hombre.

—Sería bueno que aproveches de limpiar un poco, para que mi hija vea que no eres un inútil y no te eche a la calle. Así ganas puntos con ella.

—¿Y qué te hace pensar que necesito congraciarme con ella? Tu hija es el mismo demonio.

—Bueno, porque no tienes a dónde ir. Tampoco puedes estar de vago por la vida. Te he observado, y sé que no eres granjero, minero, o pescador. A pesar de la mugre, tus manos están bien cuidadas, y tienes modales en la mesa. No sé de qué huyes, y no me interesa mientras no seas un criminal.

—No lo soy, Jowan, te lo aseguro.

—¿Entonces? Sé agradecido, y recibe las oportunidades que el destino te da. Por otro lado...

—¿Qué?

—Mi hija lleva mucho tiempo sola.

—Primero muerto.

—¿Es muy poca cosa para ti?

—Ya te dije que ella es el mismo diablo. Tampoco deseo casarme. Me gustan todas las mujeres.

—¿Phoebe también?

—No quiero hacerle daño, viejo.

Jowan Cough no contuvo las carcajadas. Le causaba mucha gracia que Colby dijera que no «quería hacerle daño» a Phoebe.

—¿De qué te ríes, viejo?

—Que lo más probable es que sea ella la que te haga daño.

—¿Por qué lo dices?

—Porque la conozco. Solo sé que, si no haces el intento, te arrepentirás.

Phoebe salió confundida del servicio. El ministro Carlson estuvo hablando de la caridad en el sermón, y eso la hizo sentirse culpable con

respecto al destino que pensaba darle al forastero: la calle.

—Niños, vamos al mercado a comprar unos pasteles de carne para llevar a la casa. De paso veremos algo de ropa en el puesto de ropa de segunda mano.

—¿Ropa para quién, mamá? —preguntó Dylan, que era el más silencioso de los tres.

—Solo camina y no preguntes tanto.

Como era domingo, los niños aprovecharon para pedir algunos dulces, lo que su madre concedió, pero con restricciones.

—Solo uno para cada uno, pues el dinero no abunda.

—Es para que te quede para la ropa del forastero, ¿verdad? —le dijo Tate, haciendo una mueca de disgusto.

—El ministro Carlson dijo que debemos ser solidarios, ¿o no escuchaste el sermón?

—Mientras sea solo por eso.

Al hijo mayor de Phoebe no le caía nada de bien el forastero. No confiaba en él. Ellos estaban bien, así como estaban, y temía que a su madre le gustara demasiado el hombre, y por su culpa los dejara a ellos de lado.

Phoebe se daba cuenta que a Tate no le gustaba Colby, y era un sentimiento que compartía con él. Solo por caridad cristiana había desistido de echarlo a la calle, sin embargo, intentaría encontrarle un trabajo. Esa sería la mejor forma de deshacerse de ese hombre tan odioso.

Sin proponérselo, se divirtió buscando prendas en el puesto de la viuda Morgan, que, al quedarse sola en el mundo con cuatro hijos pequeños, discurrió pedir ropa usada en las mansiones y casas acomodadas de los alrededores. Y fue así como comenzó lo que para ella se convirtió en un próspero negocio, vendiendo guantes, sombreros, vestidos, y hasta enaguas que las señoras ricas ya no querían usar. Por supuesto que con la ropa de varón sucedía lo mismo, daba igual si era donante vivo o muerto. Todo iba a parar al mercado.

—Señora Morgan. Necesito una camisa, unos pantalones, una chaqueta y un par de botas también, si es que tiene.

—Tengo las prendas de un Lord, recién llegadas.

—No. Preferiría las de un muerto. No quiero nada caro.

—¿Y para quién es la ropa?

—Para un pariente lejano que está visitándonos en casa. Estuvo en un naufragio y perdió todo.

—No me refería a eso, sino al tamaño de las prendas.

Phoebe miró a su alrededor, hasta que ubicó a un hombre de estatura y contextura similares a Colby.

—Como aquel hombre —le dijo a la viuda, señalando con el dedo.

—Busquemos entonces. ¿Calzones también?

—Sí, no queremos que ande como Dios lo echó al mundo cuando tome un baño, ¿no?

Así fue como por pocas monedas, regresaron a casa con un saco cargado para Colby. Los pequeños iban entusiasmados, ya que se creyeron el cuento del «pariente lejano». Tate en cambio, caminaba delante pateando las piedras.

Capítulo 6

Cuando hubo terminado, Colby se maravilló de su trabajo: había dejado el piso reluciente. Había sacudido en el patio los raídos tapetes y las cortinas. Al parecer Phoebe era una pésima ama de casa. También había dejado todos los trastos limpios, con los varios cubos del agua del pozo. Inclusive se había dado tiempo para recoger algunas flores del jardín silvestre que estaba contiguo a la casa. Jamás en la vida, había tenido que hacer labores domésticas, y menos observar cómo se hacían, pero cuando se proponía una tarea le gustaba ejecutarla con excelencia. Solo las instrucciones del viejo habían bastado para que supiera qué hacer. Ahora la casa olía a limpio, gracias a toda la lejía que había utilizado para desinfectarla. El único lugar que no había tocado, había sido el cuarto donde dormían Phoebe y los niños, porque hasta la pequeña habitación del viejo estaba immaculada.

—Si mi hija no te quiere como esposo, estoy segura que te aceptará como sirviente —dijo Jowan entre risas—. ¿Estás seguro que es la primera vez que agarras una escoba?

—Completamente, viejo.

—Ahora sí tus manos parecerán las de un hombre de esfuerzo.

—Ya llegamos —anunció Phoebe a su padre, quien estaba sentado en la puerta.

—Te espera una sorpresa —dijo él con una risita.

—¡No me digas que se marchó!

—Lamento decepcionarte, hija. Pero, entra, entra.

Phoebe abrió la puerta, y Jowan se arrastró detrás de ella.

—¿Qué significa esto? —preguntó. Pero su rostro no era de asombro o satisfacción, sino de furia—. ¿Qué hiciste, papá?

—¿Yo? Nada.

—¿Fue él?

—Solo intenta ganarse tu confianza, hija.

—Metiéndose en mis cosas?

—¿No deberías estar contenta? ¿Agradecida al menos?

—Agradecida estaré cuando se marche.

El viejo Jowan la miró con reproche. Después se arrastró en dirección a su cuarto.

—Traje pasteles de carne.

—No tengo hambre.

Phoebe se quedó viendo como su padre desaparecía detrás de la puerta. Definitivamente él no la comprendía. Luego depositó en el sofá, el saco con la ropa para Colby que aún sostenía en la mano. Finalmente fue a la cocina en busca de algunos platos para servir los pasteles de carne. Estaba en eso cuando el hombre entró a la casa. Él quería pasar desapercibido, lo que no logró porque Phoebe percibió su presencia de inmediato.

—Ahí le dejé unas prendas, para que se las pruebe —le dijo, sin volverse a mirarlo.

—¿Para mí? —le preguntó Colby, sorprendido.

—Sí.

—Gracias. Me daré un baño antes de probármelas.

—Detrás de la puerta hay un lienzo limpio para que se seque, y el jabón quedó afuera.

—Gracias, señora Sheldon.

Colby abandonó la casa en silencio, mientras Phoebe repetía mentalmente eso de «señora Sheldon», y decidió que no le gustaba. Eso le trajo a la cabeza la viuda Morgan. Quizás a ella tampoco le gustaba que la llamaran así. Cuando la volviera a ver se lo preguntaría.

—¿El abuelo no vendrá a merendar? —preguntó preocupado Tate.

—Dice que no tiene hambre.

—¿Se lo llevo al cuarto?

—Señor, ¿podría ir a buscar a mi padre, por favor? —hasta ella se sorprendió de la repentina amabilidad que brotó de sus labios.

Colby se puso de pie en silencio, y ella con disimulo lo observó. El bribón se veía demasiado guapo con las ropas que le había comprado. Y la coleta que se había hecho con los cabellos largos, le otorgaban distinción. Parecía uno de esos señores poderosos que frecuentaban de vez en cuando el puerto. Al poco rato regresó Colby cargando al viejo. Después de sentarlo en uno de los taburetes, él también se sentó.

—¿Todavía estás enojado? —preguntó ella.

—¿Y tú?

—No.

—Entonces comamos en paz.

Los pasteles de carne estaban deliciosos, tanto así que Colby se lamió hasta los dedos ante la mirada atenta de Dylan y Caron.

Después de un rato, Dylan sacó la voz por segunda vez ese día.

—Tío Colby, ¿te podemos llamar tío?

Él los miró perplejo.

—¿Cómo saben su nombre, y yo no? —los interrogó Phoebe.

—Porque le preguntamos... ¿Podemos llamarte tío? —insistió el pequeño.

—Si a su madre y abuelo no les molesta.

—Ella le dijo a la viuda Morgan que eres nuestro pariente.

A Phoebe, el rostro se le puso de un bello color escarlata.

—No quería que me acosara a preguntas. Eso fue todo.

—Comprendo, señora Sheldon.

—Me llama «señora Sheldon», y yo de usted no sé nada.

—Mi nombre es Colby Rawson.

—Por mi parte no hay problema —dijo el viejo, limpiándose la barba, y todos lo miraron sin comprender—. De que lo llamen tío, ¿no hablaban de eso?

Los dos pequeños se levantaron de sus taburetes y fueron a abrazar a su nuevo tío, entretanto, Tate, lo miraba como siempre con cara de pocos amigos.

Colby no supo cómo reaccionar al espontáneo cariño de los chicos, y por unos instantes de quedó congelado. Cuando hubo pasado la sorpresa del primer momento, abrió sus brazos casi con timidez y los acogió entre ellos. Al viejo Jowan se le aguaron los ojos. En cambio, a Phoebe, al igual que Tate, solo la desconfianza tiñó los suyos.

Después de la merienda, Jowan quiso echarse a dormir una siesta, y los niños le pidieron a Phoebe ir a dar un paseo por la playa. Una actividad de la que no se cansaban nunca.

—Mamá, invitemos al tío Colby —pidió Caron.

—Quizás no quiere.

—Sí quiere, ¿verdad tío Colby? —Caron estiró su pequeña mano hacia Colby y a él no le quedó más remedio que aceptar.

—¿Tú, no vendrás? —le preguntó ella a Tate.

—Me quedaré con el abuelo.

—Como quieras.

Phoebe caminaba adelante, y Colby más atrás con los niños. Eso le dio la oportunidad de admirar el cabello de ella agitado por el viento, pero la observación no le duró mucho ya que la pequeña le rogó que la cargara en los hombros.

De pronto, Colby sintió deseos de conocer más de esa mujer, pero la verdad sea dicha, no sabía cómo abordarla.

Capítulo 7

Phoebe percibía que Colby quería entablar algún tipo de dialogo con ella, pero no lo permitiría. Si fuera feo al menos, la cosa seria más sencilla. El que fuera endemoniadamente atractivo le ponía los pelos de punta. El difunto Sheldon había sido un tipo tal, que hasta las flores del campo se enderezaban cuando él pasaba. Siempre hubo mujeres que lo rondaban, como moscardones, y él se dejaba querer. Estaba segura que más de una vez le había sido infiel sobre todo en época de preñez. No quería volver a enamorarse de un hombre guapo. Si alguna vez decidía casarse de nuevo, seria con uno feo, que no la opacara y se sintiera agradecido de que ella hubiera puesto sus ojos en él. De sobra entendía que sus ideas eran egoístas, sin embargo, un hombre bello daba muchos dolores de cabeza.

Iba tan absorta en sus pensamientos que estuvo a punto de caer cuando tropezó con una piedra. Colby, dejó a Caron en el suelo, y se apresuró a socorrerla.

Phoebe se puso de pie con rapidez. Colby alcanzó a tomarla de un brazo, donde la manga del vestido no alcanzaba a cubrirla. Esa sencilla acción los quemó a ambos. Se apartaron al mismo tiempo, creyendo que arderían ahí mismo si no lo hacían.

Continuaron caminando en silencio. Phoebe fingía tener la vista fija en el mar, y Colby intentaba distraerse con los niños.

—¿Está casado? —preguntó de pronto ella, enfrentándolo a la cara, casi en forma violenta.

—No. ¿Por qué quiere saber?

—Pensaba que quizás habría mujer e hijos que lo esperarían en casa. Se ve tan a gusto junto a mi padre. —Hubiera querido decir entre nosotros, mas no se atrevió.

—Nadie me espera.

—¿No tiene familia?

—Solo un padre, que lo último que querría ahora es verme.

—¿Por qué?

—Creo que hace demasiadas preguntas, señora Sheldon.

Phoebe lo miró furiosa, luego se dio media vuelta y se alejó.

Continuaron todo el resto del trayecto en silencio. Cuando llegaron al empinado sendero que conducía a la playa, Colby hizo amago de ayudarla, pero ella no se lo permitió. De ninguna manera consentiría que él volviera a tocarla.

Al llegar abajo, Phoebe se sentó sobre una roca, y Colby la imitó.

—Podríamos empezar de nuevo —le dijo él, sorprendiéndose a sí mismo.

—¿Empezar qué?

—Intentar dejar a un lado nuestra antipatía.

—Usted me cae mal.

—Y yo, creo que es odiosa.

Phoebe abrió la boca para decir algo. Se arrepintió al instante y la cerró.

—¿Le agrada mi padre?

—Mucho.

—Él se aprovechará de usted.

—Siento lástima.

—No la sienta. Él está así por borracho.

—¿Qué le ocurrió?

—Una mañana se pasó directo del bar a la mina. Un carro lleno de piedras le cayó encima.

—Comprendo. Pero ya que está así, no cuesta tanto aliviar su vida. Debe sentirse miserable encerrado en casa todo el tiempo.

—Es verdad, pero no hay mucho que pueda hacer. Tengo caballo, pero no carreta. Así que es imposible sacarlo a estos paseos, o llevarlo al pueblo... ¿Verdaderamente le gusta estar en casa?

—Es una experiencia nueva.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Olvídelo.

Colby quería saber más de la vida de aquella mujer, pero no quería preguntar por temor a ser malinterpretado. Que su curiosidad se tomara como interés, era lo último que pretendía. Se hizo nuevamente el silencio entre ellos. La situación era incómoda: ambos sentados sobre la misma roca, observando el ir y venir de las olas. El hombre se sintió casi agradecido cuando los niños lo llamaron para que fuera a jugar con ellos. Se desprendió de las botas con rapidez y se arremangó los pantalones. Cuando metió los

pies en el agua soltó una maldición.

—Eres igual a mamá, tío Colby —apuntó Dylan, riendo.

Por un momento, Colby se olvidó de Phoebe y se dedicó a jugar con los niños.

Phoebe observaba cómo corría detrás de los chicos. Se veía feliz, y sus hijos también. Joshua jamás había jugado así con Tate, y menos con Dylan que era más pequeño. Más bien, a él parecían molestarle sus propios hijos. En cambio, Colby... Bueno, soñar no costaba nada.

—¡Mamá, ven! —le gritó la pequeña Caron.

Con resignación, se descalzó, y levantó un poco sus faldas con ambas manos para correr hacia el agua.

Cuando Colby vio correr hacia ellos los finos pies de Phoebe, sintió una punzada en el estómago. En modo alguno era un hombre fetichista, pero qué ganas le dieron que esa nívea piel se restregara contra él. Un masaje chino, quizás. Sería una verdadera delicia.

De pronto, Phoebe, estuvo riendo y corriendo con Colby y los niños. Parecían una verdadera familia. Solo faltaba una cesta con comida y una manta para que la fiesta fuera completa.

El rostro de Phoebe estaba sonrojado, y aunque no quería, Colby no podía dejar de contemplarla. A su vez ella, no quitaba los ojos del pecho de él, de los vellos que se alcanzaban a asomar por su camisa abierta por el viento.

El juego se trataba de correr unos detrás de otros, y alcanzarse lo más rápido posible, por lo que era inevitable que los dos adultos también tuvieran que hacerlo. Phoebe corrió, y de dos zancadas, Colby la alcanzó. Ella intentó escapar, pero ambos cayeron al suelo hechos una madeja. Dieron vueltas sobre la arena mojada, y convenientemente ella quedó sobre él. Colby no logró contenerse y la besó, sin importar que los niños estuvieran observando.

Al principio, Phoebe correspondió al beso robado de Colby, pero pronto comprendió el error que estaba cometiendo. Se soltó de los brazos de él, y se levantó más rápido que un rayo. Él hizo lo mismo. Sin embargo, en su rostro no había arrepentimiento, sino confusión.

—¿Qué se ha creído?! —espetó ella con rabia.

—Pensé que le estaba gustando.

—¿Cómo se le ocurre dar semejante espectáculo delante de los niños!

—Tiene razón. Lo siento.

—¿Por supuesto que lo siento, si no tiene alternativa!

—También en eso tiene razón, no la tengo.

—Mamá, ¿te vas a casar con el tío Colby? ¿Él será nuestro padre? — preguntó Caron con la candidez que caracteriza a una niña que sueña con un padre.

Capítulo 8

Phoebe se paralizó, no podía ser cierto que la pequeña Caron hubiera preguntado en serio si se casaría con Colby. Por suerte él estaba a unos metros más allá y no escuchó la pregunta de la niña, sin embargo, se dio cuenta de que algo le había pasado a la mujer. Estaba pálida.

Phoebe jamás imaginó que su pequeña hija tuviera la necesidad de tener un padre. Siempre pensó que, con ella, y la presencia de su abuelo era más que suficiente. Quizás tendría que conversar con el ministro Carlson para pedirle consejo. Preguntarle si él consideraba necesario que volviera a tomar un esposo, pero en modo alguno sería alguien como Colby. Ella se consideraba una mujer lo suficientemente fuerte como para poder subsistir sin la ayuda de ningún hombre. Si se volviera a casar, sería solo por amor, y no por cambiar de situación económica.

Phoebe se puso en cuclillas para quedar frente a frente de su hija.

—¿Tú sientes que necesitas un padre, cariño? —Le preguntó preocupada. No comprendía cómo la niña podía necesitar a alguien que no había conocido.

—Sí, mamá. Tate siempre habla del papá, pero yo no lo conocí, y también me gustaría tener uno.

—Por qué te habla de su papá.

—Él dice que no tenemos que dejar que el tío Colby sea nuestro papá. Phoebe se puso de pie. Así que ese era el temor de su hijo mayor: que Colby viniera a ser su padre.

—Después hablaremos acerca de eso cariño.

—Pero, ¿lo vas a pensar? —rogó la pequeña

—Te lo prometo... ¡Creo que es hora de regresar! —gritó Hacia donde estaban Dylan y Colby—. ¡Tengo cosas que hacer en casa!

Mientras horneaba los panes que tenía que llevar al día siguiente a la taberna, Phoebe no podía dejar de pensar en los comentarios de su hija. Ella sabía que la presencia de Colby en su casa no traería nada bueno. Tendría que decírselo a su padre. El forastero debía marcharse de su casa. Mientras más

pronto mejor. Después de tomar dicha decisión se sintió más tranquila.

Se dedicó el resto de la tarde a hornear, a lavar la ropa. A cepillar el caballo, y finalmente a preparar la cena.

Sólo estaba con Tate en la casa porque Jowan le había pedido a Colby que lo sacara a pasear por el acantilado, y por supuesto que Dylan y Caron Habían querido ir con ellos. Cuando regresaron su padre traía el rostro sonrosado. Phoebe Sintió una punzada de remordimiento. Le quitaría a su padre el único amigo que tenía en muchos años. Tenía muchos amigos en el tiempo que gozaba de buena salud, y pagaba las cervezas en la taberna. Pero después del accidente, muy pocos se habían mantenido fiel a su amistad. Con el correr del tiempo, ellos también se habían alejado, hasta dejarlo convertido en un hombre solitario. Huraño, de un humor apenas intratable

A la hora de la cena, todos hablaban al mismo tiempo, como si les hubieran soltado recién la lengua. Solo Tate, se mantenía más reservado, aunque a veces sonreía de las bromas del abuelo y de Colby.

Phoebe era la única que no sonreía, y cenaba en absoluto silencio. Miraba de soslayo de vez en cuando a Colby, y también a su padre quién se veía tan a gusto charlando y echando bromas con el hombre. Quizás tendría que preparar a su padre antes te expulsar al forastero de su casa.

Por lo pronto existían medidas que podía tomar para mantenerlo alejado de sus hijos.

—Qué estás haciendo hija? —le preguntó su padre quién se había arrastrado hasta la cocina para pedirle una taza de té.

—Quiero dejar preparada la merienda para mañana. Así tendrás al forastero para ti todo el día.

—¿Ha sucedido algo?

—Nada, papá

—No mientas. Tú no sabes mentir

Phoebe dejó lo que estaba haciendo y se limpió las manos en el mandil

—Caron me pregunto hasta tarde si me iba a casar con el «tío kolbi».

El viejo Jowan se echó a reír todo lo que pudo

—¿Te parece gracioso?

—No se trata de eso. He dicho muchas veces que los niños necesitan un padre. Ya son muchos años y tienes que continuar tu vida. No le veo nada de

malo en volver a casarse.

—¿Y perder mi libertad? ¿Mi independencia?

—¿Qué haces con tu maravillosa libertad? Andas con los niños arriba para abajo. Tampoco creo que tengas un amante.

Phoebe se sonrojó

—Aunque no tendría por qué contarlo, es verdad. No tengo amante y por eso puedo hacer con mi vida lo que me plazca. Ir y venir cuándo y dónde me plazca. Tampoco tengo que andar cuidando de un marido borracho, o preocupándome si está con otras mujeres.

—No todos los hombres son como Joshua, hija.

—Quizás no, pero parecidos si lo son.

Cuando al día siguiente Colby entró en la casa, Phoebe y los niños ya se habían marchado. Ella le había preparado la cama en la pesebrera la noche anterior. El lecho de paja había quedado más o menos cómodo, puesto que lo había provisto de algunas mantas, y se había ocupado de limpiar las heces del caballo y la vaca que dormían allí juntos.

Al parecer el sueño había sido tan reparador que ni siquiera la había escuchado cuando ella entró a ordeñar la vaca temprano. Colby pensó que se habría ido a la taberna temprano por ser lunes y que tendría más que hacer así que dejó pasar la mañana. Estuvo charlando y jugando a las damas con el viejo. Y lavó los trastes del desayuno, y esta vez se atrevió a entrar al cuarto de Phoebe y tender las dos camas que allí había. A eso del mediodía le comunicó a Jowan que iría por la merienda.

—Necesito el caballo para ir al pueblo, ya es hora de la merienda

—Phoebe ya lo dejó listo. ¿No viste cuando estuviste en la cocina?

—No —mintió él, a pesar de haber visto el bulto bien tapado sobre el mesón—. Jowan, te gustaría ir a dar un paseo al pueblo?

—¿Ahora? ¿Y, cómo?

—En el caballo por supuesto. Podemos merendar a nuestro regreso o quizás en el pueblo. ¿Qué te parece?

—¿Qué te traes, demonio? — preguntó Jowan riéndose.

—Sólo dar un paseo, ¿qué más?

Casi una hora después, Colby estaba bajando a Jowan del caballo frente la taberna de Phoebe.

Capítulo 9

—¿Y ustedes? ¿qué hacen aquí? —les preguntó Phoebe de manos en jarra

—Sentí deseos de salir a pasear respondió Jowan, y a Colby se le ocurrió que era una buena idea venir al pueblo.

—¿Y, en que han venido?

—Sobre el caballo. ¿En qué más? Se ve bien tu taberna — agregó el viejo.

Phoebe entrecerró los ojos y se quedó mirando a los dos hombres: Se notaba que el viejo moría por reír, en tanto el forastero la observaba con mirada seria, intentando no parecer amistoso, lo que no lograba porque en sus ojos se veía el reto que significaba para él oponerse las reglas de ella

—Queremos merendar —dijo el viejo

—¿Y lo que les dejé en casa? —preguntó indignada Phoebe

—Es que acaba de darnos hambre, será por el paseo.

—Además la comida recién preparada huele más apetitosa —agregó Colby.

Phoebe se sentía como un caldero a punto de explotar. Los dos hombres se habían puesto de acuerdo para contrariarla. Lo mejor era darles en el gusto y despacharlos pronto.

—Me gusta tu taberna hija. Es pequeña pero acogedora.

Phoebe echando humo por las orejas les sirvió pescado, papas, y cerveza, a los dos hombres. Luego se dedicó a otras mesas. Preguntando a los clientes si necesitaban algo más. En uno de esos paseos, su padre le habló.

—Le estaba diciendo a Colby que debe trabajar en una mina.

—¿Qué? —. A Phoebe casi se le salieron los ojos de las órbitas. ¿Su padre se había vuelto loco? ¿Cómo tuvo semejante idea? Colby por su parte, también pensaba que Jowan se había vuelto loco. Él nunca había hecho nada más en su vida que montar, jugar, o perseguir mujeres.

Colby se miró instintivamente las manos. ¿Qué haría él en una mina? Sin embargo, le resultaba agradable la idea de seguirle la corriente al viejo, y así fastidiar un poco a la pelirroja engreída.

—No me diga que se lo está pensando en serio —le dijo Phoebe con burla, de pie ante él con los brazos cruzados, y golpeando el suelo con un pie.

—La idea me parece más atractiva mientras más lo pienso.

Phoebe hizo una mueca burlona y se alejó a atender a los clientes que sí le iban a pagar por lo que comían. O al menos la mayoría, ya que muchos consumían a crédito y luego tenía que perseguirlos para que le pagaran. En fin, su vida ya era bastante difícil como para estarle poniendo atención a ese forastero que tenía más pinta de señorito que de obrero.

—¿Dónde están mis nietos? —preguntó Jowan, interrumpiendo sus pensamientos.

—Fueron al muelle.

—¿No es muy peligroso que estén solos por allí?

—Tate los cuida bien.

—¿Quieres ir al muelle, viejo? —le preguntó Colby, mientras daba cuenta del último bocado de pan con que había rebosado el plato.

—Creo que fue suficiente por hoy —repuso el viejo, rascándose satisfecho la panza—, pero te lo agradezco, hijo.

La palabra hijo, dicha casi con afecto, resonó en la cabeza de Colby. Su padre casi nunca lo llamaba así. Nunca había sido afectuoso, porque para él no eran importantes los lazos sentimentales. Que fueran padre e hijo no era más que el requisito que había que cumplir para mantener el título en la familia. Siempre estuvo consciente de eso, sobre todo porque su madre tampoco se comportó de forma muy amorosa con él. Más adelante, cuando ya era mayor, se dio cuenta de que su matrimonio no fue más que un acuerdo para unir a dos nobles familias. El amor entre sus progenitores no existía. Él nunca los vio tomarse de la mano o darse un beso. Su madre había sido siempre una mujer opaca, que llevaba una profunda tristeza en los ojos. Sin embargo, cuando murió, luego de una corta enfermedad, la paz reinaba en su semblante como si el despedirse de este mundo le diera la felicidad que no conoció en vida. Por eso ahora, que un hombre estuviera dispuesto a compartir con él lo poco que poseía, lo llenaba de emoción, aunque se resistiera a admitirlo.

—Mi hija es una mujer terca, tiene mal carácter, pero puede llegar a ser muy generosa. Además, es una excelente madre. Goza de excelente salud, y es muy fuerte aún. Todavía puede tener muchos hijos

Colby se carcajeo.

—Oye viejo, ¿me estás proponiendo a tu hija o me está vendiendo una yegua?

—No, yo sólo comentaba

—¡Ah! Me parece bien, porque yo no tengo intenciones de casarme. Con nadie. Ni siquiera con tu hija, aunque sea un dechado de virtudes.

—Quizás cambies de idea más adelante, y es por eso que está bien que sepas cómo es ella.

—Tú, a toda costa quieres que yo forme parte de tu familia.

—Ya te dije, ella necesita un hombre en su vida. Alguien que la ayude y que no sea un lastre. Como ese bueno para nada de Joshua Sheldon.

—Tate no me quiere —repuso Colby en tono amargo.

—Es un niño, y no sabe cómo era su padre en realidad.

—Tampoco sería buena idea echarle a perder la opinión que tiene de él.

—¿Qué estás diciendo? ¡Por supuesto que no! ¡Tú tienes qué ganártelo!

—Cuánta vehemencia, viejo. ¡En qué momento he dicho yo que estoy aceptando el trato?

—Tienes razón. ¿Qué puedo ofrecerle a un joven como tú, para que acepte casarse con mi hija?

—No te preocupes, viejo. A tu hija no la quiero ni regalada. Jowan molestó, se quedó callado. El resto del camino lo hicieron en silencio: uno no quería hablar porque se sentía frustrado, y el otro porque no cesaba de pensar en la extraña propuesta de la que no sacaría más ganancia que dolores de cabeza.

Capítulo 10

Cuando llegaron a la casa, Jowan se fue a echar un rato para dormir una siesta, y a Colby no le quedó más remedio que dar vueltas por la propiedad. Por primera vez en su vida se sentía inútil.

Se habían encontrado con un grupo de hombres en el camino, que al parecer estaban transportando mineral a lomos de unas mulas. A pesar de verse cansados, sucios, y mal alimentados, parecían satisfechos de su labor. Él nunca había tenido esa necesidad dentro de sí. Gozaba de su ocio al máximo: mujeres, apuestas, caballos, alcohol... Hacer algo por los demás, era impensado para él.

Ver a estos hombres lo había hecho sentirse avergonzado de sí mismo. Si hace dos meses atrás, alguien le hubiese dicho que se sentiría así en un tiempo más, se hubiera reído. Volvió a pensar en la idea de trabajar en la mina, ¿en realidad estaba necesitando un cambio de vida, o solo era un pretexto para no regresar a casa y enfrentar a su padre? ¡Si no fuera tan cobarde!

—¿Qué piensas hacer con tu vida, Colby? ¿No crees que ya es tiempo que madures? Pronto cumplirás treinta y seis —se decía en voz alta, como si sirvieran de algo los regaños, viniendo de él mismo—. ¿O será que necesitas ser castigado? ¿Eh, Colby?

Quizás habría estado toda la tarde interrogándose a sí mismo, mientras daba vueltas por el jardín, pero unos gritos llamaron su atención y corrió hacia el jardín delantero de la casa.

Los dos pequeños venían corriendo, y más atrás, Phoebe caminaba apoyada en Tate y su rostro lucía pálido y desencajado. Traía la mano derecha envuelta en un trapo mugriento.

—¡Dios bendito! ¿Qué sucedió?

Tate intentaba demostrar fortaleza, pero su nerviosismo lo delataba: estaba conteniendo las lágrimas.

—Mamá se quemó con manteca caliente —le informó a Colby, hablándole por primera vez.

Colby no lo pensó dos veces y tomó a Phoebe en sus brazos para llevarla

adentro de la casa. La depositó en el único sofá que había en la sala. Mientras, los pequeños lloraban asustados, y el viejo que había despertado con los gritos, se arrastraba desde su habitación.

Phoebe estaba muda. El dolor era tanto que ni siquiera tenía fuerzas más que para emitir ahogados gemidos, los cuales intentaba apagar mordiéndose los nudillos de la mano sana.

—Déjeme ver su mano —le ordenó Colby, ya que ella mantenía el brazo envuelto contra el estómago.

—Duele mucho. No puedo.

—Tengo que verla, Phoebe.

Ella lo miró un momento a los ojos. Quería ver si se estaba burlando de ella.

Lo único que vio en los ojos de Colby, fue una preocupación genuina. Por fin despegó el brazo tembloroso de su cuerpo y lo extendió para que él pudiera examinar la mano.

Con mucho cuidado, Colby, desenvolvió el trapo. No pudo quitarlo por completo, porque el paño estaba adherido a la piel de Phoebe, lo que significaba que la quemadura era seria.

—Necesito agua fresca, algo de tela limpia, y unas tijeras.

Tate, agarró una palangana y salió de prisa. El viejo se hizo cargo de los pequeños que no cesaban de llorar.

Entretanto, Colby, continuaba intentando despegar el trapo de la mano de Phoebe. Gran parte del dorso, hasta la muñeca de la mujer parecía cubierto con una segunda piel gracias al trapo. Colby temía que le entrara una infección a causa de la suciedad de la improvisada venda.

—No entiendo cómo soportó llegar hasta aquí. ¿No hay médico en el pueblo?

—No tenía dinero para un médico.

—¡Santo Dios! Usted maneja una taberna, algo debe tener ¿no?

—¡Eso no es de su incumbencia! Y deje de regañarme, no tengo la edad de Caron.

—Apuesto a que ella sería más sensata que usted.

—¡Está bien, forastero entrometido! Estoy ahorrando para poner una posada en Portreath.

—¿Una posada? ¿Conviene eso en un pueblo de pescadores y mineros?

—No menosprecie Portreath. Bastante seguido llegan hombres de

ciudades grandes, hasta de América, para hacer negocios con los dueños de las minas.

—La entiendo, pero podría haber sacado algo para pagarle al médico, ¿no cree?

—No creí que fuera serio, y no lo es, ¿verdad?

—No sé mucho de quemaduras, pero que el trapo esté pegado a su piel no es bueno —repuso él, mientras recortaba el trapo sobrante de su mano.

—¿Quiere decir, que perderé la piel?

—No lo sé, Phoebe.

La charla había mantenido ocupada a Phoebe, haciendo que olvidara el dolor, lo que Colby agradeció pues así sería más fácil curarla. Sin embargo, en cuanto vio entrar a Tate con el agua, encogió el brazo instintivamente. Colby se lo cogió con delicadeza y lo estiró.

—Tranquila, no le haré daño.

—Me duele demasiado.

—Lo sé.

—Creo que hay yodo en la cocina.

—No le pondremos nada. Solo vamos a lavar la herida.

Colby acercó un taburete bajo al sofá, y puso encima la palangana con agua fresca. Luego tomó el brazo de Phoebe y le sumergió la mano en el agua.

—¿Cómo se siente el agua?

—Reconfortante. Calma el ardor —respondió ella con los ojos humedecidos por las lágrimas contenidas.

—La tendremos así un momento, y luego comenzaré a quitar el trapo. Tendrá que ser valiente.

—¡Ya le dije que no soy una niña!

—Ya veremos —repuso Colby muy serio, pero en sus ojos brillaba una sonrisa—. Tate, vamos a necesitar más agua fresca.

—¿La que traje ya no sirve?

—El calor de la mano de tu madre ya la templó.

El niño salió de inmediato por más agua, y Colby se dio a la ardua tarea de comenzar a retirar la tela.

Con extremo cuidado, Colby comenzó a tirar de los restos de trapo de la mano de Phoebe. De vez en cuando la miraba a los ojos, y ella valiente le sostenía la mirada. Poco a poco la tela se fue despegando en forma de

hilachas, de la piel de Phoebe.

Ella no quitaba la vista de la cabeza inclinada de Colby, pues no quería mirar su mano. Le daba terror pensar en cómo se vería después. Había visto quemaduras antes, y sabía que tenían una cicatrización horrible. Para colmo era la mano derecha. Recién en ese instante se preguntó en cómo haría ahora para cocinar.

—Terminamos. ¿Dolió mucho?

—Estaba concentrada en otra cosa para no sentir —respondió ella, seca.

Tate regresó con más agua, y Colby le dijo a Phoebe que mantuviera la mano en el aire para verterle agua limpia encima.

Phoebe hizo lo que Colby le indicaba, pero seguía sin mirar. Ahora sentía la mano adormecida, por lo que pensaba que la quemadura no debería ser tan severa después de todo.

Luego que Colby vertió toda el agua que fue necesaria sobre su mano, Phoebe por fin se atrevió a posar su vista sobre ella. Le bastó una breve mirada, para perder la compostura: el dorso de la mano de su mano estaba al rojo vivo, con el centro ennegrecido, y la piel hecha girones.

Phoebe cayó desmayada sobre el sofá.

Capítulo 11

Cuando Phoebe reaccionó, estaban todos encima de ella con los ojos muy abiertos, observándola. Ella sacudió la cabeza, molesta.

—¿Qué miran?

—Te desmayaste, mamá —respondió Tate—. El tío Colby dijo que era por la impresión.

¿El «tío Colby»? ¿Que también se había echado al bolsillo a su hijo mayor? ¡Vaya hombre!

Phoebe se miró la mano. No había sido un sueño, su mano estaba más quemada que un trozo de Bacon frito. Claro que sí: su mano también se había freído con la manteca caliente. De solo recordarlo, sentía deseos de volver a desmayarse.

—El tío Colby no sabe nada. Ahora déjenme que debo volver al pueblo a recoger todo el desastre que quedó allí —dijo, intentando no poner sus ojos en la mano.

—¡No, señora, usted no puede hacer nada con esa mano!

—Colby tiene razón, querida. Tu mano está muy fea. No podrás usarla, y que yo sepa eres diestra.

—¿Eso cree el tío Colby? —preguntó ella con sorna—. Para los ojos del tío Colby: vea como levanto este cubo—. Colby la miraba con los brazos cruzados sobre el pecho. —¡Ay!

Phoebe dejó caer el cubo, derramando el agua que aún quedaba en él. Colby tuvo que sujetarla porque estuvo a punto de caer desfallecida otra vez.

—¿Se da cuenta? Cree que no le duele porque tiene la mano adormecida, pero en cuanto intente hacer algo con ella...

—¡Dios santo! ¿Qué haré, ahora? No puedo darme el lujo de cerrar la taberna.

—Busque una ayudante.

—Eso no bastará, pues tendré que pagarle. Las ganancias se reducirán. ¿Cuánto tiempo cree que estaré así, señor Rawson?

—¡Oh, recordó mi apellido!

—Hablo en serio, señor.

—Eso es imposible de saber. Lo mejor será que consulte a un médico. Mientras tanto, le pondré esta manteca de cerdo que encontré en la cocina.

—¿Y cómo sabe que resultará?

—Vi que se la ponían a los caballos de mi... A los caballos de un amigo, cuando tenían rozaduras.

Colby, se dio cuenta que estuvo punto de delatarse. Tendría que tener más cuidado de ahora en adelante. No quería que esa buena gente se enterara de quién era y cambiara su actitud hacia él. En su casa no era nadie, en cambio allí, era el maldito «tío Colby», tan querido como necesario.

—Si usted lo dice.

—Haz todo lo que él diga, querida. Colby sabe más que nosotros de todas las cosas.

—Yo iré al pueblo, con los niños si es que desean acompañarme, limpiaré todo y luego buscaré trabajo.

—¿Cómo dice?

—Lo que oyó: buscaré trabajo en una mina. Así podré ayudar en la casa.

—Escuché que, en la East Pool, necesitan gente para sacar piedras.

—Gracias, Phoebe... ¿Quién vendrá conmigo?

Los niños, incluyendo a Tate, levantaron sus manos.

—Yo también quiero ir —dijo Jowan—, podría ponerte en contacto con algún antiguo conocido.

—Es buena idea —afirmó, Phoebe—, pero pienso que deberían ir los hombres, Caron y yo podemos tener un día de niñas. ¿Estás de acuerdo, Caron?

La pequeña asintió, aunque no de muy buenas ganas.

—Entonces, nos llevamos el caballo para Jowan.

—Sí... ¡Espere! —Phoebe fue hasta su cuarto, y luego de un tiempo en que se la escuchó maldecir mientras buscaba algo, regresó con un papel y un lápiz de carbón—. Tome, ponga un letrero en la taberna. Prefiero mujeres, y que se presenten mañana para una prueba.

—¿Está usted loca? Debe quedarse en casa, al menos un par de días más, uno de los cuales debería tomarse para que la vea un médico.

—¿Para qué, si usted lo hizo bien?

—No soy médico, Phoebe.

—Mañana. Mañana entrevistaré a las interesadas, y veré al médico.

—Vamos chicos —dijo Colby, mientras levantaba al viejo del suelo, para

ir en busca del caballo.

Esta vez Colby caminaba con los niños, e iba tirando a Bob de la rienda. ¿En qué momento se le había ocurrido la brillante idea de ir a conseguirse un trabajo? ¿Por qué no se marchaba, y dejaba que la fastidiosa pelirroja se las arreglara sola? ¿Qué era lo que lo hacía sentirse comprometido con ella? ¿Por qué creía que la ayuda de él sería importante? ¿Quién era él después de todo? Solo tenía preguntas, y más preguntas. ¿Estaba teniendo una crisis existencial? ¿Ahora de viejo, si nunca la tuvo de joven? Y Continuaban las preguntas. ¿O le gustaba esa mujer? Esa respuesta sí la sabía: le gustaba el cuerpo de Phoebe, no ella. ¿Haría el sacrificio de trabajar, solo por conseguir ese delicioso cuerpo?

—¿Estás distraído, o qué?! —gritó de pronto, Jowan desde arriba del caballo—. ¡Parece que tus pensamientos están muy lejos de aquí!

—Todo lo contrario, viejo.

—Si te gusta tanto, ¿por qué no te aplicas, y las conquistas de una vez?

—¿Quién dice que quiero conquistarla?

—Te he visto cómo la miras.

—Deberías trabajar de casamentera, viejo —dijo Colby riendo.

—¿Te diste cuenta que ganaste otro aliado?

—No me lo esperaba en realidad.

—Será el más fiel de todos.

—Eso me temo.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada. Olvídalo.

Al llegar a la taberna, lo primero que hizo Colby fue poner un cartel junto a la puerta por la parte de afuera. Esperaba que se presentara alguien antes de que ellos hubieran terminado de limpiar. Su apreciación fue correcta, pues no pasaron ni quince minutos cuando apareció una bella morena en el umbral de la taberna. No era una sílfide como Phoebe, sino más bien menuda, pero muy curvilínea, apetitosa. Su apariencia pobre no le restaba méritos a su belleza. Perfectamente entraría en el tipo que podría llevarse a la cama sin sentir remordimientos luego. Muy, muy dentro de su cabeza, su conciencia reclamó. Era un hombre cínico y no podía negarse a sí mismo que le gustaba demasiado ese proceder inmoral que lo caracterizaba. El que nacía cigarra

moría cantando. Ese era él. Nunca cambiaría. Phoebe era una mujer honesta, y no sería justo que se involucrara con un hombre que no pensaba ofrecerle nada definitivo.

—Buenas tardes —saludó la chica, con una sonrisa—, mi nombre es Molly. Me interesa el empleo, ¿con quién tengo que ponerme de acuerdo?

Capítulo 12

Colby recorrió con la mirada a la chica, y a ella no le quedó duda de que era lo bastante apreciativa como para corresponderle en la misma forma.

—A mí me parece perfecta, ¿no lo crees, Jowan?

—No sé —respondió el viejo de mal humor—. Es mu hija la que debe dar su aprobación.

—¿Qué te parece si vamos y le preguntamos ahora mismo?

—¿Ahora? ¡Si aún no terminamos de limpiar! Es decir, no hemos hecho nada.

—Regresaré más tarde. Solo. Traeré a Molly de vuelta y veré lo del trabajo.

—¿Trabajo? ¿Busca trabajo, señor? Mi papá trabaja en la East Pool, y mencionó que están necesitando hombres, señor...

—Rawson, pero puedes llamarme Colby... Viejo, llama a los niños.

Cerraron la puerta, y en menos de una hora iban de regreso a casa. Jowan entró en un mutismo que no le pasó desapercibido a Colby. Y los niños, aunque parecían confundidos por el regreso tan intempestivo, se concentraron en jugar y en mirar el mar.

Phoebe se enderezó curiosa, cuando escuchó las risas de los niños, y el traqueteo del caballo por el sendero. Se levantó con dificultad del sofá, y la pequeña Caron la tomó de la mano para conducirla con demasiada precaución a la puerta, pues no entendía mucho la diferencia entre tener todo el cuerpo y solo una mano imposibilitada. Lo que vio la dejó desconcertada: su padre con aspecto sombrío arriba del caballo, los niños jugando como siempre, pero lo más desconcertante fue sin duda, ver a Colby acompañado de aquella mujer charlando muy a gusto... Demasiado a gusto.

—¿Quién es esta? —preguntó sin rodeos, en cuanto el grupo estuvo próximo.

—Es su nueva ayudante.

—Eso lo decidiré yo. Debe probarme que sabe cocinar.

—Sé cocinar muy bien, señora. Soy hija mayor de un padre viudo. Me

hice cargo de los deberes de la casa muy joven. Sé coser, tejer, cocinar, y trabajar en el campo.

—Así que es una chica virtuosa.

—Es perfecta —puntualizó Colby.

—¿Perfecta? ¿Para qué?

—¡Vamos, Phoebe! Dele una oportunidad.

—¿Cómo se llama esta maravilla?

—Molly.

Phoebe la miró con los ojos entrecerrados. Por supuesto que le daría una oportunidad. No iba a dejar que ese hombre odioso pensara que a ella le molestaba la chica. Si lo estaba haciendo con segundas intenciones se llevaría una gran sorpresa.

—Entonces, haremos una prueba ahora mismo. ¿Qué te parece, Molly?
—le preguntó a la chica, intentando parecer los más jovial posible, dado lo mal que se sentía por el dolor en su mano.

—¿Qué le sucedió, señora? —preguntó la chica, reparando de pronto en su mano.

—Tuve un accidente en la mañana. En la taberna.

—¿Duele?

—Mucho. Y es por eso que necesito ayuda. Ahora, si es que tienes tiempo, puedes preparar la cena. Así veré qué sabes hacer. Si quedo conforme, nos ponemos de acuerdo con la paga y comenzamos mañana mismo.

—Por supuesto, señora.

Colby bajó a Jowan de caballo, y lo llevó adentro bajo la mirada atenta de Molly que no dejaba de admirar cómo se le marcaban los músculos a través de la camisa.

—Está muy bueno todo, mamá —dijo Tate entusiasmado.

—Deliciosa en verdad —confirmó Jowan.

Esa fue la primera vez que Phoebe sintió celos de Molly.

—¿Molly cocina mejor que yo?

Después de preparar la cena, la joven se había marchado, y Phoebe había quedado de darle la respuesta al día siguiente.

—No, querida —respondió Jowan, estirándose para tomar la mano sana de su hija—. Tú cocina es deliciosa, pero Molly ha hecho preparaciones

diferentes. Estos pasteles dulces están exquisitos, y ella utiliza más verduras.

—Tienes razón papá. Las verduras se pudren porque casi nunca las utilizo, y les doy casi todos los días lo mismo. Creo que mi cocina se ha vuelto monótona, ¿no?

—No te culpes, querida. No tienes tanto tiempo, con eso de ir y venir. Pero estoy seguro de que tus clientes está más que conformes con el pescado y las papas fritas.

—¡Oh, papá! Cuando lo dices así, me siento más insulsa aún. Te prometo que trataré de aprender de Molly cuando me recupere de mi mano.

Colby había estado escuchando en silencio. Sonrió al comprobar que Phoebe era una gran mujer, no solo era justa, sino que generosa también.

—¿La contratará?

—Sí, señor Rawson. Mañana cuando vaya al médico, pasaré a verla a su casa... Quizás varíe un poco la comida en la taberna de ahora en adelante.

—Pero no dejes de preparar el exquisito pescado, hija mía.

Phoebe se sintió reconfortada después de escuchar las palabras de su padre. Quizás después de todo no era tan mala idea tener una ayudante, y así contar con más tiempo para su casa y los niños. Pero si solo esa chiquilla no fuera tan joven y atractiva. ¡Qué diablos! ¿Qué le importaba eso a ella? Si Colby quería cortejarla o lo que fuera, le deseaba éxito, y ojalá se atragantara. ¿Y si no le importaba, por qué le causaba tanto encono? Claro que de todas las preguntas qué podía hacerse la más importante era: ¿Qué le causaba más rabia, que Molly fuera joven, bella, y disponible? ¿O que Colby hubiera puesto sus ojos en ella? O peor aún, ¿comenzaba a sentirse vieja, y fea?

—No entiendo por qué no fue por su cuenta. ¿No dijo que iría a buscar trabajo?

—Sí, pero quiero acompañarla al médico primero.

—Claro, y después querrá acompañarme a ver a Molly, ¿o me equivoco?

—Por supuesto que también la acompañaré allí.

Phoebe había querido ir sola al pueblo, pero Colby había insistido en acompañarla, por más que ella había rechazado la idea. Así que lo único que habían hecho todo el camino, era discutir. Al menos ella, porque Colby solo se limitaba a responder y sonreír como si no le importaran las pullas de ella.

—Creo honestamente que debería concentrarse en buscar un empleo, ¿o

piensa vestir las mismas prendas eternamente? O quizás quiera convertirse en uno de esos vagos que deambulan por el puerto, bebiendo cuando pueden, y conquistando mujeres también cuando pueden.

—Me alegra saber que me tiene en tan alto concepto.

—Solo digo lo que veo.

—¿Y puedo decirle yo lo que veo? —preguntó él a su vez, acercándose peligrosamente a ella.

—¿Qué ve? —lo retó ella.

—Que es una mujer amargada, porque le falta algo que todo ser humano necesita.

—No creo necesitar de nada más de lo que tengo.

—No mienta.

—No lo entiendo.

—Le mostraré.

Sin previo aviso, él la tomó entre sus brazos y la besó.

Capítulo 13

A pesar de haber sido tomada por sorpresa, Phoebe reaccionó casi de inmediato —casi, porque tuvo tiempo de saborear los labios de Colby—, y lo empujó violentamente con su mano izquierda, propinándole un fuerte puntapié en la espinilla, ya que no podía abofetearlo.

—¿Qué hace, idiota?!

—Darle lo que necesita —respondió él con burla, alejándose un poco por si ella decidía golpearlo nuevamente.

Phoebe lo miró con furia. ¿En qué parte del rostro tenía escrito que ella lo necesitaba? ¿A él o a cualquier otro hombre?

—Voy a continuar caminado —le dijo en tono engañosamente bajo, con el rostro enrojecido por la ira. Si él supiera a lo que se exponía si llegara a explotar, jamás le habría puesto un dedo encima—, pero ni siquiera se le ocurra acercarse a menos de veinte pies de mí, y menos aún, hablarme. No quiero verlo, no quiero hablarle. Y lo mejor para usted es que se consiga un trabajo y se marche de mi casa.

—¿Y todo esto por un beso? —masculló adolorido Colby. Pero no era la espinilla la que le dolía, sino su hombría. Era la primera vez que una mujer reaccionaba de esa forma por un simple beso.

Después de esto, ella se dio media vuelta, y se marchó. Su porte erguido, tieso, como el de una reina. O de una mujer ofendida... Cuando consideró que estaba lo suficientemente lejos de su agresor, se llevó la mano buena a los labios y se tocó con delicadeza la boca.

Aún permanecía indeleble el calor de los labios de Colby sobre los suyos. En seguida sonrió para sí misma. Colby era el mismo demonio, eso no se podía negar.

Cuando llegó al Portreath y comenzó a descender sus empinadas calles, por un momento miró hacia atrás, esperando tener a Colby a su espalda. El hombre había desaparecido. Seguramente se había aburrido de seguirla. Pensó en pasar por la taberna, pero cambió de idea y se fue directamente a la casa del doctor Hodges. Cuando llegó, la recibió su esposa que en ocasiones hacía de enfermera para el doctor.

—Pase, querida. El señor Hodges regresará pronto, salió a hacer unas visitas.

—Tal vez podría regresar más tarde.

—¡No! ¡Cómo se le ocurre! Acompañeme a tomar té. Desayuné muy temprano y tengo algo de hambre —dijo la mujer, abandonando la habitación que hacía de consulta, para dirigirse a la cocina.

Phoebe observó a la buena señora. Tenía un aspecto formidable. Era mucho más alta y robusta que su esposo. Sin embargo, tenía una voz casi infantil, y su rostro siempre sonrosado enmarcado por unos rizos color miel, le daban un aspecto de niña que hacía juego con su forma de hablar. Phoebe la escuchó canturrear mientras se afanaba con lo que fuera que estuviera haciendo.

—Pero, cuénteme querida. ¿Qué le sucedió?

—Me quemé con manteca caliente... Ayer.

—¡Dios bendito! Déjeme ver. A ver si la puedo ayudar en algo mientras el señor Hodges regresa.

Phoebe, levantó la mano que había tenido casi todo el tiempo oculta bajo el chal.

—¡Dios todopoderoso! ¡Qué herida más fea! —exclamó la mujer, mientras sostenía con delicadeza la mano de Phoebe—. ¿Qué se puso?

—El señor Rawson, me aplicó manteca.

—Hizo bien. Mantiene humectada la piel. ¿Quién es el señor Rawson?

—Un pariente lejano que está de visita.

—¿El forastero que anduvo paseando a su padre en el caballo?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Algunas damas anduvieron chismorreando por ahí. Usted sabe, el pueblo es pequeño...

—Sé cómo es.

—Bien. tomaremos el té, y aprovecharemos de degustar estas deliciosas pastas que me trajo ayer la esposa del boticario.

Phoebe estaba sorprendida, no conocía tanto a la esposa del doctor como para estar sentada en su sala bebiendo té a las diez de la mañana. Sospechaba que lo único que buscaba la buena mujer era cotillear un poco. Y por supuesto que tuvo razón, pues en cuanto pudo, la señora Hodges volvió a la carga con el tema de Colby.

—¿Y, de dónde me dijo que es el señor Rawson?

—No le dije... El señor Rawson es del norte.

—¿Y, por qué lo llama «señor Rawson», en vez de usar su nombre de pila?

—Es un pariente bastante lejano.

—Claro, es mejor que mantenga las distancias, querida. Usted sabe cómo son los hombres si una les da mucha confianza. —La señora Hodges la miró con suspicacia.

—Es muy bueno con los niños, y con mi padre. —No supo por qué se sintió en la obligación de dar explicaciones. Sentía que la mujer del doctor se estaba imaginando cosas que no existían, y era su deber aclarar cualquier mal entendido—. Mi padre le tiene mucho cariño —añadió Phoebe con seguridad—. Obviamente él lo conoce desde siempre, en cambio yo, es la primera vez que tengo noticias de él.

—Comprendo, querida. No se preocupe. Deje que las chismosas hablen.

—Señora Hodges, el té está delicioso, pero no puedo esperar más al doctor. Aún tengo que ir a casa de Molly Saunders. Regresaré por la tarde quizás, o en otro momento.

Comenzó a caminar por la calle, indignada. Colby llevaba pocos días en la ciudad y ya andaban corriendo chismes con respecto a él. Y mucho se temía que dichos chismes también involucraran a su persona. Tenía que echarlo cuanto antes de su casa. No podía permitir que esto continuara sucediendo.

Poco a poco, fue dejando atrás las casas acomodadas, y pronto estuvo al otro lado del pueblo: cerca de las minas. No sabía dónde vivía Molly pero debía ser en uno de los cottages diseminados por la planicie. Tendría que preguntar casa por casa hasta dar con ella. Seguramente ella le había dado la ubicación exacta, pero la furia no le permitía recordar nada en ese momento.

Ya estaba cansada y la mano le dolía, pero no podía devolverse a casa sin haber hablado con la chica primero. Rogaba al cielo porque Molly viviera en una de las primeras casitas y no tuviera que recorrer todas las viviendas que se veían diseminadas de aquí allá. Phoebe miró hacia el sol. Pronto sería la hora de la merienda y ella no estaba en casa. Pero que más daba si ahora tenían al maravilloso «tío Colby».

Phoebe estaba demasiado cansada, el calor provocaba estragos sobre su piel. Estaba sudorosa y sedienta.

Decidió que era buena idea sentarse un momento, y se arrimó a un

promontorio de piedras. De pronto se escucharon campanas a lo lejos, provenientes de diferentes direcciones: era la hora de merendar.

Phoebe se quedó allí sentada, observando a la gente: hombres, mujeres y niños que salían de las minas. Por suerte su Tate no tenía la necesidad de ir a ganarse la vida como lo hacían otros chicos. Si de ella dependía, su hijo sería más que un pescador o un minero. Y no es que tuviera algo en contra de ellos, pues era gente muy sacrificada. Sino que esos empleos eran inestables, y las familias debían pagar las consecuencias cuando era época de vacas flacas. No. Cuando Tate tuviera edad suficiente, lo enviaría a alguna escuela en Londres, y luego lo enlistaría en la Marina Real de Su Majestad. Era la única forma de asegurar el futuro de su hijo. También haría lo propio con Dylan. Para un hombre sin fortuna, lo mejor era el uniforme. Y, a Caron, le esperaba un futuro como institutriz, que era a lo máximo que podía optar una mujer sin apellido ni dote. Una buena maestra. Sí. Pero jamás una sirvienta, o una buscona. Tendría un buen futuro, si no se le ocurría preñarse a temprana edad, como muchas, o casarse con el primero que le ofreciera una choza sobre el acantilado.

De pronto una sombra, muy cerca de ella, la sacó de sus reflexiones.

—¿Quién es usted? —preguntó, poniéndose de pie de un salto.

Capítulo 14

—¿Qué hace tan sola por aquí?

La voz pertenecía a un hombre alto, muy alto. Sus cabellos eran lacios y largos, y la barba que lucía su rostro también era larga.

—¿Sola? Veo mucha gente pasando por acá. De un momento a otro, la planicie se llenó de gente.

—Sí. Pero nadie como usted, mi bella dama. Parece una sirena escapada del océano, allí sentada.

Phoebe se ruborizó. ¡Qué atrevido era ese hombre!

—Le puedo asegurar que no soy una sirena. Solo tomo un descanso. El calor es agobiante.

—¿La están molestando, Phoebe? —preguntó una voz conocida.

Colby se aproximó con actitud amenazante.

—Estamos charlando —respondió ella, tranquila.

—No es lo que me pareció.

—¿Y usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó dirigiéndose a Colby—. ¿Es que no puedo caminar dos pasos sin encontrármelo?

—¿Lo conoce, milady? —preguntó a su vez el minero.

Phoebe no pudo evitar sonreír, ante el nombramiento de milady, por parte del hombre.

—Es un pariente lejano, pero es más molesto que un grano en el trasero.

El minero se largó a reír por la burla de Phoebe. Era una mujer con carácter. Como su difunta Tily. ¡Oh, señor! Hacía tanto tiempo que esperaba encontrar a una mujer como ella. Se conformaba con que le llegara a los tobillos, a su desaparecida esposa, muerta hacía seis largos años.

¡Cómo extrañaba un cuerpo tibio junto al suyo, en las frías noches de invierno! Y alguien que se sentara a tomar una cerveza junto a él, durante las cálidas noches de verano. En vano había intentado fijarse en alguna de las mujeres del pueblo, pero ninguna era como su querida Tily. Capaz de echarse el eructo más grande que hubiera escuchado cualquier ser vivo. Roncaba más que él, y comía como si no tuviera fondo. Claro que esta bella pelirroja no tenía una constitución tan fuerte como su Tily, pero se notaba que tenía un

carácter firme como el de ella.

—¿Conoce a Molly Saunders? —preguntó, para cambiar de tema.

—¿Para qué la busca? ¿Hizo algo malo? Si es así...

—¡Oh, no! Es por el trabajo del que hablamos ayer.

—¿Usted es la señora de la taberna?

—¿Ella le contó?

—Molly es mi hija. Si me acompaña podrá hablar con ella, y de paso nos acompañará a merendar.

—Yo también iré —dijo Colby, que se había mantenido en silencio, esperando a ver hasta dónde llegaba el minero en sus galanteos hacia Phoebe—. Molly, me invitó, ya que estoy lejos de casa.

¿Lejos de casa? ¡Qué descaro el de ese hombre!

—Siempre tiene la posibilidad de buscar un cuarto en el pueblo, señor Rawson —repuso Phoebe con una sonrisa mordaz.

—Jowan y los niños me extrañarían, mi adorable señora.

—¿Vamos, señor Saunders? Necesito ponerme de acuerdo con su hija lo más pronto posible.

Phoebe estaba levantándose de la piedra, cuando apareció la susodicha, y lo primero que hizo fue colgarse del brazo de Colby.

—Vine a ver por qué tardaban tanto —informó Molly, sonriente como siempre—. Me tenías preocupada, Colby.

Phoebe le dirigió una mirada sarcástica a Colby, y luego comenzó a caminar detrás del señor Saunders.

Así que ya eran «Colby y Molly» La etiqueta había quedado atrás. Tanta confianza solo podía significar una cosa: ya se habían acostado, yacido, o cómo se dijera, ¡demonios! Había pensado en darle un voto de confianza después de lo atento que había sido con ella el día anterior. Estaba claro que ese hombre no era merecedor de su confianza, ni de la de nadie, a excepción de la pequeña Molly. ¡Oh, Phoebe! —se dijo—. ¡No me digas que te estaba empezando a gustar el señor Rawson!

Por suerte la casita de los Saunders estaba bastante cerca, y en pocos minutos Molly puso una merienda bastante frugal, pero muy apetitosa a la vista, sobre una mesa al aire libre.

—¿No tiene más hijos, señor Saunders?

—La difunta Tily no quiso tener más después de Molly. Solía decir que

los hijos le quitaban la diversión a la vida.

—Bastante peculiar su forma de pensar. yo no sé qué haría sin mis hijos.

—¿Cuántos hijos tiene, mi sirena?

—Tres. Y por favor no me llame así. Mi nombre es Phoebe Sheldon.

—Como diga, milady.

Colby fingía estar atento a Molly, pero en realidad en lo único que su cabeza podía concentrarse, era en los burdos galanteos de Saunders, y la ingenua de Phoebe que se los aceptaba. Si no fuera porque estaba consciente de que él no era de su agrado, podría jurar de que intentaba darle celos. Sin embargo, eso parecía imposible. Las dos veces que la había besado, ella no había podido evitar su disgusto, ¿o había sido repulsión? Se tomó un momento para observarla: su piel se veía translúcida bajo el resplandeciente cielo. Era como si los rayos de sol, traspasaran a través de ella otorgándole una apariencia etérea. Y su cabello, refulgía como todas las llamas del infierno, sobre todo cuando la brisa que provenía del mar, levantaba sus largas hebras.

¿Infierno? ¿Por qué había pensado en el infierno? ¿Sería quizás porque involucrarse con ella sería como caer al laberno? Primero cálido y excitante, y luego una caída a la hoguera más abrasadora, que terminaría eliminando su existencia para siempre. Sí. Eso representaba Phoebe, la aniquilación de cualquier hombre que quisiera estar con ella. Tanta belleza. Tanta fuerza. Tanta impetuosidad, no sería gratis. El hombre que estuviera dispuesto a estar con ella, tendría que aceptar dejar de ser un individuo independiente, para convertirse en su vasallo. Sí. Porque Phoebe sería una mujer demandante. Querría todo de un hombre: su tiempo, su vida, su pasión, su amor. En cambio, Molly... Molly se conformaría con lo que él quisiera darle. Solo pensaría en complacerlo sin pedir algo a cambio. Como un compromiso.

Colby era cínico. Tal vez sería porque siempre se había rodeado de gente inadecuada, o tal vez porque nunca se había enamorado. Solo conocía el deseo, la lujuria, la pasión sin sentimientos. Solo entendía de buscar complacencia. Y otorgarla también, cuando una mujer era bien dispuesta. Luego, algo de dinero o una joya, finiquitaba la acción. Si había dejado a alguien con el corazón roto, detrás, no se había enterado pues jamás había vuelto la cabeza después de retirarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Molly, metiéndose a la fuerza dentro de su cerebro—. Parece que estás muy lejos de aquí.

—Estoy cansado Molly. Hace tiempo que no trabajaba tanto.

Y eso era verdad. En parte. Solo la parte del cansancio. Colby nunca había trabajado, y toda esa mañana había estado cargando el carro con piedras: eliminando el desecho inservible de la mina.

—¡Pobrecito! Deja que te haga un masaje.

Molly se levantó de un salto del taburete, y comenzó a masajear los hombros de Colby. él cerró los ojos, para dejar que las pequeñas manos de la joven obraran la magia en su cuerpo.

—Perdón por interrumpir, pero ya es hora de marcharme, y aún no nos ponemos de acuerdo, Molly.

Capítulo 15

Phoebe iba resollando mientras caminaba de regreso a casa. Y no era el calor lo que la hacía bufar como un caballo, sino la indignación que sentía al recordar a Colby bajo las atentas manos de Molly. Chica estúpida, lo trataba como si fuera un dios. No se daba cuenta de que él solo quería jugar. Y el padre de ella no era mucho mejor. Tal parecía que el señor Saunders lo único que deseaba era perder de vista a su hija. Ese hombre no tenía madera de padre. Bueno, ningún hombre que conociera la tenía. Y algunas mujeres tampoco. Porque si la madre de Molly la hubiera tenido, le habría enseñado a su hija que no era decente irse con cualquier hombre que le dirigiera unas cuantas palabras melosas. Por su parte, pensaba educar a Caron bajo la premisa de que la vida no comienza ni termina con un hombre.

—¿Cómo te fue con el médico?! —preguntó a gritos, Jowan a su hija en cuanto la vio asomarse por el sendero. Ella solo rodó los ojos y movió la cabeza.

—¿No podías esperar a que llegara para preguntar? —le recriminó ella, sentándose junto a él, en la puerta de la choza—... Me fue mal, el médico no estaba y me cansé de esperarlo. La señora Hodges me invitó un té con pastas, pero me fui en cuanto comenzó a chismorrear.

—¿Y de qué se trataban los chismes como para que te molestaran tanto? —Jowan conocía perfectamente a su hija.

—No adivinas cuál es la atracción del momento.

Jowan hizo un gesto de negación.

—No tengo ni la menor idea.

—Tu amado Colby Rawson.

—¿Qué?! —Al viejo se le cayó la paja que tenía entre los labios—. No entiendo. Llego hace poco, y nadie lo conoce.

—Tampoco sé cómo, pero la cuestión es que ya es tema de conversación entre las damas del pueblo. La buena señora Hodges, hizo insinuaciones que no me gustaron.

—Bueno, si la mujer sugirió que pasa algo entre tú y Colby, no anduvo

muy lejos de la realidad, ¿no?

—¿Qué dices? ¡No! ¡No quiero nada con ese hombre, papá!

—Tú le gustas, yo lo sé.

—No, papá. Él está de lo más bien con Molly. Se tratan de tú, y ella le da masaje en los hombros.

—¿Y cómo es que sabes tanto?

—Porque los vi. Después de irme de la casa de Hodges, me fui en busca de Molly. Por casualidad me encontré con su padre, y mientras charlábamos, llegaron los enamorados. A propósito, ya tiene trabajo.

—¿En serio?

—Sí. Ahora lo verás menos.

—Lo lamento. Tenía esperanzas de que él y tú se entendieran.

—¡Oh, papá! ¿Por qué te importa tanto?

—Eres joven. Hermosa. Mereces ser feliz. Mereces que alguien se ocupe de ti y de los niños, y no que desperdicies tu vida detrás de un fogón.

—¿Y por qué crees que el señor Rawson puede ser ese hombre? Es más pobre que una rata.

—Yo no lo creo. Algo oculta. Si lo observas bien, te darás cuenta de que no es un cualquiera.

—En fin, papá, sea lo que sea Colby no me interesa para nada.

—Cuidado que te puedes morder la lengua ¿eh?

Colby estaba tan cansado de dar paladas a las piedras para echarlas luego al carro, que sentía su cuerpo entumecido desde la cintura hacia arriba. Las manos las tenía tan lastimadas que apenas podía sostener la herramienta. Los otros hombres lo miraban con sospecha. Quizás adivinaban que era la primera vez que trabajaba. Él por su parte, intentaba no poner atención en sus miradas, o trataba de no escuchar sus risas cuando hablaban entre ellos.

Así como sabía que no tenía obligación alguna de estar matándose en esa mina, sabía también que el demonio orgulloso de la arrogancia se le había metido en el cuerpo. Solo por eso no podía renunciar. ¡Al diablo con todos! Se iban a tener que acostumbrar a su presencia y verlo como uno más de ellos. Claro. Si es que aún estaba vivo al día siguiente.

—Lo has hecho bien hoy, Rawson. —El capataz se aproximó con una tablilla, y un lápiz de carbón en la mano—. ¿Vas a continuar, o fue suficiente? Pregunto, para incluirte en la nómina.

—¿Qué le hace pensar que no querría volver?

—De lejos se ve que esto no es lo tuyo.

—Aún no sé qué es lo mío, señor Martins, pero por ahora está bien.

—De acuerdo. Cuando llegue a casa, sumerja las manos en agua con sal. Cuando aparezcan los callos en donde están las manchas rojas, ya no dolerán.

Colby se miró las manos envueltas en jirones de su camisa. Cuando el dolor fue insoportable rompió la camisa para tener con qué cubrir sus manos.

—En cuanto pueda consiga unos guantes —agregó el capataz. Luego hizo un pequeño movimiento de cabeza y se marchó.

Al sonar la campana, anunciando que se terminaban las labores por ese día, Colby se sintió agradecido de poder marcharse al fin. Molly lo había invitado a cenar, con la velada promesa de que después podrían pasar a algo más excitante, pero él no estaba para nada interesado en eso. Al menos no hoy.

Todavía no se ocultaba el sol, cuando Colby se asomó por el sendero, frente a la casa de Phoebe. Por supuesto que Jowan se encontraba en la puerta, esperando, y oteando el horizonte de vez en cuando para mirar la diminuta franja de mar que alcanzaba a ver desde su reducida estatura.

—¡Colby, ya supe la buena nueva! —lo saludó a gritos en cuanto lo vio—. ¡Niños, ya viene el tío Colby!

Los tres chiquillos aparecieron de diferentes lugares de la casa, y corrieron hacia él para abrazarlo, con Tate incluido. Él estaba demasiado cansado para protestar, y también para rechazarlos a pesar de su cuerpo doliente. Simplemente se dejó, mentalizándose en que era un saco de papas y nada le afectaba.

—Te extrañamos —dijo Dylan.

—¿Podemos ir a la playa mañana? —preguntó Caron, cogiendo con mucho cuidado una de sus manos como si supiera que agarrarlo con más firmeza lo lastimaría todavía más.

—El sábado, pequeña.

—¿Cuánto falta para eso?

—Hoy es miércoles. En tres días más.

—¡Oh!

—Calma, Caron —la amonestó Tate, pero con suavidad—. El tío Tate tiene que trabajar si se quiere casar con mamá.

Colby miró sorprendido al niño: ¿Tate se había unido a la misión «conseguir un nuevo esposo para Phoebe»?

—¿El tío Colby se casará con mamá? ¿Será nuestro padre?

—Sí, tonto —respondió Caron a Dylan.

—¡Hurra!

Capítulo 16

Los tres niños parecían estar de fiesta corriendo alrededor de Colby. Él los miraba sorprendido, mientras el viejo observaba la escena con una amplia sonrisa en los labios: los niños ya lo habían cazado, ahora solo faltaba la cabeza dura de su hija. Habría que sacarla de su obstinación, y para ello el primer paso estaba dado.

—Yo también me alegro de verlos, chicos. Les aseguro que los extraño mientras estoy en esa inmundia mina.

—Quizás deberías probar con la pesca, tío Colby —sugirió Tate, pensativo—. Al menos estarías al aire libre.

—Puede ser que tengas razón, Tate —repuso Colby, y revolvió los cabellos del niño, con su mano derecha. Pero enseguida se arrepintió. El dolor era espantoso—. Ahora iré a darme un baño, y luego continuamos con la charla.

—Está bien. Mamá te espera en la cocina.

—¿En la cocina? Quiero bañarme primero.

—Vamos, no seas terco.

Los tres niños lo empujaron dentro de la casa, y lo condujeron hasta la parte de la cocina, ubicada en un extremo de la única habitación que funcionaba como sala, comedor y cocina. Allí lo esperaba una gran tina de madera con el vapor emergiendo de ella. Phoebe sostenía un cubo con la mano buena, y de alguna manera se las arregló para verter su contenido dentro de la tina. Colby corrió a arrebátárselo de la mano, y lo dejó a un lado. Después en silencio, la condujo hasta una silla cercana y la obligó a sentarse en ella. En ese momento, Phoebe reparó en las manos vendadas de él, y una punzada de compasión la embargó.

Sin decir media palabra, Colby se desnudó y entró al agua caliente. Un gruñido de satisfacción subió por su garganta. Olvidándose de la presencia de Phoebe en la estancia, estiró sus miembros adoloridos. ¡Dios bendito! Algo bueno debía haber hecho para ganarse semejante obsequio. Parece que a eso se referían cuando decían que el trabajo arduo tiene su recompensa.

Colby cerró los ojos. Podría tomar una siesta mientras aún el agua estaba

caliente.

Phoebe cerró la boca. No había emitido palabra alguna mientras él se desnudaba para meterse a la tina. Él la había obligado a tomar asiento, pero inmediatamente se había olvidado de su presencia. No le había importado que ella lo viera como Dios lo trajo al mundo, o quizás para él era una cosa habitual. Sin embargo, aunque ella pudo hacerlo, no apartó la vista de su cuerpo. Colby pareció no percatarse. Quién sabe si la estaba ignorando a propósito o simplemente provocando. Solo pudo pensar en el solaz que representaba quedarse allí quieta mirando ese magnífico cuerpo. ¡Hacía tanto que no veía la piel desnuda de un hombre!

La figura morena de él, brillaba bajo la luz de las velas. Pudo ver cada músculo de su cuerpo: sus piernas largas, su trasero firme, su cintura estrecha, su espalda ancha, su cuello fuerte, sus hombros recios. Un hombre perfecto. Un hombre que, aunque intentara ocultarlo, rezumaba distinción por todos los poros.

Sin duda, Colby Rawson era todo un enigma.
Su padre tenía razón: ese hombre huía de algo.

—¿Todavía está ahí? —preguntó él de repente, despertando de su letargo.

—Me quedé para ver si necesitaba algo.

—No me diga. Y de paso recrear su mirada, ¿no es así?

El rubor tiñó las mejillas de Phoebe. Menos mal que la luz era muy escasa para que él la viera.

—¿Cree que es el primer hombre desnudo que veo en mi vida? —No era el primero, pero sí, solo el segundo—. Usted hizo mucho por mí ayer, y me preguntaba si podía retribuirle... Veo que tiene las manos lastimadas. Podría aplicarle grasa de cerdo.

—Con el baño ya hizo bastante.

—Eso. Fue idea de mi padre. Él se preocupa por usted. Lo ha adoptado como hijo.

A Colby se le hizo un nudo en la garganta. Ese viejo lo amaba, y se lo demostraba de la mejor forma que sabía. No podía defraudarlo. Por él tenía que seguir adelante.

Había sido siempre una decepción para su padre, y no quería serlo también para Jowan. Esperaba que el día que decidiera regresar a Woodhurst

House, su padre viera que se había convertido en una mejor persona.

—¿Me puede prestar algo con qué secarme?

—Si estira un poco la mano, puede alcanzar fácilmente el paño que dejé junto a la tina.

—No creo que pueda. En realidad, ni, aunque fuera algodón podría.

Colby sonreía. Se regocijaba de poder ponerla en apuros.

—Me pondré de pie y usted me envuelve en el paño.

—¿Lo seco también?

—Si quiere, no me opongo.

Phoebe sabía que se estaba burlando de ella. Poniéndola a prueba. Tanteándola para ver hasta dónde era capaz de llegar.

Ella se puso de pie, y aproximándose a la tina, cogió el paño.

—Usted dice que no puede coger nada, pero se olvida de que solo tengo una mano buena.

—No lo olvidé, Phoebe. Solo quería ver si salía corriendo.

—Soy una mujer grande.

—Es verdad —admitió él, serio.

Colby se puso de pie sin aviso. Y se quedó quieto allí, frente a Phoebe, con toda su masculinidad al descubierto.

Phoebe abrió y cerró la boca de golpe. Sintió que se sofocaba. Qué sencillo sería estirar la mano y tocarlo. Estaba segura de que no opondría resistencia si ella intentaba algo. En realidad, ¿sería muy malo que se diera el gusto, aunque fuera por una sola vez? Sin embargo, de sobra sabía que no se conformaría con una sola vez. No con el cuerpo de Colby que incitaba al pecado.

Colby la miró. Bajo la tenue luz de las velas, podía ver como el pecho de ella subía y bajaba, agitado. ¿Sería capaz de olvidarse de los límites que se había impuesto a sí mismo para con esa mujer? En ese momento ardía por tomarla entre sus brazos, y hacer con ella lo que pensó desde que la vio darse el rústico baño con agua del cubo. Besarla. Amasar sus senos. Apretar su trasero firme. Sostener esas piernas firmes mientras la penetraba. Mirarse en esos ojos verdes. Dejar su marca en ese níveo cuerpo. Sin embargo, no hizo nada. Estiró la mano izquierda y agarró él mismo el paño.

—Ahora, será mejor que se marche, antes de que suceda algo irremediable.

Capítulo 17

¿Antes de que sucediera algo irremediable? El muy estúpido solo se estaba burlando de ella. ¡Ya le enseñaría quién era Phoebe Cough! ¿Cough? ¿Y por qué no pensó en Sheldon?

Esa noche, Phoebe se disculpó diciendo que estaba cansada y la mano le dolía, y por primera vez en la vida se fue a la cama sin servir la cena. Ni siquiera le importó qué iban a comer, aun sabiendo que con esa actitud inclusive perjudicaba a sus hijos. Dentro de sí, sabía que su padre obligaría a Colby a preparar algo para que todos comieran, así que, si tuvo algún remordimiento, fue minúsculo.

Por la mañana, Phoebe se levantó antes que todos, y de alguna forma se las arregló para organizar un desayuno decente. No tendrían bollos recién horneados, pero logró ordeñar la vaca, y recoger unos huevos. La leche más los huevos hervidos —no quería ni acercarse a la sartén—, junto al resto de pan añejo que quedaba, ya constituían una comida aceptable.

Uno a uno, fueron llegando a la pequeña mesa, y Phoebe los saludó con el buen humor que la caracterizaba siempre. Cuando apareció Colby, lo saludó con cortesía. No iba a darle en el gusto haciéndole saber que la había afectado su casi rechazo, o su arrepentimiento, de la noche anterior.

Cuando Colby advirtió que Phoebe comenzó a dar paseos hasta la cocina para llevar las cosas a la mesa, quiso ayudarle, pero ella amablemente le dijo que no hacía falta, y le pidió a Tate que lo hiciera.

—Papá, solo me llevaré a Caron. Como el señor Rawson tiene que ir a la mina, es mejor que los chicos se queden contigo. Los puedes mandar a barrer, alimentar a las gallinas, limpiar la pesebrera... En fin, hay bastante que hacer.

—¿Podemos sacar a pasear al caballo?

—No, Tate. No mientras estén solos. Cuando yo regrese por la tarde, lo pasearemos. ¿De acuerdo?

Tate no respondió.

—¿De acuerdo, Tate? —insistió ella.

Phoebe le dirigió una mirada amenazante a su hijo. Era la advertencia de

lo que le podía ocurrir si la desobedecía.

Tate bajó la vista, no convenía enemistarse con mamá. Había que hacer las cosas sin preguntar. Si ella no sabía, no podía haber castigo.

—Sí, mamá.

—¿Le puedo preguntar cómo le fue ayer con el doctor? —Colby estaba realmente preocupado por la mano de Phoebe, sobre todo porque la veía esforzándose en usarla.

—No lo vi. No estaba y me cansé de esperarlo. Quizás lo intente hoy nuevamente.

—Es importante que lo vea.

—¿Qué tanto puede hacer? Una quemadura es una quemadura. Y todos sabemos cómo terminan: con la piel achurruscada para toda la vida.

—Él debe revisarla, Phoebe. Tal vez necesite medicamentos. No queremos que se infecte, ¿verdad?

¡Cretino! ¿Por qué usaba ese tono tan condescendiente con ella?

—No se preocupe. Le prometo que hoy paso a verlo sin falta. Y ahora, márchese, se le está haciendo tarde.

—¿Irá a ayudarla Molly?

—Por supuesto, pero no vaya a distraerla.

—Por favor dígame que pasaré a verla por la tarde, cuando salga de la mina.

—Sí, vaya por sus masajes —masculló ella.

—¿Qué dijo?

—Que se lleve esto para que coma al mediodía —repuso Phoebe con una brillante sonrisa, extendiendo hacia él un pequeño bulto de color gris.

—¿No caminará conmigo?

—Es muy temprano aún.

—Está bien. Adiós, niños, portense bien con el abuelo.

—¡Adiós tío Colby! —respondieron los tres a coro.

—Nos vemos, Colby, y cuidado con esas piedras.

—Gracias, viejo.

Molly ya estaba esperando a Phoebe cuando esta llegó con la pequeña Caron. La joven estaba sentada en la puerta de entrada, jugando con unas flores que había traído con ella.

—Buens días, Molly.

—Buenos días, señora Sheldon. Mi padre le envía sus respetos, junto con estas flores.

La joven le entregó el pequeño manojó de flores silvestres, que ella misma había recogido en su camino desde casa. A su padre parecía interesarle la viuda, y ella iba a ser su cupido. Así se aseguraba a Colby para ella sola. Se había dado cuenta en cómo la miraba el hombre, y era peligroso que Phoebe estuviera disponible. Si la viuda sucumbía a los encantos de su padre, mataba dos pájaros de un tiro: conseguía una nueva mujer para su padre —que harta falta le hacía—, y la sacaba definitivamente del camino de Colby.

—Gracias, Molly. Es muy amable de su parte... Bien. ¿Qué te parece si empezamos ya? Es tarde y aún hay que ir por el pescado.

—Si quiere, voy a comprar.

—No. Prefiero que te quedes limpiando. Iré sola con Caron, y mañana temprano vamos las dos. Para qué sepas dónde compro habitualmente.

—Sí, señora Sheldon.

—Ahora, ayúdame a abrir la puerta.

En tan solo un par de días, se había acumulado una fina capa de polvo. Phoebe le indicó a Molly dónde estaban los artículos de aseo, y se fue al puerto, advirtiéndole antes que no perdiera el tiempo.

De camino se le ocurrió que era buena idea pasar a la casa del doctor primero, así que se encaminaron hasta el sector acomodado de la ciudad.

Phoebe dio gracias al cielo, cuando quien le abrió la puerta fue el doctor Hodges, y no la chismosa de su esposa.

—Buenos días, doctor.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó él con actitud profesional.

El doctor no parecía conocerla, ni estar al tanto de los chismes. Eso era bueno.

—Hace dos días me quemé con manteca caliente.

Molly se descubrió la mano para mostrársela al doctor. Él se acomodó las gafas, antes de cogerla.

En silencio, él se la revisó minuciosamente. Después de largos minutos, levantó la vista y se quitó las gafas.

—Es una quemadura muy fea. Por suerte no está infectada, y lo que quiera que se haya aplicado le ha hecho bien. ¿Le duele? —Phoebe asintió

con la cabeza—. Le dejaré unos analgésicos. En cuanto a la quemadura misma, solo tiene que mantenerla limpia. Continúe aplicándose lo mismo que hasta ahora...

—Manteca de cerdo.

—Sí. En ocasiones la medicina alternativa funciona bastante bien.

—¿La mano me quedará arrugada?

—Cuando ya no esté tan sensible, o cuando haya terminado de cambiar la piel en la zona, hágase masajes constantes. Veremos si así se le estira la piel. Le quedará una mancha, pero tendría una textura normal. ¿Me entiende? —
Phoebe asintió nuevamente.

El doctor le entregó un frasquito de pastillas, con el consejo de que solo las tomara en caso de dolor extremo. También le pidió visitarlo en dos semanas más para ver cómo iba. Luego Phoebe le pagó, y se marcharon rápidamente con Caron. Antes de que fuera a llegar la buena señora Hodges.

Capítulo 18

El resto de la mañana se pasó rápido, y al mediodía comenzaron a llegar los clientes habituales de la taberna. La mayoría eran pescadores, y Phoebe podía ufanarse de no haber tenido jamás un problema con ellos, ya que al vender la cerveza solo a los que comían, le garantizaba no tener borrachos en el local.

Había tenido la opción de que su negocio fuera uno más de los tantos bares del puerto, pero prefirió vender comida a la hora de la merienda, o para una cena temprana. Le gustaba que los hombres que iban a la taberna, se sintieran como si comían en su propia casa, y por lo mismo el horario no se extendía más allá de las cinco de la tarde. Cuando era verano, alcanzaba a llegar con luz de día a casa, y en el invierno hacía todo lo posible por cerrar antes. Como la mayoría de las veces, estaba acompañada de sus hijos, no le gustaba tener que arrastrarlos con ella a través del mal tiempo.

El primer día de Molly fue bastante bueno. Cumplió con todos los quehaceres que Phoebe le encomendó, y cocinó todas las viandas que habrían de servir a los parroquianos. Inclusive a la joven le alcanzó el tiempo para preparar unos platillos para que su patrona llevara a casa para la cena, y otros para que ella misma compartiera con su padre.

—Bien, Molly, todo ha salido a muy bien. Estoy muy satisfecha. ¿Y tú? ¿Encuentras que ha sido demasiado trabajo?

—¿Cómo dice, señora? Estoy feliz de que hayamos podido trabajar tan bien juntas. ¡Hasta me regaló la cena!

—Te la mereces. ¿Cerramos? Estoy preocupada por los chicos. Nunca los he dejado solos con papá.

—¿Qué le sucedió?

—Le cayó encima un carro cargado de piedras, en la mina.

—¿Igual al que debe usar Colby? —El rostro de la chica palideció.

—Sí. Pero no temas, el señor Rawson es más joven y fuerte de lo que era papá cuando trabajaba en la mina... ¿Estás enamorada de él, Molly?

—Sí. A pesar de conocerlo tan poco, siento que lo amo.

—Solo ten cuidado. Él no parece ser de los que se comprometen.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Molly, con desconfianza— ¿Está celosa?

—No seas impertinente, Molly. El señor Rawson es mi pariente.

—Disculpe, señora Sheldon. Es solo que...

—Lo pasaré por alto esta vez. No vuelvas a tratarme de esa forma. Solo me preocupa que te ilusiones demasiado. El señor Rawson parece ser un hombre de mundo. No sé más de él aparte de que es un pariente lejano de papá. Papá recuerda haberlo visto un par de veces cuando Colby era aún un niño. No sabemos qué hace ahora. A qué se dedica. Si tiene familia o no. Es muy hermético. Te puedes imaginar muchas cosas respecto a su vida.

—Comprendo, señora Sheldon. No se preocupe por mí. Ya tengo experiencia. Sé cómo son los hombres.

Phoebe intentó disimular su asombro. No imaginó que esa chica tan dulce, con esa apariencia inocente, fuera ya una mujer experimentada.

—Nos vemos mañana, Molly —Phoebe dio por terminada la charla abruptamente. No valía la pena continuar aconsejando a quien pensaba que estaba haciendo bien las cosas.

—Hasta mañana, señora Sheldon.

Cuando Phoebe estuvo lo suficientemente cerca de su casa, como para divisar las dos siluetas sentadas en la puerta de la choza, inmediatamente supo que algo no andaba bien.

La pequeña Caron corrió a abrazar a su abuelo, y Phoebe apretó el paso. Ya más de cerca pudo apreciar el rostro compungido de Dylan, y leer la preocupación en la cara de su padre.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, arrodillándose junto a su padre para quedar a la altura de él.

—Tate... Salió con el caballo hace horas y aún no ha regresado.

—¡Oh, no, Tate! —¿Cómo se lo permitiste, papá?

—¿Y tú crees que él pidió mi permiso? Dylan lo vio cuando ya se estaba alejando. Y no iba a permitir que él se fuera detrás de Tate. ¿Cómo iba a adivinar que se podía perder?

—No. Algo debe haberle ocurrido. Tate se conoce la planicie como la palma de su mano. Si Bob lo ha tirado del caballo... Tengo que ir de inmediato por él.

Phoebe se puso de pie. Tiró la bolsa que llevaba al suelo, y corrió por un chal, y una lámpara de aceite. La caída del sol estaba cerca, y si esa noche

caía bruma, la visibilidad sería prácticamente nula.

—¡Y yo aquí, inútil, inservible!

—No digas eso. Cuida a los niños, ¡y ustedes, niños, cuiden al abuelo!

Los pequeños se abrazaron al viejo Jowan, y los tres se quedaron en la puerta viéndose alejar a Phoebe en dirección del acantilado.

Jowan pensó en Colby, ¿por qué no estaba cuando hacía falta?

Phoebe corría por la planicie gritando el nombre de su hijo. El sol casi había desaparecido en el horizonte, y el rumor de la pleamar se escuchaba fuerte y claro, acallando el resto de los sonidos.

—¡Dios bendito, ayúdame a encontrarlo! —gemía, mientras avanzaba por la orilla del acantilado. Temiendo que su hijo hubiese sido derribado por el caballo, en alguna parte del extenso borde.

De pronto comenzó a correr una brisa fuerte, y la lámpara amenazó con apagarse. Enseguida, unas gotas finas de agua mojaron su rostro. Era lo único que faltaba para completar la desazón de Phoebe: una lluvia veraniega. Se pondría frío, y el suelo estaría resbaloso. Y si su hijo estaba colgando en algún hueco...

Phoebe continuó gritando, y una vez más solo el mar le respondió

Capítulo 19

Colby llegó empapado de agua a la choza. Venía a medio camino cuando comenzó a precipitar, y aunque apretó el paso para llegar pronto, eso no fue suficiente.

—¡Por fin llegas! —exclamó Jowan, exasperado y aliviado al mismo tiempo. Confiaba en que se hiciera cargo y trajera de regreso a Tate y a Phoebe.

—¡Sí que me extrañaste, viejo!

—¡No entiendes! ¡Tate y Phoebe están perdidos!

En ese instante los niños comenzaron a sollozar desconsoladamente.

—¿Cómo sucedió eso?! ¡No entiendo, viejo!

—¡No trates de comprender, Colby, y ve por ellos!

Colby supo que estaba perdiendo un tiempo valioso. Buscó otra lámpara de aceite para llevarse con él.

Luego de echarse una manta encima, salió a la noche.

Esta vez era él quien gritaba como loco, mientras corría por la planicie, y como a Phoebe, solo el rugido de la pleamar le respondía.

—Dios bendito, te prometo que si los encuentro, nunca abandonaré al viejo. Haré todo lo que me pida, incluso casarme con la testaruda de su hija. ¡Pero por favor ayúdame a encontrarlos!

Colby le hablaba al viento y a la lluvia, esperando que le llevaran su mensaje al Todopoderoso.

Phoebe, ya no lograba ver con claridad, gracias a la llovizna que se había convertido en una torrencial lluvia. Tenía el cabello pegado al rostro, y cada instante debía quitárselo de los ojos. Hasta que de pronto se obró el milagro: a los lejos divisó a Bob.

—¡Bob! —gritó alto, esperando que el caballo escuchara y acudiera a su encuentro—. ¡Bob! —El caballo no escuchaba. Se veía nervioso y observando concentrado el borde del acantilado.

A pesar de lo extenuada que se encontraba, corrió una vez más para alcanzar al caballo.

—¿¿Dónde está Tate, Bob?! ¿¿Dónde está mi hijo?!

Por toda respuesta, el caballo comenzó a piafar, levantando los cuartos delanteros.

Phoebe guardó silencio para pensar, y de repente una voz débil le llegó desde lejos.

—¿Tate! ¿Es Tate! ¿¿Tate, dónde estás?! ¿Es mamá, Tate!

—¿Abajo, mamá! ¿Estoy abajo!

—¿Quédate ahí, cielo, voy por ti!

—¿No, mamá, estoy muy abajo! ¿No podrás sacarme!

—¿¿Tienes miedo?!

—¿No, mamá, estoy bien pero ya quiero salir de aquí!

—¿Afírmate bien, iré por ayuda!

—¿Date prisa!

—¿Tranquilo, cielo! ¿Regreso enseguida!

Phoebe tomó a Bob de las riendas, y se subió sobre el lomo mojado del animal. Le hincó los talones en los flancos, y el animal salió a la carrera como un rayo, atravesando la noche.

Colby corría como un fantasma, cubierto con la manta. El viento proveniente del Mar Céltico, descargaba con fuerza la lluvia contra su rostro. Hacía tiempo que la lámpara se había apagado, y avanzaba a tientas por la oscuridad. El cielo nublado había ocultado las estrellas, y tropezaba cada dos, por tres pasos que daba. Sin embargo, y a pesar del rugido del mar, de pronto le pareció escuchar los cascos de un caballo aproximándose en su dirección. Son ellos, pensó de inmediato, llenando su corazón de alivio.

Phoebe casi arrolla a Colby con el caballo. Ella también estaba galopando a ciegas, confiando en el instinto del caballo para no caer por el acantilado.

Tiró con fuerzas de las riendas, cuando se encontró a boca de jarro con el bulto caminante.

—¿¿Quién es?! —gritó para hacerse oír por encima del ruido.

—¿Phoebe!

—¿¿Colby?! ¿Gracias a Dios que lo encuentro! —Las lágrimas mezcladas con las gotas de lluvia, bañaban su rostro.

—¿¿Y Tate?! ¿¿Está con usted?!

—¿No! ¿Está en algún agujero, en la pared del acantilado!

Sin dudar un segundo, Colby montó sobre la grupa de Bob. Le quitó las

riendas de las manos a Phoebe. Luego obligó al caballo a dar la vuelta, y emprendió el galope de regreso en la oscuridad.

Los dos cuerpos, ajenos a sí mismos, cabalgaban apretándose el uno contra el otro para no caer. Pero lo que, en otras circunstancias, habría dado chance a una situación romántica, solo servía para que ambas cabezas y corazones estuvieran conectados por la certidumbre de poner a Tate a salvo.

Cabalaron en silencio un buen trecho, hasta que Phoebe levantó la mano derecha.

—¡Creo que es por aquí!

Se bajaron del caballo, y la lluvia cesó tan repentinamente como había comenzado. Colby sacó de su bolsillo el pedernal que había traído con él, e intentó encender la lámpara. Después de lo que parecieron minutos eternos por fin lo logró.

Mientras tanto, Phoebe, se había acercado al acantilado y estaba gritando el nombre de su hijo.

Los gritos que primero fueron de alerta, rápidamente se volvieron desesperados al no recibir respuesta.

Le volvió el alma al cuerpo, cuando logró escuchar la voz de su hijo.

—¿Tate?! ¡Soy yo, Colby! —Colby se asomó por el borde del acantilado, con la lámpara en la mano.

—¿Tío Colby?!

—¡Sí! ¡¿Cómo estás allí?!

—¡Es una cueva muy pequeña! ¡Estoy sentado!

—Phoebe, no podremos sacarlo en esta oscuridad. No sabemos cuán bajo está.

—No lo voy a dejar allí solo.

—Por supuesto que no. Nos vamos a quedar hasta que amanezca. Eso sí, iré a la casa por mantas. El suelo está mojado, y hace frío. También tenemos que pasarle algo para que se cubra. Quédese tranquila. No permitiremos que algo peor le suceda.

—Gracias.

Colby volvió a montar el caballo, y se fue a todo galope dejando a Phoebe aterrorizada ante la idea de perder a su hijo.

El tiempo pareció eterno entretanto Phoebe esperaba el regreso de Colby. Por todos los medios intentó mantener una charla fluida con Tate, pero el

niño caía en el silencio a cada instante. Ella no paraba de pensar que su hijo estaría herido, pero él la tranquilizaba respondiendo que era solo era sueño.

Después de unos largos treinta minutos, se escucharon los cascos de Bob. ¡Por fin regresaba Colby!

Colby saltó del caballo casi antes de que se detuviera del todo. Traía una cuerda, mantas y comida.

Lo primero que hizo, fue atar una manta al extremo de la cuerda.

—¡Tate! ¡Tate!

—¡¿Tío Colby?!

—¡Voy a bajar una manta! ¡Cuando la alcances, tira fuerte de ella para saber que ya la tienes!

—¡De acuerdo!

Colby sacó lo más que pudo su cuerpo del borde de la pared de roca, y Phoebe, temiendo que él también cayera, se arrojó a su lado y lo afirmó con sus dos manos de la pretina del pantalón. Por fortuna, la empresa no fue tan difícil, y Tate pudo recibir con éxito la manta.

Acto seguido fue el turno de la comida. Lo hicieron igual que la primera vez, consiguiendo que el niño se hiciera con el pequeño bulto sin problemas.

—¡Envuélvete bien con la manta! —le gritó Colby, quien había tomado el control de la situación—. ¡Luego comes, y después intenta dormir para que la noche pase más pronto!

—¡Sí, tío Colby!

—¡Nosotros estaremos aquí, cielo! ¡No temas! —Phoebe necesitaba tranquilizarlo. Quería que su hijo supiera que ella estaría allí para él.

—¡¿Tío Colby también estará allí, contigo?!

—¡Sí, hijo! —respondió él.

—¡De acuerdo!

Sabía que no eran momentos para mostrar resentimiento, pero a Phoebe le dolió demasiado que su hijo le diera tanta importancia a la presencia de Colby. Eran celos estúpidos, pero nacían del fondo de su ser. Quizás era la falta de padre. Aunque Tate jamás lo admitía, tal vez sí necesitaba uno. En fin. Era un tema para pensar más adelante. Por ahora, lo único importante era recuperar a su hijo a salvo.

Capítulo 20

—Tendremos que agazaparnos aquí debajo.

Colby había extendido la única manta que quedaba seca, junto a una roca. Se las ingenió para sujetar el extremo sobre la piedra, y dejar que el resto cayera sobre el suelo, armando así una especie de pequeño toldo en el que apenas cabían ambos.

—¡Pero! Tate...

—Él ya debe estar dormido. Seguramente estaba cansado y asustado, además de hambriento. Ahora se siente seguro, a pesar de estar metido en ese agujero.

—¿Cómo la sacaré?

—Me deslizaré hasta donde se encuentra. Cuando salga el sol será más fácil ver dónde poner los pies.

—Me meteré allí con usted, pero no se pase de listo.

—No se me ha pasado por la cabeza. En este momento solo me preocupa la salud de Tate.

—Gracias.

—Ustedes me adoptaron. En este momento son la única familia que tengo... Tate me importa. Todos me importan.

Las palabras salieron de su boca sin pensar. Hasta el momento de decirlas, no sabía lo que sentía por Jowan y los Sheldon. De pronto se sintió golpeado en la cabeza. Lo había revelado sin querer, y ya no podía recoger las palabras. No ante la mirada de asombro que pudo leer en los ojos de Phoebe, lo que podía ver perfectamente gracias a la luz de la lámpara. Sin darse cuenta se había comprometido, y no solo con ella, sino con toda su familia. Así mismo, descubrió que no le pesaba, como ocurriría si estas palabras las hubiera dicho cuando era el otro Colby, el Vizconde de Tandridge, porque seguramente habrían sido forzadas por una infortunada circunstancia. Y puesto que ya se había incorporado a la familia como hijo putativo de Jowan, o como yerno vacante, lo mejor era comenzar a preocuparse de sus obligaciones desde ahora mismo.

—Duerma un poco, Phoebe. Yo estaré al pendiente.

—Gracias —repuso ella nuevamente. Y aunque no lo pretendía, cerró los ojos y se durmió casi en el acto.

Colby se quedó observando a Phoebe por un buen rato: sus suaves ronquidos semejaban los ronroneos de un cachorro de gato. También notó que ella hablaba dormida. No lograba entender bien qué decía, pero era algo sobre Tate. ¡Pobre! Estaba angustiada por su hijo hasta en los sueños. De repente sintió un deseo imperioso de tomarla entre sus brazos y confortarla, pero eso sería motivo de rechazo. Tuvo que conformarse con estirar su mano y acariciar la pelirroja cabeza. Ya habría tiempo para demostrarle que podía confiar en él, sobre todo, porque cuando rescatara a Tate, estaría sellando la promesa hecha al Omnipotente. Colby Rawson no era un hombre que faltara a una promesa. A pesar de tener el comportamiento de un calavera cualquiera, era un hombre temeroso de Dios.

Cuando Phoebe abrió los ojos, Colby estaba recostado casi encima de ella. Le dolían la cabeza y la espalda por dormir sentada con solo la roca como como respaldo.

—¡Eh, Colby! ¡Despierte que ya es de día!

Colby reaccionó de inmediato. En un primer momento la observó, desorientado.

—¿Dormí mucho? —preguntó.

—No sé, acabo de despertar.

Ambos se pusieron de pie con rapidez, y después de estirar sus adoloridos miembros, se estiraron hasta el borde del acantilado.

—No se escucha nada. ¿Estará dormido aún?

—No lo sé, Colby. No soy adivina.

—¿Siempre despierta con ese genio, en las mañanas?

—Solo cuando hacen preguntas idiotas.

Él la miró, resentido, y decidió que era mejor ocuparse de Tate.

—¡Tate!

—¡Tío Colby, sácame de aquí! ¡Necesito hacer!

—¡Si puedes, muestra una mano para saber el lugar exacto dónde estás!

Esperaron ansiosos la señal de Tate.

Una mano salió de entre la roca y se comenzó a agitar con desesperación.

—Está bien abajo —observó Colby. No entiendo cómo pudo caer hasta

ahí sin descoyuntarse.

—¿Podrá sacarlo?

—Dejarlo ahí no es una opción.

—Me preocupa que la cuerda no alcance.

—Usted no se preocupe. Déjeme eso a mí.

Colby extendió la cuerda, aun sabiendo que no alcanzaría a llegar hasta donde se encontraba Tate. Tendría que colgarse hasta donde pudiera, y el resto, no le quedaría más remedio que valerse solamente de manos y pies para descender por la pared de roca vertical. No sabía si lo lograría, o si caería al vacío en su intento por rescatar al niño, pero era algo que tenía que hacer. Ahora Tate y sus hermanos eran parte de su responsabilidad.

Rodeó la roca más cercana al borde y la ató. No tenía instrucción sobre nudos, pero intentó dejarlo lo más firme posible. Enseguida, antes de comenzar a deslizarse se encomendó al Creador, para que le ayudara a finalizar con éxito la tarea. Nos vemos, le dijo a Phoebe antes de dar el primer brinco.

Phoebe cerró los ojos para no mirar, pero se obligó a abrirlos y observar el descenso de Colby. Podía necesitar de su ayuda, y si ella se comportaba como una histérica miedosa, no le serviría de nada.

Colby comenzó a descender con lentitud, temiendo a cada momento que la cuerda se soltara o se rompiera, y él cayera antes de llegar donde estaba Tate.

Esa parte del descenso no fue tan complicada cómo había pensado al principio, pero la cuerda se acabó de pronto cuando aún faltaban unos tres cuerpos para llegar hasta la hendidura que albergaba a Tate.

Phoebe se había dado cuenta de que la cuerda ya no sostenía a Colby. Alarmada sacó más el cuerpo por el borde para mirar hacia abajo. Colby estaba descendiendo como un felino enganchado de la roca. Ella temía que en cualquier momento la roca cediera bajo su pie, y él terminara por caer.

Fueron largos minutos de tensión. Arriba, Phoebe observaba aterrorizada, y en la roca, Colby sudaba por pura ansiedad. Las manos también le rezumaban, y a cada tanto tenía que soltarse para secárselas en el pantalón. Para su buena fortuna, ni una sola vez estuvo a punto de caer. Sin embargo, lo único que ansiaba era llegar pronto donde estaba el niño. Morir como héroe no era su sueño.

Phoebe soltó el aire que había estado conteniendo en sus pulmones, como si el solo hecho de respirar pudiera afectar el descenso de Colby. El hombre por fin llegó hasta Tate, y con regocijo lo pudo ver metiéndose en el agujero junto a su hijo. En ese momento sintió deseos de aplaudir, de bailar, saltar. Celebrar de todas las formas posibles, pero aún era pronto. Faltaba ver cómo subiría Colby a su hijo hasta la planicie.

Capítulo 21

Cuando Phoebe comprendió lo que Colby hizo a continuación, corrió hasta encontrar un sendero que bajara hasta la playa.

Descendió a toda prisa, aferrándose de vez en cuando a las piedras, y a las matas de la orilla para no caer. Cuando por fin puso el primer pie sobre la arena blanca de la playa, corrió al encuentro de su hijo. Lo abrazó muchas veces, y otras tantas lo examinó para asegurarse de que estuviera ileso. Una vez que estuvo segura de que Tate no tenía ni un rasguño, levantó la vista hacia Colby. Después de tomarse un instante en el que pareció reflexionar, caminó hacia él, y lo abrazó, dándole un sentido gracias.

Colby se sintió sorprendido y conmocionado a la vez. No supo cómo reaccionar ante el espontáneo abrazo de Phoebe. Luego quiso corresponderle, pero algo dentro de él le dijo que no era buena idea. Ella no se lo iba a tomar bien, con lo desconfiada que era.

El abrazo terminó tan rápido como empezó. Phoebe se separó de Colby, y volvió a poner su atención en Tate. Ella estaba tan feliz de tener a su hijo por fin a salvo, que se olvidó de todos los regaños que pensaba hacerle cuando lograra sacarlo del acantilado.

—Tengo hambre —dijo de pronto Tate.

—¿Otra vez? —le preguntó Phoebe riendo—. ¿Qué no querías «hacer»?

—Hice detrás de unas rocas... Tío Colby me dio comida anoche, y ya es de mañana.

—Está bien. En cuanto lleguemos a casa, iré a ordeñar a Betsy. Recogeré unos huevos y te prepararé un buen desayuno.

—Gracias, mamá.

—Me vas a prometer que nunca más vas a desobedecer una orden mía. Cuando te digo algo lo hago siempre pensando en tu bien.

—Pero yo quería...

—Lo sé, hijo, pero recuerda que te prometí llevarte a pasear en la tarde.

—Sí, mamá.

—Ya pasó, y no hablemos más de esto. Vamos a casa, que el abuelo y tus

hermanos deben estar ansiosos por tener noticias tuyas. Y, el tío Colby se va retrasar mucho para ir a la mina.

—¿Pretende que vaya a trabajar después de la noche que hemos pasado?

—¡Por supuesto! ¡Yo abriré la taberna también! No me quedaré a holgazanear en casa.

—Está bien, señora. Pero sí me sucede algo será su culpa. Me siento cansado y tengo sueño

—Y, bien, viejo ¿qué opinas?

—Tú sabes bien que eso es lo que he deseado desde que llegaste, pero, ¿no es muy apresurado?

—Hice una promesa.

—Entiendo. Pero es como si quisieras tragar pronto la cucharada de purgante.

Colby abrió los ojos desmesuradamente. Jowan lo conocía más de lo que él se imaginaba. Y claro, él quería cumplir lo más pronto la promesa hecha a Dios, y no le importaba no estar enamorado, o saber si Phoebe sentía algo por él. Estaba seguro de poder satisfacerla en la cama, y eso era suficiente para él. Venían de mundos distintos, pero tarde o temprano se adecuarían el uno al otro. Lo importante era que Phoebe también era una mujer temerosa de Dios y aceptaría la propuesta.

—¿Cuándo se lo vas a proponer?

—Esta noche.

—Primero debes terminar los escarceos con esa joven. Y antes de que vayas a decir que no hay nada entre ustedes, sería bueno que se lo aclares. Vi cómo te miraba el otro día.

—Lo sé, viejo, y es culpa mía.

—Además, es una niña, Colby. Tú necesitas una mujer con experiencia.

—Y esa es tu hija, ¿no?

—Tú lo has dicho, no yo. Y ahora calla que ya regresó.

Phoebe entró a la sala, cargando un cubo medio lleno de leche, y sosteniendo una pequeña canasta con huevos del brazo incapacitado.

—¿Por qué no avisó?

—¡Vamos, señor Rawson, son solo unos metros!

—Está usando esa mano más de lo que debería. Jowan debería aprender a ordeñar la vaca y recoger los huevos. No se necesita estatura para realizar

dichas tareas.

—Es cierto. ¿Y por qué no aprende usted?

—Si me enseña, lo haré.

—Mañana.

—Mañana.

—Vamos, Rawson, ¿qué te sucede? Recién es tu tercer día y ya no puedes con el trabajo.

—No, señor. Solo es que pasé una muy mala noche.

Colby le contó al capataz lo que había sucedido con Tate, y el hombre soltó un silbido de admiración.

—Lo comprendo, Rawson, pero no puedo dejarte ir hasta que termine tu turno.

—Lo sé, señor, no se preocupe.

Toda esa mañana, Colby había estado trabajando con desgano. Varias veces había estado a punto de volcar el carro, porque no alcanzaba a llegar con la pala a la parte superior. Los otros mineros aún no se sentían en confianza, y nadie le había ofrecido ayuda. Y, por otra parte, no dejaba de pensar en la charla que iba a tener con Molly, y luego la petición de matrimonio que le haría a Phoebe. A esto último le tenía más temor, ya que la pelirroja era inteligente y no se creería que a él le interesaba en serio. También existía la posibilidad de revelarle quién era, pero ella no era interesada, así que tampoco era un buen plan. Finalmente, se decidió por decirle la verdad. Así, simple y clara. Cuando decidió que era tiempo de dejar de divagar, fue demasiado tarde: se escuchó un estruendo al otro lado de la galería en la que se encontraba, y la pared se vino contra él.

Las campanas de alarma se escucharon en todas direcciones: Camborne, Pool, y Porthreath. Phoebe se quitó el mandil, y corrió hacia la puerta. Era pasado el mediodía, y se encontraba ordenando la taberna junto a Molly. La mayoría de los clientes ya se habían marchado.

—¿Dónde será? —preguntó alarmada Molly.

—Molly, solo hay dos minas cerca.

—¿Y si es la de Colby?

—Cierra. Iremos a ver.

Cuando un accidente sucedía toda la gente corría hacia las minas. Y así

mismo corría Phoebe junto a sus tres hijos, y a Molly. Sintió un calambre en el estómago cuando escuchó tañer tan fuerte las campanas. En silencio imploró a Dios que nada le hubiera sucedido a Colby. Su padre quizás no sería capaz de resistirlo, estaba muy apegado a ese hombre. ¿Por qué el señor no le daba descanso? Primero Tate, y ahora Colby. Phoebe no le deseaba mal a nadie, pero rogaba que no fuera la East Pool.

Capítulo 22

Colby no perdió la conciencia, pero observó que su estado era bastante complicado: había quedado atorado entre la pared de roca y el carro medio lleno de piedras. Y como era un artefacto pesado, hecho de hierro sólido, le era imposible moverlo sin ayuda. Pensó en gritar, pero le llegaron con claridad los llamados de auxilio de las otras galerías. Si al menos no se hubiera encontrado solo en ese momento... Los grupos de trabajo se acostumbraban a formar entre amigos, o conocidos, al menos. Colby aún no tenía ni lo uno, ni lo otro. Lo dejaban trabajar solo, asignándole espacios reducidos para que no necesitara ayuda. Y mientras se mantuviera cargando el carro de piedra inútil todo el día, al capataz no le importaba el ambiente hostil del que estaba rodeado su nuevo empleado.

Dejó de pensar en su dramática posición como minero en la East Pool, e intentó concentrarse en su situación apremiante: cómo salir de su prisión de piedra.

Apoyó sus manos y su torso en el carro, y empujó. Nada. No se movió ni una pizca. Otra vez. Nada otra vez. Tendría que tragarse su orgullo y comenzar a gritar como una damisela.

Ya estaba preparando sus pulmones para empezar a gritar, cuando otros llamados le llegaron del otro lado.

—¡Rawson!

—¡Rawson!

—¡Rawson!

Escuchó con claridad su nombre. Eran voces diferentes. ¿Lo andaban buscando?

—¡Aquí!

—¡¿Estás bien?!

—¡Sí, pero estoy atrapado! ¡No puedo moverme!

—¡Espera, ya vamos por ti!

Casi enseguida se escucharon al otro lado, el ruido de los picos y palas, removiendo las rocas. Mientras tanto, le enviaban palabras de ánimo. Él por su parte, no podía creer que se estuvieran ocupando de su precaria situación.

—¡Cómo no íbamos a rescatarte, si eres el héroe de Camborne!

—¡No solo de Camborne, sino de todo Portreath!

—¡La señora Sheldon nos contó cómo rescataste al pequeño!

Estaban todos sentados en la casa del capataz, con sendas jarras de cerveza en sus manos. El señor Martins había enviado por un pequeño tonel a Porthreath, y ahora celebraban que no había habido víctimas que lamentar en el derrumbe. Solo algunos rasguños y fracturas de las cuales se estaba encargando el doctor Hodges.

Colby aceptó todos los cumplidos con humildad. Sin embargo, se sentía bien que un hecho como el rescate de Tate, lo introdujera de una forma tan especial a la comunidad.

A pesar de ser todo un vizconde y haber nacido en cuna de oro, jamás tuvo la costumbre de menospreciar a los menos privilegiados que él, siendo ese uno de los puntos de desencuentro con su padre, y que en realidad a él le importaba en lo más mínimo. Y gracias a esa forma de ser, ahora podía estar instalado dentro de esa sociedad que no era la suya, pero igualmente importante. Colby era un fiel creyente de que el hombre debía estar preparado para cualquier eventualidad que se presentara en la vida, porque el que no lo hacía, estaría perdido ante un revés que le pusiera el destino. Ese era Colby Rawson Vizconde de Tandridge, un hombre siempre dispuesto a sortear cualquier situación.

Phoebe miró de lejos a Colby. Se percibía que lo estaba pasando bien. A pesar de que destacaba entre todos, por algo indescifrable que lo distinguía del resto, se le veía cómodo. Colby era como una caja cerrada con un sello de cobre, pero no estaba segura de querer saber lo que contenía adentro, y por lo mismo no haría ningún intento por romperlo. Si eso había de ocurrir, que fuera naturalmente cuando él estuviera dispuesto a compartir con ellos su verdad.

Luego de despedirse de las otras mujeres, Phoebe llamó a los niños y se marchó. Creyó que Colby la seguiría, pero al mirar atrás, vio que se estaba alejando con Molly. Esto la decepcionó, y no supo por qué, si al fin y al cabo a ella no le importaba ese hombre.

—Aún es temprano —les dijo a los niños—. ¿Qué les parece si tomamos

el camino de la playa?

Los niños corrían para llegar pronto. La llamaban para que ella también se diera prisa, pero le costaba levantar los pies del suelo. Cuando llegaron a la orilla del mar, Phoebe les permitió jugar solo hasta donde la arena era mojada por las olas. Ella se sentó en una roca, y los observó. Por primera vez en mucho tiempo quería llorar. Por primera vez en mucho tiempo asumió que se sentía sola. Sabía que era un sentimiento mezquino, pero ver a Rawson con Molly, despertó en ella unos celos casi enfermizos.

—¿Qué te sucede, mamá? —Como siempre, Tate, intuía cuando a ella la aquejaba algo—. ¿Estás triste? ¿Es por el tío Colby?

—No, Tate. Solo estoy cansada, y me duele la mano... ¿Por qué imaginas otra cosa?

—Vi al tío Colby con la señorita Molly.

—A ti no te gustaba el tío Colby.

—Estaba equivocado. Creía que no le importábamos nosotros. Ahora sé que no es verdad: él te cuidó cuando te quemaste, y me sacó del agujero. ¿Haría eso si no nos quisiera?

—Tienes razón, hijo, pero no te hagas demasiadas ilusiones. Le importamos, pero no de la forma que crees.

Se odió por decir eso, y desbaratar las ilusiones del niño.

—No te entiendo.

—No te preocupes por eso ahora. Anda, llama a tus hermanos. El abuelo debe tener hambre, y hoy no traje comida de la taberna.

Colby comenzó a caminar junto a Molly, en dirección a la casa de ella. Él estaba serio, taciturno. No tenía deseo alguno de charlar con la joven, sobre todo porque cuando abriera la boca no sería para decirle palabras dulces, sino para desalentarla. Se había encontrado un par de veces con el señor Saunders, y al parecer él daba por hecho que ya eran novios y habría boda pronto.

—Démonos prisa, Colby, debemos llegar antes que papá a casa.

—No, Molly. —Colby se detuvo en seco—. Debo decirte algo... No podemos continuar con nuestra amistad.

—¿Amistad? Creí que éramos más que eso.

—Entre tú y yo no ha sucedido nada.

—Aún —puntualizó ella.

—Y no sucederá.

—¿Por qué?

—Tengo que casarme con Phoebe Shledon.

Capítulo 23

—¿Cómo dices?

—Lo que oíste. Me voy a casar con Phoebe Sheldon.

—¡Por qué!

—Hice una promesa, y tengo que cumplirla.

—¿Estás enamorado de ella?

—No.

—¿Entonces? Te he visto cómo la miras.

—A ti tampoco te amo. No soy un hombre que se enamore, Molly. Lo nuestro no hubiera resultado tampoco. Hubiera estado contigo hasta que me aburriera. Después...

—Después, qué.

—Te habría recompensado de algún modo.

—¿Quieres decir, con dinero?

—O alguna joya.

La joven palideció.

—¿Piensas que, porque soy pobre, y ando mal vestida, merezco limosnas?

La había juzgado mal. A pesar de lo que aparentaba, era una chica decente. Ahora Colby se sentía avergonzado. Decir las cosas tan claramente, había sido cruel de su parte. Por lo visto aún quedaba adentro de él, algo del viejo Colby Rawson.

—Perdóname, Molly.

La joven tenía el rostro bañado en lágrimas. Sus sueños hechos trizas en un instante. Colby representaba todo lo que quería en un hombre: virilidad, apostura, encanto... Ella había soñado con ser en un futuro cercano la señora Rawson. Se conocían por poco tiempo, pero ¿quién necesita más cuando las flechas de cupido se encajan en tu corazón?

—¡Eres un maldito hipócrita!

Colby levantó las manos, y luego las dejó caer a los costados. Era imposible razonar con ella en este momento. Así que dio la media vuelta y se marchó.

Molly, herida, decepcionada, humillada, acortó la distancia que le faltaba hasta la puerta de su casa. Adentro, hizo lo único que podía en ese momento: verter todas las lágrimas que quisieran salir de sus ojos, y sufrir por lo que no fue.

Cuando Colby llegó a casa, no lo esperaba un baño caliente como hubiera deseado. En vez de eso le esperaba una cena, en una mesa de comensales, con cara nada amistosa. Se preguntó qué había ocurrido, más, estaba seguro que Jowan se lo soltaría en cuanto tuviera oportunidad.

Phoebe dio pronto por terminada la cena, y con la ayuda de Tate y Dylan comenzó a recoger los trastos de la mesa.

—Esperen —dijo de súbito Colby—. Aún falta algo.

—Si quiere un té, o cerveza, puede servírsela usted mismo.

—No, Phoebe, no se trata de eso... Siéntese por favor.

A regañadientes, Phoebe hizo lo que él le pedía.

—No hay otra forma de decir esto que siendo directo: Phoebe, me casaré con usted.

A Phoebe casi se le salieron los ojos de las órbitas.

Jowan movió la cabeza: Colby no había entendido nada. Los niños se miraron unos a otros expectantes, y los dos pequeños tenían sonrisas dibujadas en sus rostros.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó ella, en cuanto logró recuperar la compostura.

—No. Simplemente es algo que tengo que hacer.

—¿Por qué? Entre usted y yo no hay nada.

—Es una promesa que hice.

—No entiendo.

—Prometí casarme con usted, si encontraba a Tate con vida.

—¿A quién se lo prometió? ¿A mi padre?

—A alguien más importante. —Colby miró hacia arriba y ella comprendió.

—Usted hace una promesa al Señor, ¿y la sacrificada soy yo?

—Es que sé que su padre estaría complacido, y los niños, protegidos.

—¿Protegidos por un forastero vagabundo?

—En eso se equivoca Phoebe... —Era el momento de revelar quién era —. Mi nombre sí es Colby Rawson, Soy el vizconde de Tandridge, del

condado de Surrey.

Jowan lo miró, perplejo. Quería decir algo, preguntar, informarse, pero era como si le hubiera dado una apoplejía. Por lo tanto, le fue imposible articular palabra.

Los niños lo miraban con admiración, o con extrañeza, como si fuera un bicho raro.

Phoebe, se puso de pie en silencio. Salió de la casa de igual modo. Nadie la siguió. Seguramente necesitaba estar sola para digerir la noticia. Cuando escucharon el galope de Bob, salieron todos disparados al jardín. Contra la luz del atardecer, se recortaba la figura de Phoebe sobre el lomo del caballo. Había salido a cabalgar sobre el acantilado, igual a cómo hacía de joven, cuando alguna pena la atribulaba.

—Si no fuera medio hombre, te daba una buena paliza, milord. ¿Dónde aprendiste a hacer peticiones de matrimonio así?

—Es la primera vez que hago una, viejo. Y no creí justo mentirle. Pensé que ella entendería.

—No te olvides que, ante todo, mi hija es una mujer, y heriste su orgullo.

—Lo siento, viejo.

—Ve a hablar con ella.

Colby se echó a caminar por la planicie al encuentro de Phoebe. Ella no podría estar cabalgando toda la noche. Debía estar tan cansada como él, sino, más.

Al poco rato de andar, se sintieron los cascos de Bob. Phoebe venía de regreso.

La penumbra ya casi había caído sobre Camborne, y los últimos rayos del sol teñían de rojo los techos de las chozas de la aldea.

Phoebe tiró de las riendas de Bob para llevarlo al paso. Unos metros más allá estaba Colby esperándola. Ya se había reído lo suficiente, ¿qué quería ahora?

—¿Quieres continuar riéndote? ¿No fue suficiente con lo de hace rato?

—Perdóname, Phoebe. Fui un bruto. No tendría que habértelo pedido así. Debía haber ido a casa, y haber vuelto con un anillo, poner la rodilla en el suelo, y pedir tu mano de forma más digna.

Phoebe se bajó del caballo, y comenzó a caminar con las riendas en la mano.

Fueron largos minutos de silencio: Phoebe consideraba que no tenía nada que añadir, y Colby meditaba en cómo arreglar las cosas. La pelirroja era una mujer demasiado deseable y no sería una completa tortura estar casado con ella.

—¿Por qué hiciste una promesa tan estúpida como esa?

—Soy un hombre creyente, aunque no se note.

—Tendrás que quedar en deuda con Dios porque no voy a casarme contigo.

—¿No te gusto? Tú sí me gustas.

—No podemos cimentar una unión basada en el deseo.

—¿Entonces me deseas!

—Bueno... Sí. Pero esa no es razón suficiente. Podría acostarme contigo y nada más.

—¿El saber quién soy, no cambia nada?

—No.

—Me marcharé mañana.

—Bien. Papá se acostumbrará a tu ausencia.

—Sí.

Phoebe montó de nuevo a Bob, y se marchó dejándolo solo y perdido.

Colby se pasó directo a la pesebrera cuando llegó a casa. Por la mañana se despediría de Jowan e intentaría explicarle la situación. Le dolería mucho dejar a los niños, pero no le quedaba más remedio. Partir era lo mejor que podía hacer.

Phoebe se estuvo dando vueltas por la casa, sin saber qué hacer. Él se iría al otro día, y le gustaba demasiado ese condenado como para dejarlo marcharse sin tener la oportunidad de volver a sentir el calor de sus labios.

Con los dedos en la boca, tomó la decisión. Fue por el cubo y un paño, y luego salió a la noche.

Capítulo 24

Colby escuchó los pasos de Phoebe, pero no estaba seguro de que fuera ella, pues también podría haber sido Tate. Entonces, intentó observar por entre las tablas.

Phoebe venía en su dirección, traía la lámpara en la mano lastimada, un paño colgado del hombro, y un cubo en la otra mano. ¿Se iba a bañar de noche, con agua fría? Definitivamente estaba loca.

Ella fue hasta la bomba y llenó el cubo de agua. Luego fue hasta el cubículo, y se desnudó. Ajena a los ojos que la observaban. Phoebe pensaba que él todavía estaría por la planicie, lamentándose. Pensaba bañarse y luego esperarlo en la pesebrera.

Colby no quería quedarse allí, mirando, como un fisgón voyerista cualquiera. Pero era todo un espectáculo observar a esa mujer desnuda. Cualquier diosa griega palidecería ante tanta belleza. Blanca como el más exquisito mármol de Carrara, con ninguna imperfección.

Phoebe gritó cuando sintió el agua fría sobre su cuerpo. Podría haber calentado agua y haberse sumergido en la misma tina que le había preparado a Colby la otra noche, pero eso habría tardado demasiado. En cambio, con el agua fría del pozo tardaría menos, y así se aseguraría de estar lista cuando él llegara.

Colby esperaba que Phoebe comenzara a cantar, como hacía casi siempre que se metía en su rústico cuarto de baño. Sin embargo, seguramente el estar lidiando con el agua fría, le impidió a él escuchar su voz afinada y cristalina. ¡Todo en ella era tan perfecto!, pensó. Menos su carácter, tuvo que recordarse. El baño duró lo suficiente como para quitarse el polvo y el sudor.

Colby dejó de observar cuando Phoebe se envolvió en el lienzo. Se marcharía al día siguiente, pero al menos se llevaría un gran recuerdo de Phoebe Sheldon.

Se acomodó sobre la paja, seguramente el sueño vendría pronto porque

estaba demasiado cansado. Habían sido muchas emociones y esfuerzo físico en corto tiempo.

Estaba acercándose a los brazos de Morfeo, cuando una sombra se inmiscuyó dentro de su conciencia.

Phoebe colgó su ropa sobre la barda. No se había vestido. ¿Para qué, si enseguida se la quitaría?

Se aproximó al cuerpo extenuado de Colby, y se recostó a su costado.

—¿Qué? —preguntó él, al sentir el peso a su lado.

—Shit —respondió ella, poniendo un dedo índice sobre los labios de él.

—¿Qué quiere? —insistió él.

—Solo esto.

Phoebe lo besó con audacia.

Al principio, Colby se quedó quieto, pensando que ella solo estaba jugando. O provocándolo para después burlarse.

Cuando Phoebe pasó una pierna sobre su cuerpo a la altura de sus caderas, comprendió que iba en serio.

Colby rodeó a Phoebe con sus brazos, y la besó. No sabía que había estado anhelando ese beso, hasta que posó sus labios sobre los de ella. Ni siquiera los fugaces besos que le había dado anteriormente, lo advirtieron sobre la salvaje necesidad que tenía por poseer el cuerpo de Phoebe.

Sus cuerpos sensuales, calientes, húmedos, se envolvieron el uno al otro como una maraña de algas sobre la playa. Ninguno de los dos habló, no era necesario emitir palabras o promesas que ambos sabían que no se cumplirían. Lo único que importaba en ese momento era darles rienda suelta a los sentidos.

Phoebe se montó sobre Colby, y comenzó a galopar con lentitud, tal como le gustaba. Pronto él, puso ambas manos en sus senos. Pero las manos inquietas, febriles, no satisfechas solo con eso, recorrieron el cuerpo de ella con ansiedad. Obligándola a ir más rápido.

—¡Dios, eres tan bella!

—Calla, y deja a Dios fuera de esto.

Phoebe sentía que estaba tocando las estrellas con las manos. Era como cuando salía a cabalgar por la mañana, y la brisa proveniente del mar acariciaba su rostro. Una sensación de plenitud y libertad que no solo embelesaba a su cuerpo, sino que llenaba su alma. Entre la bruma de su

excitación, recordó que esta sería la única vez, y se lamentó por ello.

Tenía que disfrutarlo al máximo.

Cuando Colby se hubiera marchado, podría pensar en el mejor sexo que tuviera en su vida... Y el último, pensó con amargura.

Colby fue el primero en abrir los ojos. El responsable de despertarlo había sido el gallo del gallinero que estaba junto a la pesebrera. Por suerte, Phoebe continuaba durmiendo. La observó. Qué ganas de tomarla, y hacerle el amor como Dios manda. Tenerla toda la noche sobre el lecho, y poder besar cada trozo de esa nivea piel. O llenar cada espacio de ese cuerpo de Venus. ¡Dios, qué le estaba sucediendo! Ella roncaba, pero ni eso la hacía menos excitante. Se conformó con acomodar un mechón de cabello que le caía sobre la cara. Luego, tomó sus escasas pertenencias y se marchó.

—Él se ha ido, papá.

—Y es tu culpa. Si tan solo hubieras aceptado ser su esposa.

—No lo amo. Es más, no lo soporto.

—«Del odio al amor hay un solo paso»

—¡Papá!

—No entiendo qué pretendes hacer con tu vida. ¿Envejecer en este pueblucho, teniendo la oportunidad de ser vizcondesa?

—La nobleza se casa entre ellos. No existen las bodas entre la sangre azul y la roja de los plebeyos.

—¿Qué estupidez estás diciendo? ¡Todos tenemos la sangre del mismo color rojo escarlata!

—Sabes lo que intento decir.

—Si él no fuera un vizconde, ¿lo habrías aceptado?

—Seguiría sin agradarme. Pero hubiera sido más fácil. Ambos habríamos podido luchar juntos por mi sueño.

—¿Tu sueño? ¿Te das cuenta de lo egoísta que eres? ¿No piensas en que él pueda tener sueños propios? Además, ¿crees que sin dinero puedes conseguir tus sueños?

—Con trabajo, sí.

—Claro. Sirviendo unas cuantas meriendas, y dando otras al crédito. Despierta, hija. Si no vendes alcohol, o tienes prostitutas a tu cargo, difícilmente podrás reunir tanto dinero.

—¿Por qué me odias?

—No, amor. No te odio. Solo espero que pienses en serio en tu futuro, y en el de mis nietos.

—Ellos serán mineros, o pescadores. Caron se casará con un buen hombre... —repuso ella, para silenciar a su padre, a pesar que dichas ideas estaban muy lejos de lo que deseaba para sus hijos.

—Y será una copia de ti. ¿No piensas en que tal vez ellos, se merecen un futuro mejor?... Hay algo que nunca te he contado. —Jowan aspiró profundo antes de empezar a contarle su verdad a Phoebe—. Yo era hijo de un próspero comerciante de Manchester. Un buen día conocí a tu madre, y me encandilé con su cabello rojo, y todo el conjunto de su belleza. Nos enamoramos, y una noche la seduje en el almacén de nuestra tienda. Cuando mi padre se enteró, se puso furioso y amenazó con desheredarme, promesa que cumplió.

» El padre de Sibyl, también enfureció, y la repudió para evitar que la vergüenza cayera sobre ellos. Era gente muy cristiana y temerosa de Dios y del qué dirán.

» Así fue como llegamos a Cornualles. Yo no sabía nada de minería. Me esforcé por aprender. Luego tú naciste, y trajiste la luz a nuestras vidas. Tu madre murió a causa de unas fiebres, cuando tenías cuatro años... El resto ya o sabes.

—Es una triste historia papá, pero no entiendo qué tiene que ver eso con mi vida actual.

—Que si hubieramos hecho las cosas de otra manera, Sibyl y yo, nuestra vida no habría sido tan dura, y quizás ella estaría viva —terminó diciendo con tristeza.

—Yo soy una mujer grande. Soy viuda, y respetable. Y aun no entiendo qué demonios tiene que ver eso con mis sueños.

—¿Respetable? ¿Por cuánto tiempo? ¿Solo hasta que se note?

—¿Qué quieres decir?

—Sé dónde pasaste la noche.

Capítulo 25

Phoebe se sintió como un niño pillado en falta.

—Lo que yo haga no es asunto tuyo —espetó furiosa.

—Por supuesto que no, pero ¿y si hay consecuencias de este desliz?

—No la habrá, te lo aseguro.

—No creo que a Colby le gustaría que se lo ocultaras.

—¿Por qué lo defiendes tanto? ¿Es el hijo que nunca tuviste?

—No. Colby fue el primero en prestarme atención por mucho tiempo. Tú apenas me hablabas antes de que él llegara.

—Lo sé, papá, y lo siento... Y creo que tienes razón en todo lo que has dicho, pero no estoy preparada para que ni un hombre me ponga el yugo.

—¿Estás segura?

—Bien, papá, ya es hora de ir a la taberna... ¡Niños, nos vamos ya!

Cuando su hija se marchó, Jowan se quedó meditando en la partida de Colby. Lo extrañaría, pero la vida tenía que continuar, aunque, sin las bromas y la charla interesante del lord. Tendría que volver a resignarse a pasar sus días encerrado en la choza, sin poder moverse nada más que al jardín o hasta la mesa del patio.

—En fin —dijo, rascándose la cabeza—, todo lo bueno llega a su fin.

A Colby no le había costado mucho conseguir un cuarto en el puerto. En cuanto el capataz le había pagado esa tarde, se había ido directo a buscar un lugar donde quedarse hasta que decidiera qué iba a hacer con su vida. Total, le había dicho a Phoebe que se marchaba, pero nunca dijo dónde, y ella estaba loca si creía que lograría alejarlo de su familia, y del viejo, quien era el que más le importaba. Ahora estaría cerca y lejos a la vez, e iba a pensar acerca de la posibilidad de dejarse ver. Todo dependería de las acciones de Phoebe. Quizás la vigilaría de lejos para enterarse de si ella lo extrañaba o no. O tal vez le convenía tener un aliado en esa casa. Pensándolo bien, el lunes iría a ver a Jowan a la hora de la merienda, porque lo más probable era que estaría solo y así podrían charlar.

El día sábado era el día de lavar la ropa, y hacer una buena limpieza, tanto adentro de la casa, como en la pesebrera, y el gallinero. Cepillar al caballo, y hacer todas esas pequeñas cosas que no tenía tiempo de hacer durante la semana. Pero Phoebe no tenía deseos de hacer algo ese sábado. No imaginó que, al llegar por la noche, y no encontrar a Colby, le causaría tal abatimiento. Los niños ya estaban pensando en salir a pasear: querían un día de campo, y ella no tenía deseos de salir de la cama. ¿Cómo un hombre tan odioso se podía extrañar tanto?

—Mamá, tenemos hambre —se quejó la pequeña Caron.

—¡Ay, cariño, dile a Tate que les prepare el desayuno, a mamá le duele la mano!

—Está bien, mamá. Después de desayunar vendré a cuidarte, para que te sientas bien y podamos salir a dar un paseo por la tarde.

—Gracias, cariño.

Phoebe se sintió como la peor de todas las madres por mentir a su hija. La mano, si bien le molestaba ya no dolía tanto. El día anterior había tenido que hacer todo sola en la taberna porque Molly había faltado, y presentía que no iría más a trabajar. Y seguro que el responsable era Colby.

Colby. Colby. Colby. ¿Por qué a cada instante, por cualquier motivo, ese nombre se le venía a la cabeza?

Enfadada consigo misma, tomó una decisión y se levantó.

—Vayan a recoger huevos —les dijo a los más pequeños—, y tú ve por un poco de leche —ordenó a Tate.

—¿No estabas enferma? —le preguntó Jowan, arrastrándose hasta la lumbre.

—Un poco, papá, pero ya pasará —¡Maldición, otra vez había mentido!

—Yo sé cómo se llama esa enfermedad.

—¡Basta, viejo, o te quedarás sin desayuno!

El día transcurrió como estaba previsto. Después de desayunar, Phoebe se encargó de las tareas de la casa, con la ayuda de sus hijos, como siempre. Mientras, como siempre, Jowan observaba sintiéndose impotente. Inservible por no poder colaborar.

Después que terminaron, ella se puso a preparar unos bocadillos ligeros, y se fue con los niños por la orilla del acantilado, pensando en bajar hasta la playa, siempre con la recomendación del abuelo de que tuvieran cuidado.

Phoebe no tenía amigas en la aldea, ni en el puerto. Consideraba que a las mujeres solo les gustaba cotillear, pero de vez en cuando si echaba en falta tener a alguien con quien charlar. Alguien con quien hablar de sus cosas, y por qué no, pedirle consejo. Y claro, esta era una de esas veces. Para dejar de pensar lo que ella creía, solo eran tonterías, se quitó los zapatos y fue a corretear detrás de los niños.

Cuando estuvieron todos sucios, cansados, y hubieron dado cuenta de la merienda, regresaron a casa.

Al aproximarse, Phoebe percibió movimientos extraños en su propiedad, lo que le extrañó. ¿Sería Colby?

—Miren niños, regresó el tío Colby.

Los chicos, felices, corrieron hasta la casa. En ese preciso momento un hombre fornido salía cargando a Jowan. ¡El señor Saunders! ¿Qué hacía allí?

—Buenas tardes, milady. Molly me contó lo de su padre, y se me ocurrió que podía ayudarlo.

—Buenas tardes, señor Saunders, pero no comprendo.

—Llámeme John, por favor. Si me acompaña a la parte de atrás, le mostraré.

Phoebe siguió a John hacia la parte de atrás de la casa, y descubrió asombrada un pequeño carro, adaptado para que lo tirara un caballo.

—Sé que en la ciudad existen unas sillas con ruedas, pero yo no tenía cómo hacerle una, así que improvisé. Si usted cubre el carro con unas mantas y almohadones, su padre se podría sentir a gusto... Con la ayuda del caballo podrá llevarlo por cualquier terreno plano. Inclusive a la misa del domingo. ¿Lo probamos?

—No tengo objeciones —repuso Jowan, feliz, como un niño con juguete nuevo.

—Tate, ve por el caballo —ordenó Phoebe a su hijo.

Una vez que amarraron el carro al caballo, este se movió inquieto. Pero como era tan manso, lo aceptó casi enseguida. Phoebe y Tate, tomaron a Bob de la rienda por turnos, y pasearon al viejo. A partir de ahora, Jowan tendría su propio transporte.

Capítulo 26

Phoebe no sabía qué decir, porque claramente entendía lo que motivaba a John, ocuparse de su padre: ella.

—¿Irás al oficio, mañana?

—Voy todos los domingos.

—Ahora podrá llevar a su padre.

—Si él quiere ir, no seré yo quien se lo impida... ¿Cómo está Molly? Ayer la esperé y no llegó.

—Estaba un poco indispuesta... Ese hombre. Colby. Ella se había hecho ilusiones con él, pero al parecer no era correspondida.

—Entonces, es mejor que se lo hubiera dicho ahora, ¿no?

—Creo que sí.

—Molly es muy joven, y lista. Ya encontrará alguien que la quiera como se merece.

—Tiene razón, milady.

—¡Oh! Le pedí que no me llame así, señor Saunders —dijo ella Phoebe, riendo.

—Si la hago reír, ¿por qué no? Ahora me marchó, nos veremos mañana. Espero... Adiós, señor Cough.

—Adiós, John, y gracias.

—No tiene por qué darlas.

John se marchó silbando por el sendero, mientras la familia se quedaba observando a ese hombre tan peculiar.

El domingo salieron todos con su mejor ropa hacia la iglesia de Portreath. Y por supuesto, Jowan iba montado en su nuevo carro. Había intentado peinar sus cabellos canos, y largos con esmero. Phoebe le había buscado una vieja corbata de moño, y una levita raída. Él se sentía como nuevo y eso era lo que importaba.

La caminata sería larga, pero no era algo a lo que no estuvieran acostumbrados. Cuando la pequeña Caron se cansó, su abuelo la montó junto a él, en su carro, haciendo las delicias de la niña, lo que provocó que Tate y

Dylan también quisieran probar por turnos el carro del abuelo.

Colby llevaba más de una hora escondido detrás de un árbol para observar la entrada de la iglesia. Sabía que Phoebe y los niños iban los domingos —siempre que podían—, y esperaba que este fuera uno de esos días. A esta hora podría estar desayunando en su cama, en Surrey, pero no, estaba anclado a Portreath como los barcos de la bahía. No sabía a ciencia cierta que lo estaba atando más: si el viejo Jowan que había encontrado en él a un amigo, si a los niños que necesitaban un padre, o a Phoebe con su cuerpo de diosa. Porque amor no era, de eso estaba cien por ciento seguro. Solo era una fuerte atracción y un deseo salvaje. Agua de la que no se cansaría nunca de beber, si es que pudiera mantenerse cerca de ese manantial.

El vicario estaba en la puerta recibiendo a sus congregantes, y estos fueron entrando separadamente, porque obviamente los personajes ilustres de la ciudad no se mezclaban con los pescadores y mineros.

Colby estaba a punto de darse por vencido y volver a su cuarto alquilado, cuando vio aparecer a los Sheldon. ¡Y más atrás venía el viejo montado en un pequeño carro, tirado por Bob! ¡Increíble! ¿Por qué no se le había ocurrido a él? Porque no eres un maldito genio, le respondió su cabeza casi de inmediato.

Todos avanzaron hasta las puertas dobles de la iglesia, y mientras Phoebe saludaba al vicario, apareció de alguna parte, el padre de Molly. El hombre traía su mejor atuendo de domingo y portaba un pequeño ramo de flores en la mano. Luego de hacerle una aparatosa reverencia a Phoebe y entregarle las flores, se había dirigido al carro y había tomado a Jowan en sus brazos para cargarlo al interior de la iglesia.

Phoebe asintió admirada, ante la facilidad con que el minero cargó a su padre.

Y cómo no, pensó el observador oculto con amargura. Ese hombre era un mástil de barco.

Por lo visto su intención de conquistar a la viuda era en serio. ¿Qué haría? ¿Seguir escondido o manifestar su presencia, para poner en antecedentes al minero de cuál eran sus intenciones?

Colby se situó al final de la nave, detrás de una columna de madera. En ese instante el ministro Carlson hablaba de la importancia de vivir bajo las leyes de Dios, y la necesidad de cumplir las promesas hechas en su nombre. Colby comprendió que él estaba en falta. No había podido cumplir su promesa, pero no era porque no había querido.

Miró hacia el cielo, e intentó explicárselo, y le aseguró que, aunque se tardara cien años cumpliría esa promesa.

Todos se levantaron de sus asientos para entonar una canción, y Colby observó con furia, como Saunders sostenía un libro de cánticos para que Phoebe cantara con él. Ella lo admitía, y para colmo, se veía cómoda. ¡Dios bendito, esto no podía continuar!

Colby salió de atrás de la columna y carraspeó con fuerza. Muchas cabezas se dieron la vuelta para ver quién interrumpía, y entre ellas, las de los niños y Jowan. Phoebe mantenía su postura tiesa junto al minero.

Los niños se pegaron codazos y no pudieron esperar a que el servicio terminara para correr hacia él, mientras Jowan los observaba complacido.

Al terminar, el ministro se apostó nuevamente afuera de la puerta para despedir a su congregación. Colby se acercó y le extendió la mano derecha.

—Buenos días, ministro. Soy Colby Rawson, su nuevo feligrés. Cuente conmigo para lo que necesite.

—Muchas gracias, señor Rawson, siempre hay pequeños trabajos que hacer por aquí. ¡Bienvenido a nuestra comunidad!

Phoebe no sabía si estar feliz o indignada. ¿Qué hacía Colby aquí? ¿Por qué no se había marchado? ¡Maldito imbécil! Perdón Señor. De pronto recordó donde estaba, y se arrepintió de blasfemar en lugar sagrado. Ya enfrentaría a ese hombre en un sitio más adecuado.

Antes de ir en busca de su padre y los niños, se dirigió al cementerio que estaba en la parte de atrás de la iglesia. Le llevaría las flores que John le había dado, al difunto Joshua Sheldon.

Rara vez lo visitaba. Se sentía culpable por no extrañarlo. Pero quién lo había mandado a salir de pesca borracho. Había sido un irresponsable toda su vida, y había muerto de la misma forma. Sin embargo, deseaba que se encontrara feliz dondequiera que estuviera.

—¿Aún lo extrañas?

—Colby —dijo ella, sin volverse a mirarlo—. ¿No te habías marchado?
—Sí, pero nunca dije a dónde me iría

Capítulo 27

—Pudiste haberme sacado de mi error.

—¿Por eso fuiste? ¿Fue un obsequio de despedida?

—Pensé que no te volvería a ver. Que no importaría.

Colby la tomó de un brazo para que ella se volviera y poder mirarla a los ojos. Había tanta inseguridad en esos ojos de mar.

—Sé que no te amo. Sé que no me amas. Pero así mismo sé que hay algo muy fuerte entre nosotros. ¿No es suficiente para que te conviertas en mi esposa? —Ella se zafó de la mano de él, y volvió la vista hacia otro lado—. ¿A qué le temes?

—¿Milady?

De pronto John Saunders había aparecido de entre las tumbas. Phoebe comenzó a caminar hacia él, sin responder las interrogantes de Colby.

—Al menos promete que lo pensarás.

Phoebe se volvió para dirigirle una mirada breve, y luego continuó su camino para encontrarse con John.

Esa tarde de domingo, Phoebe dejó a los niños con el abuelo y salió sola a caminar. Tenía que pensar. Ordenar su cabeza. Decidir qué responderle a Colby. Sabía que él no cejaría en su empeño si no lo rechazaba con un motivo de peso. Pero, ¿quería rechazarlo en realidad? ¿Por qué no podía plantearse ser feliz con ese hombre al que conocía tan poco? En realidad, al difunto Joshua Sheldon, apenas lo conocía también, pero era poco más que una niña. Ahora era una mujer adulta, y no necesitaba que los demás decidieran por ella. Sin embargo, sentía temor de cambiar todos sus sueños por una boda incierta. Aunque Colby estuviera dispuesto a compartir su fortuna con ellos, no sería lo mismo. Ya no podría hacer lo que se le viniera en gana, cuándo y cómo quisiera. Lo más probable era que tuviera que abandonar Camborne, para ir con él a Surrey. Y allá, ¿cómo sería recibida? Tenía una enorme deuda con ese hombre, pero, ¿debía pagarla de esa forma? Tendría que haberle pedido concejo al ministro. Él conocía el alma de los hombres mejor que nadie y sabría qué era lo que más le convenía en esa

situación. ¡Dios! ¿Por qué no se había marchado y dejado las cosas como estaban? Si ella no hubiera tenido la grandiosa idea de quedarse con un recuerdo de él, todo sería sencillo ahora.

Colby envolvió unos emparedados, y una botella de cerveza, en su camisa vieja y partió rumbo a los acantilados. Si tenía suerte, encontraría a Phoebe y a los niños en la playa. Su sorpresa fue grande cuando vio a Phoebe sola. Estaba descalza y llevaba un chal sobre los hombros.

Phoebe no vio a Colby. Cuando él habló de pronto, ella dio un respingo a causa del sobresalto que le causó su voz.

—Esperaba encontrarte con los niños. Y aunque tengo muchos deseos de verlos, me complace encontrarte sola. Así podremos tener una charla seria.

Phoebe hizo amago de marcharse, pero él no se lo permitió.

—No te marcharás hasta que me des una respuesta. ¿Por qué no quieres ser mi esposa?

—No quiero perder mi libertad, ni mis sueños.

—No voy a encerrarte en una prisión.

—Mi vida ya no volvería a ser la misma. Cuando una mujer se casa, pasa a ser propiedad del esposo. Pierde la libertad de tomar decisiones... Tú y yo no encajamos. Pertenece a mundos distintos. Si antes de saber quién eras, no veía la posibilidad de unirme a ti, ahora menos. Dime, ¿qué más razones que esas necesitas?

—Hablaste de sueños.

—Quisiera tener el hotel más grande de Portreath y sus alrededores. En el puerto solo hay posadas. Cuartos de alquiler en casas de vecinos, pero no hay hotel. Papá dice que mis sueños son ridículos. Que las mujeres como yo no conseguimos algo si no tenemos un hombre con dinero que nos respalde. También me dijo que no continúe cometiendo los mismos errores que él.

» Yo no sabía que papá era de una buena familia de Manchester, y que lo perdió todo al embarazar a mi madre. Los repudiaron a ambos, y por eso emigraron a Cornualles.

—No estamos hablando de tus padres, Phoebe. Entiendo que tengas sueños de superación. Convertirte en una empresaria hotelera. Cosa poco común, lo reconozco, pero indica que tienes una fuerza de carácter única. Sin embargo, estoy de acuerdo con el viejo, sola no lo conseguirás... Te propongo un trato.

—¿Cuál? —preguntó ella con desconfianza.

—Quiero que conozcas ambos mundos.

—No entiendo.

—Sé mi esposa. Ven conmigo a Tandridge. Si no te gusta. Si no congeniamos en el plazo de dos años te daré la libertad y podrás regresar a Cornualles, con una buena cantidad para que pongas tu hotel.

—¿Hablas de renunciar a mis sueños?

—Solo si te acostumbras a ser mi esposa.

—¿Y qué hay de ti? ¿Si eres tú el que no se acostumbra?

—Eso no creo que suceda.

—¿Por qué?

—Simplemente por esto.

Colby la tomó entre sus brazos y la besó profundamente.

Phoebe se encendió de inmediato. ¡Su carne era tan débil!

No opuso resistencia alguna cuando él la apoyó contra la roca para poseerla allí mismo. A ella no le importó la dureza de la piedra, ni que la arena estuviera mojada, o que el agua expulsada por alguna ola, llegara hasta sus pies. Nada más existía cuando Colby la penetraba, invitándola a una danza sensual, imposible de apaciguar. Cuando terminaron, él tomó el rostro de ella entre sus manos y la miró a los ojos.

—Atrévete a decir que no tenemos buenos cimientos para una unión duradera.

Ella no tuvo palabras para refutar las de él, pero necesitaba ganar tiempo. Dijo lo primero que se le ocurrió en ese momento.

—Tienes razón, Colby. Tú me derrites, como el hierro en la fragua, pero no es suficiente, así que lo pensaré.

—¿Por cuánto tiempo?

—Dos semanas. Quiero que vuelvas a Surrey, a tu casa. Si dentro de dos semanas aún quieres casarte conmigo, regresa a buscarnos. Haz de saber que donde vaya yo, irán mis hijos y mi padre.

—¡Por supuesto! ¡Nunca los dejaría atrás!

—Espera. No he terminado. Si por esas cosas de la vida, yo termino habituándome a ser tu esposa, renunciaré al hotel. Pero de todas formas haz de apoyarme para que tenga mi propio negocio en otra parte. No quiero ser una mujer ociosa.

Colby pensó que era un disparate. Una vizcondesa trabajando, era

impensable, más no lo dijo. Sino que se apresuró a responder.

—¡Acepto!

Capítulo 28

El martes al anochecer el carruaje se detuvo frente al camino que llevaba a Woodhurst House.

Había salido de Portreath el día anterior, teniendo que hacer muchas paradas por no haber podido costear un viaje directo. Phoebe le había prestado dinero para el pasaje, y para comida, porque él no tenía ni un penique. Lo que le había sobrado del alquiler del cuarto, lo había gastado en pantalones y camisas en el mercado del domingo, antes de ir a la iglesia. Era otra deuda que tenía que agregar a la lista.

Mientras viajaba, iba practicando dentro de su cabeza, las palabras con las que le pediría perdón a su padre. Sabía que sería dificultoso, pero seguramente ya se habría reconciliado con Charlotte, y estaría feliz de saber que por fin sentaría cabeza.

A su padre, a pesar de su rigidez, le importaban muy poco los convencionalismos, ya que su misma esposa, provenía de una familia de comerciantes de tela. Estaba seguro que para él no supondría mayor inconveniente que Phoebe fuera la hija de un minero. Total, ya estaban acostumbrados a ser llamados «los rebeldes Rawson de Surrey», y que muchas veces se vieran marginados de algunos eventos sociales de Londres por tener la mala costumbre de relacionarse con gente poco conveniente para su clase.

Eso era lo único que tenían en común, porque por lo general se llevaban bastante mal.

Al traspasar los límites de la propiedad, pensó que la nostalgia lo invadiría y encontraría emocionante estar de regreso. No sintió nada. Lo único que continuó flotando en su cabeza fue el rumor del mar, el cabello de Phoebe, la risa de los niños, y la emoción en los ojos de Jowan cuando se despidieron. Convivió poco tiempo con ellos, pero ahora formaban parte de su vida y no quería perderlos. Arreglaría lo más pronto posible las cosas con su padre y regresaría a buscar a su familia. Su familia.

Cuando el mayordomo abrió la puerta, su primera intención fue cerrarla

en las narices del desconocido, pero luego pensó obrar con indulgencia.

—Vaya por atrás, seguramente en la cocina podrán darle algo de comer.

—No han pasado tantos meses, como para que te hayas olvidado de mi rostro, Parsons.

El hombre se quedó mirando el rostro moreno de Colby. Luego recorrió su cuerpo, reparando en la ropa de segunda mano, y el pequeño hatillo que traía bajo el brazo.

—¿Milord?

—¿Quién más?

—¡Milord, lo creíamos muerto! El abogado nos informó del naufragio y dijo que no hubo sobrevivientes.

—¿Y mi padre? ¿Está en sus habitaciones?

Colby continuó de largo hasta el salón.

—¡Oh, por supuesto que no lo sabe!

—¿De qué hablas?

—Su padre, milord. El conde falleció al día siguiente de su partida.

Colby se dejó caer en el sofá.

—¡Dios, no puede ser! ¿Por qué no me avisaron?

—Se supone que el abogado lo intentó, pero su barco ya había zarpado. Después supimos lo del naufragio... El abogado ha estado muy enfermo.

—¿Y Charlotte?

—Lady Rawson está en Londres. No viene desde que milord falleció.

—¿Qué le sucedió? ¿A mi padre?

—Un ataque cardíaco, milord. El doctor dijo que no sufrió, porque su corazón se detuvo mientras dormía.

—Yo lo maté... Charlotte y yo lo matamos. ¡Pobre papá!

—Milord, su padre sufría una afección cardíaca. Le pudo haber sucedido en cualquier momento.

—Quizás sí, pero nosotros propiciamos el fatídico acontecimiento. Y tú mejor que nadie lo sabe. Es decir, todos en casa lo saben.

—Milord, lady Rawson despidió a todo el mundo. Solo quedamos yo, y la cocinera. Contrató todo el personal nuevo antes de marcharse. No quería que anduvieran rumoreando por los rincones.

—En cuanto a Charlotte, veré qué puedo hacer con ella. Dudo que quiera ser llamada «condesa viuda» siendo tan joven.

» Estoy planeando casarme, Parsons, y no creo que sea buena idea tener a

dos condesas dentro de casa.

—Entiendo, milord. Y me alegra saber que va a contraer nupcias. ¿Me permite preguntar a cuál familia pertenece la dama?

—Es la hija de un minero, Parsons, pero es más decente y noble que todos nosotros. A papá le hubiera gustado.

Colby se puso de pie. De pronto se sentía muy cansado y envejecido. Él nunca se tomó en serio eso de la afección cardíaca de su padre. Era un hombre tan lleno de vida, que siempre estuvo seguro de que la enfermedad no era más que una exageración de su médico de cabecera.

Era imposible recoger la leche cuando se derramaba. Su padre estaba muerto, y eso tampoco tenía solución. Lo único que le quedaba era asumir su lugar, convertirse en el hombre responsable que nunca fue, y formar la familia que su padre hubiera querido.

Al viejo conde le hubiera impactado ver a los niños corriendo por la casa, y por los cuidados jardines, pero se habría terminado acostumbrando con el tiempo.

—Quisiera darme un baño, y acostarme.

El mayordomo, quien había estado paciente esperando a que su amo recuperara la compostura, hizo una venia y salió.

Colby cerró los ojos, y esperó.

Casi treinta minutos después, regresó Parsons, y al ver a Colby con los ojos cerrados, carraspeó para hacerse notar. Colby abrió los ojos con desgano.

—Milord, está listo el baño. Y le hemos preparado la habitación de su padre...

—No. Me quedaré en la mía. No podría dormir en esa.

—Como desee, milord.

En la habitación lo esperaba el lacayo ordenando su camisa de dormir. Colby lo despachó después de agradecer sus atenciones. Luego apareció el mayordomo para asegurarse de que todo estuviera en orden.

—Milord, Frank lo atenderá mientras contratamos un valet.

—No es necesario un valet, Parsons. Mientras alguien se ocupe de que mi ropa esté limpia y planchada, yo me puedo vestir solo. Y bañar también. Cuando llegue la nueva señora de la casa, ella misma verá qué personal hace falta.

—Muy bien, milord.

—Ahora, déjame, que voy a darme ese baño que tanto ansío.

—Buenas noches, milord.

—Buenas noches, Parsons.

Colby se metió en la bañera de latón, y recordó. Recordó la tina de madera, y la presencia de una mujer pelirroja junto a ella.

Capítulo 29

El mayordomo, que conocía perfectamente las costumbres de Colby, envió al lacayo con el desayuno, sobre el mediodía, pero este ya no se encontraba en su habitación. Parsons, preocupado por la salud mental de su señor, lo buscó por toda la mansión. Cuando llegó a la cocina, la señora Ross, manifestó haberlo divisado a lo lejos sobre un caballo.

—Está levantado desde antes de las nueve —informó ella—. Pasó por acá y se tomó un vaso de leche conmigo. Luego cogió unas zanahorias y se marchó.

—¿Bromea?

—No. Se sentó en la misma silla en la que está sentado usted. ¿Lo observó bien, señor Parsons? Sus manos están encallecidas. Como si hubiera estado trabajando.

—Para serle sincero, no me fijé mucho en detalles anoche. Ambos estábamos muy conmocionados.

Por lo visto, el ahora conde de Tandridge, había vuelto muy cambiado. ¿Qué le habría sucedido durante su fallido viaje?

—Bueno, iré a supervisar a las mucamas. Todo debe estar bien limpio y aireado. Ha estado mucho tiempo cerrada la mansión. Es necesario que esté todo impecable para cuando llegue la nueva lady Tandridge.

—¿Quiere usted decir que...?

—En efecto. Nuestro conde se casa.

—¿Usted sabe quién es la dama?

—No, señora Ross. Ahora, vuelvo a mis deberes, y usted siga con lo suyo. El conde traerá hambre, pues no desayunó.

—Sí, señor Parsons.

Colby se había levantado temprano para ir a recorrer la propiedad. Shadow había estado feliz de verlo, y aún más cuando le obsequió las zanahorias que llevaba en el bolsillo. El mozo del establo también era nuevo y no lo conocía. Y cuando él se presentó, el chico pecosó le hizo una profunda reverencia. Colby consideró que era demasiado joven para estar

solo a cargo de los caballos y los carruajes, así que tendría que hablar con Parsons al respecto.

El joven, que se llamaba Mick, se comportó con eficiencia a la hora de ensillar el caballo, lo que causó que Colby en ese mismo instante tomara una decisión.

—Desde ahora —le dijo—, solo te ocuparás de los caballos. Mantendrás las pesebreras limpias, los sacarás a pasear. Los mantendrás bien aseados. En fin. Todo lo que concierne solo a ellos. ¿Comprendes?

—Sí, milord, pero se supone que debo ocuparme de los carruajes también.

—Mick, ¿qué te acabo de decir?

—Que me ocupe de los caballos, milord.

—Los carruajes, ¿son caballos?

—No, milord.

—¿Entonces?

—Solo me ocuparé de los caballos.

—Creo que por fin comprendiste —le dijo al chico que no tendría más de quince años. Después montó a Shadow y salió traqueteando del establo.

Recorrió cuantas casas como pudo, informando a los inquilinos que pronto tendría una reunión con ellos para que discutieran acerca de algunos proyectos que deseaba poner en marcha. Ahora que el condado estaba a su cargo, podría practicar otras formas de cultivos, e incorporar nuevas especies a las ya existentes. Esa idea le entusiasmaba sobre manera, y esperaba que Phoebe quisiera acompañarlo a poner en práctica sus proyectos, y con el tiempo los incorporara a sí misma como si fueran de ella. Sus ideales eran egoístas, pero más factibles de que los sueños de ella.

Cuando su estómago rugió, sintió que ya era tiempo de regresar. Regresar a una casa solo, rodeado de puros sirvientes, era patético. No llevaba ni un día en casa y extrañaba Cornualles. Qué largas serían estas dos semanas. Tendría que inventar formas de mantenerse ocupado, para no correr a buscar a Phoebe.

En la mansión le esperaba una merienda, con comida suficiente como para alimentar a seis personas. Y mientras degustaba los exquisitos platillos de la señora Ross, no pudo evitar pensar en los sencillos platos de legumbres, las sopas, y la casi diaria ensalada de betabeles. O en el pescado frito con

papas también fritas, de la taberna de Phoebe. Se sintió casi culpable de tener tanto donde elegir: tanta comida para un solo hombre. Eso mismo le trajo una interrogante a la cabeza.

—Parsons —llamó sin levantar la voz, consciente de que el mayordomo estaba lo más cerca posible de la mesa del comedor.

—¿Sí, milord?

—Dime algo. ¿Qué comen ustedes?

—No entiendo, milord.

—Quiero saber qué desayunan, qué meriendan, qué cenan.

—Lo que la señora Ross cocina, milord.

—Entonces, trae a la señora Ross.

—Al instante, milord.

Colby terminó de comer, y después de limpiarse la boca con la delicada servilleta de lino, la dejó a un lado. La señora Ross, entró titubeante al comedor, sin saber qué le esperaba, pero al ver la sonrisa en los labios de Colby se tranquilizó un poco.

—Siéntese por favor —ordenó él con gentileza.

—¿Yo, milord?

—Sí. Por supuesto.

La mujer comenzó a sacudir sus faldas por temor a ensuciar la elegante silla del siglo XVI, que Colby le estaba ofreciendo.

—No se preocupe, un poco de harina no le hará daño al tapiz.

Colby esperó paciente a que la cocinera se sintiera con algo de comodidad antes de hablar.

—Me gustaría saber qué comen ustedes, señora Ross. Y antes que me diga que no entiende, le explico que me refiero al desayuno, merienda, cena, etcétera.

—Bueno. Ocupo los panecillos que van quedando de días anteriores. Hago sopa con las sobras. Y si queda comida preparada, esa es la que cenamos.

—Entiendo. ¿Y estos meses en que no hubo nadie en casa, cómo se las arregló?

—Ocupando lo mínimo de la despensa. Lo que se estuviera echando a perder. Dios me libre, si hubiera llegado lady Tandridge y nos sorprendiera comiendo la reserva de los señores.

—¿Estaban dispuestos a pasar hambre?

—No se vería bien en un sirviente que traspasara los límites de la confianza.

—No me diga nada más que me apena. Señora Ross, desde hoy, usted ocupará los víveres de la despensa para cocinar. Es decir, nadie volverá a comer sobras. Ni mendrugos de pan. Ni alimentos en descomposición. No le estoy autorizando para que llene de pasteles y pastas a los sirvientes, pero sí que tengan una alimentación digna. No pueden estar esperando a que el pescado y la carne fermenten para comérsela. Eso podría causarles disentería, señora Ross.

—Sí, milord.

—¿Tenemos un trato?

—Lo tenemos, milord.

—Entonces, vaya y prepare una tarta de manzanas. Hace siglos que no pruebo una como las que hace usted.

Capítulo 30

Habiendo recorrido las casas de Woodhurst, y la aldea de Tandridge, y pospuesto la reunión con sus inquilinos, decidió que ya era tiempo de ir a Londres para visitar al abogado. Aprovecharía de ponerse en contacto con Charlotte, y visitar el club para ver en qué estaban sus antiguas camaradas. Eso sí, que antes de marcharse, dio instrucciones a Parsons para que buscara dos cocheros y un carpintero, porque deseaba que pusieran a punto el gran carruaje familiar. Cuando fuera a buscar a Phoebe, quería hacerlo a lo grande.

Lo primero que hizo Colby cuando llegó a Londres, fue dirigirse a la casa del abogado, ubicada en Crescent Park.

Cuando se bajó del carruaje de alquiler, lo primero que hizo fue consultar la hora en el reloj de oro que colgaba de su chaleco: eran las tres menos cuarto. No sabía si era momento propicio para hablar con el viejo abogado, pero era un asunto que debía concluir lo más pronto posible.

—Necesito ver al señor Mercury —le dijo a la mujer que le abrió la puerta.

—El señor Mercury está descansando.

—Por favor, es de suma urgencia —insistió él y entregó su tarjeta a la mujer.

Ella leyendo casi de soslayo la tarjeta, comprendió al instante de quién se trataba, y su rostro enrojeció, apenada.

—Disculpe, milord, no sabía quién era usted.

La mujer lo hizo pasar al salón y le pidió que se sentará en el sofá, mientras ella iba por el abogado.

—Regreso en un momento. ¿Le puedo ofrecer un té mientras espera? ¿Un vaso de agua?

—No. Estoy bien así, gracias.

La mujer asintió y luego salió del salón.

La casa estaba en absoluto silencio, entonces Colby pudo escuchar los pasos de ella resonando por el piso de madera, y luego por las escaleras cuando subió en busca de su patrón.

Después de quince minutos apareció el anciano, acomodándose la levita, y con su escaso cabello totalmente desaliñado. Cuando vio a Colby, lo observó con la sorpresa dibujada en el rostro. Enseguida sonrió complacido.

—Resucitó quien estaba muerto. ¿Fuiste rescatado de las aguas al igual que Moisés?

Charles Mercury había sido el abogado de su padre toda la vida, entonces se tomaba la licencia de tratarlo con tanta confianza porque se consideraba con derecho a hacerlo.

—¡Señor Mercury, qué gusto verlo! Parsons me dijo que ha estado enfermo.

—Nada importante, no te preocupes. Ha sido más un pretexto, para no tener que tratar con tu insufrible madrastra.

—¡Por favor, no la llame así!

—Por cierto, que no lo es... Sentí mucho lo de tu padre.

—Fue mi culpa.

—Y la de ella.

—Charlotte no me obligó a ceder a sus encantos. Si yo no hubiera querido...

—Nunca se puede culpar del todo a un hombre —repuso el abogado con una sonrisa cómplice.

—Un hombre no es menos hombre si rechaza a la mujer de su padre. En ese tiempo yo era un libertino. Un calavera. Un sinvergüenza.

—¿Y ahora?

—Me voy a casar, señor. Y es por eso que me interesa saber cómo están los asuntos de papá. Me gustaría dar por finalizada nuestra relación con Charlotte. Una especie de indemnización. Con seguridad, en cuanto sepa que estoy de vuelta, estará revoloteando a mi alrededor como una abeja. Lista para enterrar su aguijón.

—No quisiera decirlo, pero tú te lo buscaste. ¿Pasamos al despacho? ¡Patrice, traenos té al despacho!

—¿Qué pasó con Bertha?

—¡Ah! Como hace años que no vienes por aquí, no supiste que tuve que cambiar ama de llaves. La pobre murió hace tres años. Un coche la arrolló en el mercado.

—¡Qué pena!

—Tenía un carácter horrible.

El abogado sacó una llave de su chaleco y abrió una puerta.

—Aquí solo entro yo, y algunos clientes —explicó.

El señor Mercury tenía sus peculiaridades, pero era un buen abogado. Cuidaba con celo los asuntos de sus clientes más fieles, que eran pocos.

Después de una hora, dos té, y muchas pastas, Colby salió de la casa del abogado con una propuesta clara para ofrecerle a Charlotte.

Siguiente parada: Regent's Park.

Le abrió la puerta un mayordomo estirado, y antes que dijera nada, Colby se presentó para no dejar dudas con respecto de quién era.

—Diga a lady Tandridge que lord Tandridge la busca, por favor.

El hombre pareció haber perdido repentinamente todo el almidón que llevaba en su cuerpo, y confundido, le hizo una venia. Rápidamente cogió la tarjeta de manos de Colby, y lo hizo pasar a un saloncito que estaba junto al recibidor.

—Le avisaré prontamente a milady, milord.

Casi una hora después, Colby oyó unos pasos apresurados y un rumor de faldas.

—¡Casi me desmayo cuando French, me entregó tu tarjeta! —exclamó ella, dejando sobre el sofá un pug inglés.

—Aún tienes esa mascota horrorosa.

—Sí. Aún tengo a Roxy. Está embarazada y pronto tendrá unos bellos cachorros igual a ella... Pero, dime. ¿Dónde te escondías?

—En ninguna parte. Estuve más de un mes a la deriva. No sé cómo, pero fui a parar a Cornualles.

—¿Un escocés?

—Es muy temprano.

—Hace más de tres meses que te marchaste.

—El barco en el navegaba, fue atacado por los piratas. El capitán decidió huir, pero en vez de continuar en dirección a América, viró el barco de regreso. La nave estaba seriamente dañada, y una tormenta terminó por acabar con ella. Fin de la historia. ¿Satisfecha?

—Creo que sí.

—Charlotte, no he venido a contarte mis aventuras. Estoy aquí para que pongamos en orden algunos asuntos. Quiero que te marches. Serás bien recompensada.

—¿Qué dices? Pensé que ahora que tu padre no está, tú y yo... — Charlotte estiró una mano, con la intención de acariciar el rostro de Colby, pero él se echó para atrás—. ¿Me rechazas?

—Eso nunca debió suceder, Charlotte. Mi padre aún estaría vivo.

—Él iba a morir de todos modos.

—Pero no por nuestra mano.

Colby observó a Charlotte con amargura. ¿Qué había pasado por su cabeza cuando decidió acostarse con ella? ¡Era tan vulgar! Se preguntó cómo sería si se quitara todo ese maquillaje del rostro. Estaba convencido que no tendría la limpieza diáfana de Phoebe. ¿Qué hacía Phoebe dentro de su cabeza justo ahora?

—Puedes quedarte con esta casa —dijo él mirando alrededor—, con una propiedad en Hyde Park, y una renta anual de trescientas libras. Si yo fuera tú, rentaría las casas o las vendería. Con el dinero obtenido por las propiedades más la renta, podrías vivir cómodamente en América. Empezar de nuevo. Quizás allá te encuentres a un banquero millonario de Nueva York, o al dueño de una mina de oro del Yucón.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Por qué?

—No quiero tener que exponerme a ver tu cara nunca más mientras viva.

Capítulo 31

Charlotte se dejó caer pesadamente sobre el sofá, junto a Roxy.

—Estás siendo muy generoso. En realidad, quieres deshacerte de mí. No lo puedo creer.

—Creo que eres muy joven para ser una «condesa viuda».

—Tienes razón.

—¿Lo pensarás?

—Lo haré, pero que no podamos estar juntos es un desperdicio.

—No, Charlotte. Eso no ocurrirá nunca.

—Lástima.

—El señor Mercury vendrá a verte uno de estos días. Adiós, Charlotte.

—Adiós —repuso ella.

Colby se sintió liviano al salir de casa de Charlotte. Se había sacado de encima una carga más pesada que la del carro de la mina. Si todo salía como lo había planeado ya no tendría que preocuparse por ella.

Llamó un coche de alquiler, y le indicó que lo llevara al club de caballeros Lyon Gold.

Como era de esperar, en el club encontró a sus viejos compañeros de juerga, quienes por supuesto se asombraron de verlo con vida y gozando de buena salud. Pronto el escocés comenzó a correr como si fuera el mismo Tamesis. Cuando sus gargantas estuvieron lo suficiente calientes debido a tanto licor, propusieron continuar celebrando en el burdel de Madame Genevieve. Aunque en ocasiones citaban a damas de dudosa reputación en el club, esta no era una de esas veces. El Lyon Gold no se caracterizaba por su seriedad precisamente.

—Yo paso —se excusó Colby—. Quiero regresar hoy mismo a casa.

—Ya es tarde —se opuso Morris, quien solía ser el más apegado a él de todos sus amigos—. Iremos a ver a Madame, y después te quedas en mi casa. No vas a encontrar coche a esta hora.

—Gracias, Morris. Si no encuentro, rentaré uno.

—Vaya, si estás cambiado. ¿Qué te sucedió en Cornualles?

—Nada. Solo conocí otro aspecto de la vida. Hasta pronto, Morris.

—¿Nos veremos nuevamente?

—Por supuesto.

Iba de camino al puesto de la estación de diligencias de Hyde Park, cuando un dilema pasó por su cabeza: si Phoebe decía que sí, la casa no estaría adecuada para ella y los niños, y sobre todo para Jowan. No podía llevar a su futura esposa a una casa, cuya única contribución femenina, habían sido las cortinas de tonos chillones del desayuno. Claro que existía el riesgo de que ella continuara negándose, pero bien valía la pena arriesgarse.

—¡Alto! —le gritó al cochero. Él no acostumbraba a usar bastón como muchos señores afectados, para golpear el techo del coche. Luego se bajó, y le pidió al hombre que lo llevara a Crescent Park. Iría a casa del señor Mercury.

—¡Milord! —la señora Hill lo observó sorprendida. Era raro que el señor Mercury recibiera visitas después de las nueve de la noche, y ya casi daban

las diez. De todas formas, invitó a pasar al conde de Tandridge. Su patrón no perdonaría si lo dejaba en la calle—. El señor Mercury ya se encuentra en la cama, pero le avisaré que usted está aquí.

—Le ruego me disculpe, señora Hill.

—No se preocupe, milord. Duermo muy poco, así que rara vez me voy a la cama antes de la medianoche.

Al poco rato apareció el abogado envuelto en un camisón largo de franela, y su cabeza cubierta con un gorro de lana.

—Disculpa, Colby, no encontré la bata.

—No, señor Mercury, el que tiene que disculparse soy yo. Por venir a esta hora tan inapropiada.

—Está bien. Estoy seguro de que, si no fuera importante, no lo habrías hecho.

—Gracias, señor Mercury. Iba a la estación de carruajes cuando se me ocurrió la idea de hacer algunas renovaciones en Woodhurst House. Imagino que entre sus clientes debe tener algunos nombres que me pueda proporcionar.

—No digas más. Vamos a mi despacho.

—Puedo esperar hasta mañana. Porque necesito pedirle otro favor. ¿Podría hospedarme en su casa esta noche?

—¡Señora Hill! —De inmediato se escucharon los pasos diminutos pero apresurados del ama de llaves—. Prepare una habitación para lord Tandridge. Nos acompañará por esta noche.

La señora Hill asintió y se fue enseguida a cumplir el encargo.

—¿Ya cenaste, Colby?

—No, señor Mercury. Pero no importa. Ya es un poco tarde.

—¡Nada de eso! Acompáñame a la cocina. Imagino que, si estuviste compartiendo con mineros, no te importará.

—Por supuesto. Lo sigo.

El abogado tomó una lámpara de la mesa del pasillo, y guio a Colby escaleras abajo, hasta la cocina. Allí lo hizo sentarse ante una pequeña mesa, y luego comenzó a abrir y cerrar armarios hasta que juntó una gran variedad de alimentos que puso sobre esta: carne fría, panecillos dulces, fruta, pan negro, galletas... Finalmente sacó un par de copas y una botella de vino rojo.

—Espero que baste con esto —le dijo a Colby con una gran sonrisa—. Se terminó el oporto, pero tengo un excelente vino del Valle del Rhin. Espero

que sea de tu agrado.

—Creo que es demasiado, señor Mercury. Muchas gracias.

Después de que hubo comido gran parte de lo que el abogado le sirvió, apareció la señora Hill, a anunciar con discreción que la habitación ya estaba lista.

Esa noche Colby soñó con el mar. Pero no era el océano. Eran los ojos de mar de Phoebe.

Phoebe fue a ver al ministro Carlson. No podía esperar hasta el domingo para hablar con él.

—Ministro Carlson, necesito que me aconseje.

—Lo haré lo mejor que pueda, señora Sheldon.

—¿Recuerda a Colby Rawson? Él se presentó con usted el domingo pasado después del servicio.

—Claro que lo recuerdo, ¿qué hay con él?

—Quiere que me case con él.

—¿Están enamorados?

—No. Es por una tonta promesa que hizo cuando Tate cayó por el acantilado. Prometió que si lo rescataba con vida se casaría conmigo. Creo que lo hizo, porque desde que apareció, mi padre ha querido que estemos juntos. Ellos se llevan muy bien. Se respetan.

—Y usted se siente en medio de ellos.

—Sí. Bueno, él me gusta, pero no sé si para pasar toda una vida con él. Además, tendría que renunciar a mis sueños. Quiero poner un hotel en Portreath.

—¿Cuenta con fondos para eso?

—Ahí está el problema, cuando sacamos al vagabundo de entre las algas, no sabíamos que es un conde. Él se integró a nuestra familia sin decirnos su verdadera identidad. Solo lo supimos la noche que pidió casarse conmigo.

—¿Quiere decir que el señor Rawson, es un conde?

—Exactamente... Él dice que, si en dos años no logramos llevarnos bien, me dejará libre y con dinero suficiente para que levante mi hotel. ¿Usted cree que debería casarme solo por el interés de lo que pueda ganar más adelante?

—Creo que sí debería hacerlo. Tiene poco que perder y mucho que ganar. Y no me refiero al dinero.

Capítulo 32

Phoebe salió tranquila de la entrevista con el ministro Carlson. Prácticamente él había tomado la decisión por ella, y eso la tranquilizaba. Si algo salía mal sería culpa suya.

No había traspasado los jardines de la iglesia, cuando apareció de repente John Saunders. Caminaba con dificultad y traía un brazo escayolado.

—¿Qué le sucedió? —preguntó ella preocupada.

—Me caí en la mina por andar pensando en usted, milady.

—No bromea, le pregunto en serio.

—Y yo le respondí en serio. No puedo dejar de pensar en usted, noche y día.

John se aproximó, y a Phoebe le llegó con fuerza su hálito alcohólico. Instintivamente, ella retrocedió.

El minero intentó coger una de sus manos.

—Le ruego que me perdone si le di una falsa impresión, señor Saunders. Estoy comprometida.

—¿Comprometida? ¿Con quién?

—No creo que sea asunto suyo.

—No me diga que con ese Rawson. Molly tenía razón. Ella me dijo que usted es una embaucadora. Que se metió entre ellos.

—¡No le permito que me hable de ese modo, señor Saunders!

—¡No me pida que tenga respeto por una zorra!

A Phoebe no le importó que su mano derecha aún doliera. A pesar de la estatura del John, a ella le sobró fuerza para cruzarle la cara de una bofetada.

—Ahora entiendo por qué Molly es tan obsesiva, si la cuestión es de familia. Que tenga buenos días.

Después de tomar un succulento desayuno, servido por la señora Hill, Colby salió de la casa del abogado con cuatro tarjetas en el bolsillo: un decorador de interiores italiano; un comerciante, dueño de una de las primeras tiendas departamentales ubicadas en el West End; el de la mujer que vestía a la mayoría de las damas de la alta sociedad londinense, ya sea que

fueran nobles o burguesas, y el de un joyero. Phoebe y los niños necesitarían muchas cosas cuando llegaran a Woodhurst House.

Después de caminar, subir y bajar de coches gran parte del día, Colby estuvo listo para regresar a Surrey. El carruaje haría una parada intermedia para pasar la noche, pero prefería buscar una posada, antes que volver a molestar al señor Mercury.

—Has ganado, papá, me casaré con Colby.

Phoebe le dio la noticia a su padre después de la cena. Cuando los niños ya se habían ido a la cama.

El viejo estaba concentrado haciendo bolitas de migas de pan, para comérselas después. Cuando escuchó la buena nueva casi se atragantó. Comenzó a toser, y Phoebe tuvo que pegarle en la espalda.

—¿Por qué cambiaste de idea?

—El ministro Carlson dijo que estaba bien aceptar sus términos.

—¿Cuáles términos son eso? No me has contado nada.

—Si en dos años no nos entendemos, me dejará libre y con dinero para poner mi hotel.

—¡Ah, eso! ¿Y a ti que te gustaría?

—No lo sé. Ni siquiera sé si soportaré dos años. ¿Me estaré vendiendo por una estúpida promesa? ¿Por qué no prometió algo relacionado con él mismo? ¿Por qué tenía que involucrarme?

—Entonces no te cases. Sé su concubina, aunque eso te degrade.

—¡No! ¿Y si le sucede algo a Tate por no cumplir?

—Phoebe, él te gusta. Tú le gustas a él. ¿Por qué habría de ser todo tan malo?

—Porque no encajo en su mundo. Solo por eso... No quiero pensar más. Mejor me voy a la cama.

—Sí. Hagamos eso.

Colby llegó a Woodhurst House, poniendo a todos de cabeza para que cumplieran sus órdenes. Los puso a todos en fila en el salón con la intención de comentarles las últimas noticias. Solo Mick estaba ausente, pues no tenía más responsabilidades que ver los caballos.

—Parsons, ¿con cuánto personal contamos?

El mayordomo los nombró uno a uno, y denominó sus puestos.

—Antes de que termine la semana que viene, debes ampliar el personal. Necesitamos dos doncellas; otra mucama; una ayudante de cocina; un valet, no para mí, porque puedo seguir arreglándomelas con Frank; dos lavanderas; y dos cocheros.

—Ya contraté a uno, milord.

—Entonces uno más. Los trabajos de carpintería y albañilería que necesitemos, los contrataremos entre los hombres de la aldea. Los puestos de trabajo también me gustaría que sean cubiertos por personas de la aldea, o de las familias de los inquilinos.

» Cuando dijiste que Charlotte había contratado personal nuevo, pensé que había de todo.

—Como la casa iba a estar cerrada, Milord, ella no lo creyó necesario.

—Bueno. Sí. Es verdad... Vendrán cinco personas más a esta casa, y deseo que estén bien atendido y sean tratados con respeto.

—Sí, milord. Pierda cuidado.

—Bien. Eso es todo por ahora. Parsons, tú quédate, por favor.

Después que todos salieron del salón, el mayordomo cerró la puerta y se aproximó a su señor.

—Siéntate, por favor.

—Estoy bien así, milord.

—Insisto.

Jeremy Parsons, se sentó en el borde del sofá que estaba a un costado del sitial en el que se encontraba Colby.

—Parsons, tú estás aquí desde que yo tengo cinco años. Si no me equivoco, tú tenías veinte y eras ayudante del mozo de establo, y el encargado de hacer pequeños encargos.

—Sí, milord.

—Has dedicado tu vida a esta casa. Estás siempre aquí y te has olvidado de tener vida propia. Yo me voy a casar, vendrán niños a esta casa. Tú, todavía estás a tiempo de formar una familia, ¿no crees?

—¿Está prescindiendo de mis servicios, señor?

—¡Oh, no, por Dios! Solo digo que ahora que habrá más personal, tendrás tiempo para cortejar a alguna dama.

—No lo sé, milord. Estoy tan acostumbrado a estar solo.

—Está bien, pero si algo surge, no lo dudes. Y esta recomendación, que vaya para todo aquel que trabaje en Woodhurst House. Nadie debe anular su

vida por vivir al servicio de los demás. Claro está que todo debe ser dentro de lo moralmente correcto. No quiero novios correteando por los alrededores, ni damiselas viniendo a mostrar vientres abultados.

—Por supuesto, milord. Esas conductas serán motivo de despido inmediato.

—Ahora que ya aclaramos eso, te informo que mañana llegará un decorador de interiores para remodelar algunas habitaciones. Deberás poner carpinteros a su orden si fuera necesario. También han de llegar algunos muebles que compré. Al cochero que contrataste, le dirás que se encargue del carruaje grande, y si necesita arreglos extras que se los haga. Seguramente los carpinteros de la aldea tendrán mucho que hacer en los próximos días por aquí. Mi familia crecerá, y muy pronto se escucharán voces de niños dentro de los muros de esta casa.

—¿Niños, milord?

—Sí, Parsons, niños. Encantadores.

Capítulo 33

Era de noche cuando el carruaje, entró por el camino privado de Woodshurst House, pero, aun así, Phoebe pudo apreciar la majestuosidad y el lujo que la rodearía de ahora en adelante. ¿Se podría acostumbrar a tanto esplendor? O peor aún, ¿sería capaz de renunciar a ello si las cosas iban mal con Colby?

Jowan que nunca callaba, había enmudecido de pronto. Los niños parecían asustados. La fila de sirvientes en el recibidor, solo contribuía a intimidarlos más. Para Phoebe, era gente suficiente como para conformar una aldea.

Colby había estado esperando casi dos días a que Phoebe se terminara de decidir. El gran carruaje negro de cuatro caballos, con el blasón familiar pintado en las puertas, había causado revuelo en Camborne. Le había ordenado al cochero que esperara allí el tiempo que fuera necesario. Solo tendría que ocuparse de los caballos, y de que el carruaje no sufriera daños. Si cumplía bien sus responsabilidades, podría recorrer los alrededores o ir a conocer el mar.

Finalmente, Phoebe dio el sí, pero bajo sus propias condiciones.

—La boda tiene que ser aquí, en la iglesia de Portreath. El ministro ya sabe que voy a casarme y no pondrá impedimentos.

—¿Ya sabe?

—Fui a pedir su consejo después de que te fuiste.

—Por mí no hay problema, pero ¿estás segura de que no quieres una boda más apropiada, con invitados, pastel, y un vestido nuevo?

—No. Y lo del vestido está resuelto. Tengo uno.

—Phoebe, ¿no pensarás...?

—Sí, papá. Y por favor, no digas palabra.

—Está bien.

Una mañana de mediados de junio, Phoebe entró sola a la iglesia del ministro Carlson. Llevaba un vestido ligero que alguna vez fuera blanco, pero que el tiempo se había vuelto amarillento. Era el mismo atuendo que usara en

la boda con el difunto Joshua Sheldon. Unas flores silvestres decoraban sus cabellos rojos, sostenido en lo alto de la cabeza, y unas flores del mismo tipo, descansaban laxas entre sus manos.

Jowan abrió la boca para hacer uno de sus comentarios mordaces tan propios de él, pero ella de una sola mirada lo hizo callar antes de que emitiera algún sonido. Colby no tenía por qué enterarse de que el vestido ya había sido usado para una ocasión similar.

Por instrucción del abuelo, los niños habían desojado rosas del jardín de la casa, y ahora, la pequeña Caron los esparcía por el pasillo de la iglesia. En las bancas, solo había unos cuantos curiosos, y la señora Hodges acompañada de otras damas prominentes de Portreath. Habían decidido que no podían dejar pasar la oportunidad de agasajar a semejante hombre y tenían preparada una pequeña celebración para después de la boda. Phoebe no les importaba en lo más mínimo, pues era una pobre habitante de Camborne, pero el conde era otra cosa. Un hombre guapo, rico, y noble, que accediera a casarse en esa iglesia miserable, no era un espectáculo común en aquel lugar.

—Hoy, estamos reunidos aquí... —comenzó el ministro, pero se interrumpió para interrogar a los contrayentes—. ¿Tuvieron tiempo de pensar en sus votos? —Ambos negaron con la cabeza—. Tendrán que improvisar entonces... Estamos aquí para presenciar la unión de este hombre y esta mujer, que han manifestado la intención de unir sus vidas por libre y espontánea voluntad. ¿Tienen anillos?

Colby se tocó el lado izquierdo del pecho, luego metió la mano dentro de su levita y sacó una pequeña caja de terciopelo negro. La abrió, dejando a la vista una sortija y un anillo con un discreto diamante, del casi exacto color de los ojos de Phoebe.

Ella se sintió impresionada, pero no dijo nada. No iba a darle el gusto de que viera lo mucho que le agradaba la joya.

—Lord Tandridge, tome el anillo, póngalo en el dedo de la señora Sheldon. Perdón. Póngalo en el dedo anular de la mano izquierda de la señora Phoebe Cough, y pronuncie sus votos.

Colby, obediente tomó la mano de Phoebe, y deslizó el anillo en su dedo.

—Phoebe, prometo que haré todo lo que esté de mi parte para que nos llevemos bien y lo nuestro funcione. También prometo, protegerlos a ti, a los niños y a Jowan, que ahora son mi familia. Prometo que estemos juntos o no, jamás dejarán de recibir mi apoyo.

El ministro entornó los ojos, y enseguida le habló a Phoebe.

—Es su turno.

Ella hizo lo mismo que vio hacer a Colby, y pronunció las primeras palabras que se le vinieron a la cabeza.

—Colby. Prometo que al menos por dos años, no haré nada que parezca que no estoy poniendo de mi parte para que este matrimonio funcione. Eso es todo.

—Ahora que han dicho sus peculiares votos, y que por lo visto al menos están de acuerdo en lo que esperan de esta unión, los declaro marido y mujer. Pero no olviden que mientras estén juntos se deben fidelidad, protección, y acompañamiento en toda circunstancia...

» Los nuevos esposos pueden besarse, solo si así lo desean, para sellar esta unión.

Colby miró a Phoebe a los ojos, intentando descifrar si ella deseaba que lo hiciera. Sus ojos parecían decir que no le importaba si lo hacía. Entonces, puso ambas manos sobre los hombros de ella y bajó la cabeza.

El beso fue leve, pero duró lo suficiente como para que Phoebe se planteara si no estaba cometiendo el peor error de su vida.

Colby fue presentándole uno a uno el personal de Woodhurst House, pero Phoebe no logró retener ni un solo nombre ni ocupación de lo abrumada que estaba, y eso era algo demasiado inusual en ella.

Después que Parsons despachó a los sirvientes a sus quehaceres, él también abandonó el recibidor dejando a la nueva familia a solas.

Colby levantó a Jowan de la silla, y los guio hasta el salón.

—Creo que podríamos dejar el reconocimiento del lugar para mañana. No sé ustedes, pero yo estoy cansado. Pediré que preparen algo liviano para comer y lo lleven a las habitaciones. Los niños y Phoebe estarán arriba. Jowan, tu habitación está abajo. Tendrás un valet para que te atienda, y una campana con la que podrás llamarlo cuando lo necesites. Te tengo una sorpresa, pero tendrás que esperar hasta mañana para verla.

—Muchas gracias, Colby, no tienes por qué tomarte tantas molestias.

—No hables, viejo.

Con una sonrisa en los labios, Colby cargó a Jowan hasta la habitación, y le enseñó el cordón que colgaba junto a la cama. Él lo depositó sobre el lecho, y le indicó que tirara del cordón. Casi de inmediato apareció Edward,

el valet personal de Jowan.

—Te dejo en buenas manos, viejo. Nos vemos por la mañana. Edward, atiende bien al señor Cough.

—Sí, milord.

Cuando Jowan regresó al salón, una de las doncellas se había llevado a los niños a su habitación.

—Vamos, te mostraré tu habitación.

Phoebe siguió a Colby hasta otro salón, el cual ostentaba una escalera de mármol que conducía hasta la planta alta. La escala terminaba frente a una pared de espejo, la cual reflejaba el salón, dando la impresión de que había otra estancia al finalizar. Sin embargo, en el descanso la escala se dividía en dos, dando paso a un corredor rectangular que rodeaba el salón, y ofrecía buena vista de las personas cuando traspasaban el vestíbulo. Una vez estuvieron arriba, Colby caminó por su mano derecha.

—En este sector están nuestras habitaciones —dijo él, señalando dos puertas casi juntas—. Ambas conectadas por dentro, pero no te preocupes que no cruzaré ese umbral si tú no lo deseas. Las puertas contiguas a las nuestras, son los vestidores.

—¿Y los niños?

—En el otro corredor. Por ahora, Tate, Dylan y Caron, comparten habitación. Cuando tú lo dispongas, y ella esté preparada, tendrá su propio cuarto. Y no te preocupes porque su doncella duerme junto a ellos. También tienen cuarto de juegos en el mismo corredor... Bien. Estoy cansado, así que me voy a la cama. Que duermas bien. Nos vemos mañana.

—Es un cuadrado, si voy por este lado, igual encontraré las habitaciones de ellos.

—Sí, pero te vas a tardar más. Hay otras habitaciones antes de encontrar la de ellos. Es más rápido cruzando la escalera... Buenas noches, Phoebe.

Ella no respondió. Giró el pomo de la puerta y entró a su cuarto.

Capítulo 34

Phoebe observó la enorme habitación, y el lecho con dosel. Se sentía desolada. ¿Qué esperaba? ¿Noche de bodas?

Se sentó sobre esa enorme cama. ¿Qué había hecho? ¿Qué enorme estupidez había cometido? Tocó la suave colcha bordada a mano, y luego se miró el vestido. Esa colcha costaría lo que cien vestidos de ella.

Luego se puso de pie y recorrió con su mano el mobiliario antiguo: las mesas de noche, una mesa redonda pequeña, un par de sillas, un diván, el tocador... Todo se veía brillantemente fastuoso. Después miró las mencionadas puertas. Eran tres, dos en el lado derecho de la habitación, y una, a la izquierda. A juzgar por el tamaño de las hojas, la de la izquierda debía ser la que conducía a la habitación de Colby. Sin embargo, había una tercera que él no había mencionado, una que estaba más próxima al lecho. Fue hasta allí y la abrió. Su sorpresa fue enorme cuando descubrió una enorme bañera de latón, que constaba de grifería de bronce, para llenarla allí mismo. ¡No había que ir a buscar agua al exterior! Y más allá, detrás de un pequeño muro, un retrete. Tampoco había que usar una mugrosa letrina. Phoebe se acercó al lavabo de mármol y lavó sus manos con una pastilla de fragante jabón, nada de cenizas. Mientras se aseaba, observó su imagen en el espejo de medio cuerpo: los ojos de una mujer asustada le devolvieron la mirada. No se reconoció, ella no era así.

Para terminar, Phoebe fue a inspeccionar la otra puerta. Era el vestidor. Adentro había una banqueta. Un espejo cubriendo la pared del fondo, y ambos lados, repisas, cajones y ganchos repletos de ropa. Todo lo que pudiera necesitar para el uso diario se encontraba allí: lencería, medias, zapatos, guantes, adornos para el cabello, peines. Lo que se le ocurriera estaba allí. Pero lo más asombroso, era la enorme cantidad de vestidos que colgaban de los percheros forrados en seda...

Phoebe se fue a la cama, sintiendo que esa no era su realidad. Estaba atrapada en un cuento de hadas.

Si no la hubiera ido a despertar la doncella, como a eso del mediodía,

Phoebe hubiera continuado durmiendo. Era como si su inconsciente no quisiera hacerle frente a la realidad, y prefería continuar aletargado.

—Milady, siento haber venido a despertarla así, pero milord me ha enviado a decirle que los niños están preguntando por usted. Dice que cuando esté lista, la espera en el jardín de invierno.

—Me gustaría darme un baño primero, pero no sé usar el sistema de agua...

—Poly, milady. Es mi nombre, y yo soy su doncella personal. Cualquier cosa que necesite debe pedírmela.

—Solo quiero aprender a usar esa bañera, Poly.

—Yo se lo preparo, milady.

—No. Solo necesito que me explique cómo.

—Milady, es mi trabajo. Si no lo hago, ya no seré necesaria, y tengo una madre y tres hermanos pequeños.

—Lo siento, Poly. Está bien, prepárame el baño.

—¿Qué vestido piensa usar hoy, milady?

—No sé. Son todos nuevos. Elige tú por mí.

—Por supuesto, milady. En unos minutos estará listo su baño.

—Gracias.

Phoebe se estiró como un gato. Comenzaba a comprender el por qué la clase alta era tan holgazana, ¡no hacían nada por ellos mismos! Aunque no le gustara en lo más mínimo, tendría que aceptar que Poly hiciera las cosas por ella. No soportaría que, por culpa de ella, esa familia pasara más necesidades de las que ya seguramente tenía.

Tal como había prometido, al poco rato Poly le avisó que el baño estaba listo.

—Le puse unas gotas de esencia de rosas al agua, milady.

—Gracias, Poly.

—¿Necesita ayuda con el baño?

—No, Poly.

—Prepararé su atuendo, mientras tanto. Estaré aquí mismo por si me necesita.

El vestido verde de muselina, se movía vaporoso alrededor de sus piernas cada vez que daba un paso. Poly le indicó dónde estaba el Salón de Invierno, y cuando entró, encontró reunidos allí a Colby, su padre, y sus hijos.

Los niños estaban jugando con un gato, y Colby estaba concentrado ante un tablero de Damas que estaba entre él y Jowan. Pero lo más sorprendente era que su padre estaba sentado en una silla que tenía ruedas en vez de patas. Phoebe nunca había visto una así, y tuvo que observarla de todos los ángulos para creer que era de verdad.

—¡Phoebe, mira lo que compró Colby para mí!

Colby levantó la vista. ¡Dios Santo, había olvidado lo hermosa que era! Pese a su hermosura, había tristeza en sus ojos.

—Está preciosa, papá. ¿Cómo funciona?

—Así.

Jowan llevó las manos a las ruedas y las movió para deslizarse hacia atrás, luego hacia adelante.

Phoebe aplaudió.

—La silla le dará más autonomía. Aunque de ahora en adelante tiene a Edward para atenderlo, ya no dependerá para todo de él. Pondremos rampas en los accesos, para que se pueda movilizarse por toda la casa.

—No sé qué decir, Colby, pero gracias. Creo que, si papá fuera mujer, estaría enamorado de ti.

Jowan rio.

—Solo es amor de padre e hijo, querida. ¿No es así, Colby?

—Tienes razón, viejo.

—Este jardín es precioso.

—Mamá mandó a que lo hicieran para ver al exterior en invierno, pero le gustó tanto que pasaba muchas horas aquí, en toda época del año.

Cuando los niños se cansaron de jugar con el gato, desviaron la atención hacia su madre. Ellos también estaban ataviados de ropa nueva, y muy bien peinados. Parecían muñecos de porcelana, pensó Phoebe, pero no le quedó claro si se sentían o no cómodos. Claro que cabía pensar que sí, ya que los niños se adaptaban más rápido.

—Mamá —dijo Caron—, ¿sabías que Colby tiene un lago?

—Colby no nos había contado —repuso Phoebe.

—Era una sorpresa. Sé que extrañarán el mar, y que una laguna tan pequeña no es sustituta, pero espero que la disfruten.

—Tiene un puente, y botes de remo —añadió Tate.

—Sí. Sí. —Fue el aporte de Dylan, que a nadie extrañaba que hablara poco.

—¿Tienes hambre, querida?

Capítulo 35

—¿Qué fue eso? —preguntó Phoebe de mal humor.

—Tenemos que disimular por el bien de los sirvientes, y el de los niños también. Esta mañana Dylan y Caron me preguntaron si podían llamarme papá.

—¿Y qué les respondiste?

—Que te preguntaría... ¿Qué quieres que les diga?

—Tendré una charla con ellos antes de responder.

—Como quieras. Después de la merienda me gustaría llevarte a conocer la propiedad, Phoebe. ¿Te gustaría?

—Sí. Gracias.

Phoebe nunca imaginó que tanta tierra pudiera pertenecer a una sola persona. Tuvieron que pasear a bordo de una calesa, porque solo la propiedad que circundaba la casa era demasiado grande para recorrerla a pie.

—En otra ocasión te llevaré a conocer la aldea, y visitaremos a los inquilinos para presentarte con ellos.

—Está bien, Colby. Como desees.

—¿Qué sucede? Estás distante.

—No lo creo.

Estoy acostumbrado a la Phoebe que siempre tiene algo que decir.

—Recién estoy asimilando todo esto.

—¿Todo esto?

—Sí. El lujo. La riqueza. Nosotros vestidos como algo que no somos.

—Cualquier mujer sería feliz así.

—Yo no soy cualquier mujer.

—Lo sé, y eso es lo que me atrae de ti.

—¿Te atraigo?

—¡Sí!

—Pero no me amas.

—No.

—Tú también me atraes, pero nada más.

—Correcto... Phoebe...

—¿Sí?

—Anoche quería dormir contigo, pero no me atreví a pedírtelo. Esperaba que tomaras la iniciativa.

—Lo pensaré.

—Está bien.

Luego de casi dos horas regresaron a la casa. Colby apenas pudo ocultar su cara de estupefacción cuando lo primero que vio fue a Charlotte al final de la escalinata de entrada, sosteniendo a la infaltable Roxy en sus brazos. Al parecer no había comprendido que la «sugerencias» de emigrar de Inglaterra, era para ser cumplida. Su presencia allí, significaba que estaba cuestionando su autoridad.

—¡Querido, por fin llegas! —Charlotte se apresuró a saludar a Colby, obviando a propósito a Phoebe.

—Charlotte, te presento a lady Tandridge, mi esposa.

—¿Qué tal querida? —Saludó, desviando inmediatamente su atención hacia Colby.

Charlotte se colgó del brazo de Colby para entrar a la casa. En vez de seguirlos, Phoebe se apartó de ellos, y dio un rodeo a la casa para entrar por la cocina.

La señora Ross se sorprendió al verla. Una lady jamás entraba a la cocina. La joven condesa viuda nunca lo hizo, y la difunta condesa madre de Colby, tampoco.

—¿Desea algo, milady? —preguntó la mujer, solícita.

—Un vaso de agua —improvisó Phoebe.

—Debió pedírselo a su doncella, milady.

—Yo estaba conociendo el jardín. Quería ver si tenían huerto. No me di cuenta cómo llegué acá. Aún no conozco bien la casa.

—Es muy grande, milady.—La señora Ross, la observó comprensiva.

Después de beber un poco de agua, Phoebe salió de la cocina con la intención de ir a ver a sus hijos. Pasó casi con sigilo por el salón de visitas, esperando no encontrar a Colby allí con la tal Charlotte. Por fortuna no estaban, pero escuchó el murmullo de sus voces provenir de otra parte de la casa, cuya ubicación no supo precisar.

Phoebe subió las escaleras de mármol con rapidez, esperando que en

cualquier momento su esposo apareciera y quisiera que los acompañara.

Tal como había previsto, los niños se encontraban en la sala de juegos con su doncella. Pero en cuanto vieron a su madre dejaron lo que estaban haciendo.

—¿Nos podrías dejar, por favor? —pidió a la doncella.

—Como diga, milady.

—Mamá, extraño el mar... Y, a Bob.

La tristeza de Tate, conmovió a Phoebe. Apenas era el segundo día y ya estaba extrañando.

—Tate, ¿te gustaría estudiar? ¿Conocer chicos de tu edad?

—Yo quiero ser minero.

—Y yo quiero que vayas a la marina y conozcas el mundo.

—Estaría siempre cerca del mar.

—Eso te gustaría, ¿no?

—Mucho. ¿Le dirás al tío Colby?

—Hablaré con él... Ahora, necesito charlar con estos dos jovencitos —les dijo a Dylan, y a Caron, tomándolos de la mano para sentarse con ellos en una butaca—. Necesito que me hablen a cerca de la petición que le hicieron al tío Colby.

—Queremos que sea nuestro papá —dijo Dylan.

—¿Es verdad, Caron? —la niña asintió con la cabeza—. ¿Saben que un padre es para toda la vida? Si lo adoptan como padre, no podrán venir a decir mañana que ya no lo quieren. Y no solo deberán llamarlo papá, tendrán que respetarlo y obedecerlo como tal.

—Sí, mamá. ¿Nos dejas?

Phoebe puso sus manos sobre el pecho de Dylan y Caron.

—¿Lo desean mucho, mucho, dentro de su corazón?

—Sí, mamá —contestaron a dúo.

—Está bien entonces. Desde ahora pueden llamarlo papá.

Los pequeños demostraron su dicha saltando por la sala.

—¿Por qué no me dijiste que pensabas casarte?

—¿Cómo lo supiste?

—El señor Mercury.

—Viejo chismoso.

—No te preocupes. Me marcharé en cuanto venda las casas. No tengo

pensado regresar, pero no iré a América, sino a Francia. Pero mientras eso ocurre, me gustaría conocer mejor a tu esposa. Invitarla a tomar el té. Presentarla en sociedad. ¡Oye! ¿Por qué no das una fiesta? Eso sí, necesitas pulirla un poco primero, ya que de lejos se ve que es una campesina. En eso podría ayudarte yo. Primero la presento con mis amigas, y luego planeamos la fiesta.

—Lo de la fiesta, no sé si ella querrá. Pero presentarla con otras mujeres parece buena idea.

—¿Por qué no la llevas a Londres? Dentro de tres días, tendremos el té semanal del Club de Bridge.

Colby observó a Charlotte a los ojos. No se veía mala intención en ellos. Quizás eso le estaba haciendo falta a Phoebe. Relacionarse con otras damas, para que no sintiera el peso de una vida monótona y sin sentido.

—Si acepto, ¿me prometes cuidarla? Phoebe es una mujer muy valiosa para mí, y no te perdonaría si le haces daño.

—Pueden hospedarse en casa.

—Creo que aprovecharé de ver alguna propiedad.

—Creo que ya es hora de marcharme. ¿Puedes pedir que me lleven a la estación de carruajes?

—Por supuesto.

—Despídeme de tu esposa, por favor.

—Lo haré.

Capítulo 36

—No quiero. No me gusta la idea. No conozco a tu madrastra. Y no entiendo el interés de ella, por «introducirme» en sociedad.

—Solo es para que conozcas gente nueva. Quizás encuentres actividades que te gustaría hacer. No podemos estar encerrados en Woodhurst House para siempre. Podríamos aprovechar de buscar una casa en Londres, y ver una escuela para Tate.

» Tengo contactos en Eaton.

—¿Eaton? ¿Tate no puede ir a Eaton!

—¿Por qué no?

—¡Hasta yo sé que Eaton es una escuela de ricos!

—Tate ya lo es. Aunque él no me haya pedido ser su padre, de todas formas, puedo ser su tutor. Phoebe, Tate no es ilegítimo. No tienen motivos para rechazarlo.

—Tate no tiene un nombre importante detrás de él. De inmediato se darán cuenta de que es un campesino. Lo tratarán mal.

—Phoebe, ser marino es difícil. Discriminan a quienes no provienen de alguna larga estirpe de hombres de mar. Si Tate va a una buena escuela, mientras tiene edad para ir a la Escuela Naval, ayudaría. Es un niño inteligente y puede aspirar alto. No tiene por qué conformarse con ser un grumete si puede ser oficial. Si tú... Si tú, y ellos me lo permiten algún día, quisiera darles mi apellido.

—¿Aunque tú y yo, no...?

—Aun así. No sé si tendré hijos propios, y quiero a los tuyos.

¿Era tan grande el corazón de Colby?

—No sé qué decirte.

—Solo que aceptas.

—Está bien. —Todo por el bien de sus hijos—. Solo espero que no sean muchos días Colby. Si ya no tienes casa en Londres, ¿dónde nos hospedaremos?

—En casa de Charlotte.

—En casa de Charlotte —murmuró Phoebe poco convencida. Algo le

decía que no era muy buena idea.

Al día siguiente, por la tarde, el carruaje familiar de Tandridge se detenía frente a la casa de Charlotte, en Regent's Park. De ella descendieron Colby, Phoebe, los tres niños y las dos doncellas. Jowan había preferido quedarse en Woodhurst House, puesto que había decidido que él no tenía nada qué hacer en Londres.

Cuando el mayordomo de Charlotte abrió la puerta, no disimuló su asombro al ver a tanta gente ante la puerta. Y la gran cantidad de equipaje que llevaban...

—Esperamos no causarte inconvenientes, Charlotte —saludó Colby—. Como bien sabes ya no tengo casa en Londres, y tú ofreciste amablemente la tuya.

—¡Yo encantada de tenerlos por el tiempo que gusten!

La afabilidad de Charlotte, resultaba tan evidentemente falsa para Phoebe, que sintió deseos de gritar. Por supuesto, se abstuvo.

Charlotte ordenó al mayordomo que llevara a las doncellas al área de servicio, mientras que ella en persona conducía a sus invitados a sus habitaciones.

—Bueno, en esta casa no hay habitaciones infantiles, entonces me temo que los chicos tendrán que compartir la cama. La pequeña puede dormir en otra habitación con su doncella.

—Yo dormiré con ella —se apresuró a decir Phoebe. Charlotte levantó una ceja.

—Es que suele tener pesadillas nocturnas —explicó Colby—. Phoebe es la única que puede calmarla.

—Comprendo. Colby, te puedes quedar en la que ocupabas siempre. La principal la tengo yo. ¿Cuánto tiempo planean quedarse? ¡Oh, perdón, qué grosero pareció eso! Solo preguntaba para planear las actividades.

—Un par de semanas a lo sumo.

Esa misma noche Charlotte estaba en la biblioteca escribiendo invitaciones para algunas de las damas más prominentes de Londres. No eran nobles, pues ella misma nunca fue aceptada entre las verdaderas aristócratas, pero sí con el suficiente refinamiento como para llevar la nariz muy en alto por la vida. Todas esposas de los burgueses más importantes de la ciudad, que no aceptaban a cualquier advenedizo entre sus filas. ¡Cómo iba a

disfrutar dejar en ridículo a esa campesina! Ya vería Colby el error que había cometido. ¡Y con hijos, Dios Bendito! Y todo eso sin contar al padre inútil.

El viejo conde no había sido más que el medio para llegar al joven, guapo, y apetecible vizconde. No se conformaba con la idea de que él hubiera preferido a esa rústica campesina.

Esa noche no hubo incidentes. Luego de enviar las invitaciones con el lacayo, Charlotte anunció a los invitados que ya tenía un compromiso marcado desde antes, y no podría quedarse a cenar con ellos. Al mismo tiempo, informó a Phoebe que al día siguiente se reunirían a tomar el té en casa unas damas pertenecientes a un club que ella presidía —mismo que no existía—, y que deseaba presentarla con ellas.

Phoebe no era apocada, pero esa mujer la intimidaba.

Solo respondió con una inclinación de cabeza.

Después en la cena, Colby sacó el tema de la escuela para comentarla con Tate. En casa de Phoebe, siempre cenaban todos juntos, y Colby no quiso cambiar esa costumbre para evitar que los niños se sintieran desplazados.

—Tate.

—¿Sí, tío?

—Tu madre me ha dicho que te gustaría estudiar, y luego ir a la Escuela Naval.

—Es lo que mamá ha planeado para mí, pero estoy de acuerdo.

Colby no dejaba de sorprenderse nunca con el niño. Era demasiado maduro para su edad. Le sobraban cualidades para que le fuera bien en la vida.

—Si no surge algún contratiempo, te llevaré a Eaton mañana. Yo estudié allí, y espero que sea suficiente para matricularte. Eso sí, estarás interno.

—¿Interno?

—Significa que dormirás allí. Irás a casa los fines de semana. También vendremos a verte nosotros. ¿Crees que lograrás acostumbrarte?

—Lo haré. Gracias, tío Colby.

—Por nada, hijo... ¿Phoebe, no crees que los pequeños deberían tener una institutriz?

—También lo pienso, pero no estoy segura de querer que Caron se prepare solo para casarse.

—Ella podrá decidir lo que desee ser cuando crezca. Estamos claros que la sociedad tiene sus imposiciones para las mujeres, pero no tenemos por qué seguir al pie de la letra sus reglas.

Capítulo 37

Phoebe se terminaba de arreglar con la ayuda de Poly. Eran las cinco menos cuarto, y Charlotte ya había enviado por ella un par de veces para que se diera prisa: era de muy mal gusto que las visitas tuvieran que esperar a los anfitriones, y en este caso, ella también ungía de anfitriona.

—No estoy segura. Siento que algo malo va a suceder —le dijo a Poly.

—Se ve hermosa, milady. El vestido combina tan bien con su cabello y sus ojos.

El vestido que la doncella había escogido era de color azul pálido. Acentuaba el color de sus ojos, y hacía que el cabello se viera más rojo, y su piel más blanca.

Como único adorno llevaba un collar de pequeñas perlas, y unos pendientes discretos a juego. Su calzado estaba forrado de encaje del mismo color del vestido, y Poly había insistido en que se pusiera unos guantes cortos, los que se podría quitar para tomar el té. A esto último, era a lo único que Phoebe había accedido de buena gana, ya que su mano lucía bastante fea con la quemadura tan reciente.

Con tanto cambio, se había descuidado. No había vuelto al doctor, y tampoco se había realizado más los masajes con manteca de cerdo. Ella no acostumbraba a pedir, pero le diría al Colby que la llevara a consultar a un buen médico.

—Está lista, milady. ¡Oh, falta algo!

Poly cogió una botella de líquido de color rosa del tocador, y esparció un poco alrededor de ella, ayudada por el pulverizador.

Phoebe bajó con lentitud por la escala de marmol. Desde allí podía oír las voces femeninas en el salón de visitas. Se reían. ¿Sería el preámbulo de lo que venía? Caminó por el piso alfombrado, y bajó los tres escalones que la llevaban al salón. Respiró hondo y avanzó.

—¡Por fin llegas, querida! —la saludó Charlotte con entusiasmo.

—Perdón por el retraso —se disculpó Phoebe dirigiéndose a todas las damas allí presentes.

Eran cinco mujeres muy bien vestidas, que no disimularon para examinarla de arriba abajo.

Charlotte le indicó a Phoebe que se sentara en un sillón, frente a los otros dos sofás ocupados por las damas, incluida ella misma. Después tocó una campanilla, y casi enseguida entró el lacayo empujando un carrito con el servicio de té. El hombre lo dejó en un costado del sillón que ocupaba Phoebe y se fue.

—¿Nos puedes hacer el honor de servir el té, querida? Aprovechando que ya tienes los guantes puestos, digo.

Risitas.

Phoebe, miró turbada el servicio: la tetera, la leche, las tazas, las cucharillas, los platillos, los macarons, los panecillos, la mermelada, los pastelillos. Más cucharas, tenedores. Tanta vajilla, tantos cubiertos.

—Me podrían decir cómo le gusta a cada una —dijo con más aplomo del que sentía.

Las mujeres comenzaron a hablar, todas a la vez. Ella no supo si era porque estaban hambrientas, o para confundirla. Aunque se inclinaba más a creer que era por esto último.

Phoebe fue sirviendo las finas tazas de porcelana china, según como había entendido que se lo pedían. No tardó en confundir las cucharillas del té con las de la mermelada, o a derramar el ambarino líquido por servir las tazas muy llenas.

—Cómo esperan que sepa —dijo una con crueldad—. Si de lejos se ve que acaba de llegar del campo.

Esta vez las risas fueron estridentes. Pero una de las damas se mantuvo seria, y le dedicó una mirada de compasión.

Phoebe no logró controlar su creciente furia, y dejó con tanta fuerza dos tazas con sobre el carrito que las quebró.

—¡Oh! —exclamó otra—. Deberías hacerla fregar los pisos para que te pague esas tazas. Imagino que son carísimas.

Phoebe ya no fue capaz de continuar soportando las burlas, y abandonó corriendo el salón.

Colby escuchó el portazo en la habitación contigua y se sobresaltó. Se levantó de inmediato del escritorio, y fue a intentar escuchar detrás de la puerta cerrada. La hoja era gruesa y no lograba percibir nada.

Sin importar si Phoebe se enojaba o no, la abrió y trapazó el umbral. Phoebe estaba recostada sobre su estómago, llorando.

—¿Qué ocurrió? —preguntó él, sin estar seguro de si quería escuchar la respuesta.

—¡Te lo dije! ¡Esa...! ¡Esa mujer horrible solo quería reírse! ¡Ella y sus amigas!

—¡Iré de inmediato a arreglar esto! ¡Ya verá esa bruja! —Colby estaba encolerizado. Charlotte le había tomado el pelo. No solo se había burlado de ella, sino también de él.

—¡No! —Phoebe se incorporó, y comenzó a recoger sus cosas—. ¡Quiero marcharme de aquí! ¡Ahora!

—No podemos, Phoebe. Le prometí a Tate...

—¡Entiende! ¡No quiero quedarme ni un minuto más en esta casa! ¡Tú puedes hacer lo que gustes, pero los niños y yo, nos vamos ahora mismo!

—¡No! Está bien. Nos marchamos ahora mismo.

—¿Estás seguro? —preguntó ella más calmada.

Colby observó los bellos ojos de mar de Phoebe enrojecidos por el llanto. Una mezcla de compasión, ternura, y furia contra Charlotte, lo invadió en lo más profundo de su ser.

—No quiero que sufras, Phoebe. Yo lo arreglaré.

Él tomó el rostro de ella entre sus manos. No pudo, y no quiso evitar el beso que le dio a su esposa a continuación.

Phoebe se dejó besar. En este momento más que nunca lo necesitaba. Necesitaba consuelo. Necesitaba saber que todo estaría bien. Necesitaba que Colby le dijera que no había sido una equivocación esta boda. Y si esta era la forma que él iba a emplear para asegurarle que él pondría todo en orden, la tomaría.

Sin embargo, el beso no fue suficiente para ninguno de los dos. La premura los venció. Ni siquiera se despojaron de las ropas, solo la lencería, las medias, y los pantalones de él, se juntaron en el suelo de la habitación. Colby la poseyó con arrebató, y ella le correspondió en la misma forma. Sus jadeos y suspiros, emanaron de sus gargantas al mismo tiempo. Cuando sus cuerpos por fin se relajaron, Phoebe se preguntó si la cabeza de Colby habría tocado las nubes igual que la suya, produciéndole esa sensación de vértigo tan especial.

Capítulo 38

—¡Nos vamos! —exclamó Colby de pronto, dejándola a ella perdida aún en sus sensaciones—. Pide a las doncellas que arreglen las cosas de los niños, y las tuyas.

—¿A casa?

—No, pero sí de aquí.

Phoebe se arregló rápidamente las ropas y el cabello. Una vez que Colby hubo desaparecido detrás de la puerta de su habitación, tiró de la campanilla. En un minuto apareció Poly.

—Poly, entre tú y Doris hagan el equipaje porque nos vamos ahora mismo.

—Sí, milady. Enseguida.

Después de ir a avisarle a la otra doncella, Poly comenzó a guardar las pertenencias de su señora. En menos de media hora ya estaba todo listo. Colby no esperó a que viniera alguien a ayudarlos, y comenzó el mismo a sacar los baúles afuera de la casa. Cuando ya estuvo seguro de que no faltaba nada, fue por los niños y tomó a Caron en sus brazos. Prácticamente estaban cerrando la puerta por fuera, cuando fueron alcanzados por Charlotte, quien preguntó con sorpresa qué sucedía.

—Nos vamos, Charlotte, porque por lo visto nunca fuimos bien recibidos en esta casa. Tienes dos semanas para abandonar Inglaterra, de lo contrario tendrás que soportar que en cada evento social que nos encontremos, seas tratada como lo que eres: la condesa viuda.

Charlotte palideció. Tal título era un golpe a su ego. Una afrenta a su orgullo.

—Deja que te explique, fue todo un mal entendido.

—No lo creo así, por esa misma razón nos marchamos. Adiós.

La puerta de Regent's Park se cerró, y Colby, haciendo un gesto muy poco elegante para su posición se llevó dos dedos a los labios y silbó. El carruaje que estaba aparcado unos metros más abajo, se adelantó presto hasta donde estaban ellos, y el cochero comenzó a cargar el equipaje.

—Al veintiséis de Crescent Park —le ordenó al cochero, antes de subir al

carruaje.

—¿A dónde vamos? —preguntó Phoebe preocupada.

—A ver al abogado.

—¡Oh!

—Necesito una casa ahora mismo —manifestó Colby con tono imperioso al abogado—. Si no fuera porque ha llevado los asuntos de mi familia en forma impecable, y por tantos años, lo despediría en el acto, señor Mercury.

El abogado se sorprendió por el tono áspero con que Colby se dirigió a él, y quedó estupefacto al escuchar el relato de la bienvenida de Charlotte.

—Comprenderá que no puedo llevar a mi familia a una taberna de quinta categoría, a pasar la noche. Si su casa fuera más grande nos quedaríamos aquí, pero da el caso que es pequeña.

—Suficiente para un hombre solo —repuso el abogado pensativo—. Espera Colby, tengo una idea.

El abogado regresó a los pocos minutos, tintineando unas llaves en su mano derecha.

—Me siento demasiado responsable por lo sucedido. Tengo una casa en St. James's. Siéntanse libre de usarla el tiempo que deseen... Alguna vez pensé poner un despacho allí, pero estoy demasiado acostumbrado a esta casa. Ha estado rentada, pero el día de hoy nadie vive allí.

—¿Está seguro, señor Mercury?

—Claro que sí, muchacho, no lo dudes.

Colby salió aliviado de la casa del abogado. Un barrio comercial no era lo que tenía pensado, pero funcionaría. Quizás a Phoebe y a los niños les gustaría más que una mansión lujosa en Westminster.

St. James's era diferente a otros barrios residenciales, pues era un sector comercial, favorito entre la clase alta londinense. Las casas no tenían jardín delantero ni grandes columnas o escalinatas en la entrada. Sin embargo, un elegante diseño neoclásico predominaba en las exclusivas viviendas.

—¿Qué opinas? —quiso saber Colby, dirigiéndose a su esposa.

—Colby, no quiero ser una campesina bruta —dijo ella cambiando de tema.

—Cuando te conocí, te encontraba exasperante, insufrible. Pero te aprendí a conocer, y ahora me gustas tal como eres. No quieras cambiar solo

por un grupo de cacatúas.

—¿Cacatúas?

—Es un ave australiana. Bulliciosa.

—No pretendo cambiar, Colby. Por nadie. Pero al menos me gustaría servir el té sin derramarlo, o sin quebrar las tazas.

Colby rio.

—Contrataremos a un profesor de etiqueta y protocolo. ¿Te parece bien?

—También quisiera ir a ver un médico. Mi mano...

—Es verdad, Phoebe. Nunca te quejas y por eso lo olvido.

—¿Estoy pidiendo mucho?

—Después de esta tarde puedes pedir todo el mundo si quieres.

—¿Tanto así?

—Sí.

—No estamos enamorados, Colby.

—No, Phoebe, no lo estamos. Es solo pasión.

—Sí.

—La que puede continuar, ¿no?

—Tal vez.

Colby se aproximó a su esposa con lentitud. Tomó sus manos y se las besó. Luego recorrió sus brazos hasta llegar a sus hombros. Dejó las manos sobre los hombros de ella, y la atrajo hacia él.

Cuando sus labios se juntaron, ella ya lo esperaba.

Esta vez Colby la besó con ternura. Lentamente. Apenas un roce de labios.

Quería saber si un casto beso podía despertar en él las mismas sensaciones que inundaban su cuerpo cuando la poseía.

Cuando lo comprobó, supo que estaba perdido. Nunca más podría estar sin esta mujer de los ojos de mar.

—Desde hoy compartiremos la cama —dijo él.

—Está bien. Pero recuerda, no es amor.

—Por supuesto.

No tenían más personal que las dos doncellas. Phoebe consideró que no era necesario aumentarlo, y que se las podía arreglar ella sola. Para demostrarlo, envió Poly a comprar algunas cosas, y ella misma preparó la cena esa noche.

Colby no quería que su mujer oliera a comida por las noches, y decidió enviar por la ayudante de cocina a Woodhurst.

—Mañana estará aquí. Y una mucama también —le informó a Phoebe cuando se retiraron a su habitación.

—¡No me cuesta nada! —protestó ella.

—Lo sé, pero quieres estudiar, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces?

—Como quieras.

¿Siempre sería así? Se preguntó. Siempre imponiéndose por sobre los deseos de ella. ¿De qué le iba a servir su supuesta independencia, si iba a tener que vivir bajo las normas de él? ¿Qué no había dicho que no la encerraría en una cárcel? Claro que no en una cárcel, pero en una jaula de oro sí.

Capítulo 39

Esa noche durmieron unos en brazos del otro.

Pero antes se amaron hasta cansarse.

Colby fue recompensado por una Phoebe audaz, que quería dar en la misma medida que recibía. Esa pasión intensa —que según ellos no era amor—, los consumió en un fuego delicioso que ninguno de los dos quería apagar.

Cuando despertaron por la mañana, ambos se sobresaltaron al percibir que sus cuerpos estaban más unidos de lo que pretendían. Se separaron inmediatamente, y casi se dirigieron miradas de recelo. Ninguno de los dos estaba dispuesto a admitir, que la presencia del otro en su vida, sería imprescindible de ahora en adelante.

—¿Qué piensan hacer, mientras Tate y yo vamos a Eton? —preguntó Colby a la hora del desayuno.

—Pensé que los niños y yo podríamos ir a dar un paseo —respondió Phoebe.

—¿Ustedes solos?

—Sí. ¿Por qué no? No creo que sea más difícil que recorrer el acantilado... —De pronto, se le escapó un suspiro.

—¿Qué sucede?

—Es que había olvidado... No me había dado cuenta cuánto lo extraño. El mar, la brisa...

—¿Te gustaría que compráramos una casa en la costa?

—No sería lo mismo.

—Phoebe... Aún es muy pronto para que tengamos estas discrepancias. Si no me das la oportunidad de demostrar que lo nuestro puede funcionar...

—Tienes razón. Lo siento.

—¿Tienes dinero?

—Aún tengo todo lo que me diste.

—Entonces ocúpalo en el paseo. Haz lo que gustes con él. Diviértanse.

—¡Es mucho dinero! —protestó Phoebe.

—No importa.

—Gracias, papá —respondió Dylan, en nombre de los tres.

—Por nada, hijo.

—Ya le expliqué, lord Tandridge, por qué no podemos recibir al joven Sheldon en esta escuela.

—Sir Edwards, Tate Sheldon no es ilegítimo, ¿por qué no entiende usted también?

—Mire, lord Tandridge, inclusive si fuera hijo ilegítimo suyo podríamos admitirlo, pero él no lleva su sangre... Le sugiero que vaya a Harrow. Es una muy buena escuela también... Además, usted indica que él desea pertenecer a la Marina. En un par de años estará listo para entrar como aprendiz.

—A mí nunca me ha interesado la milicia, y no sé cómo es el proceso, pero ¿no debería ir a la Escuela Naval antes de enlistarse?

—Milord, desde hace diez años que la Escuela se terminó, y hoy en día los aspirantes deben ir directo al mar.

—No lo sabía, Sir Edwards... Gracias por la información.

—¿Desea algo más, milord?

—No, solo decirle que cuando tenga mis propios hijos... Ellos no van a estudiar en un lugar donde impera la discriminación.

—Créame que lo siento, milord, pero las reglas están establecidas desde su fundación.

—Sí, siéntalo, Sir Edwards. Se perdieron una gran contribución.

Colby salió al exterior. Tate lo esperaba en los jardines. Observando el ir y venir de los internados. Sus elegantes uniformes, le llamaban la atención, haciéndole desear vestir pronto uno él también.

Por suerte, Colby no había querido que él estuviera presente en la entrevista con Sir Edwards, presintiendo que las cosas no saldrían como ellos esperaban.

—¿Cómo te fue tío Colby? —le preguntó el niño ansioso.

—Tendremos que ver otra escuela, Tate. En esta no reciben alumnos nuevos hasta el próximo año.

—¡Oh! Esta se ve muy buena.

—Sí, pero iremos a otra que es igual o mejor.

Subieron al coche que los esperaba y le ordenó al conductor regresar a Londres, a Harrow on the Hill.

En Harrow, los hicieron pasar a ambos a la oficina del director, el señor Ederby. No era época de admisión, pero al director le intrigó que un conde estuviera buscando matrícula en una escuela pública.

—Buenas tardes, lord Tandridge, saludó Ederby, leyendo la tarjeta que aún sostenía en la mano.

—Buenas tardes, señor Ederby.

—Tomen asiento por favor —indicó el director, mostrando las dos sillas que estaban ante el gran escritorio de nogal—... ¿En qué puedo ayudarles?

—Estamos buscando matrícula para mi pupilo —señaló Colby, mirando a Tate.

Por supuesto, pensó Ederby. No podría ser de otra forma, jamás un conde traería a su hijo a este colegio.

—¿Es usted tutor del niño, milord?

—Oficialmente no, señor Ederby, pero pienso arreglar eso lo antes posible.

—Esta no es época de admisiones, milord.

—¡Por favor, señor Ederby! En Eton ya nos rechazaron. —Tate abrió los ojos desmesuradamente—. Tenemos todas las esperanzas puestas en Harrow. ¿No les hace falta otra casa? Puedo contribuir con otro edificio.

—Veo que está familiarizado con nuestro sistema, milord.

—Bueno, tengo varios amigos que estudiaron aquí.

—¿Le puedo preguntar por qué los rechazaron en Eton?

—Prefiero no decirlo. Tate Sheldon es el hijo mayor de mi esposa, de un anterior matrimonio. No hay nada turbio detrás, solo que ella no pertenece a una familia con título. ¿Me entiende?

—Comprendo —repuso Ederby, comprendiendo el dilema del conde.

—Son seis años de escuela, señor Sheldon —informó el director, dirigiéndose a Tate. El niño respondió con un asentimiento de cabeza—. Tendrá catorce materias, y si demuestra tener dotes lingüísticas, podrá optar aprender alemán y español, aparte del latín y francés... ¿Sabe leer y escribir correctamente, señor Sheldon?

—Tate viene de un distrito minero de Corn...

El director levantó la mano para que Colby dejara responder al niño.

—Solo lo que mamá me ha enseñado, señor.

El señor Ederby cogió un libro de encima de su escritorio, y se lo tendió a Tate.

El niño lo cogió y comenzó a leer un párrafo al azar.

Con voz vacilante, y con bastantes altibajos logró leer diez líneas. Hasta que el director lo detuvo con la mano.

—Es suficiente.

Colby y Tate, miraron expectantes al director.

—Si se queda, debo decirle, señor Sheldon que deberá trabajar mucho para ponerse al día.

—¿Cuándo puedo comenzar? —preguntó ansioso Tate.

—A partir del próximo lunes. Al salir le dará las medidas al secretario para proveerle el uniforme. Estará en una casa pequeña hasta que haya cupo en una grande. Podrá salir los fines de semana, los días de fiesta, y en vacaciones.

» Profesamos la religión anglicana. ¿Tiene algún problema con eso, señor Sheldon?

—No, señor. No me importa dejar de ser metodista. Yo quiero estudiar.

—Me parece bien que piense así. Ahora, le pediré que se retire. Necesito arreglar lo de su matrícula con lord Tandridge.

—Sí, señor.

—El joven se ve prometedor, milord. Pero permítame que le dé un consejo. Si pudiera darle su apellido, y no hablo de ponerlo en la sucesión del título, sería mejor para él. Como el hijo de su esposa, siempre estará en el medio de todo, y eso puede ser motivo de frustración con el tiempo. No será un niño necesitado económicamente, pero será el hijastro sin derechos del conde. Deberá explicar todo el tiempo que no es un bastardo.

—Comprendo, señor Ederby. Lo hablaré con mi esposa.

—En cuanto a su ofrecimiento. Como puede ver, las casas están integradas al entorno, por lo que, para tener una nueva, habría que comprar algún edificio colindante, o por lo menos cercano.

» En este momento no lugares disponibles, y no creo que haga falta otro en el futuro cercano. Sin embargo, cualquier contribución monetaria sería bien recibida, ya que a los alumnos británicos no se les cobra, solo a los extranjeros.

—Gracias, señor Ederby. Hablaré con mi abogado para presentarle un plan lo más pronto posible.

—Gracias a usted, milord. El joven estará bien aquí, no se preocupe.

Colby salió de Harrow sintiendo que la misión estaba cumplida a medias. Ahora habría que convencer a Phoebe sobre los beneficios de un cambio de apellido para los niños.

Capítulo 40

—Tío Colby, si me quedo a estudiar en esa escuela, ¿cómo podré ir a la Marina?

Iban en el carruaje hacia la casa, y después de mucho meditarlo, Tate se atrevió a interrogar a Colby.

—En cuanto a eso, debemos tener una charla los tres con tu madre. Las cosas no son tan fáciles como pensaba. ¿Podrás esperar a que llegemos a casa?

—Sí.

—Perfecto.

No hicieron más de poner un pie adentro de la casa, cuando los pequeños corrieron, gritando, hacia el recibidor.

—¡Papá! ¡Papá!

—¿Qué sucede? —preguntó alarmado.

—¡Es mamá!

—¡Se desmayó en el parque!

La primera intención de Colby fue correr a la planta alta, pero una mujer le cortó el paso en el salón.

—Lord Tandridge —saludó ella—. Soy Henrietta Somersby. Yo paseaba en el parque con mi hija Annette, cuando su esposa se desmayó. Estuve con ella hasta que recuperó la conciencia, ya que no sabía dónde llevarla. Luego la traje en mi carruaje. Llegando acá mandé por el médico, y se encuentra con ella ahora.

—Entonces no sucedió hace mucho. Muchas gracias señora Somersby. Diga cómo puedo retribuir sus atenciones.

—Disculpándome, simplemente.

—No entiendo.

—Milord, da la casualidad de que yo estaba ayer en casa de lady Tandridge, la condesa viuda. Si bien al principio participé de las bromas, cuando estas fueron subiendo de tono, no pude continuar riendo. Le ruego encarecidamente que me disculpe. Creo que lady Tandridge no me reconoció, pero espero tener la oportunidad de pedirle perdón también a ella.

—Aunque me parece deleznable su actitud, será Phoebe quien tenga la última palabra. Buenas tardes, señora Somersby.

—Buenas tardes, milord.

Después de hacer una venia que no fue correspondida, Henrietta Somersby se marchó humillada de la casa de los condes. Pero se lo tenía merecido por secundar a esa arribista de Charlotte.

Cuando Colby subía, el médico bajaba de la habitación principal. Ambos se detuvieron en el descanso.

—Buenas tardes, lord Tandridge. Soy el doctor Anthony Reed. Vine por encargo de la señora Somersby.

—¿Qué tiene mi esposa, doctor?

Ambos hombres bajaron a la planta baja. El médico sonrió.

—Nada de qué tenga que preocuparse, milord. En ocho meses aumentará la familia.

Colby se quedó por un momento en blanco, pero reaccionó enseguida.

—¿Cuánto le debo, doctor?

—No se preocupe. Los gastos están cubiertos por los Somersby. Cualquier cosa que necesiten no dude en llamarme. Dejé mi tarjeta con la doncella.

En vez de subir a la habitación, Colby se encaminó hasta la biblioteca. Necesitaba un trago.

Escanció una buena cantidad de escocés en un vaso y se bebió más de la mitad de un solo trago. Sin ayuda no podría asimilar la noticia. ¡Un hijo! ¿Qué sería de su matrimonio ahora? Una relación tan inestable como la de ellos, no estaba preparada para traer un hijo al mundo. ¿Cómo estaría Phoebe? ¿Feliz? ¿Triste? ¿Sentiría que este hijo sería un impedimento para sus planes de libertad? ¿Y si planeaba no quedarse con el bebé? ¡Santo Dios, no! Apuró el resto que le quedaba en el vaso, y salió aprisa de la biblioteca.

Subió de dos en dos los peldaños, entró sin hacer ruido a la habitación. Phoebe tenía los ojos cerrados. Se veía pálida, pero bella. Se sentó en el borde de la cama, junto a ella. Le tomó una mano con delicadeza y se la besó.

—No sé qué siento por ti, pero es algo fuerte. No preciso ponerle nombre para saber que formamos una hermosa familia. Tendremos a este hijo sin

importar lo que haya que sacrificar. Después ya veremos.

—Pienso lo mismo —dijo ella, abriendo los ojos.

—Creí que dormías.

—No. Solo descansaba los ojos.

—¿Estás segura de que piensas como yo? Por un momento llegué a pensar que no querrías tenerlo.

—¡Dios Bendito, no! Soy una buena cristiana. Quizás más observante que practicante, pero cristiana al fin.

Colby se recostó contra el respaldo de la cama, y la tomó por la espalda para que se reclinara contra él.

—¿Sabes que Tate tendrá que convertirse al anglicismo? ¿Te lo imaginabas?

—No. ¿Y por qué?

—Es la religión de Harrow. Ellos son practicantes. ¿Qué opinas?

—¿Qué les dijo él?

—Que no le importaba.

—A mí tampoco. Mientras continúe siendo creyente, da lo mismo cuál camino siga. ¿Me contarás todo?

—Más tarde. En este momento me apetece hacer otra cosa.

Ese día habían llegado la mucama y la ayudante de cocina, así que Phoebe no necesitaba cocinar, pero como era tan terca, insistió en supervisar todo lo que se hacía en la cocina. Colby aprovechó para ir con los pequeños a una pastelería cercana. Al poco rato regresaron con un gran pastel y una caja de té aromático.

—¿Qué vamos a celebrar? —preguntó Dylan.

—Tate se va a una escuela —informó Caron, muy seria.

—¿Cómo sabes?

—Tate me lo contó, Dylan.

—A mí no.

Los niños se enfrascaron en una discusión. Colby los observaba divertido mientras desenvolvía el paquete.

Phoebe corría de la cocina al comedor, y del comedor a la cocina, y hacía gestos de disculpa, porque según ella la joven no cocinaba bien.

De pronto Colby la imaginó sudada, con el cabello envuelto en un pañuelo, y con el viejo mandil sobre un vestido a cuadros. Ahora casi era una

dama, pero le faltaba esa chispa en los ojos que tanto lo había atraído desde el principio. La mayor parte del tiempo, esos ojos de mar, estaban tristes. Quizás había sido un error obligarla a salir de Cornualles. ¿No debería él buscar alguna oportunidad de negocio en el distrito minero, en vez de insistir que ella se adapte a la vida de sociedad? ¿Cuánto duraba una flor silvestre al ser arrancada del campo? Eso era Phoebe, una flor silvestre encerrada en un lujoso invernadero. No sería nada sin el aire del campo, o la brisa del mar. Sin embargo, aún quería intentarlo. Tal vez cuando le contara los proyectos que tenía para Woodhurst House, se animaría.

Se sentaron los cinco a la mesa y comenzaron a cenar, y a charlar animadamente. Cuando ya estaban terminando, Colby tomó la palabra.

—Bueno familia, tenemos que hablar sobre la escuela de Tate... Tate ingresa el lunes a Harrow. Es una escuela pública, pero se destaca por su excelencia, en definitiva, no tiene nada que envidiarle a Eton.

» Phoebe, sabemos que fue idea tuya que asista a la Escuela Naval, y que a Tate no le desagradó la idea. La cuestión es que ya no existe tal escuela. Los aspirantes deben iniciarse directamente en un barco. Y no sé si eso es lo que te gustaría, Phoebe.

» Ya habíamos hablado acerca de lo difícil que sería para él ingresar no viniendo de una familia de marinos...

—¿No será porque no es tu hijo? —interrumpió Phoebe.

—No, querida. Es un tema de discriminación. Ellos quieren gente que lleven no solo el mar en su sangre, sino el uniforme azul... Podríamos enviarlo como aprendiz cuando cumpla trece, pero a lo máximo que podría aspirar con el tiempo es a suboficial. Jamás lo veríamos como almirante. Pienso que lo mejor sería que vaya a estudiar, y con el tiempo decida lo que en realidad quiere hacer. ¿Qué opinan?

—Creo que es lo mejor —convino Phoebe—, y tú, Tate, ¿qué piensas?

—Lo que ustedes decidan, por mí estará bien.

—Ahora que ya estamos de acuerdo. Mamá tiene que hacer un anuncio.

—¿Yo?

—Sí.

—Lo que papá... tío Colby, quiere decir, es que tendrán un hermanito o hermanita en ocho meses más.

Capítulo 41

Los niños no entendían de qué hablaba su madre.

Colby no daba crédito a sus oídos. ¿Cómo podía ser tan brutal para anunciar una noticia que debería ser maravillosa? Ellos seguramente no tenían ni idea de cómo se concebían los bebés. ¿O les diría que en ocho meses lo extraería de una col? ¿O la cigüeña sería la mensajera?

—No entiendo, mamá. —La pequeña Caron estaba confundida y no era para menos.

Colby miró con reproche a Phoebe. Ella captó el mensaje e intentó explicar la situación sin dar demasiados detalles.

—Cariño, tengo una semilla que germinará dentro de mi barriga, y en ocho meses dará su fruto: un bebé.

—¿Y cómo llegó esa semilla a tu barriga?

—Esa es una explicación que te daré más adelante, ya que no es algo de lo que deban preocuparse por ahora.

—Mamá...

—Caron.

—¿Después me contarás?

—Te lo prometo... En unos nueve años más.

—Entonces, ¿les gusta la idea?

—Tío Colby —dijo de pronto Tate, como si hubiera estado pensando largo tiempo en ello—. No quiero ser distinto a mis hermanos. ¿Puedo llamarte papá, también?

—Nada me haría más feliz, Tate. Ya te consideraba mi hijo... Desde que te salvé el pellejo en el acantilado. Ven acá para darte un abrazo.

Tate se levantó de la silla, y con gusto fue a abrazar a su nuevo padre. Los pequeños lo imitaron, y los cuatro se fundieron en un abrazo. Phoebe los observó, parecían felices, pero ella no sentía lo mismo, ¿por qué?

—¿Qué les parece si comemos pastel? —propuso Colby, y comenzó a rebanar las porciones.

—Quiero regresar a Surrey.

—El lunes, Tate comienza en la escuela. Además, quedamos de buscar

una casa.

—Tú quedaste en buscar una casa, no yo... Faltan cinco días para el ingreso de Tate. Nos regresamos ahora y vuelven el domingo. Estoy segura de que papá querrá despedirse.

—Está bien, haremos lo que tú desees —repuso Colby, luego de pensarlo un momento. ¡Qué paciencia había que tener con esta mujer!

El viaje de regreso a Woodhurst House fue largo y tedioso. Phoebe entró en un mutismo tal que no había cómo romper. Después de unos cuantos intentos por hacerla hablar, Colby se rindió, y se concentró en charlar con los niños.

De vez en cuando Colby observaba a su esposa intentando descifrar lo que ella sentía: ¿Añoranza por Cornualles? ¿Decepción? ¿Rechazo a su estado?

Aún no transcurría un mes, y ya se estaba rindiendo. Phoebe era una mujer deliciosa en la cama, pero ya estaba dudando que tenerla para sí, valiera la pena tanto berrinche. De repente sentía que era él quien no aguantaría los dos años. Así como iban, la vida de ambos se transformaría en un infierno. Era algo en lo que tenía que meditar.

Quizás primera vez en su vida que Phoebe se sentía tan feliz de ver a su padre. Abrazar el viejo cuerpo de Jowan, fue como atracar en puerto seguro. Los ojos se le llenaron de lágrimas, ¿por qué estaba tan sensible? Ella no era así.

—¿Por qué regresaron tan pronto? —preguntó Jowan, preocupado al ver las lágrimas en los ojos de su hija.

—Que tu hija te lo cuente, viejo —respondió Colby, cansado—. Yo me voy a la cama.

—Yo también me voy a la cama. Pero antes iré a arropar a los niños. Mañana charlamos papá.

Jowan los observó sin hacer comentarios. Algo gordo estaba pasando entre Phoebe y Colby. Lo malo era que tendría que esperar hasta el otro día, para enterarse.

—¿Me llevas una cerveza al jardín? —le pidió a Edward. Allí no sentía el rumor del mar por las noches, pero el canto de las cigarras era un buen reemplazo.

Cuando se fue a la cama, una media hora después, a Phoebe le pareció extraño no encontrar a Colby en su lecho. Sobre todo, porque las últimas noches no se había desprendido del lado suyo. Supuso que debería sentirse agradecida de que la dejara tranquila, pero no estaba preparada para el vacío que le produjo tal situación.

Como mujer con experiencia, comprendió que Colby había traspasado la línea entre el simple deseo y el amor. Ahora él la miraba como solía hacerlo su difunto esposo, cuando no estaba borracho. Como si quisiera sumergirse en los ojos de ella, o como si solo pudiera respirar a través de ella. Al principio siempre fue así con él, sin embargo, al pasar del tiempo las cosas habían cambiado: cuando Dylan nació esa mirada había desaparecido de los ojos de Sheldon. La pequeña Caron había sido concebida por accidente. Este «accidente» había sido el último peso que necesitaba su esposo para terminar de hundirse en el alcohol. Jamás había sido un hombre luchador, y la posibilidad de tener otra boca más que alimentar lo había sobrepasado. Un día cualquiera salió a pescar, más bebido que la mayoría de las veces, y nunca más regresó.

A Colby le costó mucho vencer la tentación de ir a meterse a la cama junto a Phoebe. Quería estar junto a ella, aunque fuera solo a dormir. ¿Solo dormir? ¿Qué era eso? ¡Dios! ¿Qué le estaba sucediendo?

Cansado de dar vueltas en la cama, decidió levantarse e ir por una copa. No, la botella completa de escocés, mejor.

Así estaba Colby, insensibilizando su cerebro con alcohol para no pensar, cuando los gritos de Phoebe le llegaron con claridad a través de las paredes.

A pesar de llevar media botella de escocés ya, en el cuerpo, Colby reaccionó de inmediato, y sin pedir permiso traspasó el umbral con rapidez.

—¿Qué sucede?!

—¡Estoy sangrando, Colby!

—¿Cómo lo sabes? Está muy oscuro.

—¡Yo sé que es sangre! —insistió ella.

Colby se inclinó sobre la lámpara de la mesa de noche y giró la ruedilla de la mecha para aumentar la llama, mientras maldecía por la falta de comodidades que existía lejos de las grandes ciudades.

Cuando la luz fue lo suficientemente fuerte, Colby levantó la lámpara, y

le pidió a Phoebe que le mostrara. Ella apartó las sábanas y exhibió una mancha roja que parecía una flor sobre el camisón blanco.

Capítulo 42

Colby rodeó la cama y tiró de la campanilla, pero no conforme con esto, comenzó a gritar.

—¡Parsons! ¡Frank!

Sin paciencia para esperar a que subieran los sirvientes, Colby corrió a vestirse, sin saber lo que haría a continuación.

Cuando regresó a la habitación de Phoebe, Parsons y Frank ya estaban allí.

—Frank, ve por el doctor Hopkins a la aldea. ¡Rápido!

—Voy, milord.

—Parsons, despierta a las doncellas, que vengan a asistir a lady Tandridge.

—Enseguida, milord.

Dicho esto, y después de observar el rostro asustado y bañado de lágrimas de su esposa, dio media vuelta y salió de la habitación.

—¡Cobarde, ella te necesita a ti! —se recriminó mientras bajaba a la biblioteca por otra botella.

Sí, era un cobarde. Pero no sabía si era porque no se atrevía, o no quería brindarle su apoyo. Deseaba que ese hijo viniera al mundo. Era una idea que ya se había instalado en su cabeza y en su corazón, y no encontraba el valor para escuchar la mala noticia que el médico tuviera que darle. Así pasaron los minutos, lentos pero inexorables.

Cuando escuchó llegar el carruaje trayendo al doctor Hopkins, no se levantó de su escritorio. Continuaría esperando a que fueran a darle la mala noticia. No había tenido hijos antes, pero tenía los conocimientos suficientes como para saber que un sangrado como el de Phoebe no auguraba nada bueno.

Mucho tiempo después, Parsons vino a tocar la puerta.

—Milord, el doctor desea verlo.

—¿Es necesario que me dé él mismo la mala noticia?

—No entiendo, milord.

—No importa, Parsons. ¿Por qué no me lo manda a decir contigo?

—El doctor dice que es de suma urgencia que hable con él, milord.

—Está bien. Está bien.

Colby se levantó vacilante de la silla, y comenzó a caminar afirmándose en los muebles. Casi dos botellas de escocés no habían entrado en vano hacia su corriente sanguínea.

—Permita que le ayude, milord.

—¡No! Estoy bien, Parsons. Gracias.

Colby continuó con pasos erráticos por el corredor, luego por el salón, y cuando puso el primer pie en el peldaño de la escalera de mármol, hubiera caído si el fiel mayordomo no hubiera estado detrás suyo para sostenerlo.

El doctor Hopkins lo esperaba en la antesala de la habitación de Phoebe.

—¿Qué es eso tan importante que no podía decirme a través de Parsons, doctor? Ya sé que mi esposa perdió al bebé. ¿Qué más necesito saber?

—Se equivoca, milord. Lady Tandridge continúa en estado...

—¿Está seguro, doctor?! Obvio que sí, por algo es el médico, ¿no? ¿Puedo verla?

—Espere, milord. El embarazo de lady Tandridge es de cuidado. No debe hacer esfuerzos, ni pasar sobresaltos.

—Doctor, mi esposa es más joven que yo.

—Lo sé, milord. Estuvimos charlando. Me contó que fue madre muy joven, también me habló acerca de su vida en Cornualles. Ella es una mujer de esfuerzo, y eso implica que su salud interna no sea la mejor para llevar a buen término esta concepción... En este momento creo que lo mejor para ella sería regresar a su pueblo. Está deprimida y eso puede agravar su condición.

—¡Pero llevamos tan poco tiempo aquí! —protestó Colby sin creer en las palabras del médico.

—No hace falta mucho para que un pez extrañe el mar abierto, aunque la pecera sea de oro. Se lo digo con todo respeto, milord.

—No se preocupe, doctor. Entiendo perfectamente la situación.

—Le dejé unas vitaminas a milady, y un régimen especial. En tres días regresaré para ver cómo sigue, pero si tuviera una urgencia antes... Ya sabe dónde encontrarme.

—Gracias, doctor. Parsons le cancelará la cuenta, y Frank lo llevará de regreso al pueblo.

—Gracias, milord.

Cuando se quedó solo, entró a la habitación de Phoebe. La borrachera se

le había pasado de golpe, y no dio ningún traspies hasta el lecho de su esposa.

Ella dormía, tranquila.

Colby se despojó de las ropas en silencio, y se metió debajo de las sábanas para yacer junto a ella. La mañana los sorprendió abrazados, pero esta vez ninguno de los dos salió huyendo, porque él se levantó antes de que ella abriera los ojos.

—¿Qué pasó anoche que hubo tanto alboroto? —preguntó Jowan, mientras le servían el desayuno en la terraza.

—No lo sé, señor —respondió el lacayo, quien sabía no debía comentar lo que sucedía en la casa.

—¡Oh, aquí viene Colby!

—Buenos días, viejo.

—¿Cómo estás, Colby? ¿Me podrás al tanto de lo que sucede, por fin?

—Te haré un resumen: Tate comienza el lunes en una escuela de Londres.

—¿Mi hija lo sabe?

—Fue su idea.

—¿Qué más?

—Vas a ser abuelo por cuarta vez.

—¿En serio? Felicidades, pues, hijo. ¿Qué más?

—El embarazo es delicado, y el doctor recomendó cuidados especiales.

—¿Se los podrás dar?

—Creo que sí.

—Colby.

—¿Qué?

—La amas, ¿verdad?

—No. Solo me gusta.

—¡Ah, bueno!

Colby se marchó, y el viejo se quedó riendo casi a carcajadas. Colby era un tonto, pero ya entraría en razón.

Phoebe aún dormía cuando Colby regresó a la habitación.

Ahí estaba, pálida y hermosa. Con esa nube roja alrededor de su cabeza.

—¿Qué haré contigo? —preguntó en voz alta.

Por ahora, regresar a Cornualles no era una opción. Phoebe no se conformaría con pasar solo una temporada en su tierra natal. Querría

quedarse para siempre allí, y eso significaría abandonar la finca y todos los intereses que tenía en Tandridge.

Por ahora, intentaría sumergirla tanto como pudiera en los asuntos de Woodhurst House. Casi podía garantizar que Phoebe no tendría tiempo de deprimirse.

Colby estaba mirando por la ventana, y lo sobresaltó escuchar de pronto la voz de Phoebe.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a ver cómo te sientes.

—Me extraña que lo hagas, después de cómo saliste huyendo anoche.

—Había bebido mucho, y necesitaba tomar aire. Cuando regresé dormías.

—Entiendo.

—El doctor dijo que tienes que cuidarte. Dijo que tu embarazo es delicado.

—El doctor no sabe nada. Ya tuve tres hijos fuertes, y no entiendo por qué en esta ocasión habría de ser diferente.

—Pero el doctor dijo...

—¡Ese doctor solo dice tonterías!

—¡Está bien, pero no permitiré que pongas en peligro a mi hijo!

Capítulo 43

—¿Por qué se marchó?

—Dijo que tenía negocios que atender. ¿Y tú, que haces levantada?

Casi al mediodía, Phoebe se había aburrido en la cama. Sabía que Colby no estaría por los alrededores así que bajó tranquila, esperando encontrar a su padre.

—El doctor dijo que tuviera cuidado, no que me quedara todo el día en la cama. Estaba aburrída, allí sola. Encerrada.

—Bueno. Podrías jugar a las cartas, o bordar, igual que las damas de sociedad. —Jowan rio porque no se imaginaba a su hija como una verdadera lady.

—¿Y los niños?

—Fueron al lago con su padre.

Phoebe aún no se acostumbraba a que sus hijos le dijeran papá a Colby, pero a Jowan le encantaba mencionarlo cada vez que podía.

—Toda la diversión es para ellos, yo quisiera ir también.

—Solo si te llevaran cargando, querida. Está retirado de la casa.

—Lo sé, pero hay coches en esta casa, ¿no?

—...Estás arrepentida.

—A veces pienso que sí.

—¿Lo amas?

—No.

—Mujer necia.

—¿Qué?

—Nada.

Phoebe se levantó decidida de la silla y comenzó a caminar por el jardín para dar un rodeo a la casa.

—¿A dónde vas?

—Al lago.

—¡Colby se molestará! —gritó Jowan, porque ella casi se perdía en la esquina de la casa.

—¡No me importa! —grito ella de vuelta antes de desaparecer.

A Colby se le había olvidado la discusión con Phoebe en cuanto llegó al lago con los niños. Habían ido caminando para que fuera una especie de excursión. Además, la señora Ross, había preparado una cesta para ellos.

Durante la caminata, había llegado a varias conclusiones: Tate siempre haría lo que su madre decidiera para él, y eso no era del todo bueno. A su corta edad, el niño discernía perfectamente todo lo que su madre hacía por ellos, y por eso no tenía intención de contrariarla en lo que respectaba a grandes decisiones, solo la desobedecía en cosas que para él eran pequeñas, como el incidente con el caballo.

Dylan y Caron eran dos niños adorables, y aunque amaban a su verdadero padre. Sí, porque niños como ellos, faltos de una figura paterna, tenían la cualidad de poder enamorarse rápidamente de alguien que demostrara un genuino interés por ellos. Sin embargo, ese amor, competía con la añoranza que sentían por el mar. Sobre todo a Dylan, que cuando estaba corriendo por la playa, con los pies sumergidos en el agua, sentía que al viento y al mar no le importaba que no quisiera hablar con sus semejantes.

¿Cómo podría conciliar las necesidades de los niños, con las de su hogar? Tendría que definir qué tan apegado estaba a Woodhurst House.

Aunque había nacido y crecido en esa casa, siempre había sentido que su hogar era más un museo de exhibición que un lugar para vivir. Podría vender, y conseguir una enorme fortuna por la finca, pero ¿valdría la pena perder su legado por un futuro incierto junto a su nueva familia? Él estaba seguro de querer pertenecer a ellos, pero Phoebe, no.

Los niños llegaron acalorados al lago, y lo primero que hicieron fue despojarse de las ropas para darse un chapuzón en la orilla. Colby se quitó las botas y las medias para acompañarlos.

Al poco rato de estar jugando, se escucharon los cascos de un caballo.

—Parece que viene alguien —anunció Tate.

Casi enseguida se vio aparecer el calesín blanco, con el toldo abierto hasta atrás.

—¡Es mamá! —exclamó Caron excitada—. ¡Mamá! ¡Mamá!

—Espera, cariño —la calmó él, intentando disimular su furia frente a los niños.

Colby esperó con los brazos cruzados a que Phoebe frenara el caballo.

Cuando ella se puso de pie para bajar, él se apresuró a cogerle la mano.

—¿Qué haces aquí? —preguntó casi sin poder disimular su molestia.

—Paseando.

—¿Te olvidaste de las recomendaciones del doctor?

—Me siento bien.

—Creo que no quieres este hijo.

—¿Tú sí?

—Es mi hijo. Adoro a los tuyos, lo sabes bien, pero también quiero a este.

Y si algo le sucede no te lo perdonaré.

—Nada sucederá, Colby. ¿Por qué no damos una vuelta en bote? ¿Nos llevas, o prefieres que reme yo? ¡Vamos, niños!

Colby movió la cabeza en señal de reprobación. El comportamiento de Phoebe era demasiado caprichoso. Ella no era así. Su carácter era insufrible, pero nunca caprichoso.

—Está bien, pero solo una.

El resto de los días que faltaban para que Tate se fuera a la escuela se pasaron en un lánguido aburrimiento para Phoebe, y en una preocupación constante de parte de Colby, ya que veía a su esposa actuar como un león enjaulado a causa de la inactividad. El día domingo llegó, y también el momento de ver partir a Tate.

—Yo quisiera ir también —manifestó ella a la hora del desayuno.

—El viaje es demasiado largo. Además, en una semana vendrá Tate a casa. Un carruaje irá por él todos los viernes, y los domingos iré yo mismo a dejarlo.

—Gracias, papá —repuso el niño emocionado.

A Phoebe no le gustaba tener sentimientos de gratitud hacia Colby, pero cada vez que él demostraba esta preocupación hacia cualquiera de sus hijos, la armadura que rodeaba su corazón, se mellaba un poco.

Esa misma tarde, luego de muchos abrazos, besos y recomendaciones de Phoebe, el carruaje partió rumbo a Londres, llevando a un niño ansioso por emprender una nueva vida.

—Cada día que pasa me aburro más, papá. El tedio se hace más y más grande. ¡No soporto este encierro! No sé cuánto más podré aguantar.

El jardín de invierno se había vuelto el favorito de Phoebe, y se quedaba

largas horas allí, observando la nada. Cuando Jowan quería verla, sabía que siempre la podía encontrar allí.

—No te entiendo, hija. Acá no nos falta nada.

Phoebe miró a su padre. Se veía casi apuesto en su silla con ruedas. Ahora siempre iba limpio y bien vestido, si hasta parecía que sus modales habían mejorado, de tanto relacionarse con Colby.

—Comprendo, papá, que tú te encuentres a gusto. Aquí no tienes que arrastrarte a ninguna parte. Comes bien. Tienes estos hermosos jardines, y a tu propio sirviente. En cambio, yo, extraño la brisa del mar, la playa, el océano, los paseos en Bob...

—Esa fue tu vida pasada...

—¡No quiero renunciar a esa vida!

—Ahora eres una dama, tienes que resignarte. Tienes tanto que ganar, y nada que perder. Los chicos están bien, tendrán una institutriz y se educarán tal como querías. A Tate le está yendo bien en la escuela.

—Apenas han pasado dos meses, papá.

—Colby quiere este hijo. Por lo que creo que ya deberían comenzar a entenderse.

—Primero se abrirá el mar antes de que eso suceda.

Capítulo 44

Phoebe sentía que su vida en aquella casa carecía de sentido. Ella jamás sería una dama. En Woodhurst House la trataban con respecto, seguramente por consideración al conde. Pero fuera de allí, en sociedad, solo sería motivo de burlas. Y para recibir burlas, una sola vez había sido más que suficiente.

Ahora, con este hijo no sabía que sería de su vida. Qué hacer ante la disyuntiva de separar a este nuevo hijo del padre, era la gran interrogante que atormentaba frecuentemente su cabeza. Porque si de algo estaba segura, era de que, de una forma u otra, regresaría a Cornualles. El dinero de Colby y las comodidades no serían suficientes para retenerla en ese lugar.

Sin embargo, las noches eran otra cosa. Si Colby no la buscaba, ella iba hacia él.

Sus encuentros eran silenciosos, pero la pasión era tal que las palabras sobraban. Y era mejor que no fueran pronunciadas, si ninguno de los dos estaba dispuesto a permitir que el amor formara parte de su lenguaje. Por la mañana, ambos se comportaban como si nada importante hubiese sucedido.

En el día, ella se quedaba rondando por la casa y los jardines, mientras que Colby salía a ocuparse de los asuntos de la finca. Era una especie de acuerdo tácito para no estorbarse mutuamente. Cada vez que Jowan los observaba, en las pocas ocasiones que estaban juntos, solo se limitaba a mover la cabeza. Y quizás podrían haber seguido así, dentro de esa fingida o forzada cortesía, si Phoebe no hubiera tenido la mala idea de salir a montar, una tarde que el tedio le pareció más insoportable que todas las otras tardes.

Los días ya estaban menos calurosos, el otoño estaba cada vez más cercano, pero a Jowan todavía le gustaba merendar en el jardín, aunque Edward tuviera que correr a rescatarlo de alguna llovizna intempestiva.

—¿Ya merendaste, querida?

—No tengo hambre, y es un poco tarde para merendar. ¿Dónde están los niños? Hoy no los he visto.

—Colby ordenó a los carpinteros que hicieran una casa de juegos en el jardín de atrás.

—Y yo ni me entero, ¿verdad?

—También me contó que mañana vendrán las candidatas a institutriz.

—¿Por qué toma tantas decisiones sin consultarme? ¡Yo soy la madre de mis hijos, no él!

—Será porque quiere lo mejor para ellos.

—Estoy cansada que él tome decisiones con respecto a mis hijos sin decirme.

—Ya te dije...

—Sí, papá. Colby quiere lo mejor para mis hijos. Pero debe hablarlo conmigo. No puede hacerme a un lado.

Phoebe comenzó a caminar, alejándose de Jowan.

—¿Me vas a dejar solo?

—Estabas solo antes de que yo llegara.

—¿A dónde vas?

—No te preocupes, regresaré antes del té.

—Phoebe, no vayas a hacer una estupidez.

—¡No papá!... Solo iré a dar un paseo a caballo —murmuró entre dientes, con una sonrisa.

En las caballerizas, estaba Mick ocupado de los caballos, según la misión que Colby le encomendó. Él solo había visto de lejos a lady Tandridge, y no sabía que para ella estaba prohibido acercarse a los caballos.

—¿Qué caballo me recomiendas para montar? —preguntó ella, mientras se paseaba por el establo.

—Una yegua, milady. Se llama Rossie. Es muy tranquila y obediente. Solo sale cuando yo la paseo, porque nadie la monta.

El chico guio a Phoebe hasta la última pesebrera, donde se asomaba la cabeza de un caballo blanco. Ella le ofreció una manzana que había cogido de un cubo que estaba colgado a la pasada.

—Es hermosa —dijo Phoebe, acariciándola entre las orejas—. ¿La puedes ensillar para mí?

—Claro, milady. No tardo nada.

Cuando Phoebe contempló la silla de corneta, se la quedó viendo sorprendida. Nunca había usado una así, y de solo contemplarla le resultaba incómoda.

—No quiero esta. Quiero una silla normal, por favor.

—¡Pero, milady! —protestó el mozo.

—¿Quién manda a quién, aquí? —preguntó Phoebe con altivez, aunque no le gustó tener que tratar al chico con inferioridad.

—Son todas muy grandes, milady, pero intentaré encontrar una más pequeña.

—Gracias, y date prisa, por favor. Esperaré afuera.

A Phoebe le preocupaba que en cualquier momento apareciera Colby. Él pondría el grito en el cielo y por ningún motivo la dejaría montar a Rossie.

Quince minutos después, salió el joven mozo, tirando de las riendas a Rossie. Luego la acercó junto a un taburete, puesto allí a propósito para montar con mayor facilidad.

Phoebe aceptó la mano que Mick le ofrecía, y montó con agilidad a Rossie.

Demostrando un gran manejo de la cabalgadura, hincó con suavidad los talones en los costados de la yegua, y partió con trote lento pero seguro.

No era la brisa del mar, pero se sentía tan bien el aire golpeando en el rostro.

Phoebe sin darse cuenta, fue imprimiendo más velocidad a la yegua, hasta alcanzar una carrera a baja velocidad. Nada le dolía, y eso no podía ser más que signo de que todo andaba bien dentro de ella. Ya más confiada, tiró un poco de las riendas de Rossie, indicándole que podía acelerar la carrera. La yegua, obediente, pasó con rapidez de la carrera suave a una veloz, para demostrar que estaba feliz porque por fin alguien se había fijado en ella.

Lady Tandridge, dio tres vueltas a la propiedad, pero manteniéndose alejada de la casa. Su cabello se había desprendido del moño que llevaba en la nuca, y se agitaba libre a favor del viento. Después de terminar la tercera vuelta, aminoró el paso, y se acercó con un lento traqueteo a las caballerizas. Mick, en cuanto la vio se apresuró a prestarle ayuda para que bajara de la yegua.

—Tenías razón —le dijo ella con una sonrisa—, es una yegua muy buena. Asíala por favor, y dale una buena recompensa. ¡Oh!

De pronto Phoebe se dobló en dos por el dolor. Estiró una mano buscando apoyo, pero los ojos se le nublaron, y cayó desvanecida allí mismo, junto al animal.

Capítulo 45

Phoebe abrió los ojos con lentitud. Estaba sobre el lecho, en su habitación. Colby estaba de pie junto a la cama, pero en su rostro no había preocupación, sino enojo. Ira. Casi odio.

—¿Qué sucede? ¿Por qué estoy aquí?

—¡¿Es que no lo sabes?! —Colby comenzó a pasearse por la habitación, mesándose los cabellos, totalmente alterado.

—Si supiera, no estaría preguntando.

—¿Tu cuerpo no te dice nada?

—Yo... Yo estaba... ¡Oh, no!

—Exactamente. Es lo que ha ocurrido. ¡Has perdido al bebé!

—¡¿Qué?! —La sorpresa se reflejó en los ojos de Phoebe, y de inmediato las lágrimas empezaron a correr sin control.

—¡Ahora lloras! ¡No seas cínica! ¡Es lo que buscabas desde el principio!

—¡No es verdad! Me estaba sintiendo tan bien que no creí...

—¡Ese es el problema contigo, nunca piensas! ¡Pareces una niña que no sabe razonar! ¡El doctor dijo claramente que podías perder al bebé si no te cuidabas!

—Yo no creí que fuera cierto. Siempre tuve buenos embarazos, ¿por qué ahora iba a ser diferente?

—¡Ese es otro problema! ¡Eres tan ignorante que no fuiste capaz de comprender todo lo que el doctor te dijo!

—¿Qué?

—Ahora me marcho a Londres. Estaré fuera una semana. Cuando regrese no quiero encontrarte aquí.

—Pero...

—Felicidades. Lograste escapar antes de los dos años.

Colby metió las manos en los bolsillos de los pantalones, dio media vuelta, y salió de la habitación. Afuera, Jowan esperaba inquieto en su silla.

—Hijo...

Colby lo miró con los ojos enrojecidos por las lágrimas que en vano

intentaba ocultar.

—No tengo nada contra ti, viejo. Eres bienvenido en mi casa todo el tiempo que desees, pero a ella no quiero volver a verla, ¡nunca!

Jowan bajó la cabeza. No había nada que pudiera decirle para mitigar su dolor. Si un hombre lloraba, era porque el dolor debía ser muy grande: seguro que no existía dolor más grande que el de la pérdida de un hijo.

Cuando escuchó los pasos de Colby en la escalera, puso sus manos a los lados y dirigió las ruedas hacia la habitación de Phoebe.

Phoebe estaba hecha un ovillo sobre la cama. Por primera vez en su vida, Jowan sintió pena de su hija. No solo había estropeado su futuro, sino la única posibilidad de ser verdaderamente feliz en su vida.

Aunque la terquedad de ambos no lo aceptaran, ellos estaban enamorados. Eso, Jowan lo tenía muy claro. Ahora rogaría para que Dios, con su eterna sabiduría, los hiciera reconciliar. Ellos no lo sabían, pero estaban destinados a estar juntos. Solo bastaba mirarlos para saber que se amaban. Él estaba seguro que tarde o temprano lo comprenderían, pero de ahí a que lo aceptaran, sería un camino muy largo.

—No quisiera decírtelo, pero te lo dije.

—Fue tan duro. Ofensivo. Nunca lo creí capaz de hablarme de ese modo. Había tanto odio en sus ojos.

—Lo sé, hija. Él quería a ese bebé.

—¡Yo también lo quería!

—Disculpa, querida, pero no se notaba.

—¡Papá!

—Colby esperaba que te comportaras de un modo razonable.

—Estaba tan aburrida. No creí que esto podía llegar a suceder. Mis otros embarazos...

—El doctor lo dijo, tanto esfuerzo ha disminuido tu salud interna.

—¡Pero Caron!

—Caron ya tiene cinco años.

—Mañana regresaré a Cornualles. ¿Vendrás conmigo? A Colby no le importará si te quieres quedar.

—Me lo dijo, pero mi obligación es estar contigo. Amo a Colby como un hijo, pero tú y los niños son mi verdadera familia.

—¡Oh, papá!

Phoebe se incorporó un poco para abrazar a Jowan, que había pasado de su silla a la cama de ella.

—Fue lindo el sueño mientras duró, ¿no? —dijo él contra la cabeza pelirroja de ella.

—Nunca he sido muy buena para soñar, papá.

A pesar de no tener ni la mitad de la sofisticación de lady Charlotte, todos en Woodhurst le tenían simpatía a Phoebe, y sintieron su partida. Poly lloró, porque extrañaría a su señora que siempre la trató con tanta consideración. Lo mismo sucedió con Doris, que los abrazó una y otra vez antes de que subieran al carruaje.

Los pequeños no comprendían el porqué del abrupto traslado, y no cesaban de preguntar por su papá, por lo que Phoebe debió mentirles diciendo que después se encontrarían con él.

Después de que el poco equipaje que llevaban, y la silla de ruedas de Jowan, quien no quiso renunciar a ella, estuvieron bien seguros sobre el techo del carruaje, Parsons se acercó, respetuoso, a Phoebe.

—Milady, lord Tandridge me encargó que le entregara esto.

El mayordomo le tendió una pesada bolsa de terciopelo negro. Ella la observó por unos minutos, y luego la recibió.

—Dígale a lord Tandridge, que la acepto porque no tengo cómo pagar los boletos, y no sé cómo estarán mis cosas en Camborne. También dígame que no quiero nada más. Lo único que me interesa es que siga pendiente de Tate. Ahora me costará más verlo, pero confío en que milord continúe cuidándole. Y por favor, señor Parsons, guarde usted las joyas que dejé encima de la cómoda.

Instintivamente, Phoebe se llevó la mano derecha hasta el anillo de bodas. No sabía por qué no fue capaz de renunciar a él, como lo había hecho con las otras joyas, los accesorios, y los finos vestidos.

—Adios, señor Parsons.

—Espero que solo sea un hasta pronto, milady.

Esta vez, Phoebe no logró disimular la tristeza, y solo miró al mayordomo y al resto del personal, antes de subir al coche.

El carruaje partió. Los sirvientes de Woodhurst House se quedaron apenados, y los viajeros que volvían a su hogar, también. El gran coche con

el emblema Tandridge los llevaría solo hasta la ciudad más cercana. Allí tomarían una diligencia, pues a Phoebe no le agradaba la idea que en Camborne, la vieran llegar en el lujoso transporte, de regreso a la choza.

Capítulo 46

La llegada a Camborne, contra todo pronóstico, no fue alegre. Phoebe no tuvo la sensación de plenitud que esperaba. Esa idea romántica del hogar que tenía, había desaparecido por completo. Al pararse en la sala, y observar el contenido de la ruinoso choza, sintió deseos de llorar: el sofá desvencijado, las alfombras raídas, la estufa oxidada, las camas con colchones de paja, las ventanas con los vidrios rotos. Sus hijos estaban tristes, no tendrían los juguetes a los que se habían acostumbrado. Tampoco tendrían la educación que había soñado para ellos. Phoebe jamás fue una mujer movida por el interés, pero en este momento, como un balde de agua fría le cayó el pesar por las malas decisiones que había tomado. La estupidez que había cometido sería su propia ruina. Ahora, tendría que empezar de cero, ya que no tendría ni siquiera la taberna. Si hasta de la vaca, y de Bob, se había desprendido antes de irse a Tandridge. Y si no fuera porque el terrateniente que era el dueño de la mina en la que Jowan trabajó, tampoco tendrían casa, ya que después del accidente en el que el viejo quedara inválido, se la había entregado en comodato mientras él viviese. Es decir que el día que el viejo muriera, ellos tendrían que salir de allí. Tenía que agradecer de que no le hubieran entregado la casa a nadie más mientras estuvieron fuera, de lo contrario ni techo bajo el cual cubrirse tendrían.

—Bueno, tendremos que poner todo esto en orden, y mañana temprano iré a comprar una carreta y un caballo de tiro. También compraré una vaca. Intentaré recuperar las gallinas que anden por el campo, y por último traeré a Bob de regreso. —Gracias a Colby tendría con qué empezar.

Los niños aplaudieron al escuchar lo de Bob. Era muy bueno poner una sonrisa en sus caritas.

—Veo que ya tienes todo pensado, pero no entiendo para qué quieres la carreta.

—Tengo una idea, y no sé si va a resultar, por eso no te la diré.

Jowan miró a su hija. Sin duda era una mujer fuerte, no la había visto llorar nuevamente desde el día que perdió al bebé. Parecía no haberle afectado la ruptura con Colby. Pero, por otra parte, Phoebe era muy buena en

eso de ocultar sus verdaderos sentimientos, sobre todo si tenía cosas más urgentes de las cuales ocuparse.

—¿Cuándo veremos a Tate?

—No los sé papá. Seguramente eso lo decidirá Colby, porque en lo que respecta a Tate, será él quien programe las visitas. Estamos demasiado lejos ahora.

—¿Por qué no le escribes?

—¿A quién?

—A Tate.

—No quiero agobiarlo con mis problemas. Si le cuento, puede que quiera abandonar la escuela. No. No es buena idea.

—Entiendo.

—Creo que ahora podríamos cenar, luego nos iremos a la cama, ya mañana será otro día. Un buen día para recomenzar.

—Dios te oiga, hija.

Por la mañana, Phoebe sirvió temprano el desayuno: solo pan y té, porque ya se habían comido todo lo que la señora Ross tan generosamente había puesto en una gran cesta para ellos. Luego se cubrió los hombros y la espalda con un chal y se fue para Portreath, encargándole antes a Jowan que no perdiera de vista a los niños.

Como tenía dinero suficiente para regatear, no le fue difícil conseguir la carreta y el caballo. El vehículo de arrastre tenía el tamaño suficiente para el fin que pensaba darle. El caballo no era joven, pero aún le quedaba bastante tiempo de trabajo, y ella pensaba cargar solo lo necesario la carreta. Aunque sí, el caballo tendría que tener la energía suficiente para recorrer diariamente el camino desde las colinas de Camborne hasta Portreath.

Phoebe recorrió la playa junto al muelle, charlando con los pescadores y buscando a quienes le ofrecieran el mejor precio de sus productos. Finalmente se decidió por el que le vendía los tres tipos que a ella le interesaba comprar: bacalao, merluza y dorada, a un precio en el que ambos ganarían. El pescador, que pareció estar interesado más de la cuenta en la bella pelirroja, se comprometió a entregarle los pescados antes de ofrecerle a los demás compradores. A ella no le importó conseguir un buen trato de ese

modo, pues estaba segura de poder aplacar las ansias de cualquier hombre que quisiera pasarse de listo. Después de cerrar el trato, Phoebe regresó a Camborne. Aún le faltaba recuperar a Bob, y conseguir una vaca.

Comprar una vaca no fue tan difícil, pero recuperar a Bob, fue otra cosa. El hombre al cual le había vendido el caballo, se dio cuenta pronto del cariño que ella le tenía al animal, y se aprovechó de eso para pedir un precio exorbitante por él. Fue eso, o quizás la vista de la sortija que Phoebe portaba en su dedo anular. Ella advirtió la mirada codiciosa del hombre, y se reprendió por no haberla dejado. La guardaría en cuanto llegara a casa. Si no, pensarían que era una mujer adinerada. También tendría que volver a usar sus viejos vestidos. Se le había ocurrido usar uno de los que trajo de Tandridge, y parece que llamaba demasiado la atención sobre su persona, y eso que era uno de los más sencillos. Pero, en fin. El hombre obtuvo el precio que encontró justo por el caballo, y ella no veía el rostro apenado de sus hijos al decirles que no había logrado recuperarlo. Ahora que extrañaban a «su papá», tenía que consentirlos de alguna forma, para mitigar la lejanía.

A fin de cuentas, no había tardado tanto en ultimar todos los detalles para su nuevo negocio, y apenas era la hora de la merienda cuando pasó por la aldea de Camborne. Había escuchado las campanas anunciando el receso, y supo que se encontraría con muchos conocidos. Tuvo razón, ya que muchos levantaron sus manos para saludarla, y los más curiosos querían saber por qué había regresado. Ella respondió con la mayor gentileza de la que fue capaz. Sin embargo, la sonrisa murió en sus labios cuando a la vera del camino, una pareja se detuvo a observarla: eran los Saunders, Molly y su padre.

—¡Mira, Molly —exclamó él, burlón—, la hija pródiga ha vuelto a Camborne!

Phoebe lo miró furiosa. Agitó las riendas de caballo, y se alejó de prisa.

Capítulo 47

Era lo único que faltaba, pensó. Que ese hombre comenzara de nuevo a asediarla. Estaba consciente de que ella había tenido bastante culpa en lo sucedido con él, pero esta vez pensaba ser firme en no aceptar ni uno solo de sus galanteos. Porque si conocía bien a los hombres, John, volvería con sus intentos de conquista.

En casa, Jowan y los niños la esperaban sentados en la puerta, pero ahora, el viejo ya no necesitaba estar sentado en el suelo, pues gracias a la silla, los niños podían empujarlo sobre cualquier terreno liso, y el que rodeaba la casa, era bastante regular.

—¡Bob! ¡Bob —gritaron los niños en cuanto vieron el caballo amarrado de la carreta.

—Dylan, lleva a Bob a su casa. Preocupate de que tenga agua y comida.

—No hay heno, mamá.

—En la carreta hay un fardo, Dylan. Enseguida lo bajo.

—Yo te ayudo, mamá.

—Gracias, hijo.

Dylan se fue feliz con el caballo hacia la pequeña pesebrera, y Caron, se ocupó en bajar el resto de los alimentos que Phoebe había comprado para ellos en Portreath.

—Por lo visto Colby fue generoso —comentó Jowan.

—Más de lo que debería, dada las circunstancias —respondió ella taciturna—, pero no sé cuánto durará. Quiero hacer unos arreglos en la casa.

—¿Echarás de menos las comodidades de Woodhurst House?

—Algunas. Lo reconozco.

—¿Qué, por ejemplo?

—El lecho, sin colchones rellenos de paja, y con sábanas suaves. El cuarto de baño dentro de la casa. El jardín de invierno.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

—Tengo hambre.

—Yo también. Veremos que hay por aquí —repuso ella con una sonrisa, antes de comenzar a registrar el interior de un saco.

—Señor Mercury, necesito que vaya a Camborne.

Después de darle muchas vueltas al asunto, y de haber ido a ver a Tate a la escuela para explicarle lo ocurrido, Colby había decidido que no podía dejar que Phoebe viviera en las mismas condiciones que antes de conocerlo a él. Aún se sentía dolido, defraudado, pero el clamor de su conciencia era más grande. Enviar a Mercury en su representación era la mejor idea. Nadie mejor que él para tratar los asuntos financieros. Le enviaría el dinero suficiente para que pusiera su tan ansiado hotel.

—¿Yo, Colby? Es un viaje largo. Estoy viejo. Deberías ir tú, ¿cómo sabes si surge una reconciliación? No tuve la oportunidad de conocerla, pero debe ser alguien muy interesante si te ha puesto así.

—No entiendo, señor Mercury.

—Si fuera una mujer sin importancia, te quedarías tranquilo en casa, pero estás preocupado de su bienestar a pesar de lo que sucedió entre ustedes.

—Solo quiero cumplir con la palabra empeñada.

—Ella no.

—Bueno, yo soy yo, señor Mercury... No deseo verla. Vaya usted, y tómese todo el tiempo que guste para que su viaje sea lo más cómodo posible.

—Está bien, pero no llevaré todo ese dinero conmigo. Da la orden para que lo transfieran al banco de Portreath. Yo solo me ocuparé de orientar a lady Tandridge, en cómo obtenerlo. Y los términos del obsequio, por supuesto.

—No es un obsequio, es lo que le corresponde por ser mi esposa, señor Mercury.

—Está bien, hijo. Mañana mismo salgo para Cornualles.

—¿Cómo es eso de que venderás pescado? ¿Y la taberna?

—Ya está rentada, papá.

—¿Pondrás un puesto en el mercado, entonces?

—No. Iré por las calles vendiendo en la carreta.

—¿Ambulante?

—Sí.

—¡Habrase visto, una Lady gritando por las calles de Portreath!

—¡Oh, papá, no soy una Lady y nunca lo seré!

—Estás casada con un conde.

—Mi sangre es roja, no azul. No pertenezco a ese mundo. Así que es mejor que te hagas a la idea, papá. No regresaremos a Surrey. ¡Nunca!

Tres días después, el abogado se bajaba de la diligencia, en el camino que lo llevaría a la aldea de Camborne.

Cansado por las horas de viaje a bordo del carruaje, comenzó a caminar lentamente cargando el gran maletín en el que llevaba algo de ropa y documentos concernientes al encargo encomendado por su cliente.

El señor Mercury, ignorante del paisaje urbano que rodeaba las minas, había pensado que se encontraría con las grandes mansiones de los terratenientes, en cambio en su lugar solo había una pequeña aldea, formada de chozas construidas de piedra y barro. Si existían tales mansiones deberían estar alejadas del camino principal.

Colby le había dicho que Phoebe no vivía en la aldea, sino en las colinas sobre el acantilado, así que en esa dirección encaminó sus pasos. Mientras antes cumpliera con el encargo, más pronto regresaría a Londres.

A los pocos minutos de marcha, el abogado se sentía exhausto. Se sentó un momento sobre una roca junto al sendero. Necesitaba descansar, y hacerse el ánimo para el largo camino que aún le quedaba por recorrer. Así que se sintió salvado por Dios cuando vio acercarse una carreta conducida por una mujer.

Phoebe vio a ese hombre viejo que parecía estar en apuros. Se percibía cansado, y fuera de lugar en aquellos parajes. Además, cargaba un enorme maletín que seguramente apenas lograba levantar.

—¿Necesita ayuda?

—¿Me podría llevar hasta la casa de Phoebe Rawson? —Colby le había prohibido usar del título delante de desconocidos.

Si Phoebe no hubiera tenido el cabello cubierto con un pañuelo, quizás el abogado la habría reconocido por la descripción dada por el conde.

—¿Para qué la busca? —preguntó Phoebe como quien quiere solo entablar una charla.

—Tengo asuntos importantes con ella.

—Imagino que no la conoce.

—No.

—¿Y quién lo envía? ¿O viene por su cuenta?

—Soy un enviado... Dígame, ¿dónde están las mansiones de los terratenientes?

—En Camborne solo hay dos, de los dueños de las minas más próximas. Ambas están a bastante distancia una de otra, pero cerca del bosque.

—Cualquiera pensaría que estarían emplazadas en la costa.

—En la costa están las minas.

—Bellos paisajes tienen ustedes aquí.

—Hermoso. Párese al borde del acantilado y lo podrá apreciar en toda su inmensidad.

—No creo. Sufro de vértigo.

—Mire, ya hemos llegado. Esta es la casa.

El señor Mercury, miró asombrado la choza, era casi peor que todas las que había visto en la aldea.

—¿Está segura?

—¿Esperaba encontrar una mansión?

—No, pero...

De pronto se abrió la puerta y dos pequeños rubios corrieron a abrazar a la mujer.

—Mamá, el abuelo tiene hambre —informó Caron.

—¿Y cuándo no tiene hambre?

Luego apareció Jowan a bordo de su silla en el umbral de la puerta.

—¡Qué tardaste hoy, Phoebe! —gritó Jowan.

—¿Phoebe? ¿Phoebe Rawson?

—La misma, ¿y usted, es?

Capítulo 48

El abogado observó más detenidamente a la mujer que tenía enfrente. Ciertamente era hermosa. No tenía la belleza de muñeca de salón como la mayoría de las mujeres de la nobleza. Sino una belleza más pura. Un hombre podía perderse fácilmente dentro de esos ojos almendrados, que parecían reflejar el mar en ellos. Si Colby decía que no sentía por ella nada cercano al amor, estaba chiflado o mentía. Lady Tandridge volvería loco a cualquiera que tuviera sangre caliente en las venas. Él mismo, si su cuerpo no estuviera tan viejo para reaccionar como era debido, podría hacerle la corte y sacarla de aquella miseria.

—¿Me invita a pasar? Hay asuntos que tenemos que tratar.

—Si se trata de Colby no me interesa.

—Se lo suplico, estoy sediento y cansado.

—Está bien. Puede quedarse a merendar, pero después se marchará enseguida.

—Buenas tardes —saludó seguidamente a Jowan.

—Jowan Cough, para servirle.

—Charles Mercury.

—¿Es abogado?

—Sí.

Mientras Phoebe se afanaba en el fogón, Jowan le ofreció una jarra de cerveza al abogado. La cabeza dura de su hija, haría todo lo posible por postergar la charla con el representante de Colby.

—¿Cómo está Colby? —preguntó Jowan.

—Bien, aunque lo encontré demacrado y falto de peso la última vez que lo vi. ¿Y su hija, cómo está?

—Igual de obstinada como siempre, pero la noto algo triste.

—Ellos se aman, señor Cough.

—Lo sé. Pero se enfrascaron en una guerra de voluntades, y ninguno de los dos quiere ceder.

—Bueno, señor Cough, solo el tiempo ha de saber lo que ocurrirá con

ellos.

—Tiene toda la razón, abogado. Solo espero que ese tiempo no sea eterno.

—Salud por eso, señor Cough.

—Salud, abogado.

Después de terminar la sabrosa merienda, consistente en pescado frito, papas, betabeles, pan y cerveza, el abogado se excusó educadamente y se levantó de la mesa para buscar su maletín.

—Bien, señora Rawson, o, mejor dicho, lady Tandrige. Ya es hora de hablar de negocios.

—¿De negocios?

—Claro, porque el matrimonio también es un acuerdo de negocios.

—Ya le dije que no quiero nada de Colby.

—En esta carpeta —prosiguió él—, hay un documento para que sea girado en el Banco de Portreath, por una suma equivalente al hotel que usted desea poner.

Phoebe se hubiera caído si no se encontrara sentada.

—Ya le dije que no quiero nada de Colby. Ya fue generoso cuando me marché. Lo que me dio es más que suficiente.

—Lord Tandrige, desea lo mejor para usted. Sugiere que compre una casa, para que viva en algo propio.

—Insisto en que no aceptaré nada, señor...

—Mercury.

—Dígale por favor que se lo agradezco, pero no voy a aceptar nada más.

—Señora Rawson. Lady Tandrige...

—No me llame más así, por favor.

—Señora Rawson. Lord Tandrige, dice que, si no acepta el dinero, no permitirá que el joven Tate la visite.

—¿Qué?! ¡Ese gusano!

—Él cree firmemente que después... ¿Cómo decirlo?

—Deje que termine por usted. Colby cree que después de haber disfrutado de los lujos de su casa, no debería estar viviendo en la misma choza que antes.

—Yo no podría haberlo dicho mejor... Mire, usted me parece una mujer sensata. Le dejaré el documento. Piénselo. No tome una decisión con la

cabeza caliente. Colby dice que en cuanto compre una casa, le avise para establecer las vistas del joven Tate. Por distancia, podría programar que él venga una vez al mes.

A Phoebe se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en Tate. Ya hacía tanto que no lo veía...

—Ya es hora de que me marche. Debo estar a las cinco en el cruce de caminos para tomar la diligencia.

—Lo llevaré hasta allá, señor Mercury.

—¡Oh! Es muy gentil, mis viejos huesos se lo agradecerán infinitamente.

Después que volvió de dejar al abogado en el cruce de caminos, Phoebe se encerró en su habitación a pensar. Era increíble, que aun estando lejos, Colby continuara queriendo gobernar su vida. ¿Hasta cuándo pensaba que podría estar entrometiéndose? Sin embargo, en algo tenía razón, sus hijos se merecían una mejorsituación. Y claro que Tate querría invitar a sus compañeros de escuela, tener novia... No les enseñaría a renegar de sus raíces, pero tampoco deseaba que crecieran avergonzados. Los pequeños también estudiarían. Sí, compraría una casa, pero solo tomaría el dinero necesario para hacerlo, el resto no lo tocaría. Sus hijos vivirían dignamente, pero sin lujos innecesarios.

—Está bien. Mañana iremos todos a Portreath. Buscaremos una casa. Luego iremos al banco y retiraremos lo suficiente para comprarla

—Mamá, ¿cuando tengamos casa nueva, vendrá papá? —preguntó Dylan, esperanzado.

—No lo creo, cariño.

El pequeño comenzó a llorar. Dylan era el que más extrañaba a Colby.

—¡Phoebe! —la reprendió Jowan.

—No quiero darle falsas esperanzas, papá.

—¿Dejarás de vender pescado?

—Quizás podría poner un puesto en el mercado.

—Podrías poner una tienda. Así no olerías tan mal.

—Solo han sido tres días, y no me ha gustado mucho, para serte sincera. Sin contar que todos los días me encuentro con John Saunders, y la pequeña Molly.

» En Portreath, la señora Hodges salió a comprarme solo para preguntar por Colby. No pensé que en la mente de la gente estaría tan presente aún, la

dichosa boda.

—Los chismes corren como pólvora. Lo mejor es que de ahora en adelante te vean como toda una señora. Ahora deben estar pensando que él te expulsó de su casa con una mano delante y otra atrás. Si los chismes llegan a Londres, él también podría salir perjudicado.

—No había pensado en eso. ¿Podrían llegar tan lejos?

—Solo bastaría con que te viera alguna dama influyente, que lo haya averiguado de la mujer del doctor, y que lo comente en alguna carta a algún conocido en Londres, para que en poco tiempo sea la comidilla de la ciudad.

—Es verdad que Colby y yo no llegamos a entendernos, pero se ha portado muy bien con mis hijos. No se merece ser difamado injustamente.

—Por eso debes hacer lo que dijo el abogado. Así la gente pensará que te separaste, pero que has quedado en una posición digna. Nadie podrá decir que Colby no cumple con sus responsabilidades.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, papá?

—Porque no escuchas, hija.

Capítulo 49

Cuando llegó el nuevo día, Phoebe había cambiado de opinión con respecto a ir con toda la familia a buscar una casa. Se decidió por ir sola, ya que al no tener la certeza de encontrar una en tan poco tiempo, significaría pasear inútilmente a su padre y a los niños. Igual con una idea en mente. Se vistió casi como lo hacía mientras estuvo en Tandridge, no como una Lady, pero sí como una dama de cierta importancia.

—¿No estás demasiado arreglada? —le preguntó Jowan, antes de que comenzaran a desayunar.

—Solo me puse un vestido limpio, y peiné mis cabellos.

—Y llevas pendientes.

—Estos los tenía guardados. No son de Colby... Papá, decidí que voy a ir sola a Portreath. Lo mejor es que averigüe primero si hay alguna casa para comprar o rentar en último caso.

—Me preocupa que vayas sola al banco.

—No iré al banco, solo a buscar una casa. Cuando la encuentre, me acompañarás al banco y a cerrar el trato.

—¿Y dónde vas entonces?

—Primero que todo, a ver a una de las damas más chismosas de la ciudad. Si no sabe ella de alguna propiedad disponible, es porque de seguro no existe.

—Buena idea.

—¿Desayunamos?

—Tengo hambre.

Phoebe rio, su padre era como un niño: tenía hambre todo el tiempo.

Después de recoger los cachivaches de la mesa, Phoebe se encomendó a Dios para que le fuera bien, y montó en Bob. Eso sí, antes recomendó a su padre que vigilara muy bien a los pequeños. Y como de costumbre, se quedaron los tres observándola desde la puerta.

Phoebe descendió del caballo y lo amarró del muro que flanqueaba el jardín de la casa de los Hodges. Luego de sacudirse el vestido, se calzó los

guantes que llevaba guardados en un bolsillo oculto del vestido, y golpeó.

La señora Hodges abrió la puerta, y pasó rápidamente del asombro a la confusión por tener a lady Tandrige en el umbral de su casa.

—¡Lady Tandrige! —exclamó alegremente.

—Solo dejémoslo en Phoebe Rawson, señora Hodges.

—Pase, por favor.

La mujer del doctor, hizo pasar a Phoebe hasta la sala, y tocó una campanilla para ordenarle a la sirvienta que trajera té y galletitas.

—No se preocupe por mí, señora Hodges, desayuné hace poco.

—Pero un té cae bien en cualquier momento, ¿no?

—Tiene razón.

—¿Ha venido a ver al doctor, querida?

—No. He venido a verla a usted.

—¿A mí?

—Quiero comprar una casa en Portreath, y pensé que quizás usted sepa quién está vendiendo la suya. Conoce gente y está muy bien relacionada. ¿Cree que podría ayudarme?

—Perdone que le pregunte, querida, pero ¿abandonó a su esposo el conde?

Phoebe respiró hondo antes de responder.

—La verdad, señora Hodges, es que lord Tandrige y yo no llegamos a entendernos. La decisión de separarse fue mutua. Y si quiere saber más, yo no deseaba causarle preocupaciones, pero lo he pensado mejor. Mi idea de regresar a mi antigua casa podría causarle problemas a él. Podrían, pensar que él no cumple con sus obligaciones, y dar pie a habladurías. Usted me entiende.

—Por supuesto que la entiendo querida. Hay gente que se solaza cotilleando sobre la vida de los demás, y a un hombre como él le haría mucho daño. Podrían pensar que es un hombre sin principios.

—¡Oh, no! Le aseguro que lord Tandrige es muy generoso. Ha sido una bendición para mis hijos, quienes lo quieren como si fuera su verdadero padre.

—Qué lástima que no se hayan entendido.

—Puede ser que ninguno de los dos sirvamos para vivir en pareja. Yo estaba acostumbrada sola, y él no tenía intenciones de casarse.

—Entonces, ¿por qué la boda?

¿No se cansaría de preguntar esta mujer?

—Lord Tandridge hizo una promesa, y él es un hombre de palabra... ¿Me ayudará?

La señora Hodges se quedó pensando. Se sirvió una segunda taza de té, le puso dos terrones de azúcar y lo revolvió sonoramente con la cucharilla de plata.

—Escuché que la viuda del banquero está vendiendo su propiedad. Su esposo era uno de los socios del Banco Portreath. El hombre murió de un infarto hace dos meses. Ella intentó continuar sola en aquella casa, pero su hija que goza de una muy buena posición en Londres, le ha pedido que vaya a vivir con ella.

—¿Sabe cuánto está pidiendo?

—No exactamente, pero le aseguro que deben ser muchas libras. Hemos estado en algunas reuniones celebradas allí y le puedo asegurar que es muy grande, más que la nuestra.

—¿Podemos ir a ver a la viuda?

—¿Ahora?

—Sí.

—Deme unos minutos. Tengo que avisarle al doctor Hodges, y darle unas instrucciones a la sirvienta.

—Vaya. La espero.

Como diez minutos después, salieron a la calle, y llamaron un carruaje. La señora Hodges explicó que no podían ir caminando porque la propiedad estaba en las afueras de la ciudad.

Después de treinta aproximados minutos, el carruaje se detuvo frente a una propiedad, circundada por añosos robles que inundaban de sombra el lugar.

La casa, de estilo mediaval, era de dos plantas, quizás tres si se tomaba en cuenta el ático. Estaba construida en ladrillo rojo cálido sin revestimientos, con el techo de tejas. Phoebe se enamoró inmediatamente de ella.

La señora Hodges tocó la puerta con el aldabón de bronce que colgaba de la misma, y a los pocos minutos, un hombre de edad muy avanzada abrió la puerta.

—Buenos días —saludó la esposa del doctor—. Quisiéramos ver a la señora Rafferty.

—Veré si las puede recibir —respondió el hombre de mala manera,

olvidando los modales que la etiqueta imponía en esos casos.

—Dígale que venimos por la casa —repuso Phoebe.

—Iré a avisarle.

El hombre cerró la puerta por completo, y las dejó esperando afuera como haría con cualquier mendigo.

Mientras tanto, Phoebe en lo único que pensaba era que la casa era lo suficientemente grande como para poner al menos una posada.

Se escucharon unos pasos rápidos acercándose a la puerta. Esta se abrió, y apareció ante ellas, una mujer de cabellos blancos, vestida de riguroso luto, pero con aspecto jovial. No tenía la expresión de una viuda triste.

—Les ruego disculpen a Francis. Ya está muy viejo el pobre y no goza de paciencia.

—No se preocupe —repuso Phoebe.

—Pasen por favor... Me da gusto verla, señora Hodges.

—A mí me complace verla más recuperada, señora Rafferty.

—Francis me ha dicho que vienen por la casa.

—MI querida amiga, la señora Phoebe Rawson, está interesada en comprarla.

—¿Quiere verla, querida?

—Me encantaría, señora.

La señora Rafferty les dio un paseo, describiendo cada una de las habitaciones por las que circularon.

A Phoebe le agradó que el área de servicios estuviera en la misma planta que la cocina, el comedor y la sala. Arriba solo había habitaciones.

—Esta casa es relativamente nueva, ya que solo tres generaciones de Rafferty han vivido en ella. En ella siempre vivió una familia grande, menos nosotros que solo tuvimos una hija. Mi esposo nunca quiso irse de acá, por los recuerdos que ella guardaba, pero ya es tiempo de que otra familia que pueda llenarla, la disfrute.

—Bueno, yo tengo tres hijos y un padre... ¿Cuánto pide por ella?

—Dos mil libras.

—¿Puedo regresar mañana con el dinero?

—¿Lo dice en serio? —preguntó la mujer, y observó a Phoebe como dudando de que ella tuviera tanto dinero.

—En realidad —explicó la señora Hodges—, mi amiga es lady Phoebe Tandridge. Su esposo, el Conde de Tandridge, le ha encomendado que

busque una casa. Él está viajando y no puede hacerlo en persona.

Phoebe tuvo que reconocer que había juzgado mal a la señora Hodges.

—Comprendo, querida. Sin embargo, preferiría que regrese pasado mañana, ya que he de hacer venir al abogado para que prepare los documentos necesarios.

—Pasado mañana a las diez estaré acá con el dinero. Por favor no se la muestre a nadie más.

—Usted es la única que ha venido.

—Gracias, señora Rafferty.

—Gracias a usted, lady Tandridge. Estoy segura que mi casa quedará en buenas manos.

Dos días después, Phoebe salía de aquella casa con el contrato de compra y venta en sus manos.

Capítulo 50

Londres, seis meses después

Los viajes de Colby a Londres eran frecuentes, pero nunca estaban relacionados con los negocios de la finca: no había implementado los cambios que pretendía, y apenas se ocupaba de los asuntos de los inquilinos. Cuando estaba en casa, pasaba el tiempo bebiendo, montando y durmiendo. Entonces, sus viajes a la Gran Ciudad de Londres estaban relacionados con su antigua vida libertina: había vuelto a ella con más bríos que antes si se cabe señalar.

Prácticamente no había cama disponible en la que no se hubiera metido en los últimos seis meses. En varias ocasiones había tenido que salir huyendo por la ventana, ya que, al igual que antes tenía preferencia por mujeres comprometidas. El aspecto que ofrecía era bastante lamentable, por lo que hasta sus amigos calaveras del club estaban preocupados. A Tate casi no lo veía, porque la mayoría de las veces que el niño visitaba Woodhurst House, él no se encontraba allí. Eso sí, Colby estaba consciente que visitaba a su madre todos los meses, pero nunca le preguntaba por ella. El niño, durante las pocas veces en que se habían visto, intentó hablar de ella, pero él cortó el tema en forma tajante.

La sensación de vacío que lo invadía constantemente, era casi insoportable. El intento de llenarlo con alcohol y mujeres era vano. Aquella odiosa mujer pelirroja se le aparecía de forma casi constante, ya fuera en sus sueños, o en las alucinaciones causadas por el escocés.

—¡Vete, maldita! —le gritaba cuando estaba borracho—. ¡Tú me despojaste de algo que me hacía mucha ilusión!

La mayoría de las veces terminaba llorando.

—Milord, está mal —comentaba el mayordomo consigo mismo—. Pero su terquedad es más profunda que el amor que le tiene a milady.

—¿Qué has dicho, insensato?! —lo reprendió Colby, una vez que el fiel Parsons se atrevió a sugerirle que debía ir a buscar a Phoebe—. ¡Ella mató a mi hijo! ¡Lo mató por terca!

—Milord... Usted la ama, y ella a usted también. ¡Vaya a Cornualles!

¡Luche por ese amor!

—Parsons, eres demasiado romántico. ¿Has tenido mujer alguna vez?

—No señor. Conocí a una dama hace muchos años. Yo, ya trabajaba con su padre y no tenía tiempo para una novia. Ella se cansó de esperar, y se casó con otro.

—¿Eso te lo hicimos nosotros?

—Era mi trabajo, milord.

—¿La amabas?

—Mucho.

—Si la encontraras libre ahora, ¿lo intentarías?

—Ella murió hace años, milord.

—Lo siento, Parsons. Pero te diré: aún es tiempo para un corazón romántico como el tuyo. Si algún día conoces a alguien, no dudes en casarte. Me alegrará darte todos los permisos que necesites.

—Gracias, milord, pero ya soy viejo.

—De todas formas, si el amor llama otra vez a tu puerta, ya sabes.

—Gracias, milord.

Aunque, en un principio Phoebe no quería aceptar el dinero de Colby, finalmente sucumbió a la tentación e instaló una posada en la casa de la viuda Rafertyy.

Cuando la viuda del banquero se enteró en lo que se convertiría su hermosa casa, casi le dio un infarto por la impresión, pero Phoebe le escribió asegurándole que el lugar sería una posada de categoría, solo para viajeros que pudieran pagar los precios que ella pediría por las habitaciones, ya que una propiedad tan grande necesitaba de bastante dinero para mantenerse. También le prometió que nunca albergaría a borrachos o pendedcieros que pudieran estropear el fino mobiliario. La viuda le había vendido la casa a puerta cerrada, y lo único que Phoebe había llevado desde la suya fueron las gallinas, la vaca y el caballo.

Ya llevaban tres meses funcionando como posada, y el éxito había sido rotundo. La conjunción entre la buena comida y la posibilidad de una cama blanda, había conquistado a muchas damas y caballeros que estaban de paso. Portreath era un puerto mercantil muy usado, por lo que con frecuencia se bajaban extranjeros de los barcos, que venían a comprar cobre y estaño. Y,

por supuesto, muchos andaban acompañados de sus esposas, quienes recibían felices la noticia de que existía una posada a su nivel. Nunca estaba lleno, pero las siete habitaciones disponibles, recibían pasajeros con frecuencia. Eso sí, Phoebe se había prometido devolverle hasta el último penique a Colby.

Sin embargo, un buen día, recibió la primera vista desagradable, desde que la posada estaba funcionando.

—Está lloviendo muy fuerte —dijo una joven ataviada con una capa larga y una capucha.

Se quedó de pie en el medio del vestíbulo, y observó admirada a su alrededor.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó Jowan, apareciendo en su silla de ruedas. De inmediato se dio cuenta de que la joven no tenía aspecto de dama elegante.

—¿Está la señora Sheldon? —preguntó a su vez la joven, descubriéndose la cabeza.

—¡Molly!

—¿Cómo está, señor Cough?

—Muy bien, gracias. ¿Para qué buscas a mi hija? Y, por cierto, su apellido es Rawson.

—Lo olvidé. Como regresó sola.

—No tardó ni un minuto en lanzar su ponzoña —murmuró Jowan, enfadado.

—¿Qué?

—Nada. Espera aquí, veré si te puede atender.

Jowan desapareció detrás de una puerta, y a los pocos minutos reapareció acompañado de Phoebe.

Molly habló primero, como temiendo ser rechazada antes de que alcanzara a abrir la boca.

—Señora Rawson, he venido a preguntar si tiene algún trabajo para mí. Mi padre no ha estado muy bien que digamos.

—Lo siento, Molly, pero ya tengo todo el personal que necesito.

—Todavía no me perdona que haya intentado quitarle a Colby, ¿verdad?

—No sabes lo que estás diciendo.

—¡Es una mujer resentida!

—Vete por favor, Molly, no me hagas perder la paciencia. Esta pose de

dama es solo apariencia.

—Claro, ya decía yo.

Phoebe levantó una mano amenazante.

—¡Vete!

La joven dio media vuelta y salió a la tarde lluviosa.

—Espero equivocarme, pero creo que esta chica te traerá problemas, hija.

—Y yo espero que estés equivocado, papá.

Capítulo 51

Un día domingo que Phoebe y los niños salían del oficio dominical, el ministro Carlson, la detuvo en la salida de la iglesia.

—Señora Rawson, quiera hablar de algo importante con usted. ¿Me acompañaría adentro un momento?

Phoebe, intrigada, les dijo a los niños que no se alejaran y siguió al ministro hacia un pequeño salón que estaba junto a la iglesia.

—Como usted sabe, todos los años acostumbramos a realizar el baile de beneficencia de invierno, para reunir fondos para los hijos de los mineros. Algunas familias son muy numerosas, y en invierno no envían a trabajar a sus hijos a la mina.

—Debería ser para los hijos de los pescadores también, ministro. Hay muchos niños huérfanos, como los míos. Nunca alguien se acercó a preguntar si teníamos con qué comer.

—Lo siento mucho, señora Rawson, pero tiene toda la razón.

—En fin, ministro, continúe.

—El baile siempre se realiza en el salón municipal, pero este año se encuentra en muy mal estado y no lo han reparado. Me preguntaba si sería posible que lo efectuáramos en The Forest's Inn.

—¿Cuándo sería eso?

—En diciembre, antes de que termine el año.

—Dentro de un mes.

—Sí, pero si no puede, lo entenderé.

—¿Y dejar que piense que soy una resentida? No se preocupe, yo lo organizaré, pero ocúpese de invitar a tantas personas influyentes y caritativas como pueda. ¿No le gustaría que fuera el mismo día de Navidad? Pondré mucho muérdago por toda la casa.

—Sería una idea encantadora, señora Rawson.

—Comience a enviar las invitaciones, ministro. Claro que si puede conseguirme manos extras le estaré agradecida, ya que mi personal está justo. Además, después habrá que limpiar todo.

—Cuenta con ello. Se los enviaré cuando falte una semana para el baile.

—De acuerdo, ministro. Ahora me retiro. Nos vemos el próximo domingo.

—Muchas gracias, señora Rawson.

Phoebe había cambiado mucho en los últimos meses. Se había acostumbrado a ir a Londres sola, e intentaba pulirse para no parecer una burda campesina. Había comprado algunos libros para leer, creyendo firmemente que era la mejor forma de obtener algo de cultura, y así poder mantener conversaciones coherentes con sus clientes más educados. Y en uno de esos paseos a las librerías, había adquirido algunos libros de cocina y cada día cocinaba mejor, sorprendiendo a sus clientes con nuevos platillos.

Mientras registraba el mercado en busca de especias, para sus nuevas preparaciones, la abordó John Saunders.

—¿Cómo está, milady?

—Le dije que no me llame así, señor Saunders.

—¿No es verdad acaso que es una Lady, lady Tandrige?

—Aquí solo soy Phoebe Rawson.

—Para mí siempre será milady.

—Diga pronto qué se le ofrece señor Saunders.

—Quisiera saber si tiene algún trabajo para mí en su posada.

—Lo siento pero ya tengo todo el personal que necesito.

—Necesitará más gente para los preparativos del baile.

—El ministro se encargará de eso. Pero ¿cómo lo sabe, si acabamos de ponernos de acuerdo?

—Los oí.

—¿Me está espiando?

—Digamos que fue casualidad.

—Deje de acosarme, John Saunders.

—Tarde o temprano será mía.

Un frío recorrió la espalda de Phoebe. No era lo que dijo, sino cómo lo dijo: como si estuviera dispuesto a cualquier cosa. Tal vez era mejor tenerlo cerca. Era demasiado peligroso tenerlo como enemigo.

John Saunders se dio la vuelta para alejarse.

—¡Espere! Vaya el martes a la posada, veré qué encuentro para usted.

—Gracias, milady.

Esta vez, el hombre hizo una exagerada reverencia antes de marcharse.

—Papá, John Saunders vendrá a trabajar a la posada.

—¿Por qué? Ese hombre no me gusta. No me gusta cómo te habla. No me gusta cómo te mira.

—Es por lo mismo, papá. Prefiero tenerlo cerca para vigilarlo. No me gustó cómo me habló hoy en el mercado.

—Y si intenta algo, ¿qué harás?

—¿Crees que hice mal?

—Absolutamente.

El día martes amaneció muy lluvioso, sin embargo, John Saunders se encontraba de pie ante las puertas del The Forest's Inn, antes que abrieran.

El hombre esperó paciente debajo del arco de entrada hasta que una mucama vino a abrir las puertas dobles de la entrada.

—Buenos días, he venido a ver a la señora Rawson. ¿Le puede avisar, por favor?

—¿Viene por trabajo?

—Sí, ella me citó para hoy día.

—Debe dar un rodeo hasta la puerta de atrás, señor...

—Saunders.

—Le avisaré a la señora.

Phoebe estaba desayunando en su sala privada, cuando la mucama fue a avisarle que John la esperaba. Después que la chica se retiró, pensó en la necesidad de contratar a un mayordomo o ama de llaves, para que se encargara de atender los menesteres que no estaban relacionados con la posada, ya que su padre o hasta ella misma, recibían a los huéspedes.

—Buenos días, John.

—Buenos días, señora Rawson. Como ve, vine tal como me dijo.

—Así veo. Pero no tenía que exagerar, llueve mucho. Acérquese a la chimenea, su ropa está mojada.

—Gracias, señora.

—Lo pondré a prueba unos días, si no da problemas veremos su permanencia en la posada.

—No se los daré. Lo prometo.

—Atrás, junto a las caballerizas, está el cobertizo de la leña. Necesito que corte todos los troncos que hay allí. Todas las habitaciones tienen chimenea, por lo tanto, necesitamos que no falte.

—¿Y después?

—Después veremos. Ahora séquese y vaya a lo que le indiqué.

—Está bien, señora Rawson.

En los días subsiguientes, John Saunders se comportó como un empleado modelo. No dio problemas, hizo todo lo que se le encomendó, y apenas se aproximó a Phoebe. Su comportamiento ejemplar dio pie para que ella pensara que se había equivocado al juzgarlo. Eso la tranquilizó lo suficiente como para bajar un poco las defensas, y permitirse una charla con él de vez en cuando.

—Pronto la tendré comiendo de mi mano —mascullaba de vez en cuando Saunders, cuando estaba seguro de que nadie lo escuchaba—. Continuaré jugando al empleado «bueno para todo» hasta que esté bien cebada y vuelva a confiar en mí. Luego estará tan confiada, que ni cuenta se dará cuando ponga mis manos sobre ella. Después estará tan feliz que se odiará ella misma por haber esperado tanto.

Capítulo 52

—Insisto, Colby. Deberías ir a ver a tu esposa. Sé de muy buenas fuentes que su posada ha resultado todo un éxito. Inclusive está organizando el baile anual de beneficencia.

—Es que no entiendo qué podría hacer yo por allá. Ni a ella ni a mí nos interesa vernos.

—Eso no te lo crees ni tú mismo. Mira, pronto será Navidad. Podrías aprovechar de llevar a Tate por las vacaciones de fin de año.

—Ya está arreglado para que Tate viaje solo. Está acostumbrado a realizar el viaje mensual, así que no importa que yo no vaya.

—Y los otros niños, ¿no dices que te llamaban papá? No los has vuelto a ver —. Esto último fue un claro reproche.

—Tengo miedo de verlos y que no pueda dejarlos nuevamente.

—Piénsalo. Tú y ella se deben una charla tranquila, alejada de las emociones.

—No sé, señor Mercury. Le prometo que lo voy a pensar. No me comprometo con más.

—Está bien, muchacho, con eso me conformo por ahora.

Era domingo en la noche. Era habitual que luego de ir a dejar a Tate a Harrow, pasara donde el abogado para charlar. Luego de comprobar que su tren de vida no aliviaba el pensar que sentía, se había tranquilizado. Pero con una tranquilidad engañosa, ya que su actitud era más bien apática, pues se había pasado de un extremo a otro con su cambio de actitud. Así que, si antes no quería ver a Phoebe por estar furioso con ella, ahora solo sentía un obligado desinterés, porque pensaba que esperar algo más era inútil. Y a pesar de jurarse a sí mismo que no estaba enamorado de ella, reconocía que hacía mucha falta en su vida.

El día veinticuatro al mediodía, apareció un carruaje de alquiler trayendo a Tate.

Tate ya había cumplido trece años, y en casi ocho meses había crecido mucho. Se veía elegante con su uniforme de la escuela, y pasaba fácilmente

por hijo de buena familia. Su madre cada vez que lo veía se emocionaba, y se le hinchía el corazón.

—¡Mamá! —gritó él, en cuanto entró a la posada, mientras se sacudía el agua de la capa impermeable.

—¡Tate!

Phoebe corrió al encuentro de su hijo. Detrás de ella venían Dylan, Caron y Jowan.

Todos los meses lo veían, pero ahora en víspera de Navidad, les alegraba más pensar que estarían todos juntos. John Saunders, que se las había ingeniado para estar adentro de la posada con el pretexto de colgar las ramas de muérdago, no se perdía detalle de la reunión familiar.

—Tate, cada mes te encuentro más alto. Estás casi de mi porte, y pronto tendré que mirarte hacia arriba.

—Estoy practicando deportes, mamá.

—¿Tuviste buen viaje?

—Sí... Mamá, le rogué a papá que viniera conmigo, pero se rehusó.

—¡Ah! ¿Sí?

Tuvo que admitirlo. Le dolió escuchar que Colby no quería verla.

—Si él no quiere no, no podemos obligarlo.

—Mamá, queremos ver a papá.

—Sí mamá, lo queremos ver.

Siempre que se mencionaba a Colby, Dylan pedía lo mismo, y Caron lo secundaba. Los niños no olvidaban a quien consideraban legítimamente su padre, a pesar de que él no había hecho ni un intento por estar en contacto con ellos, ni realizado ningún trámite para que fueran legalmente sus hijos.

—¿Sabes que tendremos un baile en dos días más?

—¿Por eso la posada está tan linda?

—No, solo porque es Navidad... Lamentablemente el baile es solo para los adultos, pero te prometo que lo pasaremos bien estos días que estés aquí.

—Gracias, mamá.

—¿Tienes hambre? Le pediré a la cocinera que te prepare algo mientras está lista la merienda.

—¡Estupendo!

—El pavo ya está en el horno. Tendremos una deliciosa cena navideña.

Esa noche tuvieron una hermosa cena en familia, solo los cuatro. Comieron, rieron, e intercambiaron unos sencillos obsequios, que para los

más pequeños fueron traídos por San Nicolas por la mañana, mientras aún dormían.

Cuando terminaron de cenar, ya era bastante tarde, y Phoebe se dio a la tarea de recoger ella sola, pues no había huéspedes, y le había dado la noche libre a los empleados para que pasaran la víspera de Navidad en sus casas, ya que al día siguiente tendrían que trabajar.

John, que había estado espiando los movimientos de Phoebe todo el día, espero hasta que estuvo seguro de que ella estaba completamente sola en la planta baja.

Ella iba y venía hasta, y desde la cocina con platos, vasos y bandejas. En ningún momento percibió que alguien la estaba acechando desde las sombras de la puerta de servicio. Se suponía que la familia estaba sola. El lugar era seguro, y si hacía falta algo, estaba el cuidador del bosque y su familia que vivían en una cabaña ubicada en el límite de la propiedad. Por lo tanto, no había nada que temer. Y por lo mismo, ver de pronto a John dentro de la cocina, fue una desagradable sorpresa. En ese momento, comprendió de golpe que sus primeras impresiones con respecto a ese hombre, eran todo, menos equivocadas.

—¿Qué hace aquí, John?

—¿Qué cree usted, milady?

El hombre había estado bebiendo, y derramó todo su hálito alcohólico sobre Phoebe. Ella reaccionó retrocediendo, para evitar el fétido aroma tan cerca de su nariz.

—No debería estar aquí. Todos se fueron a sus casas hace horas.

—Yo no. Me quedé a esperarla. Necesitaba verla.

—Si es cuestión de trabajo, podemos hablarlo mañana.

—No es por trabajo.

—¿Entonces?

Él tomó su mano con brusquedad y se la llevó al pecho.

—¿Escucha cómo late? Es por usted. ¡Solo usted tiene el don de hacer que mi sangre fluya y encienda todo mi ser!

—¡No diga idioteces!

—Dios misericordioso sabe que he puesto todo mi empeño en hacer las cosas bien, pero si usted no lo comprende, tendré que usar métodos menos suaves.

—¡No se atreva!

—Por supuesto que sí.

Con agilidad, la subió a la mesa rústica de roble de la cocina, y como quien barre con una pluma, tiró al suelo todo lo que se interponía, con su largo brazo. Enseguida la recostó sobre la superficie dura, y le alzó las manos por sobre la cabeza para inmovilizarla. Con su mano libre comenzó a desabrocharse los botones del pantalón.

Phoebe se revolvía, agitaba sus piernas intentando darle puntapiés, pero John Saunders la superaba en fuerza y estatura.

Él se inclinó sobre ella para embestirla, mientras la miraba a los ojos.

Phoebe, incrédula, se decía que esto no podía estar sucediendo. Con más bríos continuó su lucha por quitarse de encima a su atacante, pero eso parecía encenderlo más. Percatándose de eso, intentó un cambio de estrategia.

—Está bien, John, no lucharé más. Suéltame las manos y seré más participativa. ¿Qué opinas?

—Estás mintiendo.

—¡No! He sido una tonta al no darme cuenta antes.

—Te soltaré, pero no intentes nada descabellado o no lo pasarás bien, milady.

—Adoro cuando me dices así.

John tenía casi abajo los pantalones, y Phoebe alcanzaba a sentir su miembro erecto contra sus piernas.

—Pues disimulabas muy bien, milady.

Saunders liberó las manos de Phoebe y se inclinó sobre ella para esparcir besos en su rostro y cuello.

—Abrázame —ordenó con voz ronca.

Ella lo hizo, aceptando con asco sus caricias libidinosas.

El continuó bajándose los pantalones.

Cuando Phoebe ya daba todo por perdido, percibió de pronto que al alcance de su mano estaba una sartén sobre la estufa, que aún continuaba con leña encendida suficiente como para que los trastos que estaban encima estuvieran calientes.

—¡Bésame más! —rogó ella para distraerlo.

Entonces, John bajó con su boca hasta los senos de Phoebe, entretanto ella continuaba soportando con repulsión.

Cuando consideró que el hombre estaba lo suficientemente perdido en lo

que estaba haciendo, estiró su mano, y con un rápido movimiento le asestó un golpe en el rostro con un sartén caliente.

John Saunders soltó un alarido de dolor. Retrocedió con las dos manos sobre la mejilla izquierda, y los pantalones abajo.

—¡Maldita perra! —gritó—. ¡Me las pagarás!—. Se quitó las manos del rostro y se abalanzó de nuevo sobre ella.

—Alto ahí, o te vuelo los sesos.

Capítulo 53

Ahí estaba Jowan con su viejo fusil Baker de la guerra de 1812, en la cual no había participado, pero que había adquirido en una tienda de pertrechos dados de baja, por si alguna vez le era útil. El arma ni siquiera tenía carga, pero eso no tenía por qué saberlo nadie.

—Ahora vete y no regreses, o meteré todo el plomo en tus feas nalgas, y ahí sí que no servirás para nada.

John Saunders se subió los pantalones con la mano izquierda, mientras la otra cubría su mano derecha. Salió corriendo a la negra noche lluviosa, y pensaron que con suerte no volverían a saber de él.

—¡Oh, papá! —Phoebe se lanzó a los brazos de su padre, sollozando—. ¡Si no hubieras llegado!

—Estos son los peligros que corre una mujer sola —dijo él casi con reproches.

—No estoy sola, te tengo a ti y a los niños.

—No te hagas la tonta, Phoebe. Sabes perfectamente a qué me refiero. Ahora me veré obligado a conseguir balas para el fusil.

—¿Es que no....?

—No.

Padre e hija se abrazaron. Él esperaba que John Saunders no se atreviera a aparecer más.

Mientras, Phoebe pensaba en Colby.

—¿La sartén estaba caliente?

—Sí.

—¿Sin manteca?

—Estaba limpia.

—Y todo gracias a tu mala costumbre de dejar los trastos limpios sobre la estufa. Menos mal que llegué a tiempo.

—Sí, papá. Ahora verificaremos puertas y ventanas. Luego nos iremos a la cama, e intentaremos dormir algo. Mañana llegan dos huéspedes, y hay que continuar con los preparativos del baile. También llegarán dos cocineras más.

—Si puedes, duerme tú. Yo vigilaré y dormiré un poco por la mañana.

—Gracias, papá. Te amo —dijo ella con una mano sobre el hombro de Jowan. Eran palabras que quizás nunca había pronunciado, pero que ahora le salían del alma.

—Lo sé, hija —repuso él, y dio una palmadita sobre la mano de ella.

Colby intentaba leer en la biblioteca. Estaba sentado frente a la chimenea, con los pies apoyados sobre un taburete de cuero. No se iba a la cama, porque el intento por dormir sería inútil. Las últimas noches se las había pasado en blanco. Se levantaba de la cama, y se iba a leer, pero las letras bailaban delante de su vista como palabras sin sentido... Era víspera de Navidad. Una noche para estar con la familia, pero él estaba solo. Todos en casa tuvieron planes para esa noche, hasta Parsons que era tan apagado. Lo había invitado una viuda de la aldea a cenar. En fin, la culpa era solo suya

Quizás el buen señor Mercury tenía razón, y debía ir por Phoebe. Pero no sabía qué lo movía hacia ella aparte del deseo. Solo sabía que estando a su lado se sentía completo.

Presa de un impulso, se levantó para ir en busca de un libro de filosofía. Uno que sabía que existía, pero jamás le había interesado en leer: «Tratado sobre el amor, según la filosofía».

Luego de ojear varias páginas al azar se quedó con los dos filósofos que le parecieron más interesantes: Platón y Aristófanes.

Según Aristófanes, el amor es el sentimiento más grande que tiene el ser humano y que nada se compara al placer de sentirlo. En cambio, Platón difería diciendo que el amor poseía al ser humano por sus faltas y no por su voluntad, pues es una condición del ser humano el desear lo que no se tiene, aburrirse cuando se tiene, y desecharlo para necesitarlo otra vez.

Meditando en estas definiciones, les encontró todo el sentido del mundo. Él era feliz junto a Phoebe. Le atraían las diferencias que existían entre ellos. Y aunque siempre terminaba exasperándolo y quería mandarla al diablo, rápidamente deseaba estar nuevamente junto a ella. ¿Así era el amor? ¿Desear a alguien, querer complacerla, sentirse torturado por la pasión, cansarse hasta decir basta de su mal carácter, pero luego ansiar más?

Colby miró la hora en el reloj que colgaba de una de las paredes. Eran las cinco de la madrugada. Demasiado temprano para ir a molestar al cochero.

Quizás su mente se relajó después de haberse descubierto a sí mismo, porque en menos de cinco minutos ya estaba durmiendo, con el libro

abrazado sobre su pecho.

Cuando despertó, se sintió lleno de energía, y antes del desayuno fue a decirle al cochero que preparara el carruaje. Después le pidió a Parsons que hiciera su equipaje. Al final fue a la cocina y tomó desayuno junto a todos los sirvientes.

—Amigos míos. Damas y caballeros. Ahora mismo me dirijo a Cornualles, y haré todo lo posible por traer a lady Tandridge de vuelta.

—¿Lo dice en serio, milord? —preguntó la señora Ross.

—Muy en serio.

Todos se alegraron, y las doncellas se atrevieron a aplaudir.

Cuando el carruaje se alejó de Woodhurst House, los sirvientes se quedaron en la puerta, deseando que el conde pudiera cumplir con su cometido.

John Saunders se miró en el espejo que tenía Molly en su habitación. Su rostro no estaba desfigurado, pero su mejilla estaba enrojecida, y con algunas marcas correspondientes a las imperfecciones del sartén.

—¡Maldita zorra! —murmuró.

Le cobraría todos los desaires juntos. El pago que ella tendría que realizar sería altísimo por haberlo quemado, además de rechazado innumerables veces.

Después de sentir que estaba tomando la decisión correcta, salió de la casa y se fue a la taberna. El día siguiente sería el indicado. Cuando la fiesta estuviera en su apogeo, para que todos supieran quién era John Saunders, y principalmente para que todos fueran testigos de su venganza.

Capítulo 54

Los quehaceres previos al baile, alejaron completamente de la mente de Phoebe, el ataque de John Saunders. Eran muchos los preparativos de última hora. Mucho que tener a punto para que el baile fuera un éxito. Sin embargo, Jowan no quería desprenderse del fúsil, y menos ahora que había logrado conseguir balas de plomo, para usarlas en el maldito Saunders de ser necesario.

Por suerte los niños no se habían enterado de lo ocurrido, y era mejor así, ¿para qué infundirles miedo por algo que no podían controlar?

—Estoy muy cansada, pero el día se pasó volando. ¿Papá, andarás con ese fusil para todas partes?

—Es mejor estar prevenidos. No me digas que ya te olvidaste de lo que sucedió anoche.

—Fue solo una bravuconada. Dudo de que se atreva a regresar.

—¿Y sus amenazas?

—Ya te dije, bravuconadas.

—Como sea. Yo estaré en guardia.

Esa noche, Phoebe se dio un largo baño antes de irse a la cama, y una vez más pensó en las palabras de su padre: estos son los peligros que corre una mujer sola. Llevaba muchos años sola antes que apareciera Colby en sus vidas. ¿Cuál era la diferencia? ¿Ser viuda la hacía más respetable, que ahora que solo estaba separada? ¿O simplemente era mala suerte que un chiflado como Saunders hubiera posado sus ojos en ella?

Sí. Extraña a Colby, pero no como la imagen de un protector. Extrañaba al hombre, a su cuerpo. A la forma en que la acariciaba. A la forma en cómo la besaba. Extrañaba la forma en cómo entraba en su cuerpo. Hasta extrañaba le forma en cómo la miraba cuando estaba exasperado. ¿Eso era amor? Nunca se sintió así con Sheldon. Podría decirse que si uno de los dos amó mientras estuvieron juntos, ese fue Joshua. Es verdad que a menudo sintió celos de él, pero no eran provocados por el amor, sino porque cuando él se entusiasmaba con otras mujeres, olvidaba sus responsabilidades. Inclusive se sintió algo

culpable por no sentir la suficiente pena tras su muerte. En cambio, Colby, hacía bullir todas sus emociones juntas, las buenas y las malas: lo detestaba, pero lo extrañaba. Para ser sincera, sol lo detestaba, porque por querer maniobrar la vida de ella a su antojo. Sin embargo, ¿no era esa la preocupación que Sheldon jamás le dio? ¡Oh, qué tonta había sido! Tenía que buscarlo, pedirle perdón. Decirle que lo amaba. ¡Ojalá no tuviera ese baile! ¡Ojalá él entendiera que se había retrasaría un día en declararle su amor, por culpa del baile!

Era el día del baile. Estaban todos desayunando cuando Phoebe les dio la noticia.

—Iré a buscar a Colby mañana.

—¿Por qué? —pregunto Jowan, curioso.

—Porque me da la gana... Y porque lo amo. ¿Estás feliz, papá?

Tate, Dylan y Caron, se miraron unos a otros. Estaban asombrados y felices a la vez.

—Ya iba siendo hora de que entraras en razón. ¡Háganos un brindis con té por eso!

Ahora que por fin había decidido su futuro, Phoebe se sentía libre como el viento. Liviana como una pluma. Su cuerpo flotaba como una nube. Sus pies parecían no tocar el suelo. La felicidad era embriagante. La verdad era liberadora.

El baile estaba siendo todo un éxito. Todo aquel que era importante en Cornualles y al sur de Devon, se encontraba allí. El evento, había ido ganando relevancia con el transcurso del tiempo, y muchos fingían que al menos una vez al año se preocupaban por los menos afortunados. Así que ya fuera solo por apariencia, o por fines políticos, anualmente el ministro Carlson, metía las manos en los bolsillos de esta gente poderosa, sin importarles los propósitos mezquinos que los movían. Y ahora, quizás por curiosidad, muchos venían por primera vez.

—Debo agradecerle, señora Rawson. Gracias a usted el baile es todo un éxito —le dijo el ministro a Phoebe, en un momento que la encontró a solas.

—Gracias, ministro. Todos sea por los menos afortunados.

—Pronto daremos inicio a las subastas para las piezas de baile. Espero que usted también participe.

—Milord, no alcanzaremos a llegar esta noche a Portreath, no podrán reparar la rueda hasta mañana.

—Está bien, Percy. Buscaremos una posada, ya que no queda más remedio.

En Devon se había quebrado una de las ruedas de carruaje, pero al no contar con una de repuesto, habían tenido que buscar un carpintero para repararla. Y como era de noche, nadie había aceptado el trabajo.

Cinco caballeros se adjudicaron bailes con Phoebe, por lo que durante un buen tiempo estuvo bastante ocupada. Pero el último, lord Sttanford, le dio más atención que los demás, permitiéndose abiertos galanteos con ella.

—Me halaga, lord Sttanford, pero debo advertirle que mi esposo volverá pronto.

—Eso, no se lo creo. He averiguado, y sé que usted regresó sola de Surrey, y que no ha venido ni una sola vez a verla.

—Eso está a punto de cambiar, lord Sttanford, yo misma iré por él.

—Veo que es una mujer decidida. Envidio a lord Tandridge.

John Saunders había conseguido dos compinches de copas en la taberna, y ahora merodeaban afuera de la posada. En sus manos cargaban teas encendidas, pero nadie se dio cuenta adentro, ya que usualmente cuando la gente se divierte, se despreocupa totalmente de lo que sucede a su alrededor. Hasta Jowan se había olvidado de continuar cargando su fusil.

Esa noche no llovía, así que el ambiente era propicio para sus planes.

—Cómo se divierte la muy zorra —murmuraba, para que nadie lo escuchara—. Pero ahora va a saber cuál es el precio por alentar a un hombre digno, y después desecharlo.

Saunders miró una última vez por la ventana del salón, antes de dar la orden a sus secuaces.

Levantó la mano para avisar que ya podían comenzar, cuando a su espalda una voz lo detuvo.

—¡Papá!

—¿Qué haces aquí, Molly?

—Te seguí. ¿Qué piensas hacer?

—Vete a casa.

—¡No! Dime qué harás.

Ella se acercó a él y tiró de su manga. No supo cómo, pero comprendió que su padre planeaba algo malo.

Saunders, furioso, le dio un empujón y la joven cayó al suelo, golpeándose la cabeza en una piedra.

—Buena niña —le dijo él, al cuerpo desfallecido de su hija—. Cuando termine el trabajo te despierto para que vayamos juntos a casa.

Capítulo 55

—Usted es demasiado joven, casi podría ser mi hijo, milord. —Phoebe decidió seguirle el juego, solo para pasar el rato.

—Me ofende, señora Rawson. Me hizo ver como un niño.

—Solo es un poco más que eso, milord.

Ambos rieron, y continuaron danzando.

—¿Eso que huelo, es humo? —preguntó lord Sttanford de pronto.

Phoebe se detuvo. Dio un giro para observar a su alrededor. Iba a decirle que solo era su imaginación, cuando se elevó una llamarada en una de las cortinas del salón.

—¡Fuego! —exclamó alguien, y muchos gritos de pavor se le sucedieron a este.

—¡Guarden la calma y salgan ordenados hacia afuera! —fueron las instrucciones de Phoebe, y la mayoría hizo caso, pero no faltaron las personas histéricas que corrieron sin importarles si pasaban a llevar a alguien en su huida.

Ella intentó guardar la calma, quizás era una lámpara que se había volteado, pero pronto aparecieron las cocineras gritando que había fuego en el área de servicio. También aparecieron llamas por la puerta de la biblioteca. No era un caso aislado, era un incendio.

—¡Papá!

—¡Estoy aquí, Phoebe!

—¡Papá, sal fuera, yo iré por los niños!

Jowan dudó.

—¡Sal, te digo!

Phoebe se recogió las faldas del vestido con ambas manos, y subió corriendo la escalera. En la planta alta, la esperaban Tate y Dylan, quienes ya se habían dado cuenta de que algo malo estaba sucediendo.

—¡Mamá! —gritaron los niños, y corrieron hacia ella.

—¿Y Caron?! ¡¿Dónde está?!

—Debe estar durmiendo —respondió Tate—. Iré por ella, mamá.

—¡No! ¡Lleva a Dylan afuera!

Tate vio la mirada en los ojos de su madre. Esa mirada que no permitía réplicas. Cogió a su hermano de la mano y corrieron escaleras abajo.

Cerca de los árboles, los invitados observaban cómo se quemaba la casa. No había ningún riachuelo cerca, y con lo único que contaban, era con una bomba en el jardín trasero.

Armados de cubos, los empleados de la posada, y algunos invitados, comenzaron a lanzar agua a las llamas, pero el fuego consumía con rapidez la casa. Nunca sería suficiente para el tamaño de la posada.

—¿Dónde está Phoebe?! —les preguntó Jowan a los niños.

—¿Fue a buscar a Caron!

—¿En qué parte de la casa es eso?! —quiso saber lord Sttanford.

—¿En la planta alta! ¡Es la última habitación!

Lord Sttanford no lo pensó ni un segundo. Se quitó la levita, y luego se la puso sobre la cabeza. Enseguida corrió hacia la casa.

—¿Caron!... ¡Caron!

—¿Mamá! ¡Mamá!

Phoebe corrió hacia la puerta de la habitación de la niña. La abrió, y descubrió a la pequeña de pie sobre la cama. Rápidamente cogió la manta que estaba sobre el lecho y la envolvió.

—¿Mamá, tu vestido, se quema!

Phoebe miró hacia abajo. Su vestido de muselina se estaba incendiando. Por suerte estaba compuesto de dos piezas que simulaban ser solo una. Tiró de la falda, y se desprendió de la cintura. Quedó solo con el fondo y las medias, pero no le importó. Cogió a su hija, y corrió hacia la puerta. En el corredor chocó con lord Sttanford.

—¿Démela!

Ella obedeció y ambos corrieron hacia abajo, mientras detrás suyo, las llamas avanzaban hacia la escalera. Por fortuna alcanzaron a poner los pies afuera, porque en cuanto salieron, la posada se derrumbó.

Cuando todo terminó, se acercó el alguacil a Phoebe, quien había llegado con sus hombres para investigar el origen del incendio. Todos se habían marchado, y solo permanecía lord Sttanford junto a ellos.

—Señora Rawson.

—¿Sí, alguacil?

—El incendio fue provocado. El criminal ya confesó. Creemos que recibió ayuda, solo así se explica que los focos de fuego se hayan declarado en distintos lugares al mismo tiempo:

—¿Quién...?

—John Saunders.

—¡Maldito, haré que se seque en prisión!

—Quizás vaya a la horca. Mató a su hija Molly.

—¿Molly? ¿Cómo?

—Según él mismo, ella intentó detenerlo. Saunders la empujó, y la chica cayó al suelo. Él creyó que estaba inconsciente, pero la verdad es que se golpeó contra una piedra y murió al instante. Cuando lo encontramos estaba con los ojos perdidos, abrazado al cuerpo de la joven, y una tea aún humeante estaba junto a él. Los compinches escaparon, pero daremos con ellos.

—John Saunders me había amenazado, pero creí que solo eran bravuconadas. No le hice mayor caso.

—¿Por qué la amenazó?

—Quiso propasarse conmigo, y lo golpeé en la cara con un sartén caliente.

—Comprendo. Después será citada a declarar en el tribunal. No se aleje mucho del pueblo, señora Rawson.

—No lo haré.

—Señora Rawson, quisiera invitarla a usted, y a su familia a mi casa de Devon. Estaré feliz de ayudarles en este momento —ofreció lord Sttanford, acercándose después que el alguacil se hubo retirado.

—Gracias, milord, pero tenemos dónde ir. Este incendio no me hundirá.

—No voy a insistir, porque veo que es una mujer tenaz, pero no dude en enviar por mí si algo le hiciera falta.

—Muchas gracias, milord.

Lord Sttanford, se retiró, y ella se quedó preguntando por qué no lo había conocido antes. Sin embargo, su corazón ya estaba ocupado.

Colby dejó el carruaje con el cochero en la aldea, y rentó un caballo para llegar más rápido a la casita de Phoebe. Después de ver cómo había quedado la posada se había puesto frenético, y lo único que ansiaba era llegar pronto a

verla.

Cuando escucharon los cascos de un caballo, Jowan y los niños salieron a la puerta. Abrieron mucho los ojos cuando vieron de quién se trataba.

—¡Papá! —gritaron los tres a un tiempo.

Él los abrazó y les dio un beso rápido.

—¿Phoebe?

—Está en el acantilado —respondió Jowan, secándose unas lágrimas de los ojos.

—¿Fue a caballo?

—Caminando.

Colby amarró el caballo a un arbusto, y comenzó a caminar por el sendero que llevaba al acantilado.

Phoebe estaba de pie al borde del acantilado mirando hacia el mar. Hacía frío y solo se había cubierto la espalda con un chal. Su cuerpo temblaba, pero ella lo ignoró. Sus pensamientos estaban más allá de su bienestar corporal. No podía quitarse de la cabeza la idea de que Dios le estaba diciendo algo: primero se había quemado la mano en la taberna, y luego su posada se había incendiado. ¿Sería que ese no era el camino? ¿Que su bullada independencia no valía la pena?

Estaba tan abstraída que no sintió las pisadas de Colby.

Se sobresaltó cuando sintió los brazos de él rodeándola desde atrás. Sin embargo, cuando la loción de él, inundó su nariz, supo que estaba a salvo.

—Sabía que estarías aquí —dijo él, contra su cabello.

—Colby.

—No hables, déjame a mí... Te amo, Phoebe Rawson, y no quiero pasar ni un día más sin ti. Si quieres podemos vivir en Cornualles, pero tendrás que olvidarte de la idea de tener tu propio negocio, porque quizás la tercera vez no seas tan afortunada...

Ella se volvió lentamente hacia él, y lo miró a los ojos.

—Yo tampoco quiero vivir un día más sin ti, Colby Rawson, y sé que mis hijos también. Y papá por supuesto... Perdóname, fui una irresponsable. Mi ignorancia, me hizo creer que yo tenía más razón que el doctor...

—No quiero que pensemos más en eso, Phoebe. De ahora en adelante será una vida nueva.

—Yo te prometo que buscaré una entretención alejada de los negocios.

—Y yo te prometo que venderé Woodhurst House si tú lo deseas.

—No será necesario. Podemos pasar los inviernos allá, y los veranos acá.

—Te extrañé tanto —dijo él de pronto, y la abrazó con fuerza.

—Y yo. No sabía que eras tú lo que me hacías falta. Te amo.

Como respuesta, Colby la besó. Luego cogió sus manos y también las besó.

—Aún llevas el anillo.

—No he podido quitármelo.

—Quizás nuestros corazones sabían lo que nuestras cabezas se negaban a entender.

Epílogo

—Puje, milady, puje. Así. Así.

Colby sostenía la mano de Phoebe, mientras ella sudaba, intentando expulsar a su tercer hijo.

La partera le oprimía el vientre, mientras el doctor estaba con las manos listas para recibir al bebé.

—Uno más —insistió la partera.

—¡Sé cómo tener un bebé, señora! Por favor doctor, dígame a esta mujer que calle. ¡Sé lo que tengo que hacer!

Estaban en su casa de Londres. Habían pasado cinco años desde su reconciliación, o, mejor dicho, desde que habían comenzado a ser un matrimonio de verdad.

La sociedad londinense respetaba a Phoebe Cough, aunque nunca abrieron sus filas del todo. Ella hacía muchas obras benéficas, y se había convertido en casi la madrina de Camborne, pues siempre estaba preocupada de los habitantes de la aldea. Sobre todo, después que lograran conseguir una propiedad lo bastante cerca de su antigua casa, en la que Colby construyó una preciosa casa hecha de piedra y troncos recios.

Lord Sttanford, hizo buenas migas con Colby a pesar de la diferencia de edades, y se visitaban bastante a menudo, sobre todo después que el encontró al amor de su vida.

Tate ya tenía dieciocho años, y había decidido que quería ser Ingeniero Naval. Dylan ya estaba estudiando en Harrow, y Caron recibía instrucción en casa. A sus diez años decía que quería ser actriz, y sus padres esperaban que solo fuera un ímpetu pasajero.

En cinco años, Phoebe había tenido dos niñas, y ahora esperaban que el tercero fuera un varón. Ahora, Colby era un orgulloso padre de casi seis hijos. Esperaba que el sexto fuera el último para poder disfrutar de su mujer a sus anchas. Ella ya se merecía descansar de la maternidad.

Phoebe dio el último empujón, y el sexto heredero Rawson, vino al mundo entre gritos demostrando la fortaleza de sus pulmones.

—¡Es un varón! —anunció la partera, antes de que el médico abriera la boca.

Colby le dio un beso en la frente a su mujer.

—Te amo, mi amor. Gracias por mi sexto hijo.

—Gracias a ti, por amarme tanto.

—Mamá, ¿ya nació mi hermanito? —preguntó Caron, entrando a la habitación con sus dos hermanitas: Jane y Ruth.

Las pequeñas se subieron a la cama, y observaron al pequeño que yacía en brazos de su madre.

—Es un niño —anunció Colby—. ¿Cómo se llamará?

—¡Albert! —respondieron las tres al unísono.

—Entonces será Albert.

—¿Y dejarás que ellas decidan? —preguntó Phoebe fingiendo estar molesta.

—Sí. Se ganaron el derecho porque se portaron extremadamente bien durante el embarazo —repuso Colby, serio.

—Tienes razón, cariño.

—Doctor, señora. Si ya terminaron se pueden marchar. Mi esposa y yo nos encargaremos. Para eso tenemos bastante experiencia.

—Nos marchamos, milord —dijo el médico—, pero regresaré mañana. A ver a la madre, porque el niño goza de excelente salud. Eso sí les aconsejo que no llamen más a la cigüeña. Después hablaremos acerca de cómo prevenirse.

—Gracias, doctor.

Después que el médico y la partera se fueron, Colby hizo salir a las niñas.

—Quería estar a solas para entregarte algo.

Colby fue hasta la cómoda y sacó un estuche de terciopelo del primer cajón. Lo abrió delante de los ojos de Phoebe para que ella viera con claridad de qué se trataba.

—¿Y a qué se debe este obsequio?

El estuche contenía un collar con siete piedras en forma de gotas, del color de los ojos de Phoebe, o como a Colby le gustaba decir: del color del

mar de Cornualles.

—Estos son los siete que te amamos: la del medio y más grande soy yo, y las que siguen hacia arriba, nuestros hijos.

Phoebe no pudo contener las lágrimas de emoción. Colby se las ingeniaba para demostrarle su amor, de muchas formas distintas, con pequeños o grandes detalles. Era como si necesitara decirle que ella estaba siempre en sus pensamientos.

—¡Oh, Colby, no tengo algo para darte! ¿Por qué me haces esto?

—Porque te amo. Y no necesitas darme nada, ya me has dado mucho: tu amor incondicional, nuestros hijos. ¿Qué más podría querer un hombre?

—Siempre te amaré. Siempre. Siempre, hasta el fin de los tiempos. Más allá de la muerte de ser posible. Te amo. A veces creo que no merezco tanta felicidad. Has estado siempre a mi lado, en los buenos momentos, y en los malos, como cuando murió papá.

Una sombra cruzó el rostro de Colby.

—Jowan. Lo extraño mucho.

—Tú fuiste su obsequio para mí. Desde que te conoció supo que eras mi hombre. Solo yo no supe verlo.

—Pero ahora estamos juntos, y es lo único que importa... Te amo.

—Te amo.

El llanto del bebé interrumpió el abrazo. Las declaraciones de amor tendrían que esperar, total tenían toda una vida para amarse y ser felices.

Caron *I* , El candor de la inocencia

Capítulo 1

—¿Cuándo me dejarás que vaya a hablar con tu padre, Caron? Estoy cansado de verte a escondidas.

—Sabes perfectamente que mis padres se oponen a lo nuestro. Nunca aceptarían que me case contigo. Lo único que podemos hacer es huir hacia América.

—¡Cómo se te ocurre semejante idea, cariño! Le romperíamos el corazón a lady Tandridge.

—¿Te importa mucho lo que ella piense? ¿Aún te gusta?

—Te he dicho más de un millón de veces que cuando te vi en lo alto de la escalera, el día de tu cumpleaños, todo lo que había conocido antes dejó de existir. Lady Tandridge no se merece que le des un disgusto de tamaño envergadura.

—Es verdad. Pero tiene que ver alguna forma de convencerlos.

—Solo esperar a que seas mayor de edad.

—¿Y arriesgarme a que te intereses por otra mujer? ¿Una que te de lo que yo no puedo?

Ambrose se sonrojó. A veces Caron era demasiado audaz. No tenía vergüenza a casi nada. Siempre planteaba los temas tal y como eran. Por eso se había enamorado perdidamente de ella, porque a su corta edad parecía conocer más de la vida que la mayoría de las damas que conocía. Claro que su cuerpo tan bien lo volvía loco. Por culpa de ella eran muchas las noches de insomnio, en que la silueta de ella lo perturbaba tanto que le quitaba el sueño por completo. La deseaba tanto que dolía.

Quería ser él quien le enseñara a ser mujer. Quería ser él y solo él quien desojara esa flor. Quería ser él quien la hiciera feliz para siempre.

—Ninguna otra mujer podría interesarme —dijo él, tomando una de las manos de Caron para depositar un dulce beso sobre sus dedos.

—¡Es que no podemos continuar con esto! En cualquier momento seré descubierta en la escuela. La señora Bottoms no se tragará para siempre que a diario salgo a tomar el té con la amiga de mi madre.

—Claro que no. En eso tienes razón.

Caron, a propósito, había pedido que la matricularan en la «Escuela

Para Señoritas de la Señora Bottoms». Apenas llevaba seis meses allí, pero había sido tiempo suficiente para entablar una relación más estrecha con Ambrose. Él prácticamente se había mudado definitivamente a la casa de Londres, una bella mansión en Regent's Park.

Casi a diario pedía permiso para ir a tomar el té con la señora Somersby. Era cierto que Henrietta Somersby la había invitado un par de veces a su casa a la hora del té, ya que sabía que la joven estaba sola en Londres, pero de ahí no había pasado. Los únicos que estaban enterados eran los sirvientes de la mansión, pero tenían estrictamente prohibido hablar del tema, ni dentro ni fuera de la casa. Y aunque a ellos no les pareciera correcto lo que su señor hacía, no tenían más remedio que acatar las órdenes dadas por él.

De pronto golpearon con premura la puerta de la biblioteca. Apareció el mayordomo con la frente perlada por el sudor, tal como le ocurría siempre que estaba nervioso.

—Milord, el conde de Tantridge está aquí.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—El por qué, no lo sé, pero está esperando en el recibidor.

Caron comenzó a correr sobre la alfombra. No sabía qué hacer. Toda determinación parecía haberla abandonada, ya que al único que temía era a su padre. Si la sorprendía allí, era capaz de matar a Ambrose.

—Tranquila, yo iré a hablar con él.

—Si viene por asuntos de negocios, estoy segura que querrá pasar a esta sala.

—Tienes razón.

—Boyer, ¡rápido! Procure un coche de alquiler, creo que su padre irá a verla al internado al salir de aquí.

—Sí, milord.

—Tendré que salir por la puerta de atrás, como si fuera... No importa. ¿Nos vemos mañana? —preguntó finalmente.

—Te enviaré una nota de ser posible.

—Está bien.

Ambrose se acercó a ella y le dio un beso rápido en la frente.

Caron salió a la carrera, olvidándose el sombrero sobre el sofá.

—¡Lord Tandridge! ¿Qué lo trae a mi humilde morada? —preguntó Ambrose con exagerada alegría.

—De humilde nada, Sttanford. Yo creo que su casa es una de las más caras de la avenida.

—Diga, ¿en qué puedo ser útil?

—Hace tiempo que no tengo noticias de usted. Las máquinas que le compré aún no llegan.

—Es verdad que hubo un retraso, pero usted sabe que yo respondo. Siempre lo hice y no dejaré de hacerlo.

—No necesito el dinero, Ambrose, ¡necesito las máquinas para la mina!

—Lo sé, lord Tandridge, pero no puedo hacer nada. No he tenido noticias de ultramar.

Colby, había comprado una mina en decadencia en Camborne, hacía un par de años, y ahora estaba empeñado en hacerla prosperar. Ambrose tenía una compañía de importaciones, porque según él el dinero a un conde no duraba para siempre, y compraba maquinarias en América y las vendía en Inglaterra.

—Una semana, Ambrose. De lo contrario me devolverá el dinero para comprar maquinaria usada aquí mismo.

Ambrose Athens extendió su mano, y luego de unos segundos, Colby se la estrechó.

—Me marchó, así podrá seguir en lo que estaba —dijo Colby, señalando el sombrero que estaba sobre el sofá.

—Esta mañana vino una amiga, y creo que se le quedó —repuso Ambrose, azorado.

—No se preocupe, usted es un hombre soltero y puede hacer lo que le venga en gana, siempre y cuando no dañe a ninguna mujer honrada.

—Le aseguro que no, milord.

Colby abandonó la biblioteca de la mansión, acompañado por el lacayo. Mientras, adentro, Ambrose cogía el sombrero de Caron y se lo llevaba hasta la nariz para olerlo. Menos mal que el conde no parecía ser de esos hombres que ponían atención a los atuendos de las mujeres, o de inmediato habría sabido que aquel sombrero pertenecía a su hija.

—Señorita Rawson, su padre la espera en la biblioteca —anunció una

de las mucamas de la escuela.

Caron, había llegado apenas quince minutos antes, y se había cambiado rápidamente el vestido elegante que traía más temprano, por el uniforme de la escuela. La señora era progresista, y por eso había implantado la norma de los uniformes para sus alumnas, y la prohibición de usar títulos para que no hubiera distinción entre las nobles y las burguesas. Total, cuando salieran de allí, tendrían tiempo de sobra para regresar a las viejas costumbres de la separación de clases.

—¿Cómo está mi segunda pelirroja favorita?

Capítulo 2

—¡Papá, qué sorpresa! ¿Por qué no me avisaste que venías?

—Fue una decisión un tanto precipitada, hija mía. Necesitaba hablar urgente con lord Sttanford.

—¡Ah!

Padre e hija se abrazaron. Colby la amaba y se preocupaba por ella como si tuviera su misma sangre. Él nunca hizo distinción entre sus seis hijos, y todos ellos lo adoraban.

—Cuéntame, cómo van las clases.

—Algunas son bien interesantes como las ciencias, pero las de cocina y bordado, son aburridas. La otra clase que me gusta es la de literatura. Adoro leer, descubrir el mundo a través de los libros es maravilloso. Espero algún día poder viajar para ver todo aquello que solo he visto escrito en las novelas.

—Mientras no quieras emular lo que lees en esos folletines románticos, está perfecto, mi vida.

—¡Oh, papá, no solo romance publican esos folletines, también suspenso!

—¿Lees historias de crímenes también?

—Por supuesto, las intrigas son bastante convincentes.

—Veo que estoy atrasado, o soy muy retrogrado, Yo leía cuando pensaba en tu madre.

—¡Qué romántico! ¿Y ahora lees?

—No tengo tiempo.

—¡Oh!

—¿Quieres tomar el té conmigo? —preguntó Caron al tiempo que tiraba del cordón para que acudiera alguna sirvienta.

—Solo uno, porque quiero tomar el tren de las seis.

—Bendito tren. Recuerdo todo el tiempo que tardábamos en llegar a Londres cuando éramos niños.

—En unas horas estaré en Devon, y de ahí a Camborne solo un par de horas en coche. A la medianoche ya estaré en casa.

—Te cuesta salir sin mamá, ¿verdad?

—La extraño cada minuto en que no estoy con ella.

—Espero llegar a tener un amor tan grande como el de ustedes dos.

—Si tienes paciencia y no eres una cabeza dura como yo lo fui en su

momento, estoy seguro que se presentará ante ti.

—Si es que no lo ha hecho ya —murmuró Caron entre dientes.

—¿Qué dices?

—Nada. Me preguntaba por qué se tarda tanto Mary.

—No te preocupes, hija. Mejor lo dejamos para otro día... ¿Irás este fin de semana a casa?

—Claro que sí.

—Tu madre te extraña.

—¡La vi hace apenas dos semanas!

—Para ella es un siglo.

—Yo también la extraño.

Colby se despidió de su hija y se marchó, pero antes se aseguró de entregarle algo de dinero. Caron no gastaba demasiado y siempre tenía ahorros, pero de igual forma se lo recibía porque él se ofendía con facilidad cuando se trataba de no querer recibir su ayuda.

Luego de que su padre abandonara la escuela, Caron se fue a la habitación que compartía con otras dos jóvenes, y al ver que ellas no estaban en ese momento, sacó de abajo de la almohada el nuevo libro que la tenía entusiasmada últimamente: Don Juan, basado en las andanzas de Juan Tenorio.

Si en casa supieran lo que leía, seguramente la enviarían enseguida a charlar con el ministro.

Se quedó dormida con el libro entre las manos, pero despertó abruptamente cuando alguien se lo quitó. Era una de sus compañeras de cuarto, Kate.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó la otra joven al tiempo que leía el título—. Don Juan, Anónimo. ¿Qué diría la señora Bottoms si te sorprende? Ella es una mujer bastante moderna pero no creo que tanto. Dudo que le guste que una de sus alumnas esté interesada en las andanzas de un libertino.

—Si no me acusas, te lo prestaré.

—No.

—¿No?

—Ya lo leí.

Ambas se miraron, y luego de un instante una sonrisa que se convirtió en carcajada se apoderó de sus rostros juveniles.

—De todas formas, te sugiero que lo escondas bien, Clarise y Abby son más mojigatas.

—No las trates así.

—¿Y no es verdad, acaso?

—Bueno. Sí.

—¡Casi me olvido! Vine a avisarte que la cena está lista.

—¿Y Mary? Hoy no la he visto.

—Creo que está enferma. La señora Bottoms me vio en el corredor, y me pidió que te avisara.

—¿Dónde están las otras chicas?

—En la sala de estudios... Mañana tendremos un picnic en el parque. ¿Vendrás?

—Claro que sí, Kate.

Inmediatamente Caron pensó en enviarle un mensaje a Ambrose. Él podría andar paseando en forma casual por el parque, y encontrarla a ella y a sus amigas. Sería perfecto. Nadie sospecharía que era un plan urdido por ella. Lo vería en un espacio abierto, y no tendría que estar preocupada por mentir para ir a verlo, al menos por un día.

Luego de cenar, se fueron un rato a la sala de música. Clarise se puso al piano, y una joven de otra habitación comenzó a cantar un tema popular que todas terminaron coreando.

A Caron le gustaba la escuela. Para ella no significaba ningún sacrificio tener que vivir lejos de casa, porque, aunque adoraba a sus padres y hermanos, vivir con ellos no era lo mismo que estar en Londres.

Por suerte sus padres le tenían plena confianza y no encontraban extraño que saliera sola con sus amigas. Phoebe no creía en las chaperonas, pues pensaba que si alguien quería salirse de protocolo lo haría con o sin guardia a su lado. Por otro lado, Colby era más quisquilloso, pero su mujer lo mantenía a raya, diciendo que Caron tenía que aprender a cuidarse sola, tal como ella lo había tenido que hacer por muchos años. Sin embargo, toda esa libertad de pensamiento llegaba solo hasta la posibilidad de un pretendiente, ya que para esto sí ambos padres estaban de acuerdo: debía ser alguien que ellos aprobaran, lo que significaba que en modo alguno estarían de acuerdo que su hija mayor aceptara a un posible enamorado que casi le doblaba la edad, y que para colmo, en su momento había intentado cortejar a Phoebe.

Caron tenía claro que cuando se enteraran de que ella y Ambrose estaban enamorados, su hogar se quemaría hasta los cimientos con más fuerza que el incendio de Troya. ¿Pero qué podía hacer si amaba a ese hombre? Para ella solo contaba su vida desde que lo conoció. Lo que hubiera hecho antes no formaba parte del futuro que quería construir con él.

Amaba a Ambrose, y no permitiría que nadie, ni siquiera sus adorados padres se interpusieran entre ellos.

Capítulo 3

Ambrose estaba sentado en su escritorio poniendo en orden unos documentos, cuando apareció Boyer con una bandeja trayendo un sobre de color hueso.

—Milord, un mensajero ha traído una carta, dijo que era urgente.

Ambrose tomó preocupado el sobre. Él no tenía parientes, ¿qué podría ser? ¿Caron? Se le hizo un nudo en el estómago pensando en que podía haberle ocurrido algo malo. Pero no, la urgencia era otra. Leyó atentamente:

“Esta tarde iré al parque con mis amigas. Te convendría ir a pasear un rato, ¿no crees?”

No tenía firma, mas, él conocía de sobra la caligrafía clara y cuidada de su amada. Y él, que había pensado en alguna catástrofe. Solo a Caron se le podía ocurrir darle calidad de urgencia a un mensaje como ese. Sin embargo, no pudo evitar sonreír. ¡Era tan adorable!

—¿Qué sucede, milord? ¿Algo grave?

—No, Boyer. No te preocupes.

—¿Necesita algo más, milord?

—No, Boyer —respondió distraído—. ¡Oh, sí! No voy a tomar la merienda en casa. El día está hermoso. Daré un paseo y comeré algo por ahí.

—¿Irás en coche, milord?

—Caminaré.

El mayordomo salió de la habitación con la intriga dibujada en el rostro, pero obviamente no se atrevió a preguntar a qué se debía el interés repentino por salir a caminar, algo que raramente hacía puesto que lo único que hacía era esperar la vista de lady Caron. Boyer pensó en que si tuviera un chelín de más apostararía a que el paseo estaba relacionado con la joven. Se sentía seguro de ganar si la apuesta fuera real.

Después de mirar la hora en su reloj de bolsillo, Ambrose comprendió que si no se daba prisa en revisar sus documentos no le quedaría tiempo suficiente para ir al parque al encuentro de Caron. Sin embargo, al poco rato regresó Boyer con otro mensaje.

“Lord Sttanford, se requiere urgente su presencia en el puerto. Sus

*máquinas ya están aquí, pero debe verlas porque no son las que usted pidió.
Saludos cordiales,
John Robson, Manager
Athens Machinery”*

John Robson era quien dirigía su oficina en el puerto. Mensualmente se reunía con él para contabilizar las ganancias y poner al día los pedidos, y como en esta ocasión, ponerse de acuerdo para reservar los problemas que se presentaban con más frecuencia de lo que le gustaba admitir. Sin embargo, el negocio era rentable, ya que en América se producía buena maquinaria para la industria, ya fuera agrícola, textil o minera. La importación de este tipo de productos era un nicho poco explotado, y Ambrose había sido un visionario al formar Athens Machinery hacía cinco años atrás. Debió invertir parte de su fortuna personal para comenzar sin pedir préstamos al banco, pero en dos años recuperó el dinero con saldo a favor. Así que el conde de Stanford, era un partido muy codiciado entre las mujeres de alcurnia, pero él no tenía ojos para nadie más que para Caron desde hacía dos años.

—¡Maldición!

—¿Qué sucede, milord? —preguntó Boyer preocupado.

—Cambio de planes. Ya no podré ir de paseo... Boyer, voy a necesitar que me haga un favor. —Ambrose tomó un pliego de papel y escribió una nota. Luego de sellarla con su blazón familiar, se la extendió al mayordomo —. Necesito que vaya rápidamente a la escuela de señoritas y le entregue este mensaje a lady Caron. No vaya caminando. Aunque está cerca, prefiero que tome un coche para asegurarme que la reciba lo más pronto posible.

—Sí, milord, voy enseguida.

—Llévele el sombrero que se le quedó ayer, por favor.

El mayordomo sabía perfectamente a cuál sombrero se refería milord, así que se limitó a asentir con la cabeza.

Después que el mayordomo se marchó, terminó de ordenar el escritorio, y también él salió a la calle para dirigirse al puerto.

Caron estaba ultimando los detalles con sus amigas, cuando llegó el mensaje. Toda la escuela participaba en el paseo: alrededor de veinticinco personas entre docentes y alumnas, y personal de servicio, pero Caron y sus amigas siempre intentaban formar grupo aparte ya que eran muy unidas.

Al ver el sombrero, Caron supo de inmediato de quién era la nota. Dejó de lado lo que estaba haciendo y abrió la esquila para leerla.

“Mi querida niña, me será imposible ir al parque esta tarde, pues un imprevisto con el cargamento que llegó hoy de América me reclama.

Como sé que mañana temprano viajas a Camborne, no nos veremos hasta la próxima semana.

Eres la luz de mis ojos, y me quedaré ciego al no poder verte.

Por favor, extráñame tú también.

Ambrose”

Caron se dejó caer pesadamente sobre su cama.

—¿Qué sucede? ¿Alguna mala noticia? —preguntó Kate con su perspicacia de siempre.

—Nada. Es decir, yo esperaba...

—Ver a alguien, ¿verdad?

—Caron, ¿por qué ese hombre te trajo un sombrero? —preguntó Clarise, quien era la más curiosa de todas.

—Lo dejó olvidado ayer donde la amiga de su madre —respondió Kate, restando importancia al asunto.

—Bueno, ¿están listas o no? —preguntó Abby, quien parecía estar siempre alegre.

—Me acaba de dar una jaqueca —dijo Caron, tocándose la cabeza.

—Nada de jaquecas —murmuró Kate—, vamos que tendrás que contarme todo.

—Como puede ver, lord Sttanford, la bomba de agua no es la misma que ordenamos, pero en la carta que viene de la fábrica americana dice que presta el mismo servicio que la otra. Esta es más pequeña, pero con la misma potencia. Las otras herramientas sí son las mismas del catálogo. ¿Qué opina, milord?

—¿Dice algo más esa carta?

—Que la pruebe, y que si no está conforme la puede enviar de vuelta y ellos regresarán el dinero.

—Pero no soy yo quien debe probarla. Lord Tandridge me vino a ver

ayer, preguntando por qué no llegaba el barco. ¿Cómo voy y le digo que enviaron algo diferente a lo que compró?

—Creo que hay solo una solución, milord: llevar la máquina hasta Camborne, y hacer que la pruebe en su mina. El barco no zarpa hasta la próxima semana de regreso, por lo que hay tiempo. Si quiere voy yo mismo a entregarla a lord Tandridge.

De pronto una luz se encendió dentro del cerebro de Ambrose.

—No hace falta, John. Yo mismo la llevaré. Si salgo hoy mismo, puedo llegar allá mañana. No son artículos tan grandes, así que puedo llevarlos en el vagón de carga del tren.

—¿Está seguro, lord Sttanford?

—Completamente, señor Robson. Completamente. Iré en persona a resolver este asunto.

Capítulo 4

Como siempre que llegaba Caron a casa, se armaba un alboroto digno de una fiesta. A pesar de que la veían bastante seguido, sus hermanos la extrañaban porque era la única que solía contarles cuentos antes de ir a dormir, y cuando la lluvia no les permitía ir a pasear por la playa, costumbre a la que Colby y Phoebe nunca renunciaron.

—¡Qué nos trajiste! —gritaron los cuatro a coro.

—No tuve tiempo de comprar nada mis amores, pero la próxima vez llegaré con las manos llenas.

—¿Lo prometes?

—¿Cuándo no he cumplido una promesa?

Los tres niños la abrazaron efusivamente, y ella les correspondió de la misma forma. Jane tenía casi doce años, Carol tenía diez años, y Albert contaba con apenas siete años. Sin embargo, Jane se comportaba igual que su hermano menor a la hora de querer conseguir algo de Caron.

De pronto apareció Phoebe. Las canas ya comenzaban a teñir sus sienes con rayos plateados que destacaban entre su cabello rojizo, pero seguía siendo hermosa y teniendo ese porte altivo que la distinguía entre otras mujeres. Caron siempre solía observarla con un dejo de envidia porque creía que nunca sería tan hermosa como su madre, y cuando se lo comentaba, Phoebe le respondía que era porque no sabía mirarse como en realidad era.

—¡Cómo te extrañé, mi querida hija! —saludó madre a hija, intentando cogerla entre sus brazos como cuando era pequeña.

—Yo también, mamá, pero no hace tanto que nos vimos.

—Lo sé, Caron, pero para mí siempre será una eternidad.

—¿Y qué harías si me caso, y me voy a vivir al otro lado del mundo?

—No hablas en serio, ¿verdad? —Phoebe palideció, y se llevó una mano al pecho.

—¡Oh, mamá, solo es una broma!

—Sabes que estoy de acuerdo con tui independencia, pero...

—... Siempre que no sea muy lejos —terminó Caron la oración.

—¿Sabes? Tate debe estar por llegar también. Vienen a pasar el fin de semana.

—¿Con Alice y los niños?

—Por supuesto.

—¿Y papá?

—En la mina. Parece que la ama más que a mí.

—No seas injusta mamá. Prácticamente abandonó Tandridge por nosotros. Esta casa por más bella que sea, no es su mansión.

—No seas injusta, tú. Colby es muy feliz en esta casa. Nos demoramos bastante en reconstruirla después del incendio, pero quedó más hermosa que antes. Además, tiene su propio bosque, y su propio arroyo.

—Sí, pero no está cerca de la mina. Está más cerca de Portreath.

—Te lo repito: tu padre es muy feliz aquí.

—Imagino que tú lo sabrás mejor que nadie.

Phoebe se sonrojó. Su hija era demasiado audaz en ocasiones.

—¿Dylan vendrá? —preguntó Caron a continuación al ver el bochorno de su madre—. No entiendo por qué prefiere vivir en Portreath y no acá si es tan cerca.

—Dylan es un libro cerrado.

—¿Y la escuela? Tu padre me dijo que te va muy bien.

Caron miró a su madre a los ojos. Cómo hubiera deseado ser sincera con ella y contarle todo lo que le estaba ocurriendo desde hacía dos años, pero no era posible, ella nunca la comprendería. Lo que más ansiaba era tener a alguien en quien confiar. Ni siquiera había sido capaz de sincerarse con Kate el día anterior. Su amiga estaba muy interesada en saber qué le ocurría; de quién era el mensaje; el porqué de su cambio de humor tan repentino. Caron la quería, a ella y a las otras dos, pero no se arriesgaría a contar algo tan íntimo. Ahora, su madre quería saber cómo le iba en Londres, pero ¿qué le podía decir afuera de lo ordinariamente común que sucedía en la escuela?

—Todo bien, mamá. Kate, Clarise y Abby, te envían saludos.

—Sabes que puedes invitarlas cuando quieras. Tenemos habitaciones suficientes.

—Quizás en vacaciones, mamá.

—Imagino que saben montar a caballo, para que paseen por el acantilado.

—Solo Abby no sabe, pero estaría feliz preparando pasteles contigo en la cocina.

A pesar de no tener necesidad, Phoebe no había perdido la costumbre de preparar pasteles en ocasiones especiales.

—Yo, encantada.

—Lo organizaremos entonces.

—De acuerdo.

Después de la merienda. Caron subió a su habitación. A Phoebe le hizo algo de ruido la actitud de su hija. Desde hacía tiempo que la venía notando extraña. Tenía algo diferente y no acertaba a adivinar de qué se trataría. ¿Sería que en la escuela no lo estaba pasando tan bien como decía, y que su espíritu independiente no la dejaba confesar la verdad? Lo hablaría con Colby, tal vez él tendría alguna idea de qué le ocurría a su hija... ¿O estaría enamorada? ¡Cómo, si era tan joven!

Esta última idea quedó plantada en su cabeza como una mala hierba. Sería muy difícil que la pudiera desterrar, porque las raíces de las malas ideas siempre son demasiado profundas. Con mayor razón tenía que hablar del tema a Colby.

Pensando en todas las posibilidades, dio orden a los niños que no molestaran a su hermana mayor. Ya tendrían tiempo de sobra el fin de semana para ir de paseo. Y si las cosas eran como ella pensaba, sería un tiempo bastante prolongado.

La cena transcurrió entre comida abundante y las risas de los niños, ya que en la mesa de los Rawson se sentaban todos juntos a desayunar y a desayunar. Poco rato antes había llegado Tate con Alice, su esposa, y sus dos pequeños: Marcus y Oliver. Sin embargo, Phoebe y Colby no dejaban de observar a su hija mayor para ver si adivinaban qué le ocurría, puesto que el conde alertado por su esposa de sus sospechas, también se sentía inquieto.

—¿Qué les parece si mañana hacemos un picnic en la playa para recordar viejos tiempos? —propuso Caron—. No sé por qué, pero me siento nostálgica.

—¿No será porque dentro de dos meses cumplirás dieciocho, y ya te estás sintiendo vieja? —bromeó Tate.

—¡Oh, hasta yo me había olvidado de mi propio cumpleaños!

—Nosotros no —dijo Colby.

—Imagino que lo celebraremos en Londres —repuso Tate.

—No —intervino Phoebe—. Hemos pensado que quizás este sea el último año que tengamos ingerencia sobre cómo festejar a nuestra hija mayor, y por eso hemos decidido que la fiesta sea en casa, en esta casa.

Cariño, puedes invitar a tus amigas de la escuela, y a quien desees.

—¿A quién yo quiera?

—Sí —respondió Phoebe, temiendo lo que eso podría significar.

—Gracias, mamá. Gracias, papá.

Esa noche, Caron se fue a la cama, pensando en que su cumpleaños sería la mejor ocasión para hablarle a sus padres de Ambrose, y qué mejor que invitarlo para que aprovechara de pedirla en matrimonio.

Capítulo 5

Ese día era sábado, y el aire estaba fresco y el cielo nublado. Pero de todas formas salieron de paseo, asegurándose de llevar abrigos, chales y sombreros. Estaban dispuestos a que el clima no les echara a perder el paseo. Como fueron en el coche grande, ante la primera amenaza de lluvia, solo tenían que correr hasta el borde del acantilado y regresar a casa.

A pesar de la amenaza de empeorar, el día estuvo delicioso. Los adultos no dejaron que los niños anduvieran descalzos para evitar que el agua fría en sus pies, pero de todas formas ellos se las arreglaron para jugar toda la mañana.

—Mamá, ¿recuerdas cuando vivíamos tan cerca de acá? —preguntó Caron con nostalgia. Los niños corrían por la playa, y los mayores estaban sentados sobre las mantas.

—¿Y recuerdas cuando saqué a Bob sin permiso y me caí por el acantilado? —Tate también parecía contagiado por la nostalgia.

—Nunca me contaste eso —intervino Alice, interesada.

—Casi me morí de angustia —repuso Phoebe—. Los chicos habían quedado al cuidado de mi padre, y como él no se podía desplazar a gusto, a veces este niño hacía de las suyas.

—Pero papá me salvó.

Colby estiró su mano hacia Tate y le revolvió el cabello como cuando era niño.

—Estoy tan feliz de pertenecer a esta familia —repuso Alice con tristeza—. Mis padres nunca han sido así, ni siquiera entre ellos son cariñosos.

—Pero no te creas que siempre ha sido así —intervino Caron para relajar el ambiente melancólico—. Mamá y papá prácticamente se odiaban. El abuelo, Dylan y yo éramos los únicos que queríamos verlos juntos. Claro que después del incidente con Bob, Tate también se nos unió. Tuvieron que pasar muchas cosas y mal entendidos para que ellos se dieran cuenta que solo podían ser felices juntos... El abuelo estaría feliz de ver la familia que conformamos ahora.

—A veces extraño tanto a mi padre —dijo Phoebe con tristeza.

—Pero el viejo Jowan lo pasó bien en sus últimos años de vida —repuso Colby con los ojos húmedos por la emoción.

—Creo que nos pusimos demasiado tristes, papá. Al abuelo no le gustaría vernos así.

Luego de esto Tate invitó a Alice a dar un paseo. Ellos no tenían oportunidad de ir muy seguido a la casa paterna, ya que su trabajo como ingeniero lo llevaba a distintos lugares. Ellos como familia se negaban a estar separados y por lo tanto aún no tenían casa propia. Sin embargo, eran felices así, como gitanos según Alice, pero en modo alguno vivían mal ya que Tate era muy bien pagado.

El paseo se prolongó más de lo esperado, y el sol comenzaba a bajar cuando decidieron subir al acantilado para marcharse a casa.

Se volvieron a poner los abrigos, los sombreros y enfundarse los guantes, ya que a medida que el sol continuaba su descenso, el aire se volvía más frío. Una chimenea encendida los esperaba en casa, y una sopa caliente como parte de la cena, así que no importaba mucho pasar un poco de frío.

Cuando el carruaje entró por el camino de árboles hasta la casa, lo primero que les llamó la atención fue un carromato estacionado a un costado. De inmediato se comenzaron todos a preguntar de quién se trataría, y al bajar Colby del coche, Parsons vino de inmediato a su encuentro para explicarle la situación.

—Milord, lord Sttanford está aquí. Llegó hace unos minutos. Dice que trae sus herramientas y máquinas.

—¿Y por qué vino él?

—No lo dijo, milord.

—Está bien, Parsons.

Colby entró de inmediato en la casa. Ambrose estaba en el salón familiar, junto al fuego. Se veía cansado, pero se puso de pie inmediatamente en cuanto vio entrar al conde de Tandridge.

—Sea bienvenido, lord Sttanford, pero me sorprende verlo aquí.

—Necesitaba venir en persona, lord Tandridge —repuso Ambrose al tiempo que le estrechaba la mano al otro hombre—. El jueves llegó el barco, pero al descargar la mercancía, el señor Robson se encontró con la novedad de que enciaron una bomba de agua diferente.

—No entiendo.

—La verdad es que no dan mucha explicación. —Ambrose sacó la carta de un bolsillo y se la extendió a Colby—. Mejor lea usted mismo.

Luego de unos minutos, Colby bajó el papel y miró a Ambrose.

—¿Usted pretende que pruebe ahora mismo la bomba? Yo pedí una a vapor, y me envían una que usa aceite.

—Sí. Esta es más moderna según dicen. Si la pudiera probar mañana, me la llevaría de inmediato si es que no le gusta, lord Tandridge.

—Tiene razón, pero tendré que ir a sacar a varios hombres de la iglesia mañana temprano.

—Dios entenderá, ¿no?

—Solo espero que mi mujer entienda la urgencia... Vamos, una cena caliente nos espera.

Cuando Colby pasó al comedor con Ambrose, ya todos esperaban alrededor de la mesa, menos los más pequeños: Marcus y Oliver, los dos hijos de Tate, y Albert, el pequeño vizconde; el cansancio y el sueño los había vencido.

—Familia —anunció Colby—. Tenemos un invitado inesperado a nuestra mesa, sin embargo, igual es una grata sorpresa.

Colby se hizo a un lado, y por detrás se asomó lord Sttanford.

Todos sonrieron, menos Caron que se sonrojó hasta la raíz. La única que percibió este cambio en la joven fue Alice, quien estiró la mano y se la apretó, como indicándole que no se pusiera en evidencia.

Por su parte, Ambrose se tuvo que controlar para no aproximarse a Caron. Estaba tan bella con ese arrebol en las mejillas, y su cabello algo despeinado.

Pasado el impacto inicial, Caron saludó con gentileza al invitado igual que todos los demás.

Ambrose agradeció haber sido sentado lejos de su amada, así era más fácil mirarla sin que los demás notaran su especial interés por ella.

Después de la cena, los hombres se retiraron a otro salón para beber algún licor y hablar de actualidad y negocios.

Las mujeres se quedaron en el comedor tomando un té, hasta que Carol y Jane le pidieron a Phoebe que las llevara a la cama.

En cuanto Phoebe desapareció en lo alto de la escalera, Alice se sentó junto a Caron y le cogió una mano.

—¿Qué sucede entre lord Sttanford y tú?

Capítulo 6

—No te entiendo, Alice. —Caron puso todo su esfuerzo en ocultar la sorpresa por la pregunta.

—No sé para los demás, pero a mí no se me pasó por alto las miradas entre ustedes.

—Quizás lo miré tanto porque encuentro muy atractivo a lord Sttanford, pero eso es todo.

—¿Estás segura?

—Sí. Puede ser que él correspondiera a una que otra mirada mía, pero nada más.

—No quiero que sufras, Caron. Tú sabes la reputación que tiene ese hombre.

—Por eso mismo. A lord Sttanford le gustan otro tipo de mujeres, así que no tienes motivos para estar preocupada, Alice. Ahora, si me permites... Estoy bastante cansada.

Dicho esto, Caron se levantó de la mesa y se fue a su habitación, disimulando la indignación que sentía en ese momento, y que no era poca.

Ella quería mucho a su cuñada, y adoraba a sus sobrinos, pero no le cabía en la cabeza que Alice tuviera la audacia de hablarle de un modo que ni su propia madre hacía. Estaba tan ofuscada que ni siquiera fue a darles el beso de buenas noches a sus hermanos, cosa que hacía siempre, aunque ellos estuvieran durmiendo.

Cuando entro a la habitación, lo primero que hizo fue deslizarse sobre el lecho. ¿Por qué siempre había gente con ganas de amargar la dicha de los otros? Alice no tenía idea de nada, pero aun así le molestaba su actitud, porque si sus padres la escuchaban, podría ser que le hicieran caso y las cosas se iban a complicar irremediablemente. ¿Y si planeaba la forma de que ellos no se pudieran negar a entregarla a Ambrose? ¿No sería mejor adelantarse a los acontecimientos? Sí. Alice no se iba a quedar conforme con la respuesta que le había dado. La estaría vigilando todo el domingo, y ella que había decidido permanecer en Cornualles todo el tiempo que Ambrose se quedara. Solo había una forma de anticiparse a lo que inevitablemente ocurriría más temprano que tarde.

Se levantó rápido de la cama y salió al corredor para ver la hora en el reloj de pared que estaba junto a la escalera. Faltaba poco para las nueve. Era

muy temprano aún. Tendría que hacer hora y esperar que todos se hubieran retirado a dormir. No podía correr el peligro de ser descubierta.

Caron comenzó a quitarse la ropa con lentitud mientras pensaba cómo convencería a Ambrose de que esa era la mejor opción. Por suerte estaba sola, ya que cuando se mudaron a Woodhurst House, Phoebe decidió prescindir de las doncellas personales, solo conservaba a Doris por los pequeños, y el enorme personal de Tandridge se vio reducido a una cocinera, dos mucamas, una doncella y por supuesto al querido mayordomo Parsons. Aun así, Phoebe consideraba que eran muchas personas en su hogar.

Cuando estuvo desnuda, buscó un camisón blanco de algodón y encajes. Era bastante virginal pero hermoso y a ella le encantaba. Luego roció perfume a su alrededor, y se aplicó polvos también perfumados en las axilas y otros lugares que pensaba podrían sudar. Finalmente cepilló su cabello con delicadeza y dedicación. Le hubiera encantado poder pedirle a su madre que lo hiciera, pero si quería ser una mujer independiente tenía que comportarse como tal.

Su madre estaría decepcionada. Siempre le decía que tener un marido no debería estar en lo alto de la lista de sus prioridades, pero ella, Caron, era una joven romántica y soñadora. Lo que más anhelaba en la vida era tener a su lado un hombre que la amara y que compartiera sus mismos sueños, sus mismas inquietudes, sus mismos pesares. Quería que fuera su otra mitad en todo el sentido de la palabra. Sabía que ese hombre era Ambrose y nadie más.

Después de terminar de convencerse de que hacía lo correcto, aspiró profundo y salió descalza de la habitación.

Antes de tomar el rumbo que ya tenía elegido, fue a mirar nuevamente el reloj: las once de la noche. Después regresó sus pasos y caminó por el corredor hasta el final, a las dependencias destinadas a los invitados.

Ambrose estaba intentando conciliar el sueño. Nunca había estado tan cerca de Caron. Solo unas puertas más allá, y podría verla si quisiera, pero sería una acción demasiado arriesgada. Él no perdería mucho si era descubierto, tan solo un cliente, pero ella no solo perdería la confianza y el respeto de su familia, sino que ante los ojos de los demás estará mancillada de por vida. No. No podía hacerle eso, sobre todo porque la amaba y no

quería causarle daño.

El conde de Sttanford, se dio la enésima vuelta en la cama con los ojos cerrados, concentrando su mente en el esquivo sueño. Estaba tan empeñado en conseguir su objetivo, que ni siquiera escuchó cuando la puerta de la habitación se abrió. Apenas sí percibió que un cuerpo cálido se deslizó a su lado.

Al principio creyó que era un sueño, pero cuando unas manos curiosas se posaron en su espalda y después rodearon su cintura, comprendió que era la realidad.

—¿Qué...? —dejó la pregunta sin formular, porque una mano suave se estiró hacia su rostro y cubrió su boca.

—Silencio, soy yo —susurró Caron.

—¿Caron? ¿Qué haces aquí?

—¿Qué crees tú? He venido a dormir contigo.

Capítulo 7

—¿Qué dices?

—Habla bajo, por favor.

Ambrose quiso incorporarse para encender la lámpara.

—¡No enciendas la lámpara!

—Es que no entiendo por qué estás aquí.

—Pienso que es la única forma que podamos estar juntos. Que suceda algo entre nosotros. No podrán impedirlo si se enteran de que tuvimos algo.

—No tendremos algo, Caron. Así no se hacen las cosas.

—No entiendes. Esta noche, Alice me preguntó si ocurría algo entre tú y yo. Dijo que para ella es evidente que nos gustamos.

—¿Qué respondiste?

—Con evasivas, pero ¿cuánto tardará en comentarlo con Tate, o mamá?

—¿Y piensas que esta es la forma de solucionarlo?

—Sí. Hay que adelantarse a los hechos. Yo te amo, Ambrose, y si tus sentimientos son tan profundos y verdaderos como los míos, debemos estar juntos. ¿O te parezco demasiado infantil? ¿Mi cuerpo no te entusiasma?

—Amor mío, no digas eso. No sabes lo difícil que es contenerme en estos momentos.

—Tómame, entonces. Hazme tuya.

—No, cariño. No es la forma. Te amo más que a mi vida, pero no quiero que tengamos una boda precipitada. En dos meses más cumplirás los dieciocho, y podrás decidir por tu cuenta.

Disgustada, Caron salió del lecho de Ambrose.

—¿No me darás un beso al menos?

Después de dudarle, y aún indeciso, Ambrose se incorporó del lecho y se paró frente a Caron.

La habitación estaba a oscuras, pero su oído sensibilizado por la falta de luz, le transmitió claramente el golpeteo del corazón de la joven y la respiración entrecortada, cuando se aproximó hasta quedar casi pegado a ella.

Ambrose estiró ambos brazos para rodear el cuerpo amado, pero siempre con el temor de no poder retirarse después de un beso. Sin embargo, decidió correr el riesgo, y que Dios lo ayudara a no ir más allá de un beso.

Inclinó la cabeza y tomó con suavidad los labios de Caron, pero lo que debía ser un beso casto como los que siempre se habían dado: breves; con

temor; o apenas un toque de sus bocas, se convirtió rápidamente en un amago de incendio. En vez de mantener la distancia que requería el recato de un beso entre una doncella y un hombre respetable, los cuerpos se adhirieron en una sola llamarada que amenazaba con consumirlos a los dos, envueltos en el mismo abrazo. De pronto las manos de Ambrose no querían quedarse inmóviles, necesitaban recorrer ese femenino cuerpo con el que soñaba casi todas las noches. Y Caron sentía con claridad la masculinidad de él haciendo presión contra su cuerpo. Ella no era ninguna mojigata. Había leído lo suficiente como para saber de qué se trataba, y en vez de sentir temor o vergüenza, solo pensaba en cómo se sentiría aquella dureza dentro de ella.

El beso terminó bruscamente. Ambrose la apartó de pronto, casi con enojo, ya que era la culpable por haber irrumpido en su habitación de ese modo y con semejante propuesta. Sin embargo, él tampoco se había sabido controlar.

—Caron, por favor vete. No respondo de lo que pueda suceder si continúas aquí un segundo más.

—¡Eso es lo que quiero! —rogó ella, aproximándose nuevamente.

—No, Caron. Ya te dije que no haremos las cosas así. Tus padres. Tu familia no se lo merece. Esto es serio, no actúes como si fuera un capricho.

Ella no respondió, como si estuviera sopesando las palabras de él.

—Tienes razón, cariño. A veces me dejo llevar por mi impetuosidad... Al menos descubrí que somos compatibles.

Ambrose sonrió. Solo ella sabía encontrar el aspecto positivo de cualquier situación.

—Mi amor es más grande que todos los océanos juntos —declaró él, al tiempo que le tomaba ambas manos para depositar unos suaves besos en ellas.

—El mío es más grande que todo el cielo que vemos, y el que no logramos ver... Esperaré tranquila hasta que pase mi cumpleaños.

—Así me gusta. Ahora, regresa a tu cama.

Caron se empujó en punta de pies y le dio un beso rápido en la mejilla antes de salir de la habitación.

Ya de regreso en su cama, y satisfecha de que nadie se hubiera dado cuenta de su escapada, rió feliz recordando aquel beso, el primero que Ambrose le daba con pasión. Lord Sttanford sería un amante excepcional, mejor que el de los folletines baratos, que su padre pensaba que solo tenían escenas románticas. Cualquier lucha que tuviera que enfrentar, valdría la pena

por un amor como ese.

Cuando se durmió, todavía tenía una sonrisa en los labios, y el nuevo amanecer la sorprendió abrazada a una almohada.

El día que siguió era domingo, y los niños vinieron temprano a sacarla de la cama, ya que todos los domingos asistían al servicio, y sobre todo ahora porque Phoebe necesitaba dar gracias por tener a toda su familia, o casi toda, reunida en casa. Así que el plan era que irían todos a la iglesia, y luego Colby podría llevarse a sus trabajadores a la mina, puesto que ella no había permitido por ningún motivo que los sacara en medio del sermón.

Ya estaban todos en la mesa, cuando Caron hizo su aparición. Saludó a todos con entusiasmo, pero al ser el turno de Ambrose, le dirigió una fría cortesía ya que percibió la mirada atenta de Alice hacia ellos dos. Y aunque les costó, ninguno de los dos se miró durante todo el tiempo que duró el desayuno.

Cuando estuvieron todos bien abrigados porque hacía bastante frío, salieron en dos carruajes: las mujeres y los niños, acompañados por Doris, irían en el carruaje grande, entretanto Colby, Tate y Ambrose, irían en uno más pequeño.

Después del servicio, Phoebe se quedó a charlar un momento con el ministro Carlson que ya estaba tan viejo, que necesitaba ayuda para moverse, pero se negaba a abandonar su iglesia pues aún tenía la mente lúcida y el don de la palabra para sermonear a sus feligreses.

Esperando que Phoebe terminara de hablar con el señor Carlson, Caron, Alice y Doris observaban a los niños correr por el jardín, alrededor de la pequeña fuente que había enfrente de la iglesia. Y como Colby se dispuso a reunir a sus hombres y explicarles de qué se trataba el asunto, Ambrose no encontró nada mejor que aproximarse al pequeño grupo de las mujeres. Eran tres así que no sería motivo de sospechas para nadie.

La vista de Colby iba de Phoebe a los niños jugando, y a las mujeres

charlando, mientras explicaba a los trabajadores qué requería de ellos. Le preocupaba que su mujer no se diera cuenta de que pronto llovería. Se veía tan a gusto con el viejo ministro, que seguro tendría para media hora más. Movi6 la cabeza, resignado. De pronto algo llam6 su atenci6n: lord Sttanford acerc6ndose a las mujeres y charlando a gusto. Pero eso no fue todo: Caron charlaba y gesticulaba con las manos y reía. Sin embargo, algo extraño sucedía en la escena que estaba contemplando: ¿qué sería? Como un balde de agua fría le vino el recuerdo a su cabeza.

Sin decir palabra dej6 a los hombres, y de cuatro zancadas estuvo junto al grupo. Sin anunciar las intenciones que llevaba, solo el rostro furibundo del que solo Alice alcanz6 a percatarse, el conde de Tandridge tir6 del abrigo del conde de Sttanford para que se diera la vuelta. En cuanto logr6 su objetivo, le asest6 un feroz puñetazo en la barbilla, derrib6ndolo al suelo.

Capítulo 8

Las mujeres miraron espantadas a Colby. Phoebe corrió a ver qué sucedía. Mientras tanto, Ambrose aún en el suelo, miraba confundido sin explicarse qué estaba pasando.

—¿Qué sucede? ¿Por qué lo golpeaste?

—Él sabe bien por qué. Vamos a la casa. ¡De inmediato! Y que este mequetrefe también venga.

—¿Y la mina?

—Es lo que menos me importa por ahora.

Caron casi se cae de la impresión. Su padre ya lo sabía. Miró a Alice con ojos acusadores, pero esta le respondió con un movimiento de cabeza. Si Alice no había sido, entonces ¿cómo se enteró? No valía la pena estar elucubrando, total en poco rato su padre hablaría. Él no tenía por costumbre guardarse las cosas cuando estaba molesto, así que... Solo restaba esperar.

Colby se llevó en el coche pequeño a Caron, y a Phoebe. Ellas solo lo observaban sin atreverse a formular preguntas por miedo a las respuestas. Había subido a Ambrose en el coche grande, advirtiéndole a Tate que no lo dejara descender hasta que él mismo lo bajara en casa.

Esa hora que tardaron en llegar a Woodhurst, le pareció interminable a Caron. No cesaba de apretar su bolso de mano, y Phoebe la miraba como queriendo indagar, pero no se atrevía. Tal vez sospechaba que la respuesta que le diera su hija no le iba a gustar.

Cuando por fin el coche se detuvo frente a la mansión, Colby se bajó a la carrera, y ordenó a Parsons que en cuanto llegara el otro carruaje, condujera a lord Sttanford a la biblioteca. Enseguida repitió la misma orden para su esposa y su hija.

Phoebe quería preguntar. Necesitaba saber qué estaba ocurriendo, pero al mirar el rostro de su esposo, la curiosidad desaparecía por completo.

Colby escanció un poco de escocés en un vaso tallado, y con el cristal en la mano comenzó a pasearse por la habitación. Él se había dado demasiada prisa, o el otro carruaje se estaba tardando más de la cuenta, se preguntaba.

De vez en cuando miraba de soslayo a su hija. Seguramente la pobre estaba siendo seducida y ella ni siquiera se había dado cuenta. Ya se las arreglaría él con ese cretino... De pronto se oyó el barullo de los niños bajando del coche. ¡Por fin!

A los pocos minutos, apareció Ambrose precedido por Parsons.

Cuando Caron vio la herida en el labio de su amado, su primer reflejo fue correr a él y asegurarse de que estaba bien. Pero aun sabiendo de qué se trataba la reunión, no se atrevió.

—¿Ahora sí puedes explicar qué ocurre, por Dios bendito? —preguntó Phoebe contrariada.

—Que este rufián ha estado embaucando a nuestra hija.

—¡¿Cómo?!

—Ese día que estuve en su casa, había un sombrero de mujer olvidado sobre un sofá, y ¡era ese! —Colby apuntó a la cabeza de Caron.

—Quizás es uno igual —la defendió Phoebe.

—No, querida. Recuerda que cuando fuimos a Francia, se lo hicieron especialmente a ella con sus colores favoritos.

Al recordar, Phoebe comprendió por fin. Su pequeña. ¿Cómo era posible? Se dejó caer en una silla, impresionada. Luego se levantó de prisa y estalló en furia contra Ambrose.

—¡¿Cómo pudo?! Confiamos en usted, lord Sttanford. ¡Siempre le hemos abierto las puertas de nuestra casa, y mi esposo ha hecho muchos negocios con usted! ¡¿Hasta dónde se ha atrevido a llegar con mi pequeña?!

—Mamá...

—No te preocupes, hija mía. No va a continuar molestándote.

—Mamá...

—¡¿Es qué no le da vergüenza?! ¡¿No tiene escrúpulos?!

—¡Mamá!

Phoebe se quedó en silencio al escuchar el grito de su hija.

—Mamá. Papá. Ambrose y yo estamos enamorados.

—¡¿Qué?! —Esta vez fue el turno de Colby.

—Estamos enamorados desde hace dos años. Estábamos esperando a mi cumpleaños para dar la noticia. Queremos casarnos.

—¡Imposible! —exclamaron padre y madre a la vez.

—Disculpen, pero seré mayor de edad en dos meses más.

—¡Lo prohíbo! —gritó Colby.

—¡Y yo también!

Caron guardaba en silencio. De pronto toda su locuacidad se había esfumado.

Phoebe miraba los grabados de la alfombra.

Colby continuaba con su paseo, sin capaz de detenerse.

—¿Y usted? ¿No tiene nada qué decir? —espetó con furia, hacia Ambrose.

—Nada, milord. Solo que me enamoré de su hija, el día de su cumpleaños número quince, cuando la vi en lo alto de la escalera en esta misma casa.

—¿Qué?! —Phoebe no dio crédito a sus oídos.

—Te lo dije antes, mamá. Estamos enamorados hace tiempo.

—¿Desde entonces han tenido esta relación clandestina? —preguntó Colby, apretando los puños.

—No, milord. Comenzamos a tratarnos recién cuando Caron se fue a Londres. —Ambrose se sentía como un gusano puesto debajo de una lupa.

—¿Hasta dónde han llegado?

—A ninguna parte, papá. Ambrose insiste en esperar.

Colby levantó la mano para abofetear a su hija.

—¿Colby! —Phoebe detuvo la mano de su esposo, levantando las dos suyas—. No lo hagas.

Lord Tandridge, dio la media vuelta y abandonó la habitación.

—Ya continuaremos hablando de esto, pero por ahora los quiero bien lejos el uno del otro —advirtió Phoebe antes de salir detrás de su esposo.

—¿Y ahora? —preguntó Caron cuando su madre salió de la biblioteca.

—Solo nos queda esperar su veredicto.

—¿Veredicto?

Caron se fue a sentar lejos de su amado. Jamás pensó que, por amar, la iban a tratar como una criminal. En ese momento sintió odio hacia sus padres. Estaba más allá de su entendimiento la actitud de ellos. ¿Qué pretendía su madre? ¿Que encontrara al amor de su vida cuando fuera una mujer mayor? ¿Pretendía traspasarle sus propias vivencias? ¿Y su padre? ¿Creía que podría tenerla dentro de una jaula para siempre, como las bailarinas de las cajas de música que se mueven solo si las abres? Eran tremendamente egoístas. No los odiaba. Los amaba, pero no permitiría que la mantuvieran lejos de Ambrose, y rogaba al cielo porque no fuera él quien quisiera alejarse. Era muy capaz de sacrificar su amor con tal de que ella no sufriera a manos de su familia. Si él llegaba tomar una decisión como esa, lo odiaría. Un hombre que no sabe

luchar por lo que quiere no vale la pena.

Capítulo 9

Ya estaban todos, menos los niños, sentados a la mesa del desayuno, cuando Caron bajó.

Se encontró con la sorpresa de que Dylan había llegado la noche anterior, y a juzgar por su mirada, ya sabía lo que estaba ocurriendo. Seguramente Tate y Alice lo habían puesto al tanto de todo. Dylan sería otro más en la fila para juzgarla.

Después de tomar su té con leche, Caron se puso de pie y se dirigió a sus padres.

—Creo que ya debería marcharme. La señora Bottoms estará molesta porque falté hoy a clases.

—No —repuso Colby—. Le envié un telegrama temprano avisando que no irás más a la escuela. Por lo menos no a esa.

—¿Qué hiciste qué?! —exclamó colérica—. ¿Con qué derecho?!

—Con el que me da ser tu padre. Nos trasladaremos todos a Londres, y buscaremos otra escuela.

—¿Por qué? No entiendo. ¿Cambiarán toda su vida por mí?

—Yo prometí que no te educaría para que tu único fin en la vida fuera conseguir un esposo —dijo Phoebe, interviniendo por vez primera en la discusión—. Y como que hay un Dios que pienso cumplir.

—Mamá, estamos en el siglo diecinueve, y creo que soy bastante capaz de elegir lo que deseo para mi vida.

—Eres muy joven. Lord Sttanford casi te dobla en edad. ¿No es así, lord Sttanford?

—Sí, milady —respondió el aludido.

—Eso no me importa, somos almas gemelas.

—¿Almas gemelas? —se burló Colby—. ¿Una joven tan voluntariosa y con tanta personalidad es alma gemela de un hombre que no es capaz de defenderse por sí mismo?

—Él no se defiende para no complicar más la situación, papá. Por favor, no confundas respeto con falta de carácter.

—Si tú lo dices.

—Si no puedo ir a la escuela, creo que subiré a mi habitación.

Ya estaba con una mano en el pomo de la puerta para abrirla cuando se volvió a decir algo que se le había ocurrido recién.

—Si mal no recuerdo, ustedes se casaron por una promesa que hizo papá.

—Sí, pero nosotros teníamos más cosas en común que ustedes dos.

—Claro, una gran antipatía del uno hacia el otro.

El resto del día, Caron se quedó encerrada en su habitación: no quiso merendar ni cenar con el resto de la familia, solo se dedicó a dar vueltas pensando en cómo revertir la situación. Finalmente decidió que lo mejor era huir.

Cuando todos estuvieran dormidos, buscaría a Ambrose, y ambos se perderían en la noche. Se irían hasta cualquier puerto que flotara barcos a América. No pensaba que su padre fuera capaz de seguirlos tan lejos, no con una esposa que adoraba y tres niños pequeños. Aunque de todas formas aún podría convencer a Ambrose de mantener relaciones sexuales para quedarse embarazada, y así obligar a sus padres a aceptar su unión, pero eso tomaría más tiempo, ya que no todas las mujeres salen en estado la primera vez. No. Tenía que ser algo más radical, ¿y qué mejor que irse a América? O quizás a Australia, donde las dotes de comerciante de Ambrose serían bien recibidas. O por último a Nueva Zelanda. Ella estaba dispuesta a aprender a cuidar ovejas. Se convertirían en hacendados, y aprenderían a vivir en esa tierra de la que sabían poco y nada.

Ya con mejor ánimo, Caron se dedicó a recoger sus pertenencias, o por lo menos todo lo que pudiera llevar con ella. Estaba enojada con sus padres y no quería dejar nada que les recordara su existencia. Deseaba que se hicieran a la idea de que no regresaría hasta que aceptaran a Ambrose como parte de la familia. Eran egoístas y no merecían su consideración.

Las horas que faltaban para que todos estuvieran durmiendo, se le hicieron eternas. No lo había querido reconocer, ni ante sí misma, pero se había aburrido a rabiar allí sola. Ni sus hermanos, ni sus padres, es decir, nadie la había subido a ver. La estaban castigando. Tal vez esperando a que entrara en razón, pero ¿qué más razón existía que el amor? Caron era una joven inteligente, interesada en la ciencia, en las matemáticas y la literatura, pero era esta última la que ocupaba un gran espacio en su corazón, lo que la había convertido en una romántica empedernida.

Tenía trece años la primera vez que había visto a lord Sttanford en Londres. Era Navidad, y había decidido pasarla en la casa del señor Mercury, el abogado de su padre. Ella era muy niña aún para participar en el baile de final de año, pero Ambrose que por esa época aún creía que podía arrebatarse a Phoebe a Colby los había ido a buscar en su carruaje, lo que le dio a ella la ocasión de verlo por entre los postes torneados de la escalera. Caron todavía no se desarrollaba, sin embargo, algo hizo cosquillas en su estómago cuando lo vio. Era el hombre más guapo que podía existir, y a pesar de saber de su existencia desde que era una niña pequeña, jamás lo había percibido del modo en que una mujer ve a un hombre. Para ella fue como la primera vez.

Mientras el conde esperaba a que la doncella llevara la tarjeta de presentación ante los señores, él comenzó a vagar su vista en los alrededores. De pronto la descubrió, y le hizo una venia como si ella fuera una Lady de verdad.

—¿No vas al baile, pequeña? —preguntó él muy serio.

—Todavía no tengo edad para eso —respondió Caron avergonzada.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—No te preocupes, en un par de años irás a todos los bailes y te garantizo que romperás muchos corazones.

Caron enrojeció de súbito, y se levantó de su puesto de observación para correr hasta su habitación.

Volvió a saber del conde de Sttanford hasta que cumplió quince años.

Caron suspiró. Ya era la hora.

Salió sin hacer ruido, y puso atención al resto de los ruidos de la casa. Todo estaba en silencio.

Casi corrió hasta la habitación de Ambrose.

Abrió la puerta y se acercó a la cama.

—Ambrose —murmuró—. Ya es hora de marcharnos.

—¿Marcharse a dónde? —preguntó una voz, al tiempo que encendía una lámpara.

Capítulo 10

—¡Papá!

—Así que huyendo en la noche como los bandidos.

—No nos dejas alternativas, papá. ¿Dónde está Ambrose?

—Se marchó.

—Debo alcanzarlo —dijo Caron, agitada, apresurándose hacia la puerta.

—No pierdas el tiempo, se fue temprano.

Caron se quedó estupefacta. Ambrose la había abandonado.

—¿Cuándo se marchó? ¿No dejó algún mensaje para mí? —Colby negó con la cabeza—. ¿Nada?

—Lo siento, hija.

—¿Lo sientes? Es tu culpa. Tuya y de mamá.

Las lágrimas corrían por el rostro de Caron, y sentía que el corazón le iba a explotar.

—Quizás solo fuiste un capricho para él —repuso Colby, como para hundir más el cuchillo en el joven corazón de su hija, pero sintiéndose vil por dentro.

Caron no dijo nada más, pero no fue necesario, la mirada de odio que le dirigió a su padre lo decía todo.

—Me siento como un villano. Le estamos haciendo daño a nuestra propia hija.

—¿Tú crees que yo me siento mejor? No. Tengo una sensación horrible dentro del pecho, pero sigo pensando que es lo mejor. No quisiera que su impetuosidad la haga tomar malas decisiones. Los arrebatos juveniles se pagan caro. Además, será solo un año.

—Espero que dentro de un año no se acuerde más de él. De todas formas, debo reconocer que Sttanford está asumiendo un gran riesgo. A su edad es difícil que olvide a Caron, pues ya es un hombre maduro. Sin embargo, hay muchas posibilidades que ella si lo olvide a él.

—¿No le darás la carta en la que él le explica acerca de la condición?

—Nos odiaría aún más.

—De todos modos, nos odiará, Colby.

—No para siempre, Phoebe. Algún día se dará cuenta que fue por su bien.

—Eso espero, Colby.

Caron estuvo los siguientes días sin apenas salir de su habitación. No comía y solo lloraba. Su cuerpo adelgazó de una forma alarmante, y tuvieron que llamar al nuevo médico de Portreath, un joven que no tendría más de veinticinco años y que se llamaba Michael Gibbs.

—Doctor —le dijo Phoebe en cuanto lo vio—, mi hija pasó hace poco por una gran decepción y desde entonces ha estado decaída.

—¿Qué le sucedió a la señorita? —preguntó él, sin saber cómo tratarla, ya que estaba informado de la diversidad de parentesco de esa familia.

—Es algo muy personal.

—Solo pregunto, para hacerme una idea del cuadro clínico de la paciente, lady Tandridge.

—Su prometido se fue de viaje sin darle aviso.

—Entiendo —dijo él, sin dar muestras de curiosidad por la información, aunque de hecho sí la sintió, y mucha—. Subiré a verla si me permite.

—Por supuesto. Doris, acompaña al doctor a ver a lady Phoebe.

—Sí, milady —respondió de inmediato la aludida que estaba bastante cerca esperando la orden. Lady Phoebe no quería ver a sus padres ni hermanos, solo permitía al personal de la casa y a los pequeños dentro de su habitación.

Michael siguió a la doncella por la escalera. La verdad era que estaba muy intrigado. Había escuchado que la hija adoptiva del conde era muy hermosa e inalcanzable. Y no era inalcanzable por su posición, sino porque según decían, era una joven demasiado moderna: estudiaba en Londres como cualquier hija de vecino, y no en una escuela de señoritas común y corriente, sino en una que enseñaban literatura, ciencias y matemáticas. Por lo que sabía, en la escuela de la señora Potts, no se enseñaba a bordar ni a cocinar... Se le hacía extraño que una mujer tan independiente se dejara abatir por el abandono de un hombre. Pero bueno, estaba a solo pasos de desentrañar el misterio. Si es que ella lo permitía, claro.

La habitación de Caron estaba a oscuras, las ventanas permanecían cerradas lo que mantenía el aire viciado en su interior.

La joven estaba tendida en su lecho, con la mirada perdida en el techo. Ya se había aprendido de memoria la cantidad de tablas que cubrían el cielo raso, o el número de flores que estampaban las cortinas de la habitación, pero aun así no tenía ánimo para salir de la cama y vestirse. No le llamaba la atención ir a tomar aire fresco. Tampoco quería bañarse, y sus hermanas le habían dicho que estaba comenzando a oler mal. Su madre venía todos los días a golpear la puerta, y su padre hacía otro tanto por las noches, pero se negaba a recibirlos por más que le rogaran.

De pronto se escucharon unos golpes casi tímidos en la puerta.

—¡Quien quiera que sea, no quiero verlo! —gritó ella desde adentro.

En vez de respuesta, la puerta se abrió.

—Buenos días, lady Phoebe, soy el doctor Gibbs.

—¿No es muy joven para ser doctor? —Caron tenía depresión, pero su mordacidad estaba intacta.

—Fui el graduado más joven de mi generación. Empecé antes que los demás.

—¿Por qué?

—Por mi gran cerebro.

—Entonces, debería estar trabajando en un gran hospital de Londres.

—Sufro de asma, y el clima costero es bueno para mi salud.

—¡Ah!

Mientras Michael hablaba, había sacado su estetoscopio, termómetro, y tomador de presión.

—¿Cómo se ha sentido?

—¿Antes o después que mis padres expulsaran a Ambrose?

—Su madre dice que se fue por su propia voluntad.

—Miente.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Por qué no se levanta de aquí y va tras él?

—Soy menor de edad.

—Comprendo. ¿Qué siente?

—Nada.

—Está bien, entonces.

—Quiero decir que no quiero hacer nada.

—Usted me parece una joven inteligente. Creo que debería estar aprovechando su tiempo en algo mejor que llorar por un hombre que no la merece.

—¡No sea impertinente!

—No fue mi intención, pero debo insistir. Si ese hombre la quisiera no la habría abandonado, ni por voluntad propia o impuesta. Se quedaría aquí luchando por su amor, aunque fuera de lejos.

Caron meditó las palabras del doctor. Tenía razón. Si Ambrose la amaba no se hubiera dejado amedrentar por sus padres. Ya sea que se marchara por sus propios medios, o que lo subieran por la fuerza al tren, habría buscado la forma de regresar, pero no lo hizo. Ambrose no la amaba. Había sido un mero capricho. Ahora tendría que decidir: ¿Iba a quedarse en la cama lamentándose, o iba a demostrarle al mundo que no podían contra ella?

—Márchese.

—¿Qué?

—Márchese. No puedo salir de esta cama si usted no se va.

Capítulo 11

Ambrose estaba de pie sobre la cubierta del Alcatraz, el primer barco de pasajeros que encontró disponible. Iba directo a Nueva Zelanda, llevando a los primeros hacendados, inscritos por la *New Zeland Company*. Los precios de las tierras habían sido demasiado bajos, como para que gente con visión de futuro no se atreviera a participar de esta aventura en un territorio aún inhóspito y gobernado por indígenas maoríes.

El viaje estaría totalmente exento de glamour, entre las ovejas que estaban siendo llevadas por estos colonos ya dispuestos a introducir sus costumbres en su nuevo hogar.

Mientras observaba la variopinta comunidad de pasajeros del barco, Ambrose dirigió la mano izquierda hasta su pecho. Quería asegurarse de que el mechón de cabello que Caron le diera meses atrás, aún permanecía en su sitio. Eso era lo único que se llevaba de Caron, eso y el recuerdo de su piel suave y sus besos cálidos. ¡Por qué no la había tomado cuando ella se lo propuso! Ahora serían prometidos. Aunque existía la probabilidad de que estuviera muerto. Cualquiera de las dos cosas era infinitamente mejor que esta sensación de pérdida, y de estar perdido.

De repente, una pelota de trapo llegó rodando hasta sus pies.

—Señor, ¿me pasa la pelota? —le pidió una niña vestida con ropas muy grandes para su estatura.

—¡Rose, llévate a esa niña abajo! ¡Está molestando a los pasajeros! —le gritó una mujer encopetada a la que parecía ser su sirvienta.

—Sí, señora —respondió una mujer joven, con humildad.

La madre de la niña se acercó con la clara intención de llevarse a su hija. Ambrose sabía de sobra que abajo significaba las dependencias de carga, lugar en el que solían viajar los de clase no acomodada, entre sacos y animales.

—Toma, pequeña.

Después de entregarle la pelota a la niña, miró con severidad a la mujer que había despachado de mala manera a su sirvienta. La joven tuvo que hacer lo que su señora ordenaba. La otra mujer tuvo la intención de aproximarse, seguramente guiada por la curiosidad, pero él se volteó nuevamente con dirección al mar.

Ambrose solo quería alejarse de todos y prepararse para la tediosa

travesía de largos meses que tenía por delante. Ni siquiera le apetecía pensar en lo que haría cuando llegara a la tierra de la nube blanca como la llamaban. No tenía conocidos ni familia en aquel remoto lugar. Tampoco había llevado mucho dinero con él. En resumen, iba a la aventura. Podría entablar algún tipo de negocio con los terratenientes que viajaban en primera clase, al igual que él, pero no estaba de humor para hacer amistades. Además, las ovejas no eran lo suyo. Lo único que Ambrose deseaba, era pasar desapercibido ante el resto de la gente, sin embargo, no existían garantías de que pudiera conseguir su objetivo.

Phoebe no sabía qué había hecho salir a Caron de su habitación, pero estaba feliz. Quizás la tormenta había pasado, y su hija volvería a ser la joven alegre e impetuosa de siempre. Eso sí, se negaba a regresar a Londres, pero no decía el porqué de su decisión.

—Quiero enseñar en Portreath —anunció una mañana.

—Pensé que querrías ayudar a tu padre en los negocios —repuso Phoebe, sorprendida.

—Puede ser, pero estoy más interesada en abrir las mentes de los niños.

—¿Inculcar el romanticismo en los niños? —preguntó Colby con inocencia.

—No, papá, el romanticismo es una pérdida de tiempo. Por la tarde iré a la escuela, para ver si tienen un lugar para mí.

—¿Y si no tienen?

—Me ayudarás a poner una escuela en Camborne.

—¿Estás decidida?

—Sí.

—¿Y el doctor?

—¿Qué tiene?

—¿Estará de acuerdo?

—Mike y yo solo somos amigos, y por último él no tiene nada que opinar con respecto a lo que yo haga.

Colby levantó las manos rindiéndose. No podía discutir con su hija. Ella parecía haber olvidado a lord Sttanford, por lo cual estaba dispuesto a cumplirle cualquier capricho con tal de que no cayera nuevamente en depresión.

—Está bien, cielo, si no hay lugar para ti en Portreath, haremos una

escuela cerca de las minas para que vayan todos esos niños que no tendrían por qué estar trabajando en los túneles.

—Gracias, papá. Me encanta la idea.

—¿Has pensado qué quieres para tu cumpleaños? Solo faltan dos semanas.

—Nada, papá. No quiero celebraciones. La ayuda con la escuela será suficiente, si es que me va mal hoy día, digo.

—¿Estás segura?

—Sí.

La profesora a cargo de la única escuela de Portreath, le dijo a Caron que no podía recibirla como profesora titular sin tener experiencia, y que el tiempo que había estudiado en la escuela de la señora Potts, no era tiempo suficiente como para que pudiera enseñar. Por último, recalcó que su pequeña institución estaba orientada a que las niñas aprendieran labores domésticas y los niños, carpintería y cosas así.

Caron regresó indignada a la casa. La acompañaba el doctor Gibbs, quien ya había sido apodado como el perro faldero de Caron por estar siempre a su lado, intentaba hacer que se calmara. Sin embargo, ella no le hacía caso y se paseaba de arriba abajo en el salón, esperando que su padre regresara de la mina.

—Por favor, Caron, tranquilízate.

—No, Mike. Esa profesora no tiene más que dos dedos de frente. Pero ya verá. Haré una escuela modelo. Traeré profesoras de Londres si es necesario.

—¿Y cómo financiarás todo eso? No esperarás que tu padre lo haga todo solo.

—No seas absurdo, Mike, por supuesto que buscaré ayuda. Será una fundación... Papá llegará pronto. Vamos a cenar.

Phoebe había estado escuchando de lejos la conversación. La regocijó enterarse de que su hija hacía sus propios planes de vida. Eso era lo que ella siempre quiso: una mujer independiente que no vivía en función de hombre alguno. Si se hubiera comprometido con lord Sttanford, lo más probable era que él la habría encerrado en su jaula de oro, tal como Colby quiso hacer con ella una vez.

Por más que lo evitó, Ambrose terminó igual involucrándose con el resto de los pasajeros del Alcatraz. Quizás fue porque su soledad lo aburrió, o porque es imposible abstraerse de la presencia de los demás cuando tienes que permanecer tanto tiempo con otros seres humanos que están ansiosos por compartir sus vivencias con el resto. Y aún menos es posible pasar por alto injusticias que no se deberían cometer con ningún individuo en el mundo, por muy inferior que fuera ante el resto de la sociedad.

Una mañana, cuando Ambrose salía de su camarote para subir a cubierta, escuchó los gritos de Prudence Hamilton, quien una vez más estaba reprendiendo a Rose, su sirvienta.

—¡Yo sabía que esa chiquilla solo traería problemas! ¡Cómo se le pudo ocurrir jugar con mis cuellos de encaje! ¡Mira cómo los dejó! ¡Están inservibles!

—Le tejeré unos nuevos, señora.

—¡No quiero unos nuevos, quiero estos!

Ambrose estaba de pie en el vano de la puerta abierta del camarote de los Hamilton. George Hamilton era un hombre disminuido por su esposa, que apenas hablaba. Y no era necesario porque ella lo hacía por los dos.

—¡Ahora aprenderás a tomar las cosas que no son tuyas! —gritó Prudence, con el bastón de su marido en la mano.

Instintivamente, Rose protegió el cuerpo de su hija con el suyo, así que cuando el primer bastonazo dado con furia por la señora Hamilton, bajó, dio de lleno en la espalda de la sirvienta. Ambrose no pudo continuar observando. Casi se abalanzó encima de la mujer mayor, para sostener su mano en alto, antes que continuara descargando su furia.

—No se atreva.

Capítulo 12

Al defender a la sirvienta de los Hamilton, Ambrose no adivinaba que se estaba adjudicando una gran responsabilidad.

Después de lo sucedido no volvió a ver a Rose en todo el resto del día. Ambrose supuso que Prudence la tenía tejiendo cuellos nuevos para sus vestidos, aunque en alta mar daba lo mismo si se los ponía o no, ya que la vida en el barco no era para nada elegante.

Esa noche, luego de cenar se fue un rato a la cubierta para observar las estrellas. Cuando se cansó, bajó a su camarote y se recostó encima del angosto lecho con un libro en las manos. Estuvo leyendo hasta altas horas de la madrugada, solo paró porque el sueño lo venció. Se quedó dormido con el libro sobre su pecho.

En la oscuridad de la pequeña habitación del barco, la sombra se despojó rápidamente de las ropas y se metió debajo de las mantas hasta quedar pegada a Ambrose.

Él se movió inquieto cuando una mano fría se deslizó por su pecho.

—Tranquilo —susurró la voz de Rose—. Deje que lo acompañe.

Cuando escuchó el segundo susurro, Ambrose despertó de golpe.

—¿Rose? ¿Qué hace aquí?

—Solo quería pagar lo que hizo por nosotras, milord —respondió ella en voz baja.

—No es necesario pago alguno.

—Soy una mujer limpia, milord. Tal vez usted hace tiempo que no está con una mujer, y yo puedo ayudarlo.

Rose movió su cuerpo ondulante para frotarse contra el de Ambrose.

—Esto no está bien, Rose —dijo él con poco convencimiento.

—Solo será esta noche, milord.

Ambrose aspiró hondo, y sus fosas nasales se llenaron de olor a mar, a lavanda, y a paño buriel viejo. Todos los aromas unidos en la misma tez. Todos los aromas muy diferentes a los que se desprendían de la suave piel de Caron.

Rose se movió nuevamente, y esta vez, con audacia llevó una mano hacia su entrepierna. Ambrose gimió, su cuerpo lo traicionaba. A su cuerpo

no le interesaba lo que su corazón sintiera. Su cuerpo llevaba mucho tiempo abandonado, y gracias a las caricias de Rose, reclamaba ser atendido. Así fue como silenció su conciencia, y tomó a esa mujer que tan generosamente se le ofrecía. No sabía qué le deparaba el mañana. Tampoco sabía si volvería a ver a su amada Caron. Solo pensando en eso aceptó consolarse en los brazos de Rose, quien le estaba entregando su cálido cuerpo a cambio de nada.

Caron se entregó de lleno en la formación de la nueva escuela. Admitiría niños hasta los catorce años. Aunque muchos padres preferían que sus hijos trabajaran, al menos consiguió que a los más grandes les permitieran asistir a clases después del trabajo. Colby por su parte, estaba convenciendo a los dueños de las minas y a los capataces que no hicieran trabajar más del medio día a los chicos. Él entendía que, ante familias numerosas, era importante el aporte que podían hacer los hijos, sobre todo en hogares donde no había un padre que sostuviera la casa, pero así mismo pensaba que había que darles oportunidades que los ayudaran a prosperar en la vida. Era casi imposible esperar que de allí salieran muchos médicos, maestros o abogados, pero confiaba en que más de alguno no se conformaría con ser solo un minero y llegaría más lejos que los demás.

En pocos meses, la escuela estaría lista, y tal como había pedido Caron, quien ya era mayor de edad, ese había sido su regalo de cumpleaños. Este proyecto se había transformado en su razón de ser. Era lo que ocupaba su mente la mayor parte del tiempo. Era lo que le permitía no abatirse, pero a veces, cuando nadie la veía, lloraba en silencio. Derramaba lágrimas de soledad, pensando en el amor perdido, y así mismo se juraba no volver a enamorarse, ni siquiera del bueno de Mike. No quería volver a confiar en un hombre que la abandonaría ante cualquier dificultad. Ni quería casarse sin amor. Ella no tendría la misma suerte de su madre. Se quedaría sola para siempre. Su vida estaría dedicada a la educación de los hijos de otras mujeres, porque ella nunca tendría los suyos propios. Era cariñosa con los niños, y agradable con las personas, pero por dentro llevaba una amargura que no podía sacarse de encima. Ya no odiaba a sus padres, pero tampoco podía comportarse como la hija cariñosa que un día fue. Si ellos se daban cuenta de este cambio, nunca lo hicieron notar. Estaban conformes con que ella permaneciera en casa, aun llevando una vida bastante independiente. Quizás nunca lograrían dimensionar el daño que le hicieron alejando a Ambrose de

su vida, y decírseles era perder el tiempo, ya que, si él la hubiera amado de verdad, al menos le habría dejado una carta de despedida.

Aunque pretendió evitarlo, Ambrose continuó recibiendo a Rose en su camarote por las noches. Sabía que no era lo correcto, que estaba usando a la joven porque no la amaba, pero el consuelo de ese cálido cuerpo ahuyentaba su mente de la locura. No tenía idea de si los Hamilton se habían dado cuenta de las andanzas de su sirvienta, aunque a lo mejor sí, porque de pronto comenzaron a mirarlo con desconfianza. Y como un escándalo era lo último que Ambrose necesitaba, decidió que dejaría de aceptar a Rose en su lecho. Se lo dijo, y ella asintió en silencio sin proferir algún reclamo. Él sintió que a pesar de todo se estaba quitando un peso de encima, pero cuando el barco enfiló hasta la polinésica isla norte, llamada Wellington, vino a verlo el señor Hamilton a su camarote.

—Lord Sttanford —le dijo, sin preámbulos—. Hemos invertido una buena cantidad en Rose y su hija, pensando en que sería nuestra sirvienta, y con el tiempo la pequeña le podría ayudar en las labores de nuestro nuevo hogar. Pero ahora vemos que eso será imposible, y lo que menos esperamos de usted es una indemnización.

Ambrose escuchó asombrado las palabras del otro hombre, que, aunque apenas hablaba, cuando lo hacía era solo para tratar temas de vital importancia para él. Al menos eso parecía.

—No logro comprender lo que está tratando de decir, señor Hamilton.

—Rose. Rose está embarazada, y ese niño no puede ser más que suyo. Llegando a Wellington, necesitaremos que el quite de nuestras manos. No podremos cargar con otro bastardo.

Capítulo 13

—Imagino que está usted bromeando —repuso muy serio Ambrose.

—¿Lo cree usted? ¡Rose!

La aludida apareció detrás del que hasta ahora era su señor. Tenía su maleta en una mano, y a su hija de la otra.

—Muéstrale tu barriga al conde.

Rose, muy avergonzada, se alisó los pliegues del vestido con las dos manos. Su estado era evidente y bastante avanzado.

—La señora Hamilton calcula que debe tener los meses precisos desde que estamos en este barco.

—¿Cómo están tan seguros de que es mío? —Ambrose se sintió el hombre más vil haciendo esta pregunta, pero se sentía acorralado.

—¡Me ofende su duda, milord! ¡La hicimos examinar antes de zarpar!

Ambrose observó con atención a Rose. Tenía el bastón marcado en el rostro.

—¡La golpeó!

—Nos no quería decir quién había sido el hechor. ¿Me devolverá lo que invertimos en ella?

—¿De cuánto hablamos?

—Veinticinco libras.

—¿Tanto?

—Recuerde que son dos, milord.

Ambrose se metió la mano al chaleco y sacó unas monedas.

—Bien. Ahora son todas tuyas.

—¿Y qué quiere que haga con ellas?

—Ya no es mi asunto.

Allí se quedaron Ambrose y Rose, mirándose el uno al otro sin saber qué hacer.

—¿Comprendes que no puedo tenerte conmigo?

Ambrose, Rose y la niña, quien después de la larga travesía en el mar recién supo que se llamaba Genna, estaban de pie en el muelle.

Rose miraba a Ambrose con ojos de súplica, pero él parecía inmovible. Claro si se sentía como dentro de una trampa. Mas, la trampa

se la había tendido él mismo al aceptar las caricias de la joven.

—No tengo a nadie más que a Genna.

Ambrose miró a su alrededor. Apenas se habían levantado casas de madera, conformando un pequeño pueblo. Era impensable que en un año hubieran avanzado más. No le quedó más que maldecir su impulsividad. Si se hubiera marchado a Australia, al menos tendría más opciones, ya que era colonia británica hace mucho más tiempo. En cambio, se le ocurrió subir al barco de los nuevos colonos para una nueva tierra. Tendría suerte si encontraba una carpa donde pernoctar. Por lo menos sintió placer al pensar en que los Hamilton tampoco tendrían una casa a la cual llegar, cosa que comprobó al escuchar los lamentos de Prudence al poco rato de haber desembarcado.

El representante de la New Zeland Company, entregó los planos a los nuevos hacendados, dándoles instrucciones mínimas de cómo llegar. La corona los había hecho poseedores de grandes asentamientos a muy bajo costo, pero como se las arreglaran para acomodarse en ellas, y llevar sus ovejas a los nuevos prados, era asunto de ellos.

Ambrose escuchó que alguien mencionó que existía un pequeño hotel, el único en el pueblo, y olvidándose que estaba acompañado se apresuró a buscarlo con el temor de quedarse sin habitación.

Cuando por fin lo ubicó, se adelantó a pedir una habitación. El lugar era bastante modesto comparado con los de Londres, pero se veía limpio. Eso sí no contaba con que Rose y Genna vendrían pisándole los talones. En su fuero interno pensó que la joven ya estaría buscando trabajo con otra familia, pero no, ahí estaba detrás de él con su hija de la mano.

—No tenemos habitaciones dobles —anunció el hombre de la recepción, aludiendo a la mujer que veía detrás del nuevo pasajero.

—No hace falta. Estoy solo.

—¿Y dónde piensa alojar a su esposa?

—¿Mi esposa? —La situación parecía trágica.

—Soy la sirvienta de milord —respondió Rose, digna, y esta es mi hija Genna.

—¿Tiene otra habitación disponible? —preguntó al fin Ambrose, resignado.

—Tiene suerte de que aún no vienen los del barco. Sí, tengo una más

pequeña, en el ático. Es adecuada para su sirvienta, señor.

Ambrose miró a Rose, ella asintió con la cabeza.

—¿Hay algún almacén acá donde pueda de abastecerme de ropa y provisiones? ¿Establo para adquirir caballos?

—¿Piensa viajar? ¿Sabe dónde quiere ir?

—Aún no, pero lo descubriré.

—Justo enfrente está el almacén. Allí encontrará desde un clavo hasta un arma. Y al final de la calle hay un establo.

—¿Armas?

—Hay indígenas hostiles. No están felices con nuestra presencia.

—Sus tierras fueron compradas, ¿o no?

El hombre guardó silencio. En vez de responder se inclinó a buscar algo debajo del mesón.

—Escriba su nombre aquí, y el de su sirvienta —indicó el hombre, extendiéndole un libro apaisado a Ambrose.

Ambrose firmó sin su título, simplemente escribió Ambrose Athens. No quería atraer atención sobre sí. Luego Rose le susurró al oído que su apellido era Higgins. Cuando quedaron los tres debidamente inscritos en el libro de registros, el dueño del hotel que se llamaba George Maverick, les pasó las llaves y les dijo cómo llegar a sus respectivos cuartos.

Ambrose se tendió sobre el lecho, y miró a su alrededor: todo era modesto, desde la colcha que cubría la cama, hasta la jofaina que estaba sobre la pequeña cómoda. Seguramente habían invertido todos sus ahorros en poner este hospedaje, pero si conocía a los británicos, en pocos años se convertiría en un próspero hotel.

Estaba cansado, quería dormir, pero no salía de su cabeza el reciente problema al que estaba enfrentado: el hijo que tendría con Rose. No podría despreciarlo. Aunque su sueño era tener una gran familia con Caron, no podía negar al hijo que tendría con esta otra mujer. ¿Lo habría hecho a propósito, el embarazarse? Ambrose dudaba de que ella fuera una mujer manipuladora... Esperaba que cuando llegara el momento, ella aceptara dejar al niño con él, y continuar su vida por cuenta propia. Sabía que su idea era desalmada, pero no la amaba. Aún esperaba poder volver con Caron cuando el plazo impuesto por Tandridge se cumpliera. Obviamente no regresaría solo.

Estaba seguro que Caron comprendería que su desliz había sido parte

de la añoranza, de la frustración por no tenerla a ella. El agobio. El deseo de compañía, lo habían trastornado. Si ella no comprendía, él trabajaría día a día hasta conseguir el perdón.

Capítulo 14

—Nos marcharemos de aquí —dijo Ambrose, hablando por primera vez en plural.

—¿Por qué, milord? —se atrevió a preguntar Rose.

—¿Milord? Ya no me llamarás más así, Rose. Después de lo que pasó entre nosotros, parece una broma. Vamos a tener un hijo. Nos casaremos, porque imagino que aquí al igual que en Inglaterra es mal visto que una mujer tenga un hijo siendo soltera.

—¿Hará eso por mí, milord? Perdón, Ambrose.

—Sí. Pero solo será un papel. No lo seremos en la realidad. Solo será una forma de reparar los daños. No te faltará nada conmigo, tampoco a Genna.

—Gracias, Ambrose.

Para Rose, la prosaica petición de matrimonio fue como un balde de agua fría en su espalda. Ella se había enamorado perdidamente de ese hombre, y él lo único que le ofrecía era un apellido. Tendría que conformarse con eso, quizás con el tiempo...

—¿Está seguro?

—De qué, Rose.

—¿Sabe a dónde iremos?

—No tengo la menor idea. Solo sé que quiero explorar. ¿Sientes temor, Rose?

—No, Ambrose.

—Mañana buscaremos quien nos case. Compraremos lo necesario y nos marcharemos.

Rose no replicó, pero se preguntó que habría traído a Ambrose a ese lugar olvidado de Dios. Qué lo hacía querer aventurarse hacia un territorio poblado de salvajes, según contaba el señor Hamilton que parecía saber mucho del tema. Sin embargo, ella estaba dispuesta a seguirlo a donde fuera. Mientras él lo quisiera, lo acompañaría y apoyaría en todo lo que necesitase. Su agradecimiento, y sobre todo su amor, eran incondicionales. Nunca lo dejaría, a menos que él la expulsara de su lado, y aun así lo seguiría de lejos.

—¡Papá, ¿qué sucede?! —preguntó Caron alarmada.

Estaba en la escuela cuando llegó Doris a buscarla en el coche pequeño. La doncella de sus hermanas no supo explicarle qué ocurría, ya que sollozó todo el camino. De repente balbuceaba el nombre de Phoebe, y eso alarmaba más y más a Caron a medida que desandaban el camino hasta Portreath. La pobre mujer estaba tan desmadejada que ella misma había tenido que conducir de regreso.

—Tu madre se desmayó y no quería volver en sí. Menos mal que el doctor andaba por acá cerca Gibbs vino rápido.

—Creí que le había sucedido algo más grave, Doris no hizo más que llorar todo el camino.

—Tú sabes cómo quiere a tu madre. Ya son muchos años juntas. Doris nunca se ha querido marchar.

—Lo sé. Ella es muy buena... ¿Hace mucho que está Mike con mamá?

—La verdad, sí, y ya estoy comenzando a preocuparme.

Como siempre que estaba nervioso, Colby estaba bebiendo escocés. Rellenó el vaso, y Caron hizo un gesto para que le diera a ella también. Después de pensarlo un poco, él accedió, pero solo le dio un dedo del amargo licor.

Caron se lo bebió de un trago, pero no logró evitar el gesto de repulsión que le causó aquel líquido.

—¿Ves? No es para damas —le dijo su padre con tono de reproche.

—Solo quería calmarme.

En ese instante, apareció el doctor Gibbs. Colby le sirvió un vaso y lo invitó a sentarse.

—¿Qué tiene mi esposa doctor?

—¿Ha tenido estos episodios antes?

—Solo cuando perdió nuestro primer hijo. No recuerdo otros. ¿Por qué?

—Lady Tandridge está delicada del corazón. El que sufrió no fue un simple desmayo.

Colby se dejó caer en el sofá, y Caron se cubrió la boca para no gritar.

—No entiendo, siempre ha sido una mujer muy sana. Esa vez el médico que la vio en Londres nos dijo que Phoebe tenía una constitución delicada por dentro, debido a su vida tan forzada desde muy joven. Sin embargo, tuvo seis hijos sanos.

—Su tensión está muy alta, y eso es peligroso. Además, lady Tandridge está comenzando su climaterio. Y en ocasiones este puede venir con efectos

secundarios indeseados.

—¿Climaterio? ¿Qué es eso?

—Es el período que sigue a la menopausia, papá.

—Phoebe es una mujer joven.

—Lo es, lord Tandridge... Por ahora es importante que lleve una alimentación rica en verduras y pobre en grasas. En lo posible debe alejarse de la cocina. Los pasteles que ella hace son deliciosos, pero debe dejar el horno de lado. También sería bueno que camine bastante, y que no pase sobresaltos. Como usted dice, lord Tandridge, ella ha sido una mujer de trabajo desde muy joven, lo que tarde o temprano iba a generar un desgaste en su salud.

—Subiré a verla.

—Está descansando, lord Tandridge. Dormirá unas horas. Le dejé unas gotas que debe tomar en forma permanente, pero vendré a controlar su tensión regularmente. Si ella, presenta dolor de estómago sin motivo, o le duele el brazo izquierdo, vaya a buscarme a la hora que sea. No esperen a que sufra un nuevo desvanecimiento.

—Gracias, doctor. Parsons le pagará.

—No, lord Tandridge, por Caron me considero amigo de la familia.

—Gracias, otra vez.

Michael Gibbs se marchó, dejando a padre e hija perplejos. No sabían qué hacer con la información dada por el doctor, a lo único que acertaron fue a fundirse en un abrazo. Después lloraron ambos.

—Tenemos que decírselo a mis hermanos —dijo Caron sorbiendo la nariz—. Los pequeños a veces se portan mal y desesperan a mamá. Tate y Dylan también deben saberlo... Dylan tiene que regresar a casa, y Tate debe buscar un proyecto más cerca de aquí. Mamá los extraña, y a ellos parece no importarles.

—Estoy de acuerdo contigo, hija. A Phoebe nunca le ha gustado que sus polluelos estén lejos de ella. Pero debemos ser cautos, ella no puede sospechar que su condición es delicada.

—Espero que el tonto de Mike no le haya dicho nada.

—No lo llames tonto, Caron, es una magnífica persona. Quizás tú y él...

—¡No! No habrá otro hombre para mí en esta vida: si no fue Ambrose no quiero a nadie.

La punzada del arrepentimiento, se enterró muy dentro en la cabeza de

Colby. ¿Cómo habían podido hacerle tanto daño, si era una joven de tan buenos sentimientos? La única respuesta era el egoísmo. Él y Phoebe nunca querrían un yerno que tuviera dominio de sí mismo y alejara a su hija de ellos. En cambio, el doctor Gibbs sería un hombre fácil de manipular para que hiciera lo que ellos desearan. Pero el mal ya estaba hecho y esperaba que no durara cien años como rezaba el refrán.

Caron no tendría cien años para olvidarse de Ambrose.

Capítulo 15

Ambrose no lo pensó demasiado cuanto tomó la decisión de embarcarse desde Wellington a la isla sur del país, con todo lo que había comprado y caballos. No se preocupó del estado de Rose, ni que el tercer acompañante fuera una niña de apenas cinco años. Por supuesto, Rose no opuso resistencia, dispuesta a seguirlo a dónde fuera.

En una ceremonia rápida ante el alguacil del lugar, se casaron en Wellington antes de partir. Claro que el ambiente frío y la actitud distante del novio, no pasó desapercibida para los pocos presentes que se allegaron a presenciar la unión. Ni siquiera el esmero de la mujer del almacenero por embellecer a la novia, lograron sacar una sonrisa de los labios del novio. A pesar de lo forzada de la situación, Rose se sentía feliz: por fin pertenecía a alguien. Ya nunca más ella y Genna estarían solas. Y estaba segura de que con el tiempo lograría ganarse al arisco lord Sttanford. Ahora ella era condesa, pero eso no le importaba a nadie en esa tierra abandonada de la mano de Dios.

Desde Picton emprendieron un largo camino sin destino conocido. Ambrose tenía la idea de encontrar alguna mina pues era el negocio que mejor conocía. No tomó en cuenta que llegaba a un país que llevaba apenas unos pocos años como colonia británica. Una colonia que había partido oficialmente con cien habitantes. Por supuesto cazadores de focas y ballenas habían visitado el territorio varios siglos antes, también barcos provenientes de América y Europa se habían atrevido a intercambiar armas por madera con los maoríes, lo que sirvió para que estos últimos acrecentaran su agresividad contra los que ellos con justa razón llamaban invasores. En Wellington se enteró que había una pequeña colonia francesa, pero a Ambrose solo le interesaba encontrar habitantes del reino unido. Así que resultaba de vital importancia encontrar a más de los suyos, para al menos informarse acerca de posibles negocios. Sin embargo, su peregrinaje hacia el sur no estuvo para nada cerca de lo que Ambrose se imaginó.

Cabalgaron siempre cerca del mar, pasando cerca de los acantilados.

Recuerdos de Cornualles, y sobre todo de Caron, vinieron a su mente. Últimamente no se había permitido pensar mucho en ella, porque, así como a veces tenía la seguridad de que regresaría junto a ella, en otras pensaba que no la volvería a tenerla ante sí nunca más en su vida. No volvería a beber de esos labios tan escasamente probados. No podría saciarse de su cuerpo tal como ella se lo pidiera. ¡Maldita conciencia! ¿Por qué no lo había hecho? Ahora estaría con ella. El matrimonio habría sido inevitable, y quizás sería ella la que iría montada junto a él, y no esa pobre infeliz que solo le había servido como un pobre consuelo.

Tardaron un mes en llegar a un pequeño puerto, pues, aunque el estado de gravidez de Rose no era tan avanzado, ella comenzó a sentirse mal arriba del caballo. Entonces Ambrose se dio cuenta de que tendría que comprar una carreta.

Le quedaba poco dinero del que había traído de Inglaterra. Le había enviado una carta por el Alcatraz a su abogado pidiéndole más, no se le ocurrió pensar en que si se marchaba de Wellington no estaría ubicable para recibirlo. Cuando se dio cuenta de su error, ya era un poco tarde para enmendarlo. Al menos aún tenía algunas posesiones valiosas como su reloj de bolsillo, y un par de anillos. Si los vendía, obtendría un buen dinero. Pero si encontraba oro antes, no sería necesario.

Dejaron los caballos frente a la taberna, que parecía ser el centro neurálgico de todo pueblo que se apreciara como tal, y entraron los tres, con Genna en los brazos de Ambrose.

—Buenas tardes —saludó él con amabilidad—. ¿Podría decirme dónde puedo comprar una carreta?

—¡Bienvenido, a Christchurch! Bueno, aún no es oficial, pero es el nombre que tendrá esta ciudad.

—¿Ciudad?

—Claro. Después que sea un próspero pueblo, se convertirá en una hermosa ciudad.

A Ambrose le cayó en gracia el optimismo del tabernero. Aun no eran más de diez casas, y ya se veía inmerso en una ciudad grande.

—Entonces, Shepard & Co., será la cadena de establecimientos más grandes de este lado del país. El Co., es porque mi esposa también aportó capital. No solo tendremos la taberna, también habrá hotel, almacén, y salón

de té, como los que existen en nuestra amada Inglaterra.

—¿Y tendrán carruajes? —preguntó Ambrose, cansado de escuchar a Shepard.

—¡Oh, disculpe! En la esquina, por esta misma acera se encuentra el establo, tendría que ir usted mismo a ver.

—¿Puede servir algo de comer a las damas mientras voy a investigar?

—Por supuesto. Tengo una sopa muy buena. También hay algo de carne de cordero; aquí no hay reses; pescado, y pan.

—Estaremos bien con la sopa y el pan.

—Pero, tiene que comer carne. Una mujer en su estado la necesita.

—Si quiere darme leche...

—Solo de oveja.

—Está bien.

El hombre desapareció en la trastienda, y Rose se quedó sola con su hija. Estaba por preguntarle qué le parecía el lugar, cuando una fuerte punzada en el vientre la tiró de la silla.

Comenzó a gemir de dolor, agarrándose el vientre con ambas manos.

—Genna... Genna, ver por Ambrose.

La pequeña asustada, salió a la calle, y solo la presencia de varios caballos en la calle le advirtió a dónde debía dirigirse.

Genna corrió hasta el lugar, abriéndose paso entre los animales. Ambrose estaba charlando con un hombre y no vio llegar.

—¡Ambrose! ¡Ambrose!

—¿Genna? ¿Qué sucede?

—Ambrose, mamá está enferma. Dice que le duele. ¿Se va a morir?

Olvidándose en lo que estaba, cogió a la pequeña de la mano, y corrió con ella hacia la taberna.

Cuando entraron, Rose estaba siendo atendida por el tabernero y su mujer.

—Ya envié por el doctor, señor...

—Athens. Soy Ambrose Athens de Devon.

—Vendrá en seguida, señor Athens, no se preocupe.

—Estos dolores son normales cuando se ha cabalgado mucho —dijo la mujer—. Pero no se preocupe, de seguro no es nada grave.

—Esta es mi mujer, señor Athens.

—Mucho gusto, señora Shepard.

—¡Aquí estoy ya! —gritó un hombre mayor, desde la puerta.

—Doctor Lawler, qué bueno que llega, la señora Athens viene recién llegando. Parece que la cabalgata le hizo mal. Ella está embarazada.

—Deje que sea yo quien haga el diagnóstico, señora Shepard —repuso el hombre con enojo.

Estuvo examinándola en silencio durante varios minutos, luego guardó sus objetos. Miró a Ambrose a los ojos, y negó con la cabeza antes de hablar.

—La señora Athens no puede continuar. Podría perder el bebé.

—Continuaremos en carreta —objetó Ambrose, contrariado.

—No podría continuar, aunque le consiguiera el carruaje más mullido del mundo.

Capítulo 16

Ambrose se sintió como un cretino al admitir que le contrariaba más el retraso que sufriría el viaje, que la salud de Rose.

—Si la dejo aquí, ¿podrías ustedes cuidarla por mí?

—¿Piensa abandonarla? —preguntó la señora Shepard, muy molesta.

—Necesito encontrar trabajo pronto. Casi no me queda dinero.

—Puede ayudarnos en la taberna.

—Disculpe, señora Shepard, no quiero sonar mal agradecido, pero esto no es lo mío. Me gustaría encontrar alguna mina.

—¿Es usted minero? No tiene la apariencia de tal —comentó la mujer con escepticismo.

—No soy minero, señora, pero conozco el negocio. En Inglaterra tengo un negocio de importación de maquinarias para la industria.

—Entonces, tiene dinero.

—No aquí, señora. Aquí no hay telégrafos. Ni bancos. No puedo pedir que me envíen dinero. Envié una carta en el Alcatraz, pero como luego decidí partir, aunque me respondan no me enteraré.

—Quizás para el sur, encuentre alguna mina —acotó el señor Shepard—. Pero si encuentra, no se hallará ante una empresa organizada. En Nueva Zelanda todo está más atrasado. Y eso sin contar que los maories aún nos acechan. No se conforman con que su país ahora sea parte del Reino Unido. Muchos no respetan el tratado.

—Créame que no los culpo. A nadie le gusta que vengan a tratarlos como intrusos en su propia tierra.

—Será mejor que no divulgue esas ideas, señor Athens, si no quiere tener problemas.

—No se preocupe... Bien, ¿aceptan cuidar a Rose y a Genna, mientras voy al sur?

Los Shepard se miraron entre ellos.

—Miren —continuó Ambrose, en tanto sacaba su preciado reloj del bolsillo—. Este reloj era de mi abuelo. Con él pueden mantener por un año a Rose, y a Genna. Es de oro puro. Solo pongo como condición que no lo vendan hasta que pase un año. Yo regresaré y lo querré de vuelta. Si no me ven en un año pueden hacer lo que deseen con él.

—¿Y qué haremos con ellas si usted no aparece?

—Enviarlas a Devon con una carta que les dejaré.
—¿Quién costeará los pasajes?
—Ustedes. Cuando ellas lleguen allá, mi abogado les enviará el dinero por barco.
—¿Y cómo sabemos que no es un embuste todo lo que está diciendo?
—Porque soy Ambrose Athens, tercer conde de Sttanford.
Los Shepard lo miraron de hito en hito.
—Si me disculpa la pregunta, milord, ¿qué hace en este fin del mundo?
—La señora Shepard era demasiado aguda.
—Esa es otra historia, muy larga, y personal. Solo puedo asegurarles que no he cometido ningún crimen, a menos que enamorarme cuente como uno.
—Está bien, milord —repuso el señor Shepard—. Cuidaremos de ellas, no se preocupe. Y tal como usted pidió, guardaremos el reloj por un año.

Ambrose no se despidió. ¿Para qué lo haría, si Rose jamás entendería? Quizás esta era la mejor salida, así no tendría tiempo disponible para encariñarse con ella. No quería hacerlo. No quería correr el riesgo de enamorarse de ella y olvidar a Caron. Regresaría dentro de un año y le propondría un trato para poder llevarse a su hijo con él. Si quería podría irse a Australia o América con una dote suficiente para que viviera bien por el resto de su vida, y también Genna.

Así que el conde de Sttanford, cargó una buena cantidad de víveres en la carreta recién adquirida, además de mantas, una tienda, y utensilios para cocinar. Tampoco olvidó llevarse un fusil, tal como le habían aconsejado.

Una cálida mañana de otoño, Ambrose se subió a la carreta y partió en dirección al sur. Deseoso de emprender esta aventura que lo alejaba de una responsabilidad que no había buscado.

Esa era una hermosa mañana de primavera y Phoebe había ido al jardín a cortar unas flores. Levantó la cabeza y aspiró una bocanada de ese aire con aroma a mar. De pronto la cabeza comenzó a darle vueltas. No lograba sostenerse en pie. ¿Se iría a morir, y no le había confesado a su hija la existencia de aquella carta? Era en lo único que podía pensar en ese momento: no en Colby, no en sus otros hijos, sino en la forma que habían

engañado a Caron.

—Colby —dijo casi sin aire—, tenemos que decírselo.

Enseguida, Phoebe cayó sobre el césped, con ambas manos en el pecho. Minutos después la cocinera que había salido al huerto por unas hierbas para una tizana.

En breve la casa se llenó de gritos y carreras.

Esta vez Colby se paseaba, pero no en la biblioteca o en el salón, sino fuera de la habitación que compartía con Phoebe.

—¿Por qué se tarda tanto? —repetía a cada segundo.

—Tranquilízate papá, han pasado apenas diez minutos.

—¿Estás segura?

—Sí, papá. Mike saldrá pronto. Ya verás que no es nada serio.

—No sé. Estoy preocupado. Dos desmayos en tres meses, me parece demasiado.

Colby continuó con su paseo, y Caron desistió de contenerlo porque era inútil.

Luego de casi largos treinta minutos, el doctor Gibbs hizo su aparición por la puerta.

—¿Cómo está mamá? —preguntó Caron a su amigo, ansiosa.

—El cuadro no es bueno. Lady Tandridge tiene una cardiomiopatía.

—¿Qué es eso? —preguntó Colby, aún más preocupado que antes.

—En palabras simples: su corazón está creciendo.

—¿Cuál es la cura? ¿Qué hay que hacer?

—No tiene cura. El corazón continuará creciendo hasta que no logre bombear más la sangre que pasa por él.

Colby se sentó en una silla que había junto a la puerta, y se agarró la cabeza con ambas manos.

—No puede ser. No puede ser... Phoebe. No.

—Caron, tu madre quiere hablar contigo.

—¿Conmigo? Pensé que querría ver a papá.

—Sí, pero primero quiere verte a ti. A solas.

—Está bien. ¿Me puedes esperar abajo?

—Sí.

Phoebe estaba recostada sobre el lecho, y sus largos cabellos rojos se esparcían por las blancas almohadas.

—¿Cómo te sientes, mamá?

—Mejor.

—Mike dijo...

—Sé lo que dijo, Caron.

—Pero...

—No me interesa hablar de mí ahora... Quiero que busques algo que debí entregarte hace tiempo.

—¿Qué cosa?

—En uno de los cajones pequeños de esa cómoda —Phoebe levantó la mano para indicarle a Caron dónde tenía que buscar—. Encontrarás una carta. Búscala, es tuya.

Caron hizo lo que su madre le pedía. No tardó en encontrar el sobre en cuestión. Antes de mirarlo supo que estaba relacionado con Ambrose.

Capítulo 17

Con dedos inseguros dio vuelta el sobre en sus manos, sin atreverse a mirarlo. Observó a su madre, y ella desde el lecho le hizo una señal de asentimiento.

Con los ojos nublados Caron leyó la carta. Era breve, pero se podía leer mucha desesperación y dolor en ella.

Cuando terminó de leer, la dobló cuidadosamente y volvió a meterla en el sobre.

Caron levantó la vista hacia su madre. No hubo necesidad de palabras para comprender que estaba arrepentida. Sin embargo, Caron quiso gritar, pedir explicaciones por tanta crueldad, pero el amor que una hija siente por su madre fue más fuerte y se abstuvo. Ya tendría a su padre enfrente para hacerle todas las recriminaciones necesarias.

—Tranquila, mamá —le dijo, y la besó en la frente—. Ahora le diré a papá que entre.

Con una media sonrisa salió de la habitación. Al menos ya sabía que Ambrose no la había abandonado.

Al ver el rostro demudado de Caron, Colby se sobresaltó. Imaginó que Phoebe estaba muriendo, y lágrimas de dolor cayeron de sus ojos.

—Mamá te necesita, papá.

—¿Es que acaso...?

—¿Eh? ¿Qué? No. Solo ve a hacerle compañía.
—¿Por qué estás tan pálida, entonces?
—Después hablaremos. Ahora, ve con mamá.

Caron se encerró en su habitación, olvidando que le había pedido a Mike que la esperara. Lo único que deseaba era llorar y gritar de frustración. Habían pasado tantos meses desde que Ambrose se marchara. Ella ya había perdido toda esperanza de volver a saber de él. Pero ahora, ¿dónde se encontraría? En su carta no lo decía, solo que se iría lejos.

No importaba a cuál confín del mundo se hubiera ido a refugiar, ella sabría encontrarlo.

Ese día no volvió a salir de su habitación. Solo quería concentrarse en las formas posibles de dar con el paradero de Ambrose.

Mientras tanto, Colby enterado ya de la situación, pensaba en mil respuestas para su hija, sabiendo de antemano que ninguna la dejaría satisfecha. Habían cometido un error, y no había forma de corregirlo. Si Caron lo odiaba, sería con justa razón y tendría que aprender a vivir con ello.

Por la mañana, Caron aprovechó que estaban todos reunidos en la mesa del desayuno para hacer el anuncio.

—Me voy a Londres —dijo.

—¿Cómo? ¿A dónde? —preguntó Phoebe alarmada—. ¿Es por lo de la carta? Entiende que lo hicimos por tu bien.

—Mamá, por respeto a tu salud no discutiré con ustedes a pesar de que me siento en extremo decepcionada. Lo vamos a dejar así por ahora. Y por favor RUEGUEN —recalcó la palabra mirando a ambos padres—, porque lo encuentre a salvo, y que no me haya olvidado. De no ser así...

Phoebe y Colby se miraron.

—¿Te piensas quedar allá por tiempo indefinido?

—Solo hasta que averigüe dónde se encuentra Ambrose. Luego regresaré para comunicarles lo que decida.

Caron se puso de pie, y salió de la habitación. Colby hizo lo mismo y la siguió.

—¿No te importa el estado de mamá? —volvió a preguntar él, aún más preocupado.

—Por supuesto que me importa, si no fuera así ya habría montado un escándalo por el engaño.

—¿Aun así piensas dejarla?

—Ya te dije que lo pensaré. No insistas más por favor, o me harás enfadar y ahí sí no respondo por lo que pueda suceder.

—Está bien hija.

—Y debes agradecer que no deje de llamarte papá, porque un padre no hace lo que tú hiciste. Esperaba menos intransigencia de ti.

Colby, solo atinó a asentir con la cabeza. Luego, con los hombros caídos, regresó al comedor.

Lo primero que hizo Caron en cuanto llegó a Londres fue dirigirse a la casa de Ambrose, quizás el señor Boyer tuviera noticias de Ambrose. Podría ser, inclusive, que tuviera alguna carta para ella. Más su corazón cayó al suelo, al comprobar que el mayordomo no sabía mucho más que ella.

—Hace unos meses vino a vernos el señor Shaw, abogado de milord, para comunicarnos que se había subido a un barco rumbo a Nueva Zelanda.

—¿Nueva Zelanda? —Si no hubiera estado sentado, se habría caído de la impresión.

—Pero lo peor no es eso solo eso, milady —continuó el mayordomo, quien parecía no percibir el estado en el que ella se puso.

—¿Es que aún hay más?

—Es imposible comunicarse con él. Hace cuatro meses envió una carta pidiendo dinero. Obviamente el abogado se la envió en el siguiente barco, pero en otro barco que llegó la semana pasada y que estuvo de paso por Nueva Zelanda, venía un pasajero que dice haber conocido a milord, cuando se estaba trasladando hacia el sur del país. Por lo que es imposible que reciba el dinero que el señor Shaw le envió.

—¡Dios bendito, ¿qué será de mi pobre Ambrose?!

—No sabe cuánto lo siento, milady, por no poder darle mejores noticias.

—¿No me dejó una carta?

—No, milady, su salida fue muy precipitada. Impulsiva, diría yo.

A pesar de contar con toda la información que había de Ambrose, Caron pidió los datos del abogado y se fue a verlo, a pesar de ser más de las cinco de la tarde. Por suerte él aún se encontraba en su despacho.

—Le agradezco que accediera a atenderme, señor Shaw, a pesar de la hora y de no tener cita previa.

—No se preocupe, señorita Rawson. Viniendo por lord Sttanford, tenía que atenderla.

—El señor Page me refirió todo lo que concierne al viaje de Ambrose, pero necesitaba asegurarme que no está exagerando.

—Lamentablemente, todo es cierto. No sabemos en qué parte del país se encuentra lord Sttanford.

—¡Oh!

—¿En la carta que le envié, hablaba de mí?

—En realidad eran solo unas cuantas palabras, comentando que ya no le quedaba dinero. La verdad es que llevó muy poco con él. Tampoco sé qué pasaba por su cabeza cuando decidió subirse al primer barco que encontró en el muelle.

—Yo sí, señor Shaw.

Caron regresó esa misma noche a Portreath. Sentía los pies pesados cuando entró a la mansión, y el cuerpo le dolía a causa del enorme peso que llevaba dentro de sí. Si algo le sucedía a Ambrose, nunca se lo perdonaría, ni tampoco a sus padres.

Cuando el mayordomo la vio, se preocupó, y la confianza de años le dio valor para preguntarle qué le sucedía.

—Los padres son una bendición, pero, por nada se pueden transformar en tus peores enemigos.

Capítulo 18

Al día siguiente ya sabía lo que deseaba hacer. Una noche prácticamente sin dormir la había ayudado a tomar una decisión.

Cuando llegó a desayunar le extrañó no ver a todos allí, rodeando la mesa.

—¡Papá! ¡Mamá! —llamó en voz bastante alta.

De pronto apareció Doris, alterada.

—¿Dónde están todos, Doris?

—¿Es que no se ha enterado, milady?

—No. ¿qué ocurre?

—Lady Tandridge ha vuelto a sufrir un desmayo.

—¿Cómo? ¿Por qué nadie me avisó?

—Su padre dijo que no la molestáramos, milady.

—¿A dónde está ahora, Doris?

—Junto a lady Tandridge. Están esperando al médico.

—¿Y los niños?

—En la sala de juegos. No se dieron cuenta de lo sucedido.

Caron subió nuevamente la escalera, esta vez casi corriendo. Se apresuró hacia la habitación de los padres. Cuando estuvo frente a ella, pensó en tocar, pero se arrepintió al escuchar murmullos. Entornó la puerta evitando hacer ruidos, y la escena que vio la sobrecogió de tal forma, que los deseos de disputarse con ellos que tenía antes de bajar a desayunar, se volvieron agua que se diluyó entre sus dedos.

Colby estaba recostado al costado de Phoebe, asiéndole firmemente una mano.

—No puedes dejarme solo.

—No seas idiota, no iré a ninguna parte. Si muero, siempre estaré rondando cerca de ti. Y si no me sientes, podrás ir al acantilado, allí de seguro me encontrarás. Siempre estaré cerca. Siempre.

—No quiero que seas un fantasma. Te quiero en carne y hueso.

—Pronto me iré. Debes comprenderlo.

—¡Entonces, me iré contigo!

—Antes debes educar a nuestros hijos, y enmendar el daño que le hicimos a Caron. Para cuando estés listo, yo te estaré esperando.

Caron no pudo contener las lágrimas. Tuvo que retroceder para no ser

escuchada. Se devolvió hasta el corredor. Una vez allí se dirigió al arrimo del corredor, sobre la cual siempre había un vaso y un jarro con agua. Escanció una cantidad generosa, y bebió, esperando que la zozobra pasara. Pero la angustia no parecía querer abandonarla, ya que seguía llorando mientras se bebía el agua. Vencida, dejó el vaso sobre la mesa, y se limpió con la manga el agua que le había corrido por el mentón hasta el cuello del vestido.

En eso llegó Mike, acompañado de Doris.

—Me puré lo más que pude, Caron, pero estaba bastante lejos de acá.

—Yo no sabía nada, Mike, me acabo de enterar.

—¿Dónde está?

—En su habitación.

Después que el doctor Gibbs entró a la habitación, salió Colby al corredor. Su rostro macilento daba cuenta de lo que estaba sufriendo.

—¿Por qué no me avisaste? —Fue lo primero que preguntó Caron.

—Pensé que, dadas las presentes circunstancias, lo último que querrías era saber lo que ocurría con tu madre.

—¡Pensaste mal! ¡Me importa, y mucho! ¡Es mi madre!

Se quedaron viendo un momento, pero en un gesto tácito, ambos extendieron los brazos y se fundieron en uno solo. Padre e hija lloraron en silencio, casi anticipando que el inevitable fine estaba cerca.

—¡Es tan joven! —dijo él, contra la cabeza de Caron.

—Lo sé, papá. Mamá siempre tuvo mucha energía para hacer todo lo que se proponía.

—Pero ahora se apaga. Su energía se extingue como el cabo de una vela a la que se le acaba la cera.

—¿Qué dice Mike?

—Nada aún, pero temo lo peor.

—Vamos a esperar entonces.

Nuevamente, después de un rato largo Michael Gibbs salió de la habitación de Phoebe, sin embargo, esta vez no había optimismo en su rostro.

Se dejó caer pesadamente en la silla que estaba junto a Colby. Cerró su maletín, y sin poder continuar evitando tener que dar una mala noticia, miró a padre e hija a los ojos.

—No le queda mucho tiempo...

—¡No digas eso! —imploró Caron—. ¡Mamá no puede morir!

Colby comenzó un paseo un paseo atormentado, afuera de la habitación, y cuando no pudo más dio un feroz puñetazo a la pared. Los

nudillos de su mano derecha quedaron sangrantes, pero a él no le importó. El dolor de saber que perdería a su compañera de vida era mucho más grande que cualquier magulladura que se hiciera.

Eran tan pocos los años que llevaban juntos, apenas catorce, que se habían pasado como una exhalación. Tan rápido como una de las estrellas fugaces que veían en esas noches cuando paseaban en el acantilado. Lamentaba no haberla conocido antes. Tanto tiempo perdido en el que podría haber sido feliz con ella. Los hijos del difunto Sheldon serían suyos, y ahora la suma de los años junto a ella sería mayor. Era un dolor que le partía el pecho en dos. Sin esa mujer testaruda, no sería capaz de seguir viviendo, ni siquiera por sus hijos.

—Su condición se ha agravado muy rápidamente. Estos desfallecimientos que ha sufrido, no son desmayos, han sido pequeños ataques cardiacos. Ella podría sufrir una embolia pulmonar, inclusive perder el habla, pero creo que no llegará a adolecer ninguna de esas consecuencias. Si me permiten la pregunta, ¿de qué murió el padre de lady Tandridge?

—Amaneció muerto un día, y pensamos que era de vejez.

—Es muy probable que él también padeciera esta enfermedad.

—¿Qué clase de consuelo es ese? —preguntó Colby con amargura.

—Sé que es muy pobre, sin embargo, para ella sería mejor irse con rapidez que sufrir una agonía que la podría tener postrada en su lecho por meses, o tal vez años. En mi corta carrera como médico he visto algunos casos, en los que el paciente lo único que implora es la muerte.

—¿Dónde ha adquirido tanta experiencia, doctor?

—En el St. Mary's, milord.

—Entonces, ¿qué aconseja, ahora?

—Tenerla lo más cómoda posible. No dejar que se agite, pero paseos lentos por el jardín le harían muy bien. Puede comer lo que desee, pero sin exceso.

—¿Le dolerá?

—Lo más probable que no.

Mike se puso de pie y se despidió con un movimiento de cabeza. Cualquier palabra de consuelo que pudiera brindarle a su amiga, y al padre de esta, sonarían vanas a los oídos de ellos.

Cuando el doctor se fue, rogó para que no lo llamaran demasiado pronto. Esa familia se merecía tener a lady Tandridge por más tiempo con ellos.

Capítulo 19

Habían pasado seis meses desde que Ambrose había dejado a Rose y Genna a cuidado de los Shepard. Seguramente su hijo ya habría nacido. Había prometido estar de regreso en un año, pero cada día se le hacía más difícil pensar en un pronto regreso. Perdería irremediablemente el reloj de su abuelo.

El camino hasta encontrar a la primera gente buscando en arroyuelos al sur del país, en un lugar que llamaban Otago, fue largo y no exento de peligro. De vez en cuando percibía a los maoríes vigilándolo de lejos. Estuvo siempre con el miedo de que lo apresaran y lo comieran, como había escuchado que acostumbraban a hacer con sus enemigos. Él quería hacerlos comprender que iba en paz, pero ¿cómo hacer que lo aceptaran, si al igual que el resto quería apropiarse de su tierra y minerales? Sin embargo, a pesar de toda esa inseguridad, se sentía casi feliz de haber emprendido ese largo viaje. Hacía mucho que no se sentía tan en paz con el mundo. Solo los ruidos de la naturaleza le acompañaban. Y por supuesto, una mujer y un niño que lo siguieron desde lejos. ¿Qué querría una mujer nativa con un *pākehā*? Al parecer tenía alguna especie de imán para atraer a mujeres en problemas, porque de otra forma no se explicaba qué buscarían tan cerca de él. El fusil, por suerte no había tenido que usarlo para asesinar a ningún ser humano, solo lo utilizó para cazar algo que parecían ratones, durante el viaje. En ese remoto país no se encontraban ni siquiera buenas especies de caza, sin embargo, estaba plagado de arañas y murciélagos.

Pronto serían cinco los meses que llevaría viviendo allí, cerca de otros ingleses, escoceses y algunos alemanes y holandeses, y uno que otro ex convicto, que al igual que él, pensaban que encontrarían oro a raudales.

Al principio la decepción había sido muy grande. Ver a esos hombres; algunos tenían a sus familias con ellos; viviendo en tiendas y dragando el agua con sus grandes platos de aluminio, sintió que el viaje había sido en vano. Mas, el siempre dispuesto a ver el lado bueno de las situaciones, y sobre todo de las posibles oportunidades de negocios, no volvió sobre sus talones, sino que se quedó junto aquella gente para ayudarlos a planificar la búsqueda de la mina que debería existir en aquel lugar.

Así fue como gracias a su iniciativa, comenzaron a construir cabañas para no continuar durmiendo en tiendas, puesto que, aunque cubrían sus

cabezas no estaban a salvo de arañas y otras especies que reptaban por el suelo.

En realidad, era gente muy dejada, que llevaba mucho tiempo viviendo en esas condiciones. Ambrose pensaba, eso sí, que no les convenía establecer un pueblo en aquel lugar puesto que pronto llegaría más gente atraída por la supuesta mina de oro que aún no encontraban. Todo eso sin contar con el arribo de tahúres, prostitutas y alcohol.

Mientras Ambrose estaba perdido en sus proyectos, Rose estaba trayendo al mundo a su hijo, envuelta en un manto doloroso pues el niño venía de pie. Mal augurio, según Dolores Shepard. Aseveración que ni el doctor Lawler se atrevía a contradecir.

Rose gritaba, y la pequeña Genna se escondía detrás de un armario tapando sus oídos.

La pobrecita había visto suficientes moribundos, como para comprender a su corta edad que la vida de su madre pendía de un hilo. Solo tenía cabeza para pensar que sería de ella y su hermanito si su madre era llevada por Dios. ¿Regresaría papá Ambrose por ellos? ¿Querrían los Shepard quedarse con ellos, si su padre no regresaba? Eran tantas interrogantes para su pequeño corazón. Tantos miedos que la embargaban de pronto. Tanto terror de quedarse sola de un momento a otro. Así que Genna, se quitó las manos de los oídos, se hincó, y juntando sus manitos se puso a rezar con todo el fervor de que era capaz, para que Dios no se llevara a su madre aún.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Dolores a su esposo.

—Lo mejor que podamos, mujer.

Habían ido a enterrar a Rose en el pequeño cementerio que estaba junto a la iglesia del pueblo. Solo las personas que habían tenido la oportunidad de convivir con la joven en aquellos meses, acompañaron el simple ataúd de madera rústica hasta su última morada. Miradas de pena y de incredulidad se posaban sobre los huérfanos de Rose Athens, quien sin saberlo había muerto siendo condesa: Lady Rose Sttanford. La esposa de un hombre que la abandonó para perseguir una quimera. Una pobre mujer que había tenido una vida muy difícil durante su breve existencia en este mundo, y que había

muerto esperando que su amado regresara lamentando haberlas dejado a la caridad de aquella pareja. Ahora era Dolores Shepard quien cargaba a su hijo y sostenía la mano de Genna.

—¿Crees que él regrese? —insistió ella.

—No lo sé, querida. Pero si no regresa, ¿sería mucho problema quedarnos con ellos? Tú siempre quisiste hijos, es decir, quisimos.

—Y Dios no nos favoreció con ellos, Phillip.

—Nos está yendo bien en la taberna. Quizás...

—¿Cuánto falta para que el plazo se cumpla?

—Tres meses.

—¿Venderás el reloj?

—No. ¿Qué otra oportunidad tendré de poseer el reloj de un conde?

Dolores sonrió.

—Iré a conseguir leche. Tendremos que conseguir una vaca. Eso sí que saldrá caro. No podemos darle leche de oveja a un bebé. Aunque lo mejor sería una mujer que esté amamantando.

—Pregunta a las mujeres si alguien sabe de alguna.

Casi una hora después, Dolores regresó con una mujer maorí que traía a un bebé en sus brazos.

—Ella es Arama. Será la nodriza del pequeño Ambrose —declaró con firmeza Dolores, sabiendo que a su esposo no le gustaría.

—¿Estás segura?

—Sí. No queremos que Ambrose muera, ¿verdad?

—¿Ambrose?

—Eso quería Rose, que llevara el nombre de su padre.

—¿Un padre que lo abandonó?

—Aún puede regresar, y no le hará mal llevar un nombre tan distinguido.

—Si tú lo dices.

—Si él regresa te romperá el corazón, mujer. No te encariñes con ellos. Al menos no demasiado.

—Si vuelve, no le entregaré a Genna. Ella se queda. No es su hija y no la querrá como nosotros.

Una tarde, en el ocaso del día, Ambrose estaba trabajando en su cabaña, vio aproximarse a la mujer que lo había estado siguiendo todo ese tiempo y

que hasta ahora se había mantenido alejada con su hijo.

—¿Qué quiere? —preguntó él sin importar si ella no entendía su idioma.

—Un hombre siempre necesita una mujer —respondió ella con voz baja—, por eso hemos venido mi hijo y yo.

Capítulo 20

—¿Por qué cree eso? —preguntó Ambrose, sin apenas quitar la vista de lo que estaba haciendo, y menos aún demostrar sorpresa por escuchar su voz en un inglés bastante comprensible.

—Todos los hombres necesitan una mujer.

—Ya tengo una esposa.

—No la veo por aquí, ¿dónde está?

—En el norte. Ella espera un hijo y no pudo viajar.

—¿Me aceptarías como sirvienta?

—¿No sería mejor que buscara trabajo en algún pueblo?

—No me aceptan con un hijo tan grande.

Ambrose miró al niño que pese a ser moreno como los aborígenes del lugar, tenía los ojos azules y el cabello bastante claro.

—Es hijo de un hombre que pasó por aquí hace muchos años.

—Perdón, no quise ser indiscreto.

—No importa, a todos les llama la atención el cabello de Ari.

—¿Dónde aprendió a hablar tan bien el inglés? ¿Con el padre de Ari?

—Con él solo estuve un par de meses. Llevo mucho tiempo entre los pãkehã. Mi tribu me repudió por tener un hijo del hombre blanco.

Ambrose miró a la joven. Debía tener su edad, o un poco menos. Su piel brillaba bajo la luz de la lámpara de aceite. Tenía el cabello largo, lacio, oscuro. Sus ojos rasgados le conferían un aire muy exótico, similar a los de polinésicos que había visto en algunos grabados. Sin duda era una mujer bella, pero él no quería más problemas.

—Lo siento...

—Akona, ese es mi nombre.

—No necesito una sirvienta. Y aunque fuera así, no tengo como pagarte.

—Te ayudaré a buscar oro. Cocinaré para ti. Lavaré tu ropa. Todo a cambio de techo y comida.

—¿Por qué yo?

—Pareces un hombre honorable.

—Las apariencias engañan.

—Si hiciste algo malo, estoy segura de que no fue a propósito.

—Está bien, les daré cobijo hasta que encuentres alguna otra solución.

Digamos... Una semana.

—Me parece justo.

Ambrose hizo una cama improvisada en el suelo, en el lugar donde estaría la sala, y que ahora por ahora solo contaba con un techo de paja.

—Así solo por hoy —puntualizó—. Mañana haré otra, el niño ya está grande para dormir con la madre.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir Akona. Aunque él no quisiera, estaba destinada a permanecer con él. Ese era el hombre que su abuela había predicho, llegaría un día a su vida para salvarla.

No supo cómo, ni por qué, pero Ambrose despertó lleno de energías al otro día. Algo le decía que ese día tendría más suerte que todos los anteriores, por lo que cogió temprano su plato y se fue río arriba. Quería avanzar más que sus vecinos. Ya estaba cansado de estar buscando siempre en el mismo lugar. Cuando había suerte, lograba apenas unas pequeñas piedras del tamaño de los granos de arena. Ambrose quería extraer grandes pepitas. Encontrar el filón. Descubrir la mina.

Se preguntó por qué los otros no se habían adentrado en el bosque más que él. Seguramente temían a los maoríes. Él no les temía, al menos no tanto. Si algo le sucedía, esperaba que Akona pudiera ayudarlo.

Cuando llegó a una parte del arroyo que le pareció propicia, pues más allá se elevaba el terreno, el plato para comenzar a relavar el agua. Comenzó con tanto ahinco que no percibió que seis pares de ojos lo observaban desde los árboles.

Mientras tarareaba una canción, Ambrose comenzó con la monótona tarea de recoger sedimento del fondo para después clarearlo, y finalmente ver si quedaba algo de brillo en el plato.

Hacia el mediodía estaba aburrido, pensando en que tanta caminata no había servido de nada. Ni un miserable grano amarillo, ni siquiera algo de cobre. Harto de buscar, tiró el plato lejos, luego se sentó a comer un poco de pan, y a meditar en cuál sería su próximo paso.

Cuando terminó de comer, se levantó para ir a buscar el plato que yacía en medio del arroyo. Se aproximó a él chapoteando, y se inclinó un poco para cogerlo. Estiró su mano, y de pronto un brillo refulgente dio por completo en sus ojos. ¿Qué era eso?

Sin querer hacerse ilusiones, Ambrose se olvidó del plato y tomó la

piedra como si le fuera a quemar, aun estando dentro del agua.

Se paseó el pedazo de oro entre las dos manos, mirándolo de todos los ángulos, sí, ¡era oro!

—¡Oh, Dios! ¡Sí! ¡Sí! —gritó con júbilo.

De repente, Ambrose supo que no estaba solo. Levantó la vista y se encontró con tres hombres. Tres maories armados.

Afuera llovía. Caron y su padre estaban de pie frente a la ventana. Ya había oscurecido y no lograban ver mucho el exterior, sin embargo, parecían concentrados como si en realidad estuvieran observando algo.

—Ya pasó una semana —dijo ella con pesar.

—Lo sé —respondió Colby—. He contado cada día, y cada hora.

Apenas sí podía hablar sin que se le quebrara la voz.

—Fue tan rápido todo. Jamás pensé que en un lapso tan corto ella se pudiera ir.

—El doctor Gibbs dijo que el mal la aquejaba hace años, y como en el último tiempo desarrolló esas otras enfermedades...

—Sé lo que dijo Mike, papá, pero aun así me cuesta creerlo.

Hacía una semana que habían enterrado a Phoebe en el cementerio de Camborne. La habían puesto junto a su padre, y Colby esperaba quedar allí también cuando le llegara su hora.

Ahora tendría que descubrir cómo se podía vivir sin Phoebe Couch, después Phoebe Sheldon, y finalmente Phoebe Rawson, condesa de Tandridge.

De pronto Colby no aguantó más estar reteniendo las lágrimas.

—Yo lo único que quiero es irme junto a ella. No podré seguir viviendo así...

—Los niños te necesitan —repuso Caron, intentando no sollozar junto a él.

—Los niños tienen a sus hermanos mayores. Te tienen a ti.

—No por mucho tiempo papá. Mamá me hizo prometer que una vez que ella no estuviera iría a buscar a Ambrose, y es justo lo que pienso hacer.

—¿Qué?!

—Eso que escuchaste, iré a Nueva Zelanda por Ambrose, y nadie me lo impedirá.

***Caron 1, El candor de la inocencia
continuará***